

TRILOGÍA DE LOS ACCELERATI · LIBRO II

LA BOLERA DE EDISON



de

NEAL SHUSTERMAN · ERIC

Lectulandia

Nick y sus amigos han ido reuniendo de nuevo en el desván los extraños objetos que habían pertenecido al extravagante inventor Nikola Tesla. Todos los inventos encajan entre ellos para formar un aparato más grande, el Emisor de Energía de Amplio Alcance, que había sido para Tesla la obra de su vida. Nick y Caitlin son los únicos que se han dado cuenta de ello. Qué haría exactamente aquella máquina cuando estuviera completa, eso no lo saben muy bien. Lo único que sabe Nick es que siente la necesidad de completarla, y que no desearía un mundo en el que los Accelerati, esa amenazadora sociedad secreta de científicos, se apoderaran de todos los inventos de Tesla.

Neal Shusterman & Eric Elfman

La bolera de Edison

Trilogía de los Accelerati: 2

ePub r1.0

Titivillus 29.10.2019

Título original: *Edison's Allehy (The Accelerati Trilogy II)*

Neal Shusterman & Eric Elfman, 2015

Traducción: Adolfo Muñoz García

Ilustraciones: Alejandro Terán

Editor digital: Titivillus

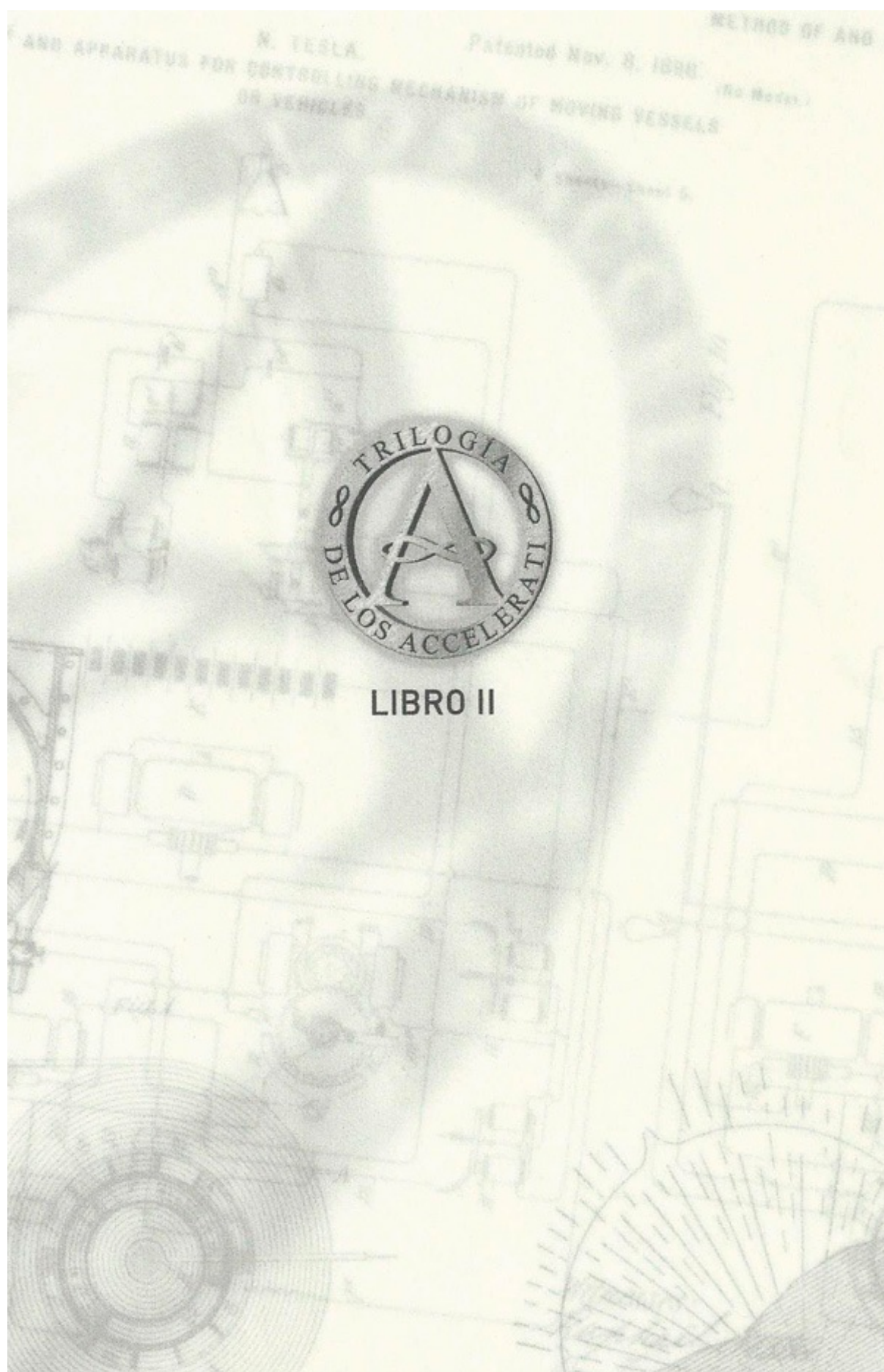
ePub base r2.1

Índice de contenido

1. Siempre hay un pez más gordo.
2. El gordo flotante.
3. Objetos teslanoides.
4. El épico espectáculo de la caída humana.
5. Inconvenientes de no estar muerto.
6. Una langosta y una señora de cocina.
7. El trile
8. «Los dos sabemos que lo has hecho a propósito».
9. Todas las cosas que caen.
10. Anatomía de Gray y un agujero negro.
11. La alternativa es aterradora.
12. Adiós, Kitty.
13. Caminando por la plancha.
14. Espera un momento.
15. Teoría de cuerdas.
16. El arpa del contratiempo.
17. ¡Congélese!
18. La bolera de Edison.
19. Un palo, un postre o un garrote.
20. Portátiles, tabletas y teléfonos, ay, Dios mío.

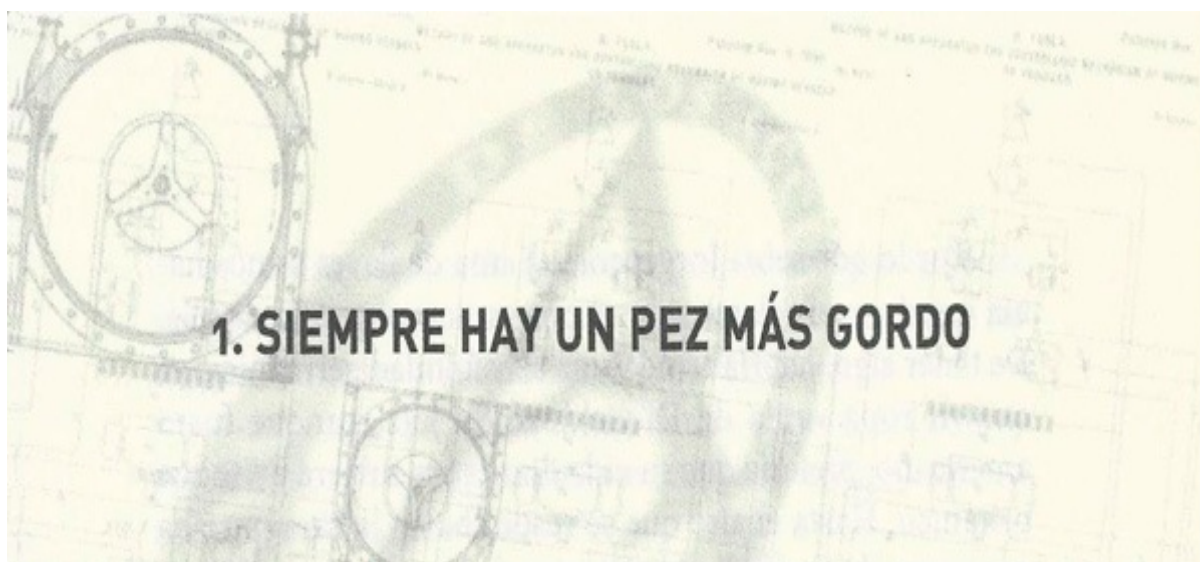
21. Lagos y cruasanes.
22. Ni un pelo de tonto.
23. Se ha ido la luz.
24. ¡Aaaah...! ¡Ooooh...!
25. El gran maleficio.
26. Cristales.
27. Un mundo cobarde.
28. La perrita a la que no atropelló un camión.
29. Hasta la trompa de Eustaquio.
30. El silbido de mil serpientes.
31. Los dioses de la energía.
32. Cometido misterioso.
33. Quid pro quo.
34. En algún lugar de Nueva Jersey.

Notas



*A todos los profesores y libreros, que son esenciales en la vida
de los niños.
—N.S.*

*A los profesores de ciencia que me inspiraron, y a todos los
profesores que me animaron, y a Jan, Robby, y mamá.
—E.E.*



El doctor Alan Jorgenson, jefe indiscutido de los Accelerati, llamó al timbre de la vieja casa, dispuesto a encontrarse con su superior, pues en este mundo hasta los jefes tienen jefe. Aunque uno pueda presumir de ser el pez gordo, siempre hay otro pez más gordo y más fiero con el que tiene que lidiar.

Y en lo que se refiere a peces, pocos podían ser más gordos que el que le daba las órdenes a Jorgenson.

El ama de llaves de la casa abrió la puerta, le sonrió y lo dejó pasar:

—Es un verdadero placer verlo, señor Jorgenson —le dijo.

—Doctor Jorgenson —corrigió él.

—Sí, sí, qué tonta soy.

Jorgenson miró a su alrededor. La casa no había cambiado en años. Nunca cambiaba. Eso resultaba reconfortante para alguien como él, que era un agente del cambio. Saber que algunas cosas eran para siempre le proporcionaba una cierta base en la que reposar.

—Le está esperando, ya lo creo —dijo el ama de llaves con un pronunciado acento *cockney*, como si hubiera salido de los bajos fondos de la Inglaterra industrial^[1].

Por lo que sabía Jorgenson, el ama de llaves nunca había estado en Inglaterra, y ni por asomo procedía de allá. De tener algo, habría tenido una sensibilidad germánica, ya que su ropa venía de Düsseldorf. Su jefe, aunque fuera americano, prefería que su vida doméstica tuviera un toque británico. Hasta el aire que se respiraba en la casa portaba un aroma de sensibilidad victoriana^[2].

—Está en el salón de recibir. ¿Le apetece una infusión, señor? Tenemos una maravillosa Oolongevity, y también té negro.

—Me basta con agua, señora Higgenbotham.

—¿Desea el agua filtrada transdimensionalmente o simplemente del grifo?

—Del grifo está bien, gracias.

—¿Enfriada cuánticamente o...?

—Usted tráigamela.

—Como desee, señor.

El salón de recibir se encontraba, como siempre, a oscuras. El anciano que ocupaba la alta butaca de cuero rojo estaba rodeado por una perpetua nube de humo de cigarro.

—Buenas noches, Al —dijo.

Jorgenson se sentó.

—Buenas noches a usted, Al —respondió.

Aquel era su saludo de costumbre.

Jorgenson aguardó que sus ojos se habituaran a la oscuridad, pero sabía que no llegarían a conseguirlo, de tan escasa como era la luz.

«Qué ironía», pensó Jorgenson, «que este hombre, esta lumbrera, desprecie de este modo la luz. Tal vez es que no soporta ver luces que brillen más que él mismo».

—Supongo que debería felicitarle —dijo el anciano— por el hecho de que la incompetencia de su equipo no haya acarreado el fin del mundo.

Jorgenson sonrió al recordar el enorme asteroide que había estado a punto de terminar con toda la vida en la Tierra hacía tan solo unas semanas.

—Asumo la responsabilidad de esa debacle.

—Es muy noble por su parte aceptar la culpa —dijo el anciano desde el interior de su nube de humo—, pero había otras fuerzas en juego. Desde el principio estuvo fuera de su control.

Para Jorgenson, la idea de que algo estuviera fuera de su control era como una bofetada. Aun así, tenía que admitir que, incluso con una gran cantidad de tecnología, dinero e influencia al alcance de las manos, no podía hacer nada para cambiar el resultado del incidente del Mazazo Celestial de Felicity.

—Ese chico, Nick Slate, y sus amigos son más listos de lo que creíamos.

—Sí, el chico... —dijo el anciano lanzando un suspiro—. Nos encargaremos de él cuando llegue el momento. Ese es un honor que le reservaré.

Jorgenson esbozó una sonrisa.

—Créame que será un placer.

—Pero solo cuando llegue el momento. Mientras tanto, hay otras cosas que considerar...

Al oír un crujido de la madera del suelo, Jorgenson se volvió y vio a la señora Higgenbotham entrando con una copa de agua que se había convertido en un hielo que exhibía el color de un glaciar.

—Tenemos problemas con el chisme ese del enfriamiento cuántico. Pero ya sabe lo que dicen: «Cuando todo va bien en el mundo, hasta las ardillas cantan». ¿Y quién quiere que canten las ardillas? —Le dio una palmada en el hombro—: Al final se derretirá.

—¿No le parece curioso —preguntó el anciano, en cuanto salió el ama de llaves— que el asteroide ese del Mazazo Celestial haya terminado entrando en una órbita tan estable como la de la luna?

Jorgenson sabía adonde quería ir a parar, pero siguió como si no lo supiera:

—Algunos lo llaman suerte. Otros dicen que fue una intervención divina...

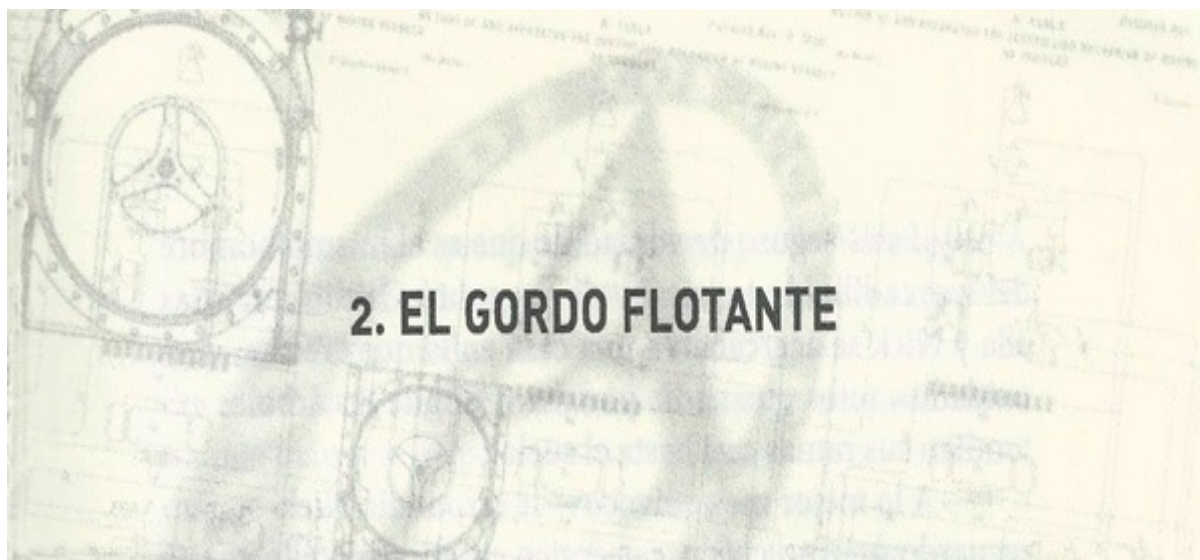
Ante aquella idea, el anciano hizo un gesto de rechazo con la mano, y debido a ese movimiento, el humo del tabaco describió un perezoso remolino.

—No es ninguna de esas dos cosas, y usted lo sabe. Más bien es parte de un plan, de un plan muy humano, diseñado por una gran mente. Por desgracia, esa mente no era lo bastante grande para saber lo que le convenía. —Entonces el anciano sonrió—. Y por ese motivo seremos nosotros los que cosecharemos los beneficios de la empresa más importante de todas las de Tesla. —Apuntó a Jorgenson con el cigarro—: A corto plazo, sin embargo, son los esfuerzos de usted los que marcarán toda la diferencia. —Entonces el anciano exhaló el humo con tal fuerza que este salvó la distancia entre ellos, llenó las narices de Jorgenson y le escoció en los ojos—. Espero que usted, como jefe de los Accelerati, me impresione —dijo el anciano, con una pizca precisa de amenaza en la voz—. No me conformaré con menos.

Jorgenson se agarró a la silla como si esta fuera a salir volando.

—¿Y a largo plazo...? —preguntó—. Sospecho que tiene usted un plan propio, ¿no es así?

—Lo tengo —dijo el anciano, inclinándose hacia delante por primera vez—. Y es un plan grandioso.



El mundo no se había acabado..., cosa que resultaba poco conveniente. El Mazazo Celestial de Felicity (insólito nombre del asteroide que había estado a punto de colisionar con la Tierra), en vez de acabar con toda la vida tal como la conocemos, podía ser contemplado en el cielo nocturno. No era ni mucho menos del tamaño de la luna, claro está, pero sí se veía más grande que un planeta.

Tras un breve periodo de celebración que duró menos de una semana, el mundo regresó a sus costumbres pre-Mazazo. Los horrores de la guerra, de la opresión y de la telerrealidad, todos los cuales podrían haber terminado con el impacto de aquel meteoro bien situado, regresaron con todas las ganas, y Nick Slate se vio de nuevo ante la necesidad de desenredar el enorme lío que había llevado al mundo al borde de la extinción. Se tomaba esa responsabilidad muy en serio.

Lentos pero seguros, Nick y sus amigos iban reuniendo los extraños objetos que Nick había vendido en su mercadillo casero unas semanas antes, y los iban llevando de regreso a su desván. La misión de recuperación de aquel día iba a ser un auténtico reto. Requeriría toda la capacidad de persuasión y toda la voluntad de hierro combinadas de Nick y de su amiga Caitlin. Y, probablemente, también requeriría una cantidad de dinero que no tenían.

—¿Estás seguro de verdad de que es el mismo hombre del mercadillo de tu casa? —le preguntó Caitlin mientras ella y Nick se acercaban a una casa en la que crecían, descuidados, setos que nadie podaba, y donde los árboles extendían sus ramas casi hasta el suelo.

—A lo mejor me equivoco —le respondió Nick—, pero recuerdo un tipo gordo y enérgico en el mercadillo, y este tipo desde luego encaja en la

descripción.

Caitlin lo miró fijamente:

—Resulta cruel e insensible llamar «tipo gordo» a una persona con obesidad mórbida. Yo tengo un tío que tiene que vérselas con ese problema y, te lo puedo asegurar, no es una cruz fácil de llevar.

—Lo siento —dijo Nick. Mirando a Caitlin, no se podía imaginar que nadie en su familia fuera otra cosa que esbelto y hermoso, o al menos bien arreglado y proporcionado—. Lo hubiera llamado «un caballero grande», pero no tenía nada de caballero. Más bien resultaba asqueroso hasta el último gramo.

Caitlin asintió con la cabeza y suspiró.

—Los asquerosos se presentan en todas las formas y tamaños.

Nick se había tropezado con él en la verdulería, donde el hombre había estado discutiendo rudamente con el director por el precio de un melón. Nick había visto que había pulsado la tecla de otra fruta más barata. Aunque podría haberse dado por vencido, siguió y siguió en sus trece, espantado todo el tiempo por la audacia del chico y el hecho de que algún ser humano pudiera discutir a propósito de un melón. Algo en la manera en que discutía le hizo recordar que un cliente le había regateado agresivamente el precio de un artículo en su ahora notorio mercadillo casero. Se dio cuenta entonces de que se trataba del mismo tipo pendenciero.

—¿Recuerdas qué fue lo que compró? —le preguntó Caitlin. Los dos estaban dudando si seguir hasta la puerta de la casa del hombre.

—No estoy seguro —dijo Nick—, pero me parece que era una máquina de pesas.

Cuando uno vende las cosas viejas a la puerta de su casa, no espera volver a ver nunca las cosas que ha vendido a los confiados vecinos. Pero cuando los artículos resultan ser los inventos perdidos del científico más grande de la humanidad, la cara de uno no puede llegar a sonrojarse lo bastante para hacer justicia a esa metedura de pata.

Tal vez si Tesla no los hubiera disimulado dándoles el aspecto de trastos normales de la casa, Nick habría podido sospechar que las cosas que había en su desván tenían, cada una de ellas, una finalidad más importante que la que parecían tener. Ahora Nick comprendía que el inventor no había querido que aquellos artículos fueran descubiertos por la sociedad secreta de científicos conocidos como «los Accelerati». Pero Nick no lo había sabido en su momento, y los inventos se habían dispersado por el mundo, causando peculiares estragos.

Y aun así Nick tenía que preguntarse, a pesar del claro y presente peligro que suponían los objetos, si había también un método en aquella locura. Tal vez todo lo que había sucedido fuera parte del plan maestro del inventor.

Por ejemplo, su hermano había provocado, sin saberlo y usando una especie de imán cósmico en forma de guante de béisbol, que cambiara de rumbo un asteroide y se dirigiera directo a colisionar con la Tierra. ¿Podía ser una coincidencia que su padre hubiera blandido otra especie de imán celestial de efecto opuesto (es decir: efecto repulsor) que tenía forma de bate de béisbol?

Nick sabía que tenía que recuperar cada uno de los artículos vendidos en su mercadillo casero, pero también sospechaba que al mismo tiempo necesitaban estar por ahí, al menos por un breve periodo, pues la gente a cuya vida afectaban aquellos objetos era también, de algún modo, parte del grandioso mecanismo de Tesla. Nick encontraba un poco irritante ser manipulado por un genio que había fallecido hacía bastante tiempo, pero a la vez le reconfortaba la idea de que tal vez fuera la pieza central de una máquina que estaba realizando algo que realmente merecía la pena.

Él y Caitlin habían comprendido que todos los inventos encajaban entre ellos para formar un aparato más grande, el Emisor de Energía de Amplio Alcance, que había sido para Tesla la obra de su vida. Eran los únicos que se habían dado cuenta de ello. Qué haría exactamente aquel Emisor de Energía de Amplio Alcance cuando estuviera completo, eso no lo sabían muy bien. Lo único que Nick sabía era que sentía la necesidad de completarlo.

Cuando se acercaban a la casa del hombre del melón, Nick empezó a oír un golpeteo rítmico de metal contra metal, un sonido que reconocerá cualquiera que haya estado alguna vez en un gimnasio.

—Está ahí dentro —dijo Nick—. Está usando la máquina de pesas.

Caitlin lo agarró antes de que se acercara demasiado a la puerta. Una sombra de miedo cruzó por su rostro.

—¿Qué piensas que hará la máquina?

Nick no quería meterse en especulaciones porque, si lo hacía, no entraría nunca.

—No tardaremos en averiguarlo —fue su respuesta.

Pero en vez de dirigirse directamente a la puerta principal, decidieron estudiar el lugar antes. Se metieron sigilosamente por la densa maleza que había en el lateral de la casa. Al acercarse a la ventana, pudieron notar que se les ponían los pelos de punta. Y resultó que había motivo para ello.

—Levántame un poco para que pueda ver —dijo Caitlin, Nick bajó las manos y entrelazó los dedos para que ella pudiera poner el pie sobre ellas, y a continuación la izó un poco más alto.

Había previsto el peso de Caitlin al levantarla, pero pensó que debía de haber calculado mal, pues la encontró sorprendentemente ligera. Resultó que también había un motivo para eso.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó.

—¡Veo la máquina! —dijo—. Está justo en el medio de la habitación, pero...

—¿Pero qué...?

—Que no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? Oigo a una persona moviendo las pesas.

—Eso es lo que quiero decir. Que la máquina lo hace todo ella sola.

De repente se abrió la ventana, y apareció el voluminoso habitante de la casa para tirar de Caitlin, arrancándola de las manos de Nick y metiéndola dentro.

—¡Caitlin! —gritó Nick.

Un momento después, salió de la ventana una mano que agarró a Nick por el pelo y, con lo que parecía una fuerza sobrehumana, Nick fue levantado del suelo y pasó a través de la ventana.

Primero, vino una intensa sensación de desorientación. Caitlin, Nick y el hombre del melón se dieron la vuelta, pero no llegaron a caerse del todo. Nick descolgó una fotografía enmarcada, pero la foto tampoco llegó a caer. Lo que hizo fue flotar, dando vueltas hasta que chocó contra el techo y rebotó.

Nick lo comprendió enseguida. Levantó la mirada, aunque en realidad lo que hizo fue bajarla, y vio aquella máquina de pesas de aspecto antiguo, cuyo émbolo golpeaba y cuyos cables se tensaban sin cesar. Aquella era una máquina de pesas en un sentido muy literal: era un aparato antigravitatorio que desproveía de peso a todo lo que se encontraba a su alrededor, lo cual explicaba por qué Caitlin le había parecido tan ligera justo en el borde del campo antigravitatorio, y también por qué el pelo se les había puesto de punta a los dos. Cada golpe del hierro creaba una onda de energía que era invisible, aunque Nick podía sentirla en las tripas, los oídos y los ojos.

—¿Creéis que no sé quiénes sois? ¿Os pensáis que no sé que me habéis estado espiando? —La voz del hombre retumbó en el mismo tono airado que había empleado para discutir con el director del supermercado. Era, efectivamente, un hombre muy grande, y aún lo parecía más con su masa

corporal liberada de la gravedad terrestre. Empujó a Nick, y ambos salieron volando en sentidos opuestos, aunque Nick iba mucho más rápido.

Caitlin intentó coger al hombre, pero no pudo. Simplemente pasó flotando por delante de él, moviendo frenéticamente los brazos y las piernas como si nadara en el aire.

Nick golpeó una viga en el techo abovedado y gritó de dolor. Aunque no tuviera peso, seguía teniendo la inercia suficiente para hacerse daño.

Fue entonces cuando Caitlin, que había alcanzado la pared opuesta, se lanzó a la acción. Se propulsó desde la pared, convirtiéndose en un proyectil humano apuntado justo contra el hombre que se hallaba en el centro de la habitación. Él, sin embargo, era mucho más hábil maniobrando en caída libre. Con un leve movimiento de muñeca, desplazó todo su cuerpo para evitarla, y a continuación se fue volando hacia la esquina opuesta, desde la cual los observó como observa una araña a sus víctimas desde el centro de su tela.

—¡No os la podéis llevar! ¡Es mía!

Era una figura intimidante que flotaba en el corazón de su guarida, sujetándose a un asa que estaba atornillada a una viga transversal del techo. Nick miró a su alrededor y vio que había otras asas fijadas estratégicamente en las paredes y el techo, para que el hombre pudiera desplazarse por la casa desprovisto de peso.

—¿Os hacéis una idea de lo que es luchar con el peso durante toda tu vida, y un día encontrarte completamente libre de él? Seguramente no os podéis imaginar lo liberador que resulta. ¡Así que no dejaré que me robéis esa máquina!

Volvió a atacar a Nick: lo agarró, y lo volvió a lanzar por la habitación.

Nick giró, y se hizo daño en el hombro al golpear contra la máquina de pesas. Rebotó de ella y, afortunadamente, se encontró chocando contra un sofá que estaba fijado al suelo. Hubiera preferido quedarse en él, pero el sofá actuó como una cama elástica y rebotó contra el techo.

—¡Por favor! —dijo Caitlin—, solo queremos que nos escuche.

—Tampoco las palabras pesan nada aquí —dijo el hombre—. ¡Y menos las vuestras!

Nick volvió a pegar contra el techo, pero esta vez pudo agarrarse a una de las asas y estabilizarse.

—No queremos contarle ninguna mentira —explicó Nick—. Pero tenemos que recuperar la máquina.

—Estamos dispuestos a pagarle —dijo Caitlin, algo que hizo reír al hombre.

—¿Os creéis que soy tonto? ¡No hay dinero bastante en el mundo para pagar lo que vale esta máquina!

—Lo sabemos —le dijo Nick, y entonces se aventuró—: Pero vamos a hablar de usted. Desde que usted puso en funcionamiento esa máquina, vivir sin ella se ha ido haciendo más y más difícil, ¿a que sí?

El hombre frunció los labios poniendo cara de pocos amigos.

—Vosotros no sabéis nada —gruñó.

Nick prosiguió:

—Cuando la máquina está apagada, usted pesa aún más que antes. Sus brazos se han debilitado, sus piernas están más débiles aún, y usted apenas se puede mover. Por eso se muestra usted tan malhumorado en la calle. Está todo el tiempo cansado... y por eso cada vez sale menos...

—¡Eso no tiene nada que ver con la máquina! —gritó el hombre. Ya no parecía una araña en su tela, sino más bien una criatura acorralada. No había sido demasiado difícil para Nick comprender qué era lo que le sucedía al hombre. Cuando uno no pesa, no emplea los músculos. Y cuando uno no emplea sus músculos, no quema calorías. Aquel tipo estaba engordando a un ritmo alarmante.

—Esa máquina le está matando —le dijo Nick—. Tal vez no lo quiera admitir, pero usted sabe que es verdad lo que le digo. —Se balanceó para alcanzar otra asa que le permitiera acercarse ligeramente al hombre. Caitlin estaba ahora detrás del hombre, fuera de su vista. Nick esperó que supiera lo que tenía que hacer.

Nick siguió mirando a los ojos al hombre, cuyo rostro se ponía colorado, mientras de los ojos le salían lágrimas que se iban flotando por el aire.

—La libertad no es la libertad cuando uno se vuelve adicto a ella.

—Pero no puedo parar, ¿es que no lo entiendes? No puedo apagar la máquina, porque si lo hiciera, si lo hiciera...

Nick alargó la mano y se la puso en el hombro:

—Lo sé: si usted lo hiciera, entonces se derrumbaría todo. —Entonces se volvió hacia Caitlin y le gritó—: ¡Ahora!

Y Caitlin, que se había ido acercando a la máquina balanceándose de asa en asa, metió la mano en el aparato y sacó la clavija para que cayeran las pesas, haciendo que la máquina se parara de repente.

En el instante en que eso sucedió, todas las cosas (y todas las personas) que no estaban sujetas a algo cayeron al suelo. La gravedad, que estaba claro que no estaba nada contenta con aquel descarado desafío a su ley, los castigaba. Nick y el hombre voluminoso pegaron contra el suelo, con solo la

delgada capa de una raída alfombra para amortiguar la caída. Cualquiera de ellos podría haberse roto el cuello, o la columna, o cualquier otra parte de su anatomía, pero la buena suerte los dejó con solo unos moratones.

Sonriendo, Nick se levantó, notando que el repentino retorno de la gravedad le hacía sentirse débil tras un lapso de tan solo cinco minutos.

Caitlin se sintió desorientada pero no herida, porque en el momento de caer se encontraba cerca del suelo. Notó que la breve contienda había descolocado varias cosas de la habitación, tales como los cojines del sofá y una fotografía. El cristal que la protegía se había roto, y los añicos se esparcían por la alfombra.

«Esos cristales serán un peligro si las cosas vuelven a perder su peso», pensó Caitlin.

Se dirigió hacia Nick, temiéndose lo peor al ver el dolor en su rostro.

—¿Estás bien?

—Sí, me parece que sí —dijo.

Y entonces Caitlin miró al hombre, que estaba tendido en el suelo con el cuerpo sacudido por los sollozos. Pero ella comprendió que no era por el dolor de la caída.

Cuando Nick se levantó, recuperándose, Caitlin se fue a examinar al hombre, que más que propietario de la máquina parecía su víctima. Forcejeaba intentando ponerse en pie, pero no podía. Caitlin recordó que los astronautas que han estado demasiado tiempo en el espacio apenas pueden andar cuando vuelven a la Tierra, debido a la rapidez con que se atrofian los músculos en un entorno sin gravedad. Se maravilló de que Nick hubiera tenido la inteligencia de comprenderlo cuando aún estaban flotando.

Cada vez que Nick hacía algo verdaderamente insensible o tonto, después se redimía haciendo algo brillante y profundamente inteligente. Caitlin sabía que si él fuera solo brillante e inteligente, le disgustaría, igual que si fuera exclusivamente insensible y tonto. Pero lo cierto era que Nick pasaba todo el tiempo de un estado al otro, y eso lo hacía muy interesante.

—¿Por qué ha tenido que estropearse todo? —se lamentaba el voluminoso hombre. Ella se arrodilló a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Tal vez todo tenía que estropearse —dijo ella con suavidad— para que llegara este momento.

El hombre levantó la vista hacia ella, con ojos inquisitivos.

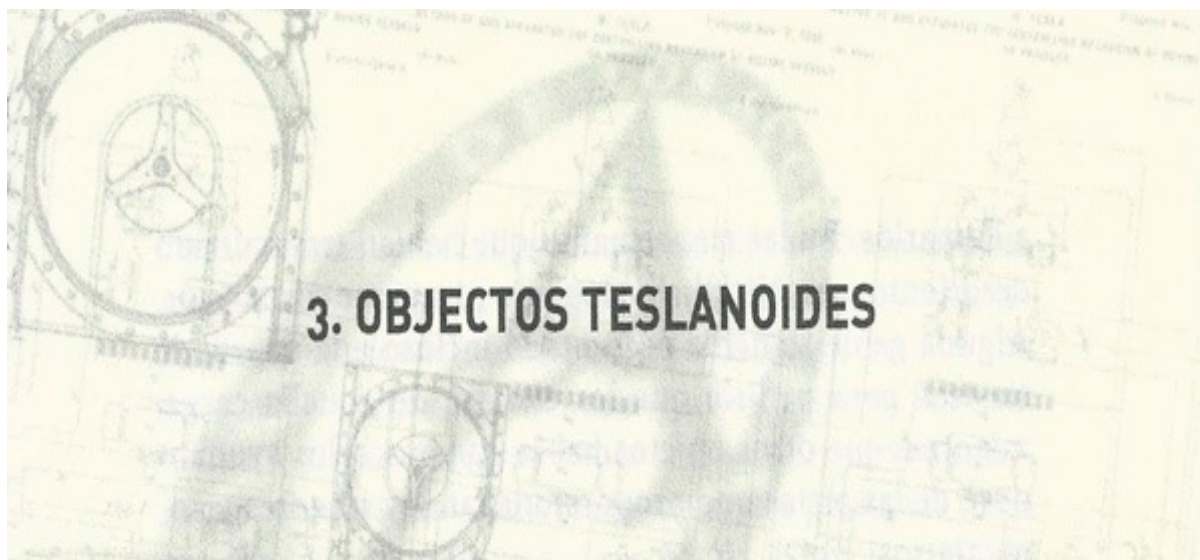
Entre los restos esparcidos por la habitación había un bolígrafo. Caitlin encontró también un pedacito de papel, y escribió en él un nombre y un número de teléfono.

—Mi tío lucha contra la obesidad y el metabolismo lento. Dirige una clínica para gente que está harta de las dietas de moda. —Miró a la máquina—. Sí, y de otros trucos para perder peso.

El hombre cogió el papel y lo miró.

—Él le ayudará a levantarse... por así decirlo —le dijo ella compasivamente—. Cuando usted esté preparado.

El hombre no ofreció resistencia cuando se llevaron la máquina de la casa, demostrando que, en realidad, ya estaba preparado.



Incluso aletargada y montada tan solo a medias, la máquina de Tesla irradiaba energía.

Al colocarse delante del invento en su desván-dormitorio, a Nick no le cupo ninguna duda de que él mismo formaba, de algún modo, parte de aquel invento, al igual que sus amigos, su padre, su hermano y cada una de las personas que habían recibido los artículos.

Su padre y Danny ya habían representado su papel en el plan maestro del inventor. Nick guardaba en el desván, como recuerdo, aquel bate, pero tanto este como el guante de béisbol eran algo gastado, podía sentir que ya no seguían conectados al resto de los objetos. Ni tampoco encajaban en la máquina, como no lo hacía la rueda parlante, que era una misteriosa variación de aquel juguete antiguo que hablaba, y que ya había cumplido su función, garantizando a su amigo Mitch la intermitente capacidad de «conocer la respuesta» incluso antes de que alguien hubiera formulado la pregunta.

El guante, el bate y el juguete ahora eran solo «cosas» que habían cumplido su propósito. Pero quedaban propósitos de sobra para Nick y sus amigos y para todos los artículos que seguían repartidos por la ciudad.

Antes de que el asteroide se acercara, ellos habían acumulado doce «objetos teslanoides», como habían empezado a llamarlos. En las tres semanas que habían transcurrido desde entonces, Nick había logrado recuperar cuatro más. Alguna gente se había presentado incluso a la puerta de su casa para pedirle que les aliviara de aquella carga, mientras que otros objetos había que buscarlos ayudándose de las pistas que proporcionaban los rumores y comentarios.

Objeto teslanoide n.º 13: justo tres días después de que el asteroide entrara en órbita, una mujer de aspecto cansado había llegado hasta la casa de Nick para devolverle un juguete que le había comprado en el mercadillo. Ni siquiera pidió que le devolviera el dinero.

—La peor compra de mi vida —le dijo.

El juguete era una caja de aquellas que contenían dentro un muñeco a resorte que salía cuando se levantaba la tapa, pero tenía un final tan sobrecogedor que dejaba al incauto que abría la caja inconsciente durante horas, como si se tratara de un poderoso narcótico. La mujer había estado empleando el «narcojuguete», como lo llamaba, para poner a sus feroces niños a dormir de noche.

—Pero ellos se dieron cuenta —le dijo la mujer—, y empezaron a usarlo contra mí, para poderse quedar toda la noche comiendo caramelos y viendo la tele. No te haces una idea del aspecto que tiene mi casa ahora por las mañanas —se lamentó—. ¡Quédatelo! ¡No quiero volver a verlo!

Objeto teslanoide n.º 14: cuando corrieron rumores de que el hermano pequeño de alguien se acababa de romper el brazo en un vendaval, a Nick le pareció raro, porque no había habido vientos fuertes durante los últimos días.

Tras conseguir nuevas pistas, Nick y Mitch visitaron un descampado donde encontraron un puñado de niños pequeños que estaban jugando con un fuelle que él había vendido en el mercadillo de su casa. Los niños lo estaban empleando para crear pequeños tornados a los que llamaban «demonios de polvo», en los que luego penetraban para verse arrojados a tres metros de distancia, como si fueran muñecas de trapo, y todo sin dejar de reírse un momento. Como suelen decir las madres: «No pasa nada hasta que alguien se rompe un brazo». Nick y Mitch les cambiaron el fuelle por videojuegos muy caros, asegurándoles que los niños no volverían a sufrir más daños corporales excepto, tal vez, síndrome del túnel carpiano por uso excesivo del controlador.

Objeto teslanoide n.º 15: Mitch había oído lo que comentaba una pareja de profesores de Lengua y Literatura sobre una situación curiosa que tenía que ver con la anciana madre de un profesor de matemáticas. Por lo visto, la familia había decidido que ya era hora de poner a la madre, que estaba rondando los noventa, en una residencia. La mujer, sin embargo, no tenía intención de dejar la casa en la que había transcurrido su vida.

—Según Beth, que lo ha sabido por Alice —había comentado el profesor —, no pueden acercarse a menos de metro y medio de ella. Es como si estuviera bajo una especie de hechizo que la protege.

Por supuesto, se habían reído y no habían dado crédito a aquella historia pues, al fin y al cabo, la idea misma del encantamiento y de la magia folclórica resultaba ridícula. Pero la idea de la tecnología desconocida no lo era.

Tras realizar algo de trabajo detectivesco, Nick, Mitch y Caitlin habían localizado a la mujer. Tuvieron que ponerse manos a la obra, los tres juntos, para volver a comprar aquel tamiz de harina cuya manivela, al ser accionada, generaba un campo de fuerzas de metro y medio aproximado de amplitud. No había manera de saber lo potente que sería aquel campo una vez conectado a la fuente de energía para la que estaba pensado, fuera la que fuera.

Para cerrar el trato, Caitlin tuvo que prometer que su padre, que era abogado, proporcionaría a la anciana representación legal gratuita en el pleito que tenía entablado para quedarse donde estaba.

Objeto teslanoide n.º 16: este le fue devuelto a Nick inesperadamente, por un hombre con tapones de algodón en los oídos. Nick había olvidado completamente aquel artículo: un clarinete de color gris plomo, sin brillo.

—¿Te puedes imaginar cómo es —preguntó el hombre muy enfadado— ver que tu hija pone todo su corazón en un concierto, con el único resultado de que el público entero sale corriendo y gritando? ¿Te puedes imaginar cómo es —dijo gritando— tener que ponerte tapones en los oídos después de esa catástrofe, porque hagas lo que hagas, no puedes dejar de oír esos espantosos sonidos?

Nick le cogió el clarinete.

—He estado presente en recitales escolares —le dijo—. Comprendo su dolor.

Nick se llevó el instrumento al desván. La campana del clarinete encajaba perfectamente en la boquilla del fuelle, dejando claro que la producción de horrible música capaz de destrozar los oídos no era la verdadera función del «clarinete». No era más que un producto derivado.

Para entonces, añadida la máquina de pesas a la colección, llevaban recuperados diecisiete objetos, mientras que otros quince seguían perdidos.

Llevar hasta casa la voluminosa máquina de pesas habría sido casi imposible bajo circunstancias normales. Pero Nick descubrió que podía poner la máquina en funcionamiento a mínima potencia, colocando la clavija en la pesa más ligera. Inmediatamente, la máquina se volvió lo bastante ligera para

que Caitlin y él pudieran llevarla por la calle y subirla al desván sin ayuda de nadie.

El mobiliario del dormitorio de Nick parecía pequeño ahora ante el artefacto grandioso y misterioso que estaba cobrando forma en el centro del desván, compuesto de todos los objetos individuales que encajaban como piezas de un puzle. En solo un instante, Nick averiguó dónde encajaba exactamente la máquina de pesas en medio del artefacto. Se introducía por detrás de la lámpara, y su armazón proporcionaba un espacio del tamaño perfecto para los seis rollos en miniatura que tomaban la forma de rulos del pelo.

Caitlin se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Cómo haces eso?

—¿Cómo hago qué? —preguntó Nick.

—¿Cómo sabes exactamente el sitio en que encaja? Se supone que la artista soy yo. Se supone que soy yo la que tiene un sentido visual privilegiado.

Nick se encogió de hombros.

—No tengo más que imaginármelo mentalmente, y lo sé.

—Ándate con cuidado —dijo Caitlin con una levísima sonrisa— o alguien podría acusarte de ser un genio.

—Sí —dijo Nick—, de ser un genio idiota.

La sonrisa de Caitlin se hizo más amplia.

—O un idiota a secas.

Nick asintió con la cabeza.

—De eso ya me han acusado alguna vez.

Miró la máquina. No podía negar que sentía una especie de orgullo cada vez que añadía otra pieza al puzle. Eso le hacía sentirse un paso más cerca del hombre que lo había diseñado. Tal vez Caitlin tuviera razón, y él hubiera absorbido una pizca de la genialidad de Tesla.

—¿Qué piensa tu padre de que estés volviendo a traer aquí todas estas cosas? Supongo que estará intrigado...

—Estaría intrigado —admitió Nick—, si lo supiera.

—Espera..., ¿quieres decir que...?

—Mi padre tiene problemas con las rodillas. Solo lo suficiente para impedirle subir aquí arriba —explicó, mirando la empinada escalerilla retráctil que subía al desván—. Mientras yo lleve la ropa sucia al sótano para lavarla, me encargue de limpiar mi habitación y no deje comida que se ponga mala, no tiene ningún motivo para subir aquí.

—¿Y si lo hace...?

Nick lanzó un suspiro.

—Pues ya me las vería con el problema. —Había más problemas con relación a su padre, pero Nick no quería entrar en ese tema.

Tras dejar la máquina de pesas colocada en su sitio, Nick y Caitlin bajaron al piso inferior para recompensarse con sendas copas de champán llenas de un burbujeante refresco.

Después del tercer sorbo, Caitlin preguntó:

—¿Qué es lo siguiente?

Lo siguiente para Nick no tenía nada que ver con los aparatos de Tesla. Pero no se lo pensaba contar a Caitlin. Al menos por el momento.

—He visto en Internet un archivador de biblioteca antiguo que está vendiendo alguien en la ciudad. Sospecho que es el del desván.

—Mmm —dijo Caitlin—. Si lo venden, es que no han descubierto lo que hace.

—O que no les gusta lo que hace y se quieren deshacer de él —sugirió Nick.

—En cualquier caso —dijo Caitlin antes de tomar otro sorbo—, alguien debería ir a ver.

Nick interpretó ese «alguien» como «ella no». Y no se lo podía echar en cara. Al fin y al cabo, Mitch e incluso Petula estaban también en el ajo. Pero parecía que Nick y Caitlin, con o sin reducción gravitatoria, estaban haciendo todo el trabajo pesado. Y luego estaba Vince, que, por obvias razones, no se había implicado últimamente.

Nick se quedó callado durante un incómodo instante, y Caitlin se movió en el asiento, como si estuviera a punto de levantarse.

—Bueno, tengo deberes que hacer —dijo.

Nick la detuvo:

—Caitlin —dijo—, he estado pensando... —Hizo todo lo que pudo por mirarla a los ojos, pero resultaba que era más fácil hacer eso con el ingrátido hombre del melón—. Sí, he estado pensando... —repitió.

Ella lo miró expectante.

—Si no vamos a ir a buscar más chismes este fin de semana... —prosiguió—, quiero decir, ya me entiendes, chismes del desván..., o sea, cosas de Tesla... No es que no me guste hacerlo... Quiero decir que no es que me guste, pero me gusta hacerlo contigo...

—Nick —le dijo Caitlin—, no estás diciendo nada...

Eso interrumpió el hilo de sus pensamientos, que, tenía que admitirlo, más que hilo parecía una maraña.

—Lo que quiero decir es que sé cuánto te gustan esas pelis extranjeras raras que terminan mal, y en el centro están poniendo *Mi gran funeral sueco*.

—¿Me estás ofreciendo una cita? —preguntó Caitlin con insoportable brusquedad.

—Bueno, yo... sí. Creo.

—¿Crees...? ¿Sí o no?

Nick respiró hondo:

—Sí.

—Ah —dijo Caitlin—. Bueno.

—¿Bueno sí, o bueno que te das cuenta de que acabo de ofrecerte una cita?

—Lo segundo, creo.

—¿Crees...? ¿Sí o no?

Caitlin respiró hondo, cosa que no era buena señal.

—Nick —empezó—, estamos metidos en mitad de algo realmente importante. Salir en ese plan implicaría... complicar las cosas, ¿no te parece?

Nick notó que se le ponían coloradas las orejas, y esperó que no se le estuvieran poniendo coloradas también las mejillas.

—Yo pienso que lo complicado está bien.

Caitlin dejó caer los hombros.

—A menos —añadió Nick, tal vez un poco más agresivamente de lo que pretendía— que tengas el corazón todavía puesto en Theo.

Ella lo miró como si él acabara de darle una bofetada.

—No es eso, y lo sabes.

—¿Lo sé...?

Vio que Caitlin estaba luchando con las palabras. «Bueno», pensó, «que luce. Si va a darme calabazas, por lo menos que le cueste tanto a ella como me costó a mí pedírselo».

—Simplemente no estoy segura de lo que siento.

Nick se levantó con tanta fuerza que su silla se deslizó hacia atrás. Le entraban ganas de salir furiosamente de la cocina, pero al recordar que aquella era su casa, se dio cuenta de que salir furiosamente de allí sería absurdo. Así que permaneció donde estaba.

—Bueno —dijo—, a lo mejor necesitabas el magnetofón de Tesla para que te dijera qué es lo que sientes.

Caitlin se levantó de la silla.

—Eso que has dicho —repuso— está fuera de lugar.

Ella se volvió y salió de la habitación furiosa. Y lo hizo mucho mejor de lo que lo hubiera hecho Nick.

Nick decidió no sentirse mal por lo que había dicho, ni lamentar el haberle pedido ir al cine. Su amistad se había fortalecido desde aquellos primeros días difíciles. Había sobrevivido al casi fin del mundo. ¿Era demasiado pedir que su amistad adquiriera una nueva dimensión?

Ahora que Caitlin se había ido, Nick regresó al desván y se quedó solo, de pie, delante de la máquina de Tesla.

Se sentía herido por el rechazo de Caitlin, pero, de algún modo, estar con la máquina le hacía sentirse un poquito mejor. No podía explicar la influencia que ejercía sobre él, el modo en que, cuando estaba cerca, sentía el impulso de meterse dentro de ella, de llegar a ser parte de ella. Ahora ocupaba aquel extraño vórtice gravitacional en el centro del desván, el punto en que Nick solía sentarse cuando aquella habitación estaba vacía. Estar allí le había hecho sentirse como si fuera el centro de todas las cosas y, lo que era aún más importante, el centro de sí mismo. Ahora ya no podía situarse en aquel lugar, lo más a lo que podía aspirar era a situarse cerca de la máquina. Y entonces Nick sentía la necesidad de ocuparse de ella, de completarla.

Tal como le había dicho Caitlin antes de mandarlo a la porra, Nick sabía por intuición cómo encajaban los objetos en la gran máquina, aunque no tenía ni idea de cuál era la función específica de cada objeto dentro del artefacto, y con cada parte que añadía aumentaba la necesidad de completarlo. Cuanto más se acercaba a la conclusión del Emisor de Energía de Amplio Alcance, más daba la impresión de que aquella máquina deseaba ser terminada.

Y aquella especie de impulso por terminar la máquina era muy preferible a la humillación que le había infligido Caitlin. Por eso, a solas y en secreto, se colocó tan cerca como era humanamente posible de aquella máquina incompleta, tratando de algún modo de ser la caja de resonancia de la máquina, y anhelando el día en que pudiera por fin ponerla en marcha y ver qué era lo que hacía. Caitlin ni siquiera recordaba la vuelta a su casa desde la de Nick, de tan infundida como estaba de rabia y frustración. Mucho antes de llegar a la puerta de su casa, sin embargo, comprendió que estaba furiosa consigo misma, no con Nick.

El magnetofón que Nick tan fríamente había mencionado le había proporcionado el suficiente conocimiento de sí misma para saber que él tenía toda la razón al enfadarse con ella. Puede que ellos se estuvieran convirtiendo en algo más que amigos. Y si ella le engañaba, había un motivo.

Es cierto que él le gustaba (aun cuando no lo admitiera ante nadie, solo ante sí misma), pero salir con él daría lugar a cosas que ni ella ni Nick podían permitirse por el momento.

Según la experiencia de Caitlin, un novio era alguien que pensabas que realmente te gustaba, aunque una vez lo conocías te pasabas el tiempo pensando cómo escaparte de él. Caitlin se imaginaba que quedar con chicos sería eso, hasta que una por fin encontrara lo que buscaba. Solo entonces se establecería el verdadero amor, solo entonces encontraría su media naranja.

Pensaba que Nick podría muy bien ser esa media naranja, pero convertirlo en un Theo lo echaría a perder. ¿Había algo equivocado en ella, que tuviera que seguir saliendo con un chico con el que no quería pasar tiempo, y seguir pasando tiempo con un chico con el que tenía miedo de salir?

—Caitlin, cielo —le dijo su madre cuando entraba en la casa—. Theo está aquí.

Y allí, en la puerta, estaba él, su ex (pero no completamente ex) novio. Caitlin lanzó un suspiro pensando: «Claro que está aquí».

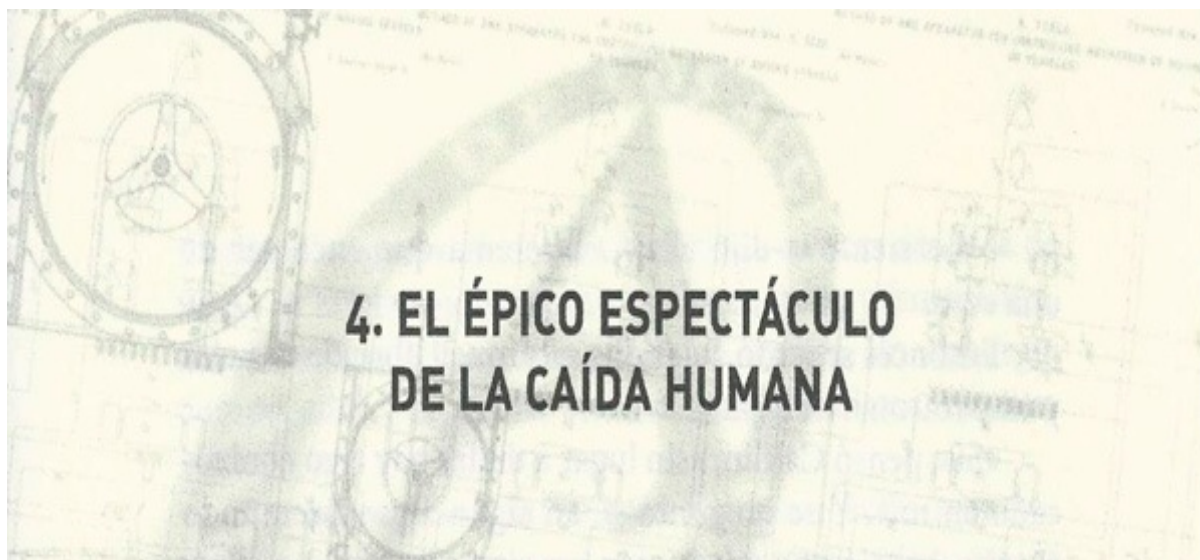
—¿Olvidaste que habíamos quedado hoy para estudiar ciencias? —le preguntó él.

—Lo siento —dijo ella—. Me tenía que encargar de una cosa.

Entonces se sentó, y los dos sacaron el libro de ciencias y empezaron a trabajar.

«Sí», pensó Caitlin, «sin lugar a dudas hay algo equivocado en mí». Y se preguntó si, en algún lugar del mundo entero, habría una pareja que encajara menos que ella y Theo.

Y el caso es que la había.



Mientras Petula Grabowski-Jones aguardaba con embelesada impaciencia, Mitch Murló reprimía un suspiro:

—Vale, ya se acerca —dijo Petula—. Mira: esto va a estar muy bien.

Aquello no se correspondía con la idea que Mitch tenía de pasar un buen rato, pero quería suspender su sentido del juicio, ya que parecía que a Petula la cosa la hacía feliz. Y quería que ella estuviera feliz, porque aquella era la primera cita que tenían ambos sin que mediara el bendito silencio de un cine. Eso significaba que tendrían que reconocer la existencia del otro durante un rato bastante largo, y hacer eso que se llama conversar. No era moco de pavo.

Les había costado un buen rato ponerse de acuerdo en una cita sin cine que estuviera bien para los dos. Ella había dicho que no a los bolos, que le parecían una cosa demasiado vulgar, y una cena elegante era algo inconcebible con Mitch porque, según ella, Mitch tenía «a la mesa las maneras de un lémur con daños cerebrales». Fue pensando en sí mismo como un lémur como se le ocurrió a Mitch la idea del zoo. Petula había aceptado pero, como todo lo que ella hacía, lo hizo por sus propias y especiales razones.

Mitch no sabía muy bien por qué le gustaba Petula. Tal vez fuera el modo encantadoramente irritante en que ella se presentaba a la gente (Se pronuncia «Petula», no «Petuula» como dicen algunos). O tal vez fuera la manera en que se separaba el pelo y trenzaba sus coletas con curiosa, y un poco aterradora, precisión matemática, de modo que hasta su naturaleza un poco asimétrica era cosa de diseño. O tal vez fuera solo porque él le gustaba a ella. Fuera cual fuera el motivo, el caso era que en aquel momento estaban cogidos de la mano, sentados a una mesa al final del bar del zoo de Colorado Springs,

contemplando a la especie mamífera más evolucionada de la Tierra, que no estaba protegida de Petula por la seguridad de las jaulas.

—¿Recuerdas lo oscuro que era el pabellón de los reptiles?

—Sí... —dijo Mitch.

—Y ves ese peldaño inesperado que hay ahí al salir de él, ¿verdad?

—Claro... —dijo Mitch.

Petula hizo un gesto con la mano, como si le estuviera presentando un imponente panorama:

—Observa.

La mujer que acababa de salir del pabellón de los reptiles se acercaba rápidamente al peldaño casi invisible.

—Eh... ¿no deberíamos advertirle? —preguntó Mitch.

Petula lo fulminó con la mirada.

—¿Tienes algún problema mental?

Cegada por el mármol blanco, la desventurada mujer no vio el peldaño y no pudo evitarlo. Y mientras que otras personas que salían del pabellón de los reptiles daban algunos pasos un poco torpes, aquella mujer se cayó de morros. Fue una de esas caídas dignas de pasar a la historia. El bolso le salió volando por los aires, desparramando todo su contenido a lo largo de metros de mármol blanco, como si fueran los restos de un avión accidentado. La mujer, postrada como en alguna rara forma de veneración religiosa, fue rápidamente atendida por media docena de personas que la ayudaron a levantarse y recuperaron todas las pertenencias que no se habían llevado ya las palomas.

—Eso ha sido... tremendo —dijo Mitch.

Petula se inclinó hacia él, de una manera muy amable:

—Es bonito compartir momentos tan especiales.

—Sin embargo, pienso que deberíamos ayudarla. Quiero decir..., Mírala.

Incluso con la ayuda de varias personas que estaban cerca, la mujer parecía tener serias dificultades.

Petula suspiró con cierta exasperación, y dijo:

—No podemos ayudarla, porque no la hemos ayudado antes.

—¿Eh...?

A regañadientes, Petula metió la mano en su bolso.

—Yo no quería enseñarte esto, porque va a estropear la sorpresa. Pero supongo que será mejor que lo sepas.

Y entonces le enseñó a Mitch una serie de fotografías en blanco y negro de aquel punto exacto. Una era una imagen de aquella escena que acababa de tener lugar ante sus narices, una foto que parecía tomada dos o tres segundos

antes. Otra era una foto de un hombre tendido de la misma forma. Y había una tercera foto de una familia entera, cuyos miembros habían caído unos encima de otros.

Mitch lo entendió de repente.

—¡La cámara de cajón!

Petula asintió con la cabeza:

—Vine aquí ayer, puse la cámara en veinticuatro horas, y empecé a tomar fotos. Ya había venido aquí varias veces para disfrutar del épico espectáculo de la caída humana, pero nunca sabía cuándo tendrían lugar las caídas más espectaculares. Gracias a la cámara, ahora las puedo predecir con total precisión. La segunda caída ocurrirá a las tres y diecisiete. Y la tercera a las tres y treinta y dos. Me muero de impaciencia por ver cómo termina así la familia.

Mitch seguía teniendo problemas para entender aquello de la cámara de Tesla que tomaba fotos del futuro.

—Pero si sabemos lo que va a ocurrir, y podemos impedirlo...

—No podemos —repuso Petula—. El hecho de que tengamos una foto de eso demuestra que no podemos impedirlo. Y el hecho de que no aparezcamos en la foto ayudando a esas personas demuestra que no lo haremos.

—Pero podríamos hacerlo.

Petula cerró las manos en sendos puños.

—No hay ninguna foto de tú y yo ayudando a levantarse a las personas que han caído. ¿No me expreso con claridad?

Cuando Petula se ponía tajante al respecto de algo, Mitch sabía que no había nada que hacer, salvo dejar que la naturaleza siguiera su camino, sin discutir más.

Petula, sin embargo, comprendía que le convenía controlar su temperamento. Tenía que recordarse que Mitch era un imbécil, pero solo en el sentido en que son imbéciles los chicos de catorce años. Ella le ayudaría a superarlo. Un mes antes, Mitch Murló apenas aparecía en su radar. Es curioso cómo cambian las cosas. Ella ahora disfrutaba realmente estando con él, aunque la pusiera de los nervios. O especialmente cuando la ponía de los nervios. Porque en los nervios hay pasión.

Pero hay que dejar a Mitch que arruine el momento.

—¿Sabes? Tendrías que devolverle la cámara a Nick. En serio.

La mención de Nick le hizo ponerse a la defensiva, y sentirse posesiva y violada emocionalmente, todo ello al mismo tiempo. ¿Cómo se atrevía Mitch a mencionar al chico con el que ella preferiría salir?

—¿Por qué demonios tendría que hacer eso? Él sigue echándome la culpa de la muerte de Vince. Me odia.

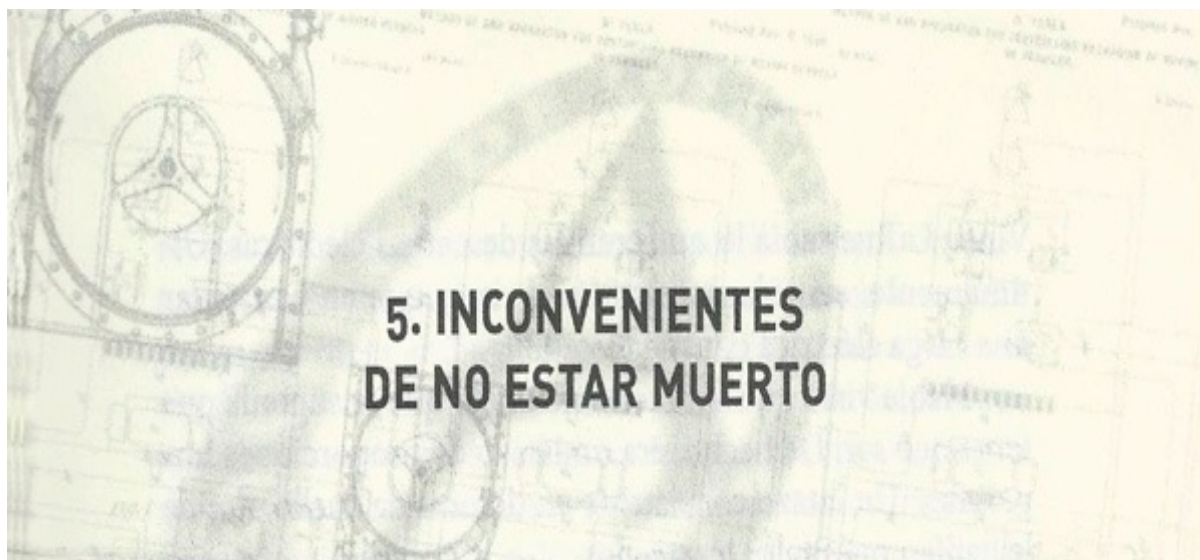
Mitch se encogió de hombros.

—Tal vez si le devolvieras la cámara, no te odiaría tanto. Además, la muerte de Vince no fue para tanto, ya me entiendes.

Petula tenía que admitir que la idea de que Nick Slate no la odiara sería un paso de gigante hacia la consecución de su deseo. Y, además, tenía otras razones para recuperar las buenas relaciones con Nick..., razones que no tenían nada que ver con sus sentimientos, y sí mucho que ver con la pequeña insignia de los Accelerati que llevaba en secreto bajo la solapa de la blusa.

—Lo pensaré —le dijo Petula, dándole a Mitch unas suaves palmaditas en la mano.

Entonces señaló a un hombre que salía del pabellón de los reptiles, un hombre destinado a vérselas con el mármol de un modo glorioso.



Algunas relaciones se forman en el cielo. Otras no. Tomemos, por ejemplo, la relación entre el sol y la luna: he ahí una unión perfecta de cuerpos celestiales. La luna dio las mareas terrestres, que a su vez crearon playas y líneas de costa imponentes. Sus fases ayudaron a los primeros humanos a diseñar los calendarios, y el ocasional eclipse dio a varias civilizaciones motivo para grandes eventos teatrales, tales como los sacrificios humanos o el cierre de colegios.

Pero ahora un asteroide se ha colocado entre ellos, y estaba empezando a causar nuevos estragos. Porque cuando una tercera parte entra en una relación de dos, es irremediable que haya fricciones. O al menos cierta convulsión de tipo eléctrico y magnético.

La aurora boreal, versión nortea de la aurora polar, que hasta entonces solo había sido visible cerca del círculo polar ártico, podía verse ahora desde cualquier lugar de la Tierra. Cada noche, las arrolladoras llamas de energía magnética ofrecían una gloriosa exhibición.

En cada comunidad, la gente se ponía a mirar y se maravillaba ante el misterio de la creación. Y a la mañana siguiente, cuando recibían pequeñas descargas de electricidad estática al abrir la puerta del dormitorio, nadie le daba mucha importancia. Al principio. Vince LaRue sabía lo que eran las descargas eléctricas. Últimamente, su vida consistía nada más que en conservar una carga eléctrica constante.

Había visto que la muerte no era lo que se suponía que tenía que ser. De hecho, era un latazo de proporciones imperiales. Un latazo consistente en dolores de cuello, donde le habían puesto los electrodos.

—Vince, cielo —le decía su madre desde aquella parte irritantemente alegre de la casa—: ¿sigues ahí abajo? ¡Vas a llegar tarde al cole!

—Tal como están las cosas, ¿eso tiene importancia?

Su amigo Nick se había montado el dormitorio en un desván. Vince había elegido un sótano. Ambos eran espacios sombríos, pero había una sordidez fundamental en los sótanos que Vince siempre había encontrado atractiva. Y más ahora que estaba muerto. Bueno, no exactamente muerto. No-muerto. Pero no en el sentido en que están no-muertos los vampiros, ni tampoco exactamente como lo están los zombis, sino más bien en el sentido, muy real, de estar conectado a una puñetera batería que lo mantenía con vida.

Se miraba en el espejo del baño, que le había dado principalmente malas noticias durante las dos últimas semanas. Al fin y al cabo, había estado verificablemente muerto durante casi cuatro días antes de que sus amigos acudieran a reanimarlo, y ese era un momento que Vince no quería volver a experimentar. Ni siquiera podía pensar en fiambre ni camellos sin ponerse malo.

Cuando lo reanimaron por primera vez tan solo parecía..., bueno, muerto. Pálido y descolorido como la luna. Con un aspecto nada saludable, y eso de un modo extraño y especial.

Al cabo de unos días, sin embargo, se le había empezado a pelar la capa superior de piel. Al principio era apenas reconocible. Tenía un aspecto maravillosamente monstruoso. Solo por divertirse, salía a última hora de la tarde a parques y otros sitios públicos para aterrorizar a los más sensibles. Su mayor éxito había consistido en lograr que una chica vomitara en el regazo de su novio cuando estaba sentada con él en un banco del Jardín de las Acacias. Por supuesto, podía haber sido el beso del chico lo que había provocado el vómito, pues no era muy guapo, pero Vince prefirió pensar que el mérito era suyo.

—Al final la piel viva reemplazará a la piel muerta —le había dicho Nick.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Vince. Al fin y al cabo, no parecía que hubiera ningún manual para aquel tipo de cosas.

Pero Nick debía de tener razón. Su piel estaba mejorando de aspecto, y ahora mismo parecía como si simplemente hubiera tomado demasiado el sol. Aunque su temperatura corporal seguía a veintidós grados, estaba empezando a parecerse a como era antes.

El mayor problema que presentaba aquello de no estar muerto, sin embargo, era que lo dejaba a uno con un olor corporal realmente desagradable. Y de ese modo, antes de ponerse su camiseta de *Grateful Dead*,

que ahora resultaba muy apropiada, se echaba en las axilas una cantidad industrial de *Dove Men* de máxima potencia, seguido con un poco de *Old Spice*, y después terminaba rociándose Axe por el resto del cuerpo. Al menos durante unas horas, aquello reducía su hedor personal. Estaba claro que cualquiera que se hallara cerca de él podría preguntarse de dónde demonios salía aquel olor de comida de gato, que no se volvería intolerable hasta por lo menos el mediodía.

Vince había adivinado la cosa esa del olor corporal tiempo atrás. No era solo que su cuerpo se estuviera purgando de los restos de la muerte. La batería de celdas líquidas de Tesla no solo lo había revivido a él, sino que también estaba reanimando las bacterias muertas de su cuerpo, todas las cuales estaban felices de multiplicarse y producir montones de desperdicios ahora que volvían a estar vivas.

Lo que lo empeoraba todo era que no se podía duchar con los electrodos en la nuca. Las pequeñas almohadillas de los electrodos y la cinta se humedecerían, se desprenderían, y él volvería a morirse, cosa que ya había sucedido una vez. Hay pocas cosas más humillantes que volver a la vida en el suelo de la ducha y encontrar de pie sobre ti a tu madre, que te acaba de colocar bien los electrodos.

Ahora tenía que tomar baños con cuidado varias veces al día. Para un chico que odiaba los baños de multitudes, tres baños al día era una multitud de baños.

—¡Vincent! —le llamaba su madre, con esa manera estándar que tienen las madres de perder la paciencia.

—Voy enseguida, mamá —anunció él subiendo la escalera con dificultad.

La madre salió de su alegre cocina para entrar en su alegre sala de estar.

—Siéntate —le dijo con alegría—. Déjame que te arregle la cinta.

Aquel ritual había entrado a formar parte de su rutinario beso de buenas noches, y Vince tenía tan poca fuerza para resistirlo como para resistirse al beso: las madres hacen siempre lo que quieren. Con cuidado, asegurándose de que los electrodos no perdían contacto en ningún momento, ella desprendió la cinta vieja y comprobó que los electrodos estaban seguros, y que las almohadillas seguían adheridas a su piel. Entonces le puso una cinta nueva en el brazo, justo debajo de la línea del cuello. Mientras lo hacía, tarareaba con la boca cerrada. Vince seguía sorprendido por lo rápido que ella había llegado a aceptar el nuevo estado de muerto viviente de su hijo. Pero, una vez más, ¿qué remedio le quedaba? Se trataba de aceptarlo o de echar a correr gritando. Ahora llamaba a Vince «mi pequeño milagro», y así estaba la cosa.

Durante los días que siguieron a su reanimación, ella no paraba de preguntarle qué había experimentado en su más allá temporal. Él respondía cada vez de manera diferente pero siempre igual de sarcástica. Primero le dijo: «Me dieron alas y estuve jugando al Halo». Luego: «Heredé un planeta, pero la Estrella de la Muerte lo voló por los aires». Y por último: «Estuve en un cenorrio con nuestros parientes muertos. Por eso supe que me encontraba en el infierno».

Después de eso, no le volvió a preguntar.

Pero lo cierto era que no podía recordar realmente qué había experimentado al otro lado. Era como ese sueño que te acecha en el borde de la conciencia, pero al que no consigues sacar de lo más profundo del recuerdo, por mucho que lo intentes.

Mientras Vince caminaba hacia el instituto, con la cabeza y los hombros caídos como de costumbre, su madre lo seguía en su coche a una manzana de distancia. Lo seguiría hasta que llegara al instituto, y después lo dejaría para irse a su trabajo en la inmobiliaria SmileMax, donde presumían de ser «los Agentes Inmobiliarios más Felices del Planeta®». Desde que él había resucitado, ella quería llevarlo en coche a todas partes para asegurarse de que no le pasaba nada. Pero Vince se había negado a aceptarlo. Y habían llegado a aquel acuerdo.

Mientras caminaba por las aceras de su barrio, levantadas por las raíces de los árboles, se atrevió a considerar las opciones que tenía. ¿Cuáles eran las perspectivas a largo plazo para los no-muertos? ¿Se convertiría en un adulto, o se quedaría perpetuamente en sus catorce años? Si era esto último, ¿sería una cosa muy mala? Y ser un no-muerto ¿significaría vivir para siempre?

Entre las cosas positivas estaba que se le había ido el acné, pues el acné, que consiste en la afloración de bacterias muertas, no tenía lugar cuando lo que estaban haciendo las bacterias era regresar a la vida.

En el lado negativo, si le picaba algún bicho o le entraba un virus, el problema se multiplicaría en él mucho más aprisa que en una persona viva normal. De hecho, podía convertirse en portador de unas cuantas enfermedades mortales. Lo cual era lo bastante inquietante como para estremecerlo un poquito.

Sopesando pros y contras, Vicent llegó a la conclusión de que estaba disfrutando su actual estado de no-muerto.

Tenía que admitir que echaba de menos lo de soñar. Pero había dejado de hacerlo. Actualmente solo conocía dos estados: despierto y muerto. Como anteriormente había sido un poco insomne, estaba acostumbrado a ver

películas viejas y jugar a videojuegos durante toda la noche. Y como ahora no dormía nunca, y ni siquiera se cansaba, no se quedaba sin enterarse del final de las pelis.

Su madre le había sugerido una vez que se desconectara a la hora de dormir, que ella lo volvería a conectar cuando sonara la alarma, porque «todo el mundo necesita ocho horas de descanso». Pero cuando él observó que se pasaría esas ocho horas descomponiéndose, esa idea quedó rápidamente descartada.

En las raras ocasiones en que, en un lugar público, se le desprendía un cable, Vince había aprendido el truco de cerrar los ojos en el momento en que sentía que se aproximaba la muerte. De ese modo, al caer al suelo, a cualquiera que lo viera le parecería que solo estaba inconsciente, hasta que llegaba ayuda.

Por esa razón, Vince, un chico solitario por naturaleza, se había visto forzado a adoptar el sistema del compañerismo, asegurándose de que estaba casi siempre bajo los ojos vigilantes ya fuera de su madre, a una manzana de distancia por detrás de él, o de uno de los cuatro compañeros de clase que estaban al tanto de lo de la batería.

Mitch fue el primer miembro de su pequeña sociedad secreta en saludar a Vince aquel día en el instituto, en el momento en que su madre aceleró y se fue.

—Eh, Vince —dijo Mitch demasiado alto, como siempre—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Muerto para el mundo —respondió Vince en el tono más plano que podía.

Mitch se rio por cortesía, y entró en clase detrás de él.

Entre Mitch, Petula, Caitlin y Nick, Vince siempre, en cinco de sus seis clases, tenía con él alguien que le echaba un vistazo. Aunque le reventaba que lo tuvieran que cuidar como a un niño pequeño, la posibilidad de morir en el aula le reventaba más. Y, justo aquel día, eso fue lo que sucedió en clase de Lengua y Literatura, cuando la mochila que contenía la batería de celdas líquidas cayó de la silla al suelo desconectando los electrodos.

Nick estaba a dos asientos de distancia cuando oyó el revelador golpe de la cabeza de Vince al golpear contra el pupitre. Eso provocó risitas a su alrededor, porque sus compañeros pensaban que se había quedado dormido.

La disculpa, que había llegado en forma de nota dirigida a cada uno de los profesores por la madre de Vince, era que a este le habían diagnosticado narcolepsia. La nota decía que podía quedarse dormido en cualquier

momento, y que los profesores no debían tomárselo como algo personal (aunque siempre lo hacían), pese a que algunos alumnos llevaban una lista secreta de los profesores que inducían más al sueño.

Cuando Vince se cayó, Nick actuó a toda prisa, prácticamente saltando por encima de la chica que estaba entre ellos, para reconectar los electrodos. Afortunadamente, los cables se habían desprendido de la batería y no de la espalda de Vince, porque habría sido mucho más duro para Nick explicar por qué tenía que meter la mano dentro de la camisa de Vince para despertarlo, en vez de simplemente darle una torta en la cara, tal como les hubiera encantado hacer a muchos compañeros, y posiblemente también a algunos profesores.

Una vez reconectados los electrodos, Vince abrió los ojos y se colocó en la silla como si no hubiera pasado nada:

—¡Presente! —dijo.

La chica que estaba al lado de Vince miró a Nick con una expresión de desconcierto.

—¿Qué es lo que le has hecho? —preguntó.

Nick se encogió de hombros.

—Nada. Solo le cogí el móvil para llamar a su madre. Quiere enterarse cada vez que le da un episodio de narcolepsia.

Pero la chica no se quedó muy convencida:

—¿Y qué lleva en la mochila? Parece muy pesado.

Nick y Vince se salvaron por la profesora, que insistía en que le dedicaran toda su atención. Uno de esos días, sin embargo, Nick sabía que a alguien le picaría demasiado la curiosidad y terminaría dándose cuenta de que había algo en el estado de Vince sobre lo que se guardaba un silencio sepulcral. Nunca mejor dicho.

Al final de la clase, Vince se fue derecho a la puerta, pero Nick lo siguió por el pasillo.

—Si esperas que te dé las gracias —le dijo Vince—, puedes seguir esperando.

—¿Por qué iba a esperarlo? —preguntó Nick—. Ni siquiera nos has dado las gracias a Caitlin ni a mí por reanimarte la primera vez. Y después de lo que sucedió aquel día en el depósito de cadáveres, no merecemos solo agradecimiento: merecemos una medalla cada uno. —Nick sintió un escalofrío—. Sigo teniendo pesadillas en las que aparecen puercoespines y picos de cavar.

Miró a su alrededor para asegurarse de que ningún otro de los alumnos que corrían a clase estaba escuchando:

—Eh, sigo necesitando tu ayuda, Vince.

Vince cruzó sus larguiruchos brazos, dirigiéndole a Nick una mirada tipo pez muerto.

—¿Por qué te iba a ayudar? Si no fuera por ti, no necesitaría en absoluto esa batería.

Vince tenía algo de razón, pero había muchas otras razones que se podían argüir en contra.

—Te guste o no, ahora todos estamos juntos en esto.

—¿Y quién tiene la culpa?

Nick sintió que se le cerraban los puños.

—¿Tendrá importancia de quién sea la culpa cuando los Accelerati te roben esa batería y tú bajes a dos metros de profundidad y te quedes allí para siempre?

—Eso no ocurrirá nunca —dijo Vince—. Porque quiero que me quemén.

Nick sintió ganas de agarrarlo y sacudirle con ganas, pero pensó que probablemente si lo hacía volverían a desprendérsele los cables, así que decidió respirar hondo para calmarse. Nick tuvo que recordarse que aquella situación había dejado a Vince peor parado que a ninguno de ellos.

—¿Y por qué no les dejas a los Accelerati que se queden con el resto de las cosas? —gruñó Vince—. A lo mejor entonces nos dejan en paz.

Nick estaba a punto de observar que necesitaba reunir todos los artículos que quedaban para que encajaran en la máquina del desván, pero entonces se dio cuenta de que no le había explicado a Vince que los objetos encajaban unos en otros. Vince no lo sabía, y tampoco lo sabían los Accelerati.

Y de repente Nick comprendió que no se lo podía decir a Vince, pues para terminar el artefacto, el último objeto que necesitarían sería la batería de Vince. La pura verdad era que Nick no quería encarar eso en aquel momento, así que dejó de lado aquel pensamiento. Lo único que dijo fue:

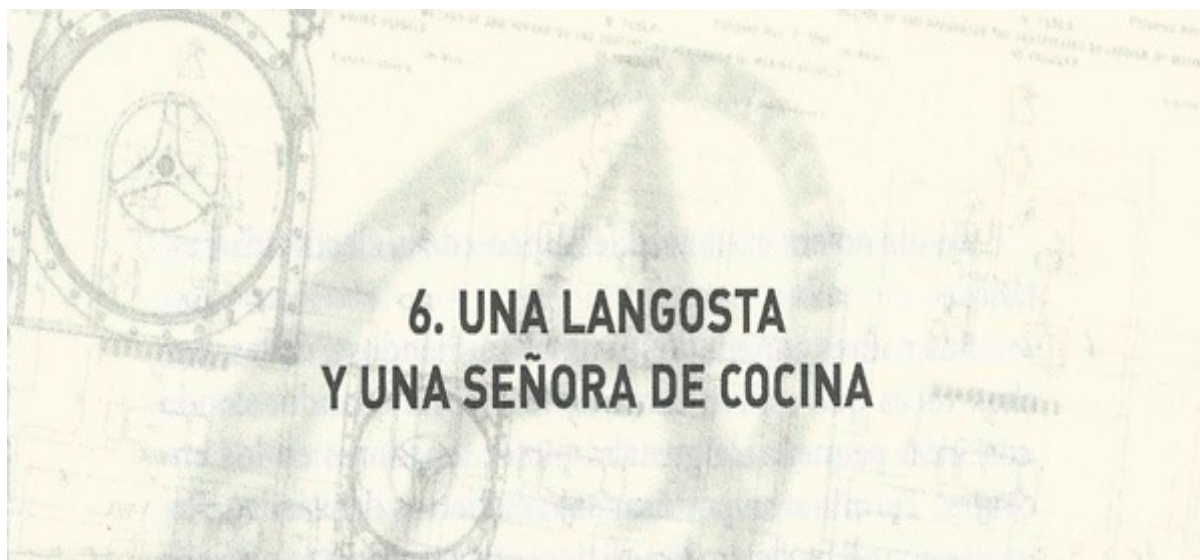
—Después de lo que te hicieron, ¿no quieres enfrentarte a ellos?

Vince se quedó dudando. El pasillo empezaba a vaciarse. Nick sabía que llegaría tarde a la clase de Historia, pero aquello era más importante.

—Lo consultaré con la almohada —dijo Vince al final.

—Tú no duermes y tampoco usas almohada —repuso Nick.

—Por eso tendré mucho tiempo para pensar en ello.



Un generador eléctrico es una cosa bastante impredecible. Puede apagarse, o saltar por los aires, o electrocutar a la gente con la misma y tranquila facilidad con que nos recarga el cepillo de dientes.

Cuanto más grande es el generador, más electricidad produce y, en consecuencia, mayor es su potencial de devastación.

La presa de las Tres Gargantas, capaz de generar el diez por ciento de la electricidad de China con sus treinta y dos enormes turbinas, había sido el generador eléctrico más grande del mundo. Pero incluso la mayor turbina no es más que un montón de alambre de cobre enrollado alrededor de un imán, y no se puede comparar con un pedazo de cobre de ochenta kilómetros de diámetro que gira alrededor del núcleo magnético del planeta Tierra. Había un nuevo megagenerador eléctrico en el tablero de juego, que se llamaba Mazazo Celestial. Todo el mundo era consciente del aumento de la electricidad estática. La mayoría de la gente lo consideraba simplemente «una de esas cosas que pasan». Como esos caramelos americanos que echan chispas cuando los metes en la boca, o cuando brillan un instante las sábanas secas al meter los pies en la cama.

Petula no era extraña al fenómeno de la electricidad estática.

Sus padres a menudo le contaban, riéndose, de las muchas veces que estuvo cerca de la muerte cuando, siendo una niña pequeña, le gustaba meter tenedores en los enchufes. Terminaron por usar solo cubiertos de plástico. Petula se acordaba de eso lo suficiente para saber que no tenía un deseo infantil de suicidarse, sino que tan solo trataba de matar al «monstruo apestoso» de la pared que se empeñaba en asustarla sin ninguna razón aparente.

Pero ahora el monstruo había vuelto, y ya no estaba confinado a la pared.

Petula supo que no sería un buen día cuando al despertar descubrió que la electricidad estática con la que había combatido durante la noche, a patadas contra las sábanas, le había puesto las trenzas casi de punta, como las de Pipi Calzaslargas. Para descargar aquella electricidad, fue necesario tocar muchos dolorosos pomos de puertas; y para volver a dejar las trenzas en su sitio hicieron falta cantidades industriales de champú.

Petula lo pasó mal durante las clases de la mañana, pero siempre, desde el día en que la señora Planck, a la que llamaban «la señora de la cocina», la había invitado a entrar en los Accelerati, el trabajo que se necesitaba para rellenar un currículum institucional parecía una absurda pérdida de tiempo.

El problema (solo ahora lo comprendía Petula) era que la señora Planck la había introducido en una célula en la reserva, una célula de dos personas. Y se suponía que no tenían que hacer nada más que vigilar y esperar.

A Petula se le daba bien lo de vigilar, pero esperar le resultaba imposible: había reunido información sobre las actividades de Nick Slate; había informado a la señora Planck sobre qué objetos tenía Nick; a las órdenes de la señora Planck había tomado tediosas fotos del futuro; y seguía esperando a que la señora Planck le pidiera hacer algo realmente importante, pero de momento no tenía tanta suerte.

Durante la clase de Historia, mientras el profesor hablaba monótonamente sobre el Destino Manifiesto, Petula decidió que era tiempo de manifestar su propio destino. En el instante en que sonó el timbre, se fue derecha hacia la cafetería.

La señora Planck estaba en su puesto habitual, detrás del mostrador de los platos. La mujer, que había trabajado en secreto todos aquellos años, era una de las pocas personas en el mundo a la que respetaba Petula, y una de las pocas que realmente le caían bien. Pero en aquel momento estaba atendiendo a otros.

Había otros chicos que ya estaban en la cola del almuerzo. Petula les dejó pedir delante de ella, para que le diera tiempo a formular sus pensamientos y armarse de determinación. Cuando nadie miraba, metió la mano bajo la solapa de la blusa y palpó la oculta insignia de oro que llevaba, pasando el pulgar y el índice por la lisa y pequeña A con el signo de infinito que formaba la barra horizontal.

«Llévalo cerca del corazón, pero no dejes que lo vea nadie», le había dicho la señora Planck. Bueno, pero pertenecer a aquella asociación tenía que

significar algo más que llevar aquella insignia tonta. Tenía que ser una puerta a la grandeza. Y Petula estaba cansada de llamar a esa puerta.

Cuando Petula finalmente se acercó, la señora Planck debía de haber notado algo en su cara, porque le ofreció una sonrisita conspiratoria y le dijo:

—Tienes pinta de poder digerir algo de comida de mi alijo sorpresa especial.

El setenta y cinco por ciento de las sorpresas, había concluido Petula, eran desagradables. Pero tuvo que admitir que sentía curiosidad.

—Claro —le respondió—. ¿Qué es?

La señora de la cocina cogió un par de largas tenacillas plateadas de debajo del mostrador, y entonces dejó caer en la bandeja de Petula una cola de langosta a la plancha perfectamente hecha.

—Impresionante —dijo Petula—. ¿A quién le sirve esto normalmente?

—A cualquiera que se lo merezca y no sea alérgico al marisco —le respondió la señora Planck.

—Conozco a personas que son alérgicas al marisco, y que se merecerían comer un poco.

—Dime cómo se llaman —le dijo la señora Planck guiñándole el ojo—, y veré qué puedo hacer.

—Eh —dijo el chico que estaba detrás de ella en la cola—. ¿Cómo es que le ha dado a ella el bicho gordo? ¡Yo también quiero uno de esos!

—Lo siento mucho —le dijo la señora Planck de modo rotundo—. Servirte un bicho gordo a ti sería incentivar el canibalismo. Para ti hay pizza. ¡El siguiente!

Los chicos empujaban para que les sirviera su almuerzo, pero Petula bloqueó la fila, negándose a dejarla.

—Tenemos que hablar —le dijo a la señora Planck.

—Después —fue cuanto le respondió la señora Planck, y siguió sin hacerle caso, sirviendo bazofia como si Petula no estuviera allí. Así que Petula encontró una mesa, se sentó y se comió la cola de langosta sin que los demás chicos se fijaran en ella. Eso no la sorprendió (estaba convencida de que podría haberse puesto a bailar el hula-hula con la langosta en la cabeza y, salvo aquel chico que quería «el bicho gordo», nadie más le habría prestado atención).

Eso, pensó Petula, era otra cosa que había que cambiar.

Después de las clases, Petula estuvo sacando sus fotos diarias para los Accelerati con la ruedecilla del foco de la vieja cámara de cajón de Tesla enfocada a veinticuatro horas hacia el futuro. Disparó una foto del kiosco de

periódicos, en la que tendrían que aparecer los titulares del día siguiente. Tomó fotos de los paneles digitales de las cotizaciones que forraban el edificio del banco Wells Fargo. Y al final tomó una foto de la fachada de la bolera del vecindario.

Cuando acabó, se fue al cuarto oscuro de la señora Planck y reveló los negativos. Examinaron juntas las ampliaciones, fijándose en los titulares de los periódicos del día siguiente, en los precios de las acciones al cierre del día siguiente, y confirmando que la bolera no parecía alterada. La señora Planck no le había explicado nunca por qué tenía que hacer aquella foto todos los días, y eso de tener que hacerla sin saber por qué la hacía sentirse desplazada.

—Mire —dijo Petula, señalando un titular del periódico—: los Phoenix Suns van a ganar esta noche a los Lakers: eso es un buen disgusto.

—Sí que lo es. Estoy segura de que los Accelerati encontrarán muy útil esa información —respondió la señora Planck.

—¿Quiere decir que jugarán en las apuestas?

—No seas ridícula, cielo: comprarán el equipo.

«¡Gracias a mí!», quiso gritar Petula. Ella no solo era sus ojos y oídos puestos en Nick Slate y su desván, sino que era la fuente de informaciones de valor incalculable para los Accelerati concernientes al futuro. Pero ¿sabían siquiera que ella existía o era la señora Planck la que se estaba llevando todo el mérito? Fue esa idea lo que la empujó a dar un paso importante.

—Disfrute estas fotos —le dijo a la señora Planck—. Porque son las últimas que va a tener. A partir de ahora, estoy en huelga.

La señora Planck no mostró signos de preocupación. Se limitó a sonreír:

—¿De verdad...? ¿Te pones en huelga tú sola o todo el gremio de futurógrafos?

—No me importa que me utilicen —le dijo Petula—, siempre y cuando reciba a cambio algo que merezca la pena.

La señora Planck pensó en lo que acababa de oír, y entonces dijo:

—Puede que sea hora de presentarte a los capos.

El único contexto con el que contaba Petula para aquella palabra, «capos», era una película de gánsteres que había visto una vez en TCM, en la que ser «presentado a los capos» significaba recibir una paliza con puños de acero.

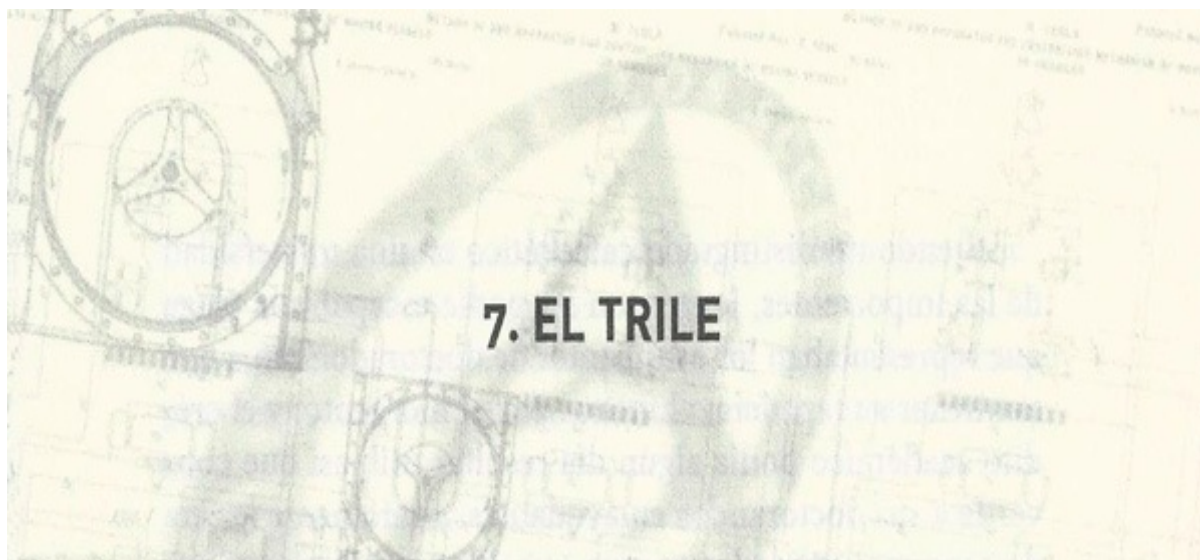
—¿Me está amenazando? —preguntó Petula, y se colocó en la posición de combate que había aprendido en sus clases teóricas de jiu-jitsu online.

—Tranquila, cielo —dijo la señora Planck alzando una ceja—. Solo he dicho que ya estás preparada para conocer a alguno de los de arriba en nuestra asociación.

Petula respiró relajada y sonrió ante aquella idea. Eso era exactamente lo que llevaba tiempo esperando: una oportunidad para causar buena impresión. Con su personalidad y su dicción perfecta, no le cabía duda de que aquella sería la ocasión para abrirse las puertas de par en par.

—Trato hecho —dijo—. La huelga queda cancelada.

Aquellos visionarios de los Accelerati quedarían cautivados por ella. Y que Dios se apiadara de ellos de no ser así.



El doctor Alan Jorgenson estaba sentado en su despacho de la Universidad de Colorado, reconcomiéndose a fuego lento, como una oca confitada. Tenía al alcance de sus manos los recursos de la sociedad secreta tecnológicamente más avanzada del mundo; podía controlar el tiempo que hacía en el exterior con solo darle a un botón; podía detener el curso del tiempo y hacer lo que quisiera entre un segundo y el siguiente; y podía acabar con la vida de sus enemigos con el mismo esfuerzo que le costaba cambiar el canal de la tele.

Siendo así, ¿por qué dejaba que se riera de él un grupo de estudiantes de cerebro mediocre?

Oyó un tímido golpe en la puerta, y un instante después esa puerta se abrió, aunque solo lo suficiente para que la persona que se encontraba al otro lado pudiera asomar la cabeza.

—¿Me permite, doctor Jorgenson? —preguntó un impertinente estudiante de doctorado—. Llevo casi una hora esperando...

—Y esperará una hora más si yo quiero —le respondió Jorgenson.

—Sí, señor.

Volvió a retirar su cabeza y cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido.

Siendo un distinguido catedrático en una universidad de las importantes, Jorgenson no podía escapar a la plaga que representaban los estudiantes de doctorado. Tenía que mantener su tapadera, al menos por el momento, y el crédito académico podía algún día resultar útil, así que convertía a sus doctorandos en ayudantes, y raramente les era de ninguna utilidad a menos que ellos le ofrecieran sus propios resultados.

El joven con gafas que estaba a la puerta aseguraba que tenía resultados, pero la investigación que se llevaba a cabo en la universidad a la que pertenecía Jorgenson, por muy importante que pudiera ser, palidecía ante el potencial de los inventos «perdidos» de Tesla. Recuperar al menos algunos de esos inventos sería sencillo: bastaría con matar a Nick Slate, coger las cosas de su desván, y asunto acabado. Pero el jefe no lo permitía. Las órdenes de Jorgenson estaban claras: dejar al chico en paz. Al menos de momento.

—No tardaremos mucho en poder prescindir de él —le había dicho el anciano a Jorgenson—. Cuantas más vueltas dé reuniendo los artículos perdidos, menos trabajo nos dejará a nosotros.

Pero lo de «no tardar mucho» no era lo bastante inmediato para Jorgenson, que sabía algo que no sabía el anciano: que el chico era astuto. Y listo. Aquel chico había burlado, más de una vez, el intelecto superior de Jorgenson, y eso significaba que no se le podía subestimar. Si se le dejaba reunir demasiados inventos de Tesla y averiguaba cómo utilizarlos, entonces él y sus amigos se convertirían en enemigos formidables. Aquellos objetos no podían permanecer en las manos de unos niños.

Y para asegurarse de que no permanecían en esas manos, era mejor asesinar a aquellos niños. ¿Cómo era posible que el anciano no se diera cuenta de eso?

Una vez más, se oyó el tímido golpe en la puerta y asomó el estudiante de las gafas:

—Doctor Jorgenson, sé que me ha mandado esperar, pero tengo que dar una clase de física dentro de diez minutos...

Jorgenson lanzó un suspiro.

—¡Está bien...! —Y le hizo un gesto al joven para que entrara.

El estudiante llevaba en las manos una caja de zapatos:

—Estoy al cargo del proyecto TTT. Ya sabe... los Tests de Titanio Testudíneo.

—¡Ah...! Las tortugas...

El joven se sentó enfrente de Jorgenson, retiró de la caja de zapatos tres caparazones de tortuga del tamaño de medio coco, y los colocó sobre la mesa de Jorgenson. Los tres caparazones tenían un pálido brillo metálico.

Jorgenson tenía curiosidad por oír los resultados del estudio, pero fingió total desinterés:

—Acabe pronto —dijo—. Mi tiempo es más valioso que el suyo, ¡no me lo haga perder! —Hizo una pausa para comprobar el efecto que hacía el tono

de su voz en la psique del estudiante, y le regocijó percibir un temblor en la zona de las rodillas.

—He... hemos provocado un crecimiento acelerado empleando su emisor de campo biotemporal, y hemos introducido titanio en las células en desarrollo empleando tres protocolos distintos. —Señaló dos de los caparazones—. Los primeros dos especímenes no mostraron un incremento de su fuerza, pero el tercero dio la campanada. —Tocó con el dedo el último caparazón, lleno de orgullo.

Jorgenson levantó uno de los caparazones. Habían quitado el plastrón (o parte de abajo) para dejar tan solo el caparazón en forma de cuenco.

—¿Y qué les pasó a los seres que había dentro?

El estudiante bajó la cabeza en señal de respeto por los muertos.

—Dieron su vida por la ciencia.

—Por supuesto —dijo Jorgenson—. Como debemos hacer todos.

Entonces Jorgenson empezó a deslizar los tres caparazones por su mesa de trabajo, cambiando las posiciones una y otra vez.

—¿Se está fijando bien? No pierda de vista el más fuerte, «la campanada», como lo ha llamado. —Jorgenson hablaba deprisa, imitando con la voz la cadencia de un charlatán de feria—. Así, muy bien, no aparte nunca los ojos del caparazón si no quiere que lo desplumen.

Se detuvo y se inclinó hacia delante, mostrándole al joven una sonrisa que iba de oreja a oreja. Este miró fijamente la fila que formaban los tres caparazones, un poco desconcertado.

—Ahora ponga la mano debajo del que cree que es el más fuerte —dijo Jorgenson.

—¿La mano...? ¿Para qué?

—Vamos, vamos. El que duda está perdido.

Al cabo de un instante, el estudiante eligió el caparazón del medio, y deslizó la mano a través del agujero que había sido el arco neural por donde el reptil sacaba originalmente el cuello.

Jorgenson miró al joven a los ojos.

—¿Está seguro de que es ese?

—Creo... que sí —dijo el estudiante.

—Bien, bien.

Sin previo aviso, Jorgenson sacó del cajón de la mesa un martillo grande: un arma que guardaba como defensa contra potenciales ataques de indignados estudiantes y de airados colegas. Lo mantuvo en alto justo el tiempo necesario para percibir el terror en los ojos del joven, y entonces lo dejó caer sobre el

caparazón vacío que tenía a la izquierda. Cascos de caparazón salieron volando en todas direcciones; Jorgenson notó que varias escamas le daban en la barbilla. El estudiante se estremeció e hizo una mueca pero hay que reconocer en su honor que no sacó la mano del caparazón central.

—¡Mmmm! Mi test confirma que no se trataba del caparazón de la izquierda. Ahora, ¿quiere seguir con su elección inicial? ¿O prefiere cambiar?

El estudiante lo miró fijamente, con unos ojos tan abiertos y amplios como los cristales de sus gafas.

—Le estoy dando la oportunidad de cambiar de opinión, ya ve. Las probabilidades matemáticas son mucho más favorables si lo hace: una posibilidad entre dos, en vez de una entre tres.

—Pe... pero...

—Ya sé que resulta contraintuitivo, pero es cierto.

El estudiante estaba tan petrificado, que no hubiera podido cambiar la mano de sitio aunque hubiera querido.

—Se mantiene en su primera elección, ¿no es así? Corre el riesgo. —Y Jorgenson alargó la mano y quitó el caparazón descartado de la mesa.

—Espere, ¿no lo va a romper como el otro?

Jorgenson sonrió una vez más.

—¿Dónde estaría la diversión si lo hiciera? —Entonces, sin previo aviso, dejó caer el martillo con toda la fuerza sobre el caparazón que cubría la mano del estudiante.

El joven gritó, pero el martillo rebotó del caparazón dejándolo intacto, y sin daño alguno de la mano que había debajo.

—Interesante resultado —murmuró Jorgenson, y, solo para asegurarse, volvió a golpear el caparazón con el martillo, aún más fuerte. De nuevo este no produjo ningún daño—. ¡Bien hecho!

El estudiante de doctorado, que de repente había revivido de su parálisis, sacó la mano y la agitó varias veces para asegurarse de que todos los huesos y tendones seguían en funcionamiento.

—¿Qué hemos aprendido de nuestro pequeño experimento? —preguntó Jorgenson—. ¿Qué conclusión sacamos?

—Usted... ¡me podría haber destrozado la mano!

—¡Incorrecto! —gritó Jorgenson—. La conclusión que sacamos es: «De ahora en adelante, no me volverá a traer nada más que su mejor espécimen. ¿Queda entendido?».

Dejó caer el martillo en la mesa y cogió el prístino caparazón.

—Ahora váyase a dar su lamentable clase.

Cuando el joven salió del despacho, Jorgenson examinó más de cerca el caparazón metalizado. Tenía la mente inundada con sus posibles usos: desde tanques indestructibles y vehículos blindados de transporte de soldados a coches que no se abollarían. Y eso no era más que arañar la superficie. Con los 725 millones de dólares que habían llegado a las arcas de los Accelerati, sería más fácil poner en práctica aquellos usos.

Y aun así, cualquier sensación de triunfo se veía ensombrecida por su reciente fracaso. Anhelaba el día en que pudiera dar a sus ayudantes investigadores la tarea de aplicar la retroingeniería a los objetos que Nick Slate tenía. Las aplicaciones y recompensas monetarias de aquellos inventos, fueran las que fueran, resultarían sorprendentes en manos de alguien que supiera de verdad cómo explotarlas.

Alguien que no fuera Nick Slate.

El anciano quería que Jorgenson esperara, pero él ya había esperado bastante. Jorgenson tendría que encargarse él mismo del asunto.

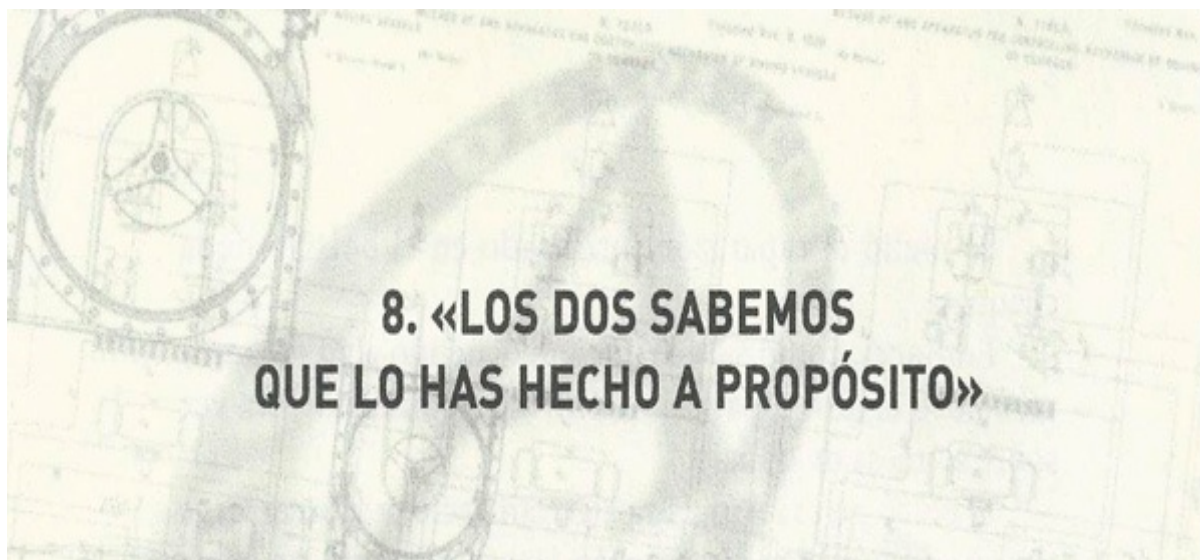
Se metió el caparazón fortificado en el bolsillo de la chaqueta.

Entonces, como si se le hubiera ocurrido algo de pronto, colocó el otro caparazón de tortuga, el intacto, otra vez sobre su mesa de trabajo.

El chico no era nada. Era algo tan vacío, y últimamente tan frágil, como aquel caparazón que, claramente, no había podido proteger a su reptiliano dueño de un prematuro fallecimiento.

Jorgenson levantó el martillo una vez más y, con toda su fuerza, lo descargó contra el tercer caparazón, que se desintegró en un satisfactorio estallido de cascotes de color verde y plata. Respiró hondo y sonrió.

Ya era hora de hacer lo mismo con Nick.



Nick Slate no se moría de ganas de que llegara el partido de béisbol de su hermano después de las clases.

Aquello debía de ser un indicio de que algo iba mal, y no solo porque a él le encantaba el béisbol, sino también porque se enorgullecía de ser un buen hermano mayor, y aquellos días Danny lo necesitaba de verdad. El incendio de la casa, allá en Florida, tal vez no hubiera sido tan trascendental como el impacto de un asteroide, pero había resultado igual de devastador para Nick, Danny y su padre. Cuatro meses no era tiempo suficiente para sobreponerse a tal cosa. La familia de Nick había cambiado para siempre, y quizá tuvieran que pasar años para que empezaran a superarlo.

La perspectiva: ese era un lujo al que Nick, su hermano y su padre sencillamente no podían acceder de momento.

El partido anterior de Danny había terminado de repente cuando un meteorito del tamaño de un pomelo bajó del cielo para caer en su guante de béisbol. Varias noches después de eso, Danny se fue él solo al campo de juego y, con ayuda del guante modificado por Tesla, estuvo atrapando docenas de meteoritos más que llovían del cielo, anhelando, en contra de toda lógica, que el deseo que se pide al ver caer una estrella fugaz consiguiera traer de regreso a su madre. El último meteorito que había desviado en dirección a la Tierra era el asteroide.

Ahora Danny volvería al campo de juego. Un campo distinto, desde luego, ya que el polideportivo en que habían jugado la última vez seguía agujereado a causa de los impactos de meteoros. Por eso ahora jugarían en el Memorial Park los miércoles por la tarde, cuando el campo estaba libre.

El parque estaba en la parte vieja de la ciudad, bastante cerca de donde se había encontrado, en otro tiempo, el laboratorio de Tesla. Con sentimientos encontrados, Nick atravesó en bici el vecindario de viejas construcciones y se paró en la calle enfrente de donde se había encontrado el edificio. El laboratorio hacía tiempo que ya no existía, por supuesto; el adosado ordinario que ocupaba el emplazamiento tenía una valla de hierro y dos perros guardianes que mantenían a raya a los lunáticos que pudieran verlo como un terreno sagrado.

Ese era el problema: se trataba más que nada de lunáticos. Y el inventor más grande de todos los tiempos se merecía algo más que parloteos marginales.

Tal era el piélago de los pensamientos de Nick cuando se reunió con su padre en las tribunas, al tiempo que Danny salía al terreno de juego.

—Lo hará bien —dijo el señor Slate, intentando claramente convencerse a sí mismo—. Lleva el béisbol en la sangre. Lo hará bien.

Ver a Danny jugando al béisbol era un raro momento de evasión para el padre de Nick. Wayne Slate trabajaba en NORAD como reparador de fotocopadoras, cosa que estaría bien si no fuera por el hecho de que Jorgenson, verdadero ojo de los Accelerati, era quien le había proporcionado el trabajo. Aquel era el modo que tenía de mantener a la familia Slate bajo el talón de su zapato.

Por supuesto, el padre de Nick no sabía nada de los Accelerati, ni tampoco de los inventos de Tesla. Nick se preguntaba, sin embargo, si su padre sabría que había sido su propio golpe con el bate (aun cuando no le hubiera dado a la pelota que Nick le había lanzado) lo que había salvado al mundo. Seguramente tendría sus sospechas, pero nunca habían hablado de ello, y Nick dudaba que llegaran a tratar el tema alguna vez.

Después de aquel día, Wayne Slate se había precipitado en una extraña especie de estrés postraumático. Se le veía muy atareado, más atareado que nunca. Era como si el hecho de mantener la sangre fluyendo a todas partes del cuerpo impidiera que esta le llegara al cerebro, donde se hubiera puesto a procesar todo lo que había acontecido. Y cada vez que se quedaba parado, empezaba a hundirse en sí mismo como se hunde una piedra en el agua.

—Estoy bien —le había dicho a Nick y a Danny—. Mejor que bien. El mundo está a salvo. Esto ha sido como si nos renovaran el alquiler a todos, ¿no? Espero aprovecharlo al máximo.

Todos se levantaron al sonar el himno, interpretado por un hombre barrigón de mediana edad que una vez había estado en un grupo musical, tras

lo cual el equipo de Danny se colocó en sus puestos. La mujer que estaba sentada a su lado en la tribuna no dejaba de mirar al padre de Nick por el rabillo del ojo. Por fin se volvió a él y le dijo:

—Su hijo es el que atrapó el meteorito, ¿no?

Nick podía notar la incomodidad en la voz de su padre mientras intentaba cambiar de tema:

—¿No se me cayeron las palomitas de maíz encima de usted durante aquel partido? Espero que la mantequilla no dejara manchas.

—No quedó ninguna mancha. Gracias por el interés.

Manchas. De repente Nick recordó el último partido. Aquella mujer dijo que su hijo (uno de los compañeros de equipo de Danny) le había comprado un quitamanchas milagroso en un mercadillo casero. A Nick se le despertó el interés por la mujer. Seguramente ella ni siquiera sospecharía lo especial que era aquel artículo.

«Tal vez», pensó Nick, «así sea más fácil recuperarlo».

La mujer de las palomitas de maíz se colocó un poco más cerca del padre de Nick.

—Fue conmovedor el modo en que usted salió al campo corriendo cuando el meteorito arrastró a su hijo por el terreno... Me alegro de ver que no le pasó nada.

—Gracias —dijo el padre.

La mujer le sonrió y le tendió la mano:

—Me llamo Beverly, y soy la madre de Seth Hills —dijo señalando con el dedo a un chico de diez años que jugaba de tercera base.

El padre de Nick se sonrió.

—Supongo que eso la convierte a usted en Beverly Hills.

Ella lanzó un suspiro.

—Afortunadamente, no. Quiero decir... ese era mi apellido de casada, pero cuando todo terminó, retomé mi apellido de soltera, que es Webb.

Nick contemplaba aquel pequeño drama parental con un sentimiento semejante a la náusea. En tan solo un instante ella se había acercado sigilosamente a su padre y le había dejado saber, con toda facilidad, que se encontraba disponible. Bueno, su padre no lo estaba, eso desde luego.

—Entonces —le soltó Nick casi sin darse cuenta—, ¿su marido murió, como mi madre, hace tres meses y medio?

—¡Nick! —le reprendió su padre. Era la primera vez que Nick usaba la muerte de su madre como arma. Teniendo en cuenta las circunstancias, la idea

parecía correcta. En cierto modo, Nick se veía como un aliado que trataba de salvar a su padre de Beverly, la Dama de las Palomitas.

—¡Qué horror! —dijo ella, echándose un poco hacia atrás—. No sabe cuánto siento oír eso.

—Fue en un incendio —dijo Nick—. ¿He mencionado que sucedió hace solo tres meses y medio?

Los salvó una pelota fortísima dirigida al hijo de Beverly, el tercera base, que la recogió, marcando el primer *out* del juego. Ahora que Beverly Webb se había callado y se había salido del espacio vital de su padre, Nick comprendía que acababa de perder una ocasión de oro. Si ella y su padre se hacían amigos, Nick lo tendría mucho más fácil para recuperar el quitamanchas.

Ahora tenía un conflicto dentro de sí. Una simple palabra suya podría aliviar la tensión que había creado. Podría acercar a aquella mujer a su círculo familiar, o podría alejarla de él para siempre. Pero ¿podía traicionar la memoria de su madre solo para obtener un tonto quitamanchas? Aunque se trataba de mucho más que un tonto quitamanchas, ¿no? ¿Se odiaría a sí mismo si lo hacía? ¿Y si no lo hacía, se daría cabezazos contra la pared? ¿Qué era peor, odiarse o darse cabezazos contra la pared?

Nick levantó la vista al oír el golpe de un bate. El bateador había lanzado una pelota hasta el campo derecho, donde esperaba Danny.

La pelota alcanzó el punto más alto mientras el bateador corría a la primera, y llegaba descendiendo hacia Danny. La multitud entera permaneció en silencio, con una expectación que se acercaba al terror. Los otros jardineros empezaron a apartarse.

Todo el mundo recordaba lo que había sucedido la última vez que una pelota había sido lanzada en dirección a Danny: que los cielos se habían abierto para arrojarle un encendido pedazo del firmamento.

Esta vez, Danny alargó el brazo, levantó el guante bien arriba...

... Y la bola cayó al suelo, metro y medio a su izquierda.

La afición se puso en pie profiriendo una ovación atronadora... Hasta sus propios compañeros del equipo lanzaban vítores. El bateador seguía rodeando las bases, pero nadie le prestaba mucha atención, ni siquiera nadie corrió detrás de la bola. Era como si, por no conseguir cogerla, Danny acabara de ganar la Serie Mundial. Danny, que no sabía cómo tomárselo, se quedó mirando a la vitoreante multitud, y a continuación hizo una exagerada reverencia que provocó una nueva ovación.

—¡Vamos, Danny! —gritó el padre de Nick, que siempre se mostraba como un padre orgulloso.

También Nick lanzó gritos de alegría ante el formidable error de su hermano. Y en ese momento se le ocurrió una idea.

Balanceando su brazo, rozó con el codo el bolso de Beverly Webb, con lo que lo barrió del banco y lo mandó al oscuro espacio entre los hierros que sostenían los asientos de la tribuna. Al caer, el bolso derramó llaves y monedas que tintinearón de hierro en hierro hasta llegar al suelo.

—¡Uy! —exclamó Nick.

Beverly Webb le dirigió a Nick una mirada no exactamente fría, sino penetrante.

—Los dos sabemos que lo has hecho a propósito —dijo sin mostrar nada de la rabia que Nick esperaba que mostrara.

El padre de Nick abrió la boca dispuesto a defenderle, pero Nick no le dejó.

—Sí, puede que sí —admitió Nick.

—Y tal vez vayas ahora a recogerlo —dijo Beverly Webb.

—Nada de «tal vez» —dijo su padre—: Nick, pide perdón y ve a coger el bolso.

Nick se puso de pie.

—Ha sido una idiotez por mi parte. Lo siento.

Al dejar la tribuna, oyó que decía su padre:

—Realmente no es de esa clase de chicos. —Y eso molestó a Nick, porque le hizo preguntarse qué clase de chico era él... o en qué clase de persona se estaba convirtiendo.

El espacio de debajo de la tribuna era más oscuro de lo que había pensado Nick, con tan solo unas finas rendijas de luz que penetraban en la penumbra. El suelo estaba alfombrado de latas de refresco, envoltorios de chicle y palomitas de maíz. Pero en aquel momento la oscuridad era su aliada, porque significaba que nadie que se asomara a mirar por entre los listones de arriba vería lo que estaba haciendo. Encontró el bolso y empezó a reunir los diversos objetos que se habían caído de él. Incluida la billetera de la mujer, que abrió.

Beverly Webb pensaba que él le había tirado el bolso porque no le caía bien, aunque esa no era la verdadera razón. Pero mientras ella se lo creyera, no sospecharía el verdadero motivo.

Nick sacó el carné de conducir y lo puso en una rendija de luz el tiempo suficiente para memorizar la dirección. Entonces volvió a meterlo en la billetera, metió la billetera en el bolso, y volvió a subir con este hasta la parte de arriba, donde se lo ofreció a su propietaria.

—Gracias —dijo ella. Su padre prefirió no dirigirle ni una mirada.

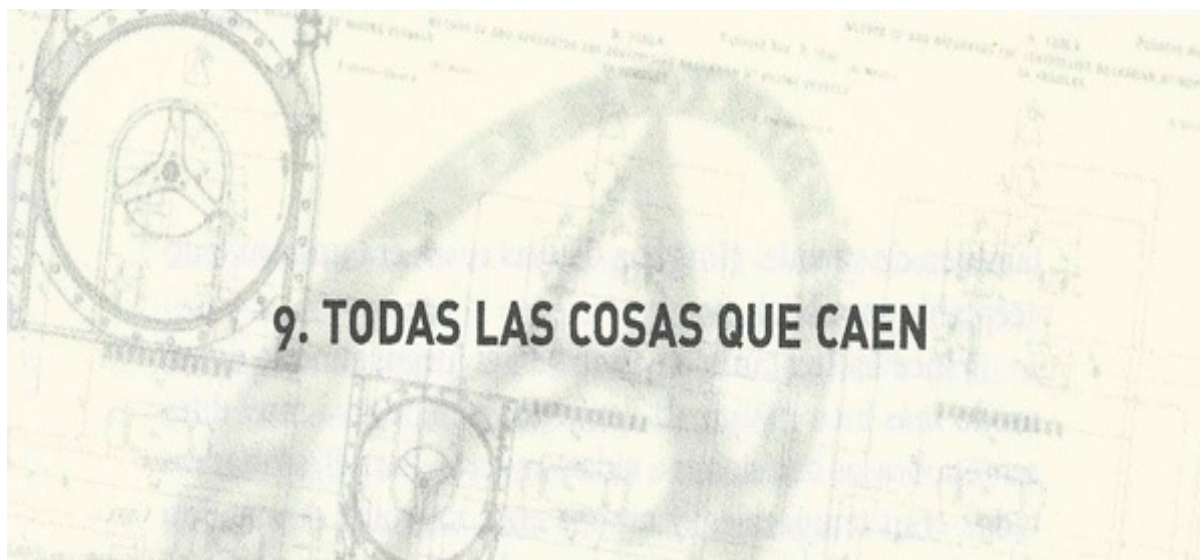
—Como le dije, le ruego que me perdone.

Ella le dirigió una indulgente sonrisa:

—Disculpas aceptadas. Y lo he captado, ¿vale?

Nick se encogió de hombros.

—No hay nada que captar —le dijo. Bueno, había una cosa. Y ahora que sabía dónde vivía ella, iría a captarla.



Según los presupuestos de la teoría de los juegos, los individuos tienden a tomar decisiones que les benefician. Esto podría parecer tremendamente obvio, pero la ciencia está llena de cosas que parecen tremendamente obvias, aunque son mucho más complejas de lo que parecen a primera vista. Tomemos, por ejemplo, el mayor logro de Newton, la teoría de la gravedad, que se resume así: «Todas las cosas caen hacia abajo». Y como ocurre con la teoría de la gravedad, tampoco la teoría de los juegos es tan simple como parece. En primer lugar, «juego» se aplica a mucho más que simples pasatiempos como el béisbol de la Liga Infantil, o incluso la Liga Mayor. La teoría de los juegos se extiende para abarcar la política, la economía, la biología, incluso la civilización en su totalidad. Y algunas veces puede inclinar la balanza en las decisiones sobre la vida o la muerte.

El juego al que ahora jugaba Nick implicaba tales consecuencias de vida o muerte, tanto para él mismo como para el mundo. Él lo sabía, y aun así jugaba, porque, cuando uno es al mismo tiempo jugador y pieza del juego, la única manera de salir del atolladero es mediante la victoria o la derrota. La derrota, en el caso de Nick, significaba un mundo en el que los Accelerati se apoderaban de todos los inventos de Tesla y, muy probablemente, se apoderaban también de su vida. Ninguna de esas cosas era un resultado aceptable para Nick.

Vince LaRue también estaba en el juego, aunque de un modo más bien marginal. Tenía una perspectiva muy diferente sobre las decisiones a vida o muerte. Para él, ambos estados eran temporales, y ambos eran un rollo. A menudo deseaba que hubiera un tercer estado del ser, que no fuera tan

desagradable, pero la electricidad era binaria por naturaleza, dejándole tan solo dos opciones: o positivo o negativo.

Aunque Vince no lo mostrara, en realidad le encantó que Nick lo llamara aquella noche. Por supuesto, Nick era responsable indirecto de su actual estado binario, pero era también la fuerza motriz que había detrás de la cadena de acontecimientos más interesante que hubiera experimentado nunca. Al fin y al cabo, el mundo había estado a punto de acabarse. ¡Tal vez pudiera acabarse aún! Eso, sin lugar a dudas, merecía la pena.

—Vince, necesito tu ayuda. —Sonaba como si su amigo al otro lado del teléfono estuviera subiendo una cuesta en bici, que, de hecho, era lo que estaba ocurriendo.

—¿Para qué? —preguntó Vince con un bostezo, cosa que hacía solo para añadir efectos dramáticos, ya que la batería no le permitía encontrarse cansado.

—Para forzar la puerta de una casa y entrar en ella —dijo Nick.

Aquello sorprendió a Vince, ya que Nick no era precisamente de los que se dedican a robar en las casas. Aunque la gente cambia.

—Me siento ofendido de que des por hecho que yo tengo conocimientos de eso.

—Vale. ¿Los tienes?

—Por supuesto, pero sigo sintiéndome insultado.

Rápidamente, Nick le resumió la situación. El equipo de su hermano y sus padres habían salido para tomarse una pizza de consolación después de perder por treinta y tres a cero. Aquello le daba a Nick un margen de unas dos horas para recuperar uno de los objetos que había vendido de la casa de uno de los chicos del equipo.

Al final, no costó mucho convencer a Vince de que se vieran ante la casa de Beverly Webb, aunque Vince se esforzó por que pareciera una imposición terrible por parte de Nick.

—Cuanto antes encontremos todos esos chismes —dijo—, antes dejarás de darme la matraca, y me dejarás en paz con esta especie de, digamos, vida.

Cuando colgó, sintió la satisfacción de pensar que tal vez fuera la primera ocasión en la historia en que la expresión «esta especie de, digamos, vida» se empleaba con absoluta precisión.

El sol ya había descendido por detrás del Pico Pikes cuando Vince iba en su bici hacia la dirección que Nick le había indicado. La sombra de las Montañas Rocosas estaba ya cubriendo Colorado Springs con un manto de oscuridad. A Vince le encantaba lo rápido que se hacía de noche justo al este de las

Rocosas. Era una noche que caía sobre la ciudad como la tapa de un ataúd, dejando a la población despistada hasta que los ojos se adaptaban.

Aquella noche instantánea había entrado ya cuando Vince llegó a aquellos cuadrados adosados en lo alto de una colina. Se había preparado para el trabajo, con dos pares de guantes de látex, dos lamparillas de las que se colocan en la cabeza con unas correas de goma, y un juego de ganzúas que en realidad no sabía utilizar. Lo había colocado todo en el espacio delantero que se cerraba con una cremallera de la mochila que ahora llevaba siempre a los hombros. La misma que le servía, literalmente, de salvavidas.

Nick estaba escondido, de pie, entre los arbustos, al borde de la propiedad, donde nadie lo vería a menos que supiera buscarlo.

—Tenía miedo de que cambiaras de idea —le dijo a Vince mientras este se acercaba y se detenía delante de él.

—¿Debería haberlo hecho? —preguntó Vince, sin que el esfuerzo de subir la cuesta se le notara lo más mínimo en la respiración: otra ventaja de su existencia asistida por batería. Metió la bici tras un arbusto y la apoyó contra la de Nick antes de formular la pregunta que le había estado acosando—: ¿Por qué vamos a forzar la puerta en vez de negociar para hacernos con el chisme ese?

—Es complicado —dijo Nick apartando la mirada—. Lo que me gustaría es acabar con esto cuanto antes.

Vince podría haber insistido, pero realmente no le importaban los motivos de que aquella vez las cosas se hicieran de un modo distinto.

—¿Has encontrado un lugar por donde entrar?

—Por la puerta de atrás, por la puerta de delante, o por la puerta del garaje: las tres están cerradas.

—Las puertas nunca están realmente cerradas —dijo Vince antes de descubrir el terrible blindaje de las tres puertas.

—Excepto estas —se corrigió entonces—. ¿Has llamado al timbre...?

—¿Por qué iba a hacer eso?

Vince puso los ojos en blanco. ¿Es que eso solo le resultaba obvio a él?

—Para averiguar si hay presencia canina.

—Si hubiera perro, ¿no nos habría oído ya?

—Veo que los tienes en mucha estima. Puedes andar alrededor de la casa una hora, que hasta que llamas a la puerta o golpeas la pared la mayor parte de los perros no se enteran. Pero una vez se enteran, no te dejan en paz.

El timbre de la puerta solo dio paso al silencio en el interior, cosa que satisfizo a Vince. Se dirigió entonces a la ventana de la cocina seguido por

Vince: seguramente, esa sería la entrada menos protegida.

—Yo solía entrar en las casas de mis vecinos —admitió Vince—. No para robar nada, solo para ver la tele, porque mi madre siempre se ha negado a contratar una buena televisión por cable.

La ventana no estaba conectada a ninguna alarma, y apenas estaba cerrada con un pestillo. Juntos, Nick y Vince apartaron la mosquitera con cuidado. Entonces Vince utilizó una de las ganchos como palanca para deslizar el pestillo.

—Superchupado —dijo Vince en cuanto entraron en la cocina—. Y si alguna vez le dices a alguien que yo he dicho «superchupado», lo negaré con todas mis fuerzas.

Se paró en seco cuando vio un cuenco de comida de gato en el suelo, cerca del fregadero.

—Eh... ah.

—¿Qué pasa...?

—Tienen gato. Y me parece que yo ya no les gusto a los gatos.

Aquella impresión fue confirmada por el bufido más potente que Vince hubiera oído nunca. Tras oírlo, no se habría sorprendido de encontrar en la cocina, allí con ellos, un león de las montañas. Pero no era más que un gato casero común colocado encima de la nevera.

—¡Uuuh! —le gritó Vince. El gato dio un sorprendente salto felino hasta la lámpara que colgaba del techo, y desde allí otro para salir de la cocina.

Una vez expulsado el gato, Vince se quitó con cuidado la mochila para poder abrir el bolsillo exterior. Sacó las lamparillas y le entregó una a Nick.

—Venga, ponte esto.

En cuanto se sujetaron las lamparillas a la cabeza con las correas y las encendieron, Vince dijo:

—Una vez más, ¿qué es lo que andamos buscando?

—Un quitamanchas —susurró Nick, como si el hecho de entrar en una casa vacía obligara a hablar en voz baja.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Vince, en voz desafiantemente alta.

—No lo sé —le respondió Nick—. No recuerdo que entre las cosas que vendí hubiera nada que pareciera un quitamanchas.

—Entonces ¿cómo se supone que vamos a encontrarlo?

—Lo reconoceré cuando lo vea —dijo Nick, en una voz que terminó por sonar tan fuerte como la de Vince—. Tú ve mirando a ver si encuentras algo viejo y que tenga aspecto de... de ser algo de Tesla. —Lo cual era realmente una ayuda—. Vamos a abrimos en abanico para registrar la casa.

—Propiamente hablando, no creo que dos personas puedan abrirse en abanico —observó Vince.

—Tienes razón: tú encárgate del piso de abajo, y yo subiré arriba.

Y aunque a Vince no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, se mostró conforme, ya que ese era también su plan. Nick se fue, y Vince observó cómo cabeceaba su luz en la escalera. La primera parada de Vince fue el cuarto de la lavadora, justo al salir de la cocina, que aparentemente era la habitación del pánico del gato, pues se encontraba levantado sobre la secadora, con el lomo arqueado y los pelos de punta, como una decoración de Halloween.

—¡Uuuh! —le repitió Vince, y el gato echó a correr tan aprisa que parecía haberse evaporado.

No había nada con aspecto de ser algo de Tesla en el cuarto de la lavadora. Solo algo de detergente líquido, lejía y varios productos de limpieza más.

En la sala de estar encontró una lámpara de lava de estilo retro, pero no estaba seguro de que fuera lo bastante vieja para haber pertenecido a Tesla. Luego vio sobre la mesa de café un periódico sensacionalista abierto: era el *Planetary Times*, uno de esos periódicos en que los alienígenas invasores y/o los famosos fallecidos en otro tiempo figuran en cada titular y en cada foto.

Pero la foto que le llamó la atención a Vince era algo muy distinto.

—¡Nick! —exclamó—. ¡Ven a ver esto!

En el piso de arriba, Nick debía de estar demasiado lejos para oírle. Justo entonces una brillante luz cruzó la sala de estar en forma de arco. ¡Faros! Un coche se metía por el camino de entrada a la casa.

Vince se volvió a toda prisa y corrió a buscar a Nick, pero no vio el perchero. La percha del medio enganchó los cables que salían de su mochila, estos se le desprendieron del cuello y, una vez más, se convirtió en la demostración de la famosa teoría de Newton. Esta vez, Vince ni siquiera recordó cerrar los ojos antes de morir.

Nick no vio los faros del coche ni oyó abrirse las puertas del coche. El único aviso que recibió fueron las voces de los que salían de él.

—¡Voy a devolver! —decía Seth.

—Te dije que no comieras tanta pizza —dijo su madre mientras se dirigían a la puerta de la casa.

—¡Voy a devolver! —repitió Seth.

—Te daré algo para que te tomes —dijo la madre.

Nick bajó la escalera a saltos.

—¡Vince! —susurró—. ¡Vince, tenemos que irnos ya!

Pero Vince no se iba a ningún sitio. De hecho, estaba cadavéricamente colocado en el peor lugar posible y en el peor momento posible. Estaba tendido como un felpudo justo en el lado de dentro de la puerta de la calle. Que en ese momento estaba siendo abierta.

Se han encontrado cadáveres en los lugares más extraños. Recordemos el caso del turista canadiense al que, tras las quejas de los clientes del hotel por la escasa presión del agua que salía de los grifos, encontraron flotando en el depósito que había en el tejado. O en aquella pobre alma que dejó esta vida, pero cuyo cuerpo apareció en Google Maps para que el mundo lo viera. Y luego está el caso de una serie de televisión sobre investigación de crímenes que, mientras rodaban un episodio que trataba de unos restos momificados que habían aparecido en un edificio de apartamentos, el equipo de rodaje encontró, en el edificio de apartamentos en que estaban filmando, unos restos momificados auténticos.

Sin embargo, ni Beverly Webb ni su hijo Seth sospechaban que encontrarían un cadáver en el vestíbulo al llegar a su casa aquella noche. Seth se sentía acuciado por el tipo de náusea que solo puede ocasionar el haberse comido trece trozos de pizza, y Beverly iba pensando principalmente en llevarse a su hijo al cuarto de baño antes de que dejara en cualquier parte de la casa un estropicio que tuviera luego que limpiar ella.

Beverly empujó la puerta hacia dentro..., pero vio que no se abría. Había algo que lo impedía.

—¡Voy a vomitar! —gemía Seth.

Beverly volvió a empujar la puerta, esta vez con todas sus fuerzas. Pero no cedía. ¿Se merecía tan mala suerte? ¿Podía haber algo peor que tener al lado a un niño que iba a vomitar de un momento a otro, y no poder abrir la puerta de la casa?

Bueno, sí: tal vez fuera peor conseguir abrir esa puerta y ver a tu hijo vomitando sobre el cadáver que hay en el vestíbulo de tu casa. Pero afortunadamente para todo el mundo, ella no sabía nada sobre aquel cadáver en particular.

—¡Ya se me sale! —gritó Seth—. ¡Estoy vomitando ya!

Se volvió hacia un lado, pero cuando vio que estaba a punto de vaciar la mejor parte de su tracto digestivo en el jardincito que su madre acababa de plantar, corrió hasta el coche, abrió una puerta, y vomitó diez u once trozos de pizza parcialmente digerida por todo el asiento trasero, porque se pensó que el cuero sería más fácil de limpiar que los pétalos de las flores.

Beverly lo observó con esa especie de embobamiento con que uno contempla una actuación de danza realmente mala. En el reino de todas las cosas posibles, ¿por qué conspiraba el universo para ofrecer esto?

Se dirigió a su hijo como debe dirigirse una madre, y le dio unas palmaditas en la espalda. Intentó no pensar en la perspectiva de limpiar a fondo el interior del automóvil, y entonces recordó que, al fin y al cabo, tenía un quitamanchas que hacía maravillas.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó.

—No —respondió Seth. Pero en lugar de ofrecer un bis allí mismo, lo que hizo fue correr hacia la casa y (maravilla de maravillas) esta vez la puerta se abrió como si en ningún momento hubiera estado bloqueada.

Seth no había terminado del todo, pero esta vez sintió que podía llegar al cuarto de baño, que era su lugar favorito para vomitar los tacos. Lo de menos era que esa noche no fueran tacos sino pizza. Y lo que encontró cuando entró en la casa no fue exactamente lo que esperaba: vio a un chaval que sacaba a rastras a otro por la puerta de atrás.

Se miraron a los ojos.

—¡Eh! ¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Seth, olvidando por un instante los espasmos de su estómago.

El chaval vaciló, desconcertado, como un mapache en un contenedor de basura, y siguió con lo que estaba haciendo. Desapareció en un segundo, pero su rostro se grabó en la mente de Seth. Antes de que pudiera gritar, su estómago presentó una demanda que no podía ignorarse.

Se volvió y echó lo que quedaba de la pizza en el suelo de la cocina, donde el gato de la casa había elegido, precisamente, el peor momento para proteger sus territorios.

Nick nunca se había alegrado tanto de ver a alguien a punto de vomitar. Seth le había proporcionado los segundos que necesitaba para arrastrar a Vince hasta el patio lateral. Pero en la oscuridad, aun con el débil resplandor de la aurora encima de su cabeza, no podía encontrar dónde iban los cables, y tampoco se atrevía a encender la lámpara que llevaba en la cabeza. Sin embargo, sabía que el agua es buena conductora de la electricidad, así que en vez de liarse con la cinta adhesiva en la espalda de Vince, lo que hizo fue meter los dos cables en la boca de Vince, y cerrarle la mandíbula.

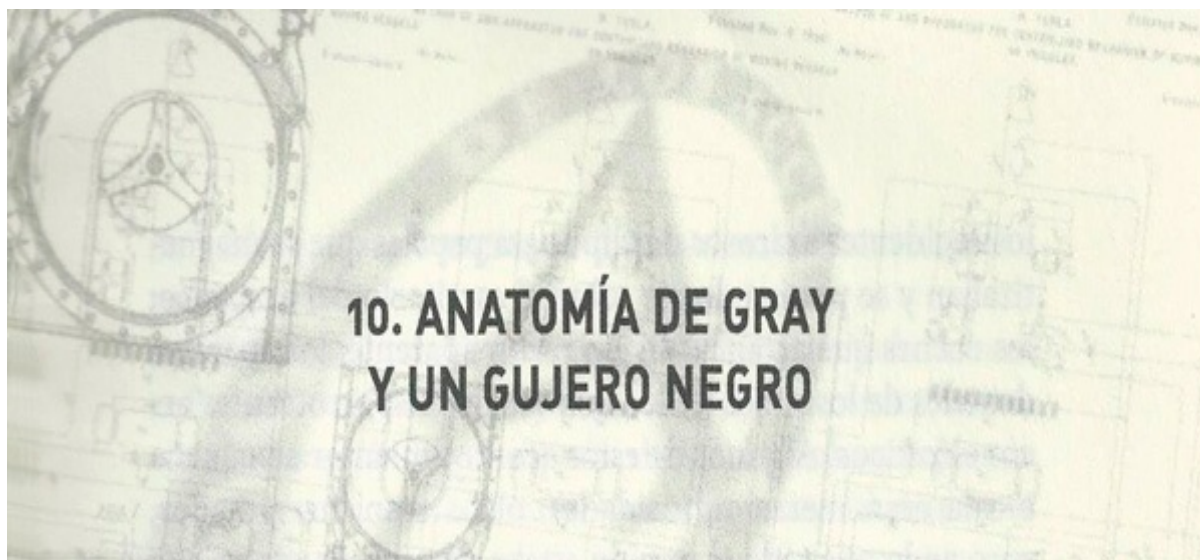
Los ojos de Vince, que ya estaban abiertos, al instante se encendieron de sensibilidad.

—No hables ni abras la boca —le dijo Nick—. Limítate a morder bien esos cables hasta que hayamos salido de aquí.

Vince le gruñó, pero hizo lo que Nick le decía.

Nick vio a Beverly dentro de la casa, atendiendo a su hijo. Los sonidos que llegaban de la ventana abierta de la cocina dejaban claro que el niño no se encontraba aún en un estado en que pudiera explicarle lo que había visto. Y Nick tenía la esperanza de que Seth no pudiera identificarlo.

Nick y Vince cogieron sus bicicletas y se alejaron dando pedales, tras una misión que había resultado un fracaso a todos los niveles.



La paciencia de los científicos es un hecho bien documentado. Muchos fenómenos naturales ocurren a paso de glaciador, no solo los glaciares. Por ejemplo, para que los físicos de partículas puedan estudiar átomos que se evaporarían en una milmillonésima de segundo, tuvieron que esperar más de una década a que construyeran el Gran Colisionador de Hadrones. Y eso no fue más que un abrir y cerrar de ojos comparado con el experimento de la gota de brea, que lleva en ejecución casi cien años, y que trata de medir la velocidad de flujo de la brea a temperatura ambiente. Esa velocidad resulta ser de unas nueve gotas por siglo (aunque los científicos que vigilan el experimento lograron, no se sabe cómo, perderse la caída de la última gota).

Los científicos de la NASA que estudiaban el asteroide de cobre que se había colocado recientemente en la órbita de la Tierra no eran ninguna excepción. Estaban sopesando la posibilidad de considerar un examen de los factores que entrarían en juego al embarcarse en un estudio sobre el envío de una sonda.

Mientras tanto, se iba creando en la atmósfera una carga electromagnética que no tenía medio de ser liberada. Lo que la gente notaba más eran las pequeñas cosas: los incidentes azarosos de clips para papeles que se magnetizaban y se ponían de pie sobre el escritorio del despacho; los coches que arrancaban sin razón aparente; los aparatos dentales de los niños de los que salían chisporroteantes arcos eléctricos. Algunos de estos acontecimientos a pequeña escala eran meras curiosidades, otros eran una pesadez, pero en lo que todo el mundo estaba de acuerdo era en que se hacían cada vez más frecuentes. Los científicos más importantes del mundo le aseguraban al público que todo se arreglaría por sí solo. Al menos, eso era lo que decían.

Al igual que la comunidad científica, Mitch Murló tenía mucha paciencia y aguantaba mucha mecha. De hecho, nadie en los últimos tiempos había visto que esa mecha llegara a consumirse y él llegara a estallar por nada. Hay un motivo para que las cargas más destructivas tengan las mechas más largas. Y aquel día, Mitch le recordó a todo el mundo ese motivo.

Mitch no sabía por qué había perdido el control. Ya muchas veces le habían hecho burla por la sentencia de prisión de su padre. Sabía de primera mano que los adolescentes eran crueles, especialmente en grupo. Siempre había sido capaz de tomarse con calma la maldad de los estúpidos. Sí, le molestaban sus comentarios, hasta le cabreaban, pero nunca lo habían provocado a una pelea. Hasta entonces.

Tal vez fuera su relación en ciernes con Petula. Tal vez eso le diera más confianza, o la ansiedad suficiente como para acortar la mecha. O tal vez fuera la reciente revelación, por medio de la rueda parlante, de que a su padre nunca le concederían la condicional. La información había puesto su mente en un torbellino que cada vez resultaba más difícil de controlar.

—Eh, Murló —le picó Steven Gray justo antes del almuerzo, que es cuando todo el mundo se muestra más irritable—. Mira, me parece que esto se lo ha olvidado tu padre.

Y diciendo eso, Gray le tiró a Mitch un puñado de moneditas de centavo que cayeron sobre él como metralla.

Era cosa sabida que el padre de Mitch estaba condenado por robar un centavo de cada cuenta bancaria del mundo. Y aunque él proclamaba que lo habían metido en prisión por haber robado 725 millones de dólares completamente en centavos, nadie se creía esa historia aparte de su familia.

Tirarle monedas era una broma manida de la que Mitch ya estaba harto. Pero esta vez una de las monedas cayó en el bolsillo de su camisa. Sus dedos eran gordos y torpes, y el bolsillo era estrecho, así que no pudo cogerla. En ese momento pensó que nunca la sacaría. Él y su familia no se verían libres de los centavos robados durante el resto de su vida.

Entonces fue cuando estalló.

La pelea que siguió fue una batalla a tres profesores. Vamos, que hicieron falta tres profesores para separar a Mitch de Gray. Y uno de esos profesores salió de ella con el ojo morado.

Mientras peleaban, en su rabia, Mitch se convirtió en una rueda parlante humana. El problema era que Steven Gray no se callaba:

—¡Murló, cuando acabe contigo...! —empezó Gray.

Y Mitch terminó:

—¡... volverás a casa a jugar con tus peluches!

Gray puso los ojos de par en par.

—¡Cállate! Tú no sabes...

—... la respuesta a la quinta pregunta del examen de ciencias de hoy.

—¡Eso es! ¡Voy a...!

—... dejar el instituto y convertirme en payaso de rodeo.

Aparte de eso, Mitch no recordaba más detalles, salvo la satisfactoria sensación de los puños impactando en las diversas partes de la anatomía de Gray. Y aunque alguno de los golpes de Gray también acertó a Mitch, el caso es que aquel terminó con mucha más sangre que este.

No hace falta decir que Mitch acabó en el despacho del director, mientras a Gray se lo llevaban a la enfermería del instituto. Mitch ya se había tranquilizado cuando llegó al despacho, pero no lo bastante para lamentar lo que acababa de hacer.

Esperando para ver al director se encontraba ya Theo Blankenship, que no era la última persona a la que Mitch deseaba ver, pero sin duda se encontraba entre las diez últimas. En aquel momento, Mitch tenía dos pañuelos metidos cada uno en un agujero de la nariz, cosa que hizo reír a Theo.

Mitch aspiró hondo por la boca y retuvo el aire para evitar volver a perder los estribos.

Mientras tanto, llegó la madre de Gray para recoger a su hijo de la enfermería y llevárselo a casa, donde podría efectivamente jugar con sus peluches y preguntarse cómo habría podido adivinar Mitch su sueño secreto de convertirse en payaso de rodeo.

Después de que se fueran Gray y su madre, Theo le dijo a Mitch:

—Debe de haber sido una pelea. Qué pena habérmela perdido.

Provenientes del despacho del director, se oían los gemidos apagados de una chica que lloraba.

—Sydney van Hook —explicó Theo—. Escribió una redacción inapropiada.

—¿Y tú por qué estás aquí? —preguntó Mitch entre dientes.

Theo bajó la vista.

—Ya sabes que la Escuela Galileo es nuestro mayor rival...

—Sí.

—Bueno..., cogí su mascota y la hice en la barbacoa.

—¿Cuál es su mascota? —preguntó Mitch.

Theo movió la cabeza hacia los lados en señal de negación.

—Mejor que no lo sepas. —Mientras Mitch pensaba en eso, Theo se acercó un poco más a él—: Tengo entendido que te has hecho muy amigo de Nick Slate, ¿eh?

Mitch había adivinado que le iba a preguntar eso en el mismo instante en que vio a Theo en la antesala de dirección.

—Mira, lo que pase entre Nick y Caitlin no es asunto mío, ¿vale? Así que no me preguntes.

—O sea que pasa algo entre ellos...

—Yo no he dicho eso.

Theo miró a Mitch y le puso el dedo en el pecho para enfatizar cada una de sus palabras:

—Dile a tu amigo que será mejor que se ande con cuidado... porque los celos son un monstruo de ojos verdes, y si no se anda con cuidado, terminará durmiendo con los peces.

—Eh... ¿quieres decir que le vas a meter un pez en la cama?

—Buena idea. Y a partir de ahí las cosas solo irán a peor.

La puerta del despacho del director se abrió, y salió Sydney van Hook ahogada en llanto. Watt, el director, le hizo una seña a Theo para que entrara, con una intensidad digna de la Muerte con su guadaña.

Theo se puso en pie, pero antes de entrar se volvió a Mitch para decirle:

—No sé qué estará haciendo Nick, pero no se saldrá con la suya. Como se suele decir, se encontrará entre la espada y la pared.

Y tras decir eso, se volvió y entró en el despacho del Juicio Final, también llamado despacho del director. La puerta se cerró tras él, y un instante después Mitch oyó llorar a Theo.

Mitch se encontró una vez más a solas con sus pensamientos y el centavo del bolsillo. Con rabia, intentó otra vez sacarlo, pero parecía haberse pegado a algún trozo de chicle viejo que se hubiera quedado incrustado en la tela.

Hubiera querido vengarse de alguna manera de los tipos de la corporación que habían metido en la cárcel a su padre, pero tal justicia estaba aún más lejos de su alcance que el centavo.

Entonces dijo una voz que surgió de la nada:

—¿Te importa si lo intento yo?

Mitch levantó la vista y vio a la señora Planck, la señora de la cocina. Sin aguardar la respuesta, metió en el bolsillo de la camisa de Mitch sus largos y afilados dedos, que se habían fortalecido de tanto servir bazofia un día sí y otro no. La señora Planck agarró el centavo y lo sacó al primer intento, y entonces se lo ofreció a él.

—¿Un centavo por tus pensamientos...?

—Guárdeselo —le dijo Mitch con amargura—. No lo quiero. No quiero ninguno.

La señora Planck se sentó junto a él.

—No te culpo —le dijo—. Si esto significa algo para ti, yo no creo que tu padre cogiera ese dinero.

Mitch la miró, intentando averiguar si ella solo quería hacerle sentirse mejor, o si lo decía de verdad. Era una de esas mujeres serias y sensatas. A Mitch le pareció que era sincera.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Mitch—. ¿Es que también la ha llamado el director a su despacho?

Ella levantó una tablilla sujetapapeles.

—Traigo el menú del mes que viene para que el director le dé el visto bueno. El señor Watt se mete en todo.

Mitch sonrió.

—Ya sospechaba yo que alguien se metía dentro de esa comida.

La señora Planck alzó las cejas.

—¡Proteínas! Saben ricas y son buenas para todo el mundo.

Desde el otro lado de la puerta se oían las súplicas de clemencia de Theo. Mitch decidió que soportaría estoicamente cualquier castigo que recibiera cuando le llegara su turno.

—Tengo entendido que estás pasando bastante tiempo con Petula Grabowski-Jones —dijo la señora Planck.

—Petula tiene la boca muy grande —gruñó Mitch.

La señora Planck se encogió de hombros.

—Hay cosas peores. Ella es un poco rara, eso es verdad. Pero en el buen sentido. Y yo le dije lo mismo sobre ti.

—¿Adónde quiere ir a parar? —se preguntó Mitch, aunque lo dijo en voz alta.

Ella puso el centavo en la mano de Mitch, y luego le cerró los dedos en torno a la moneda.

—A algún lugar que merece el precio que cuesta la entrada —dijo—. Te lo prometo.

Y entonces se levantó y se fue.

Cuando Mitch abrió la mano, descubrió algo extraordinario: que merced a algún truco de prestidigitación o lo que fuera, el centavo que tenía en la mano era ahora una moneda de cinco centavos.

Mientras tanto, Caitlin tenía sus propios problemas. Siempre había sido una estudiante de matemáticas bastante buena, pero en el examen de aquel día se encontró aquejada por un miedo tan inexplicable que apenas podía contener la respiración. Ella no era propensa a los ataques de pánico, y estaba poniéndose nerviosa por el hecho de que se estaba poniendo nerviosa más que por la causa del nerviosismo en sí. Luego, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que no era la única que lo estaba pasando mal. Todos los presentes en el aula (incluido el profesor) estaban o sudando, o temblando, o gimiendo. Había un chico que mordía el lápiz con tal nerviosismo que lo partió por la mitad.

En medio de aquel torbellino había, sin embargo, un oasis de calma en el que residía una sola persona: Cáster Gujero, que siempre se sentaba en la parte de atrás del aula y se había pasado la mayor parte de su vida sin que nadie se fijara en él. Pero en aquel momento Cáster Gujero era puro cálculo y energía concentrada. Completaba su examen como si tal cosa.

Aquel era uno de esos exámenes «con el libro» en que se permitían las calculadoras y otros aparatos de computación. Cáster no tenía calculadora. Sus manos libres de estrés desplazaban con habilidad las cuentas de un pequeño ábaco: un aparato de computación que se empleaba en otros tiempos.

Cáster Gujero no era un hacha en matemáticas ni mucho menos. De hecho, se había ganado el apodo de Cáster «Gujero Negro», porque su cerebro parecía tener un horizonte de sucesos más allá del cual se quebraran los conceptos matemáticos, y que le llevaba a conseguir en todos sus exámenes un suficiente muy raspado. Cualquier otro chico habría tenido que trabajar muy duro para lograr semejante regularidad.

Mientras aumentaba el pánico matemático de Caitlin, la concentración de Cáster se incrementaba, y aunque en aquellas circunstancias sumar uno más uno ya resultaba difícil, ella logró dar con la única explicación posible: el ábaco venía de la venta de Nick.

Cada vez que Cáster desplazaba una de las cuentas metálicas, el cable en el que estaba la cuenta chisporroteaba un poco, proporcionándole fuerza mental y confianza en sí mismo, mientras se las sustraía a sus compañeros de clase.

Y de ese modo, mientras el resto del aula se volvía cada vez más flojo para las matemáticas, Caitlin se levantó de su asiento, se fue derecha hacia Cáster Gujero, y le arrancó el ábaco de las manos.

—¡Eh, eso es mío!

Caitlin lo metió en una caja pesada que estaba, sin duda, hecha de tela en la que se había empleado plomo, y en el instante en que lo hizo, sintió que se

le pasaban los síntomas.

—La posesión es nueve décimas partes de la ley —le dijo a Cáster. Y en aquel momento, cuando las capacidades matemáticas del chico se acababan de hundir hasta niveles cavernarios, él se quedó batallando con el concepto de «nueve décimas partes» mientras el resto del aula exhalaba un suspiro de alivio en común, sin entender lo que había sucedido ni por qué había pasado.

—Posad los bolígrafos —dijo el profesor, secándose con la manga la frente empapada en sudor—. Haremos el examen mañana.

Caitlin apretó el ábaco contra el pecho como si en cualquier momento se lo pudieran quitar Cáster Gujero o los Accelerati. Sintió el impulso de salir corriendo del aula con él, buscar a Nick y entregárselo, pero sabía que podía hacer algo mejor. Nick no le daba ni la hora desde que ella rechazó su invitación al cine, y la fractura entre ellos no era buena para nadie. Pero ahora tenía una excusa para tender un puente. El ábaco podía ser su oferta de paz. Las ofertas de paz tenían que ser entregadas con cuidado y ceremonia. Se lo llevaría a Nick a su casa cuando sintiera que era el momento correcto. Miraría mientras él lo colocaba en la máquina. Y así volverían a formar un equipo, si no una pareja.

En cuanto a Cáster Gujero, le puso a Caitlin cara de pocos amigos, clavándole invisibles dagas con la imaginación, pero no intentó recuperar el ábaco. La verdad sea dicha, se sentía aliviado de que hubieran finalizado sus quince minutos de genialidad. La inteligencia no natural era para él un territorio inexplorado. Era algo así como bajar en balsa por un río revuelto, sin saber si los giros y meandros lo conducirían hasta una catarata mortal. Ahora podía volver a ser la singularidad sin brillo que había sido siempre....., pero con el recuerdo embriagador de aquella iluminación transitoria.

En alguna parte había leído que Einstein había suspendido matemáticas en la escuela. De hecho, algunos lo tenían por idiota. Cáster Gujero podía identificarse, y por vez primera, podía soñar con aspirar a ese tipo de idiotez. Gracias al ábaco, ahora estaba motivado a hacer algo que le resultaba completamente extraño: estaba motivado a intentarlo.



Anotarse un nuevo fracaso era lo último que necesitaba Nick, pero el mueble que vendían por Internet no era ningún archivador de biblioteca antiguo, como sugería la foto. No era más que una cómoda ordinaria. Nick y Mitch fueron a verlo y lo descartaron. Pero cuanto más se acercaban a la puerta, más bajaba el precio, hasta que la mujer se mostró dispuesta a dárselo gratis con tal de que se lo llevaran.

Nick se volvió hacia la mujer y agitó la mano como Obi-Wan Kenobi.

—Este no es el mueble que estamos buscando —dijo, y se fue.

—Que estás buscando, no estamos —señaló Mitch mientras se iban.

—Da lo mismo —dijo Nick con un suspiro—, el caso es que estamos otra vez como antes, y no sabemos por dónde buscar.

Tras aquella decepción, Mitch sugirió que fueran a consolarse al Burguilandia. Y no era una sugerencia habitual en Mitch.

Pero al llegar, Nick vio a Petula por el escaparate. Estaba sentada a una mesa, esperando.

—Se me ha pasado el hambre de repente —dijo Nick lanzándole a Mitch una mirada acusadora, e hizo ademán de irse.

Mitch lo detuvo:

—Ya sé que la odias —dijo—, pero ella nos ha estado ayudando a mantener a Vince con vida, porque coincide con él en la clase de matemáticas... y lamenta mucho no haberte avisado aquel día de que iba a morir...

—Ella no sabía que él iba a morir —observó Nick—. Solo sabía que moriría alguien. ¿Cómo esperas que la perdone que no me dijera que iba a morir alguien en mi casa? ¡Podrías haber sido tú!

—¡Y podría haber sido ella! —le recordó Mitch—. Se puso en peligro al ir a tu casa... pero el caso es que fue, porque quería salvarte. ¡Al menos eso se lo tienes que reconocer!

Nick aún no estaba preparado para reconocerle nada a Petula. Pero tal vez su rabia hacia Petula estuviera tan mal dirigida como mal orientada había estado Petula aquel día. Ella no era el enemigo. Ese era un honor reservado a Jorgenson y los Accelerati.

—En cualquier caso —dijo Mitch—, Petula tiene algo para ti...

Mitch se sentó a la mesa junto a Petula. Nick ocupó el banco enfrente de ellos y vio cómo Petula le acariciaba a Mitch la cara, que seguía amoratada por su feroz pelea.

—¡Ay, mi pobre calabacita...! —dijo Petula.

—¿De verdad me acabas de llamar «calabacita»? —preguntó Mitch.

Petula asintió con la cabeza, muy contenta:

—Es que después de esa pelea, tu cabeza parece una calabaza machacada.

—¿Y...? —le dijo Nick a Petula, incapaz de soportar más carantoñas entre ellos—. ¿Tienes algo para mí?

Petula pareció molesta.

—¿Nada de «hola», ni de «qué tal estás», ni de «me alegro de verte»? —Echó para atrás la cabeza para poder mirarlo por debajo de la nariz—: Deberías saber que las maneras tienen su importancia. Hasta en el Burguilandia.

La camarera, que, como Nick, hubiera preferido estar en otro lugar, tomó el pedido sin prestar atención, y les arrancó la carta de las manos.

—Bueno —le dijo Nick a Petula—, ya que no me alegro de verte y en realidad me importa un bledo cómo estés, te diré hola.

Nick pretendía que su comentario fuera tan hiriente como sonaba, pero Petula pareció realmente encantada de oírlo.

—Es un comienzo aceptable. Hola a ti también. Y aunque a ti te importe un bledo mi bienestar personal, yo soy lo bastante amable para preocuparme por el tuyo, así que ¿qué tal estás?

—No muy bien —dijo Nick con sinceridad—. En realidad, me siento bastante decepcionado por el modo en que van las cosas en general.

—Bueno, puede que esto te alegre un poco. —Y diciéndole eso, levantó su mochila, que estaba en el banco a su lado, y mostró la cámara de cajón. Se la entregó por encima de la mesa.

Nick no supo qué decir. Miró a Mitch, que estaba sonriendo.

—¿La has convencido? —le preguntó Nick.

—Solo se lo sugerí —respondió él—. Es ella la que ha tomado la decisión.

—Espera —dijo Nick, mirando más de cerca la cámara, observando la desnuda boca de delante—: ¿Dónde está la lente?

—Esa la tengo yo —dijo—. Por seguridad.

—¿Por seguridad contra qué? —preguntó Nick.

Petula negó con la cabeza y exhaló un suspiro.

—Si conociéramos la naturaleza del desastre inesperado contra el que necesitamos protegernos, no necesitaríamos asegurarnos contra él, ¿verdad?

—Vamos, Nick —dijo Mitch—. Acéptala. Es un paso en la dirección correcta, ¿no?

Nick cogió la cámara.

—Vale, de acuerdo. —Y aunque no resultaba fácil, añadió—: Gracias.

—De nada —dijo Petula.

La camarera les trajo sus refrescos de malta y una cesta de aros de cebolla con queso y chili, que seguramente es uno de los platos más guarros del universo conocido, cosa que empeoraba en Mitch, que tendía a mover mucho las manos al hablar mientras sujetaba la cebolla, lanzando chili en todas direcciones.

Mitch hablaba sobre la pelea y la visita al despacho del director. Masticando con cuidado, dijo:

—Me han castigado con una expulsión de tres días dentro del instituto. —Entonces se quedó examinando la otra mitad del aro de cebolla que tenía en la mano, como si en ella residiera la respuesta a las preguntas sin respuesta de la vida.

—¿Cómo puede ser expulsión si es dentro del instituto? —preguntó Nick.

—¿Es que no sabes nada? —dijo Petula—. Una expulsión dentro del instituto quiere decir que te meten en un aula todo el día con un profesor, pero no te dejan aprender.

Mitch se encogió de hombros.

—Podría ser peor. Tuve una charla con la señora Planck, y parece que me hizo sentirme mejor con toda esta cosa.

Nick se quedó sorprendido:

—¿La señora de la cocina?

—Sí. A veces pienso que debería estar dirigiendo el instituto. Quiero decir que sabe cosas.

Nick se mostró de acuerdo. Como cuando le había dicho que le tirara la comida encima a Heisenberg en su primer día de clase. Aquel simple acto

había convertido a Nick en una leyenda del instituto. La señora Planck siempre parecía encontrar las palabras de sabiduría apropiadas cuando más las necesitaban los chavales. Sí que sabía cosas.

«¿Y si eso no se limita al instituto?», se preguntó Nick. «¿Y si resultara que tiene antenas en la ciudad entera?». No resultaba demasiado rebuscado pensar que la señora Planck tuviera acceso a información reservada que nadie más poseía. Seguía dándole vueltas a la idea mientras la camarera traía la cuenta y él pagaba su parte. Mitch puso dinero suficiente en la mesa, observó Nick, para pagar su parte y la de Petula.

—¿Pensáis que la señora Planck podría tener alguna pista de dónde han terminado algunas de las cosas que vendí? —les preguntó Nick mientras se iban.

Mitch se encogió de hombros:

—Nada se pierde por preguntar.

—¡Creo que es una gran idea! —dijo Petula, sonriendo a Nick—: Y fíjate, ¡ha venido de ti!

A la salida del restaurante, Mitch se detuvo en seco ante el tablón de anuncios local, que estaba cubierto de tarjetas de trabajadores, postales y folletos de espectáculos que iban a tener lugar.

—¡Eh, mirad! —dijo apuntando con el dedo a uno de los folletos. Una fotografía grande adornaba el papel—: ¡El arpa...!

—¿Qué arpa? —preguntó Petula en tono amable.

Nick hizo una mueca. Petula era como la arena de la playa: tenía esa habilidad para meterse por todas partes, haciendo que todo resultara menos cómodo.

Miró el folleto más de cerca. Según el encabezamiento, una arpista local iba a dar un concierto benéfico. Mitch señaló a la foto de una mujer sentada detrás de un arpa.

—Esa es el arpa de tu desván, ¿no? —preguntó Mitch—. Recuerdo haberla visto allí.

Justo entonces, otro cliente salió del restaurante, todavía limpiándose la grasa de los labios con una servilleta. Y vio que estaban mirando el folleto.

—¿Os gusta la música? —preguntó el hombre.

—Puede que sí y puede que no —dijo Petula.

El hombre tocó con el dedo la foto de la arpista.

—Bueno, no perdáis el tiempo. Eso no es música. No sé lo que es. La vi la semana pasada, «tocando» en una cafetería. Su arpa no tenía cuerdas, y sin embargo... —Dio la impresión de que la mente se le iba lejos por un

momento, pero a continuación movió la cabeza como para echar fuera algo—. Bueno, fuera lo que fuera, estoy seguro de que los perros del vecindario se pusieron a aullar. ¡Pero en el tono!

En cuanto se fue, dijo Petula:

—Para mí tiene toda la pinta de ser un objeto teslanoide.

Nick miró el folleto y asintió con la cabeza. Sin duda era la misma arpa sin cuerdas que había vendido. Faltaban dos días para el recital.

—No podemos arriesgarnos a que los Accelerati la consigan primero. Tenemos que encontrarla antes del sábado por la noche.

—Yo la encontraré —dijo Mitch.

—Y yo iré por ahí quitando los folletos de todas partes —se ofreció Petula—, para que no lo vean los Accelerunis.

—Los Accelerati —le corrigió Nick. Estaba a punto de decirle a Petula que no necesitaban su ayuda, pero la verdad era que sí la necesitaban—. Mira, si te dejamos entrar en esto —le dijo—, tengo que saber que puedo confiar en ti.

Ella pareció muy sorprendida ante aquella insinuación:

—¡Por supuesto que puedes confiar en mí! —dijo—. Yo no haría nada para empeorar tu amarga desilusión.

Cuando Nick llegó a su casa aquella tarde, Danny estaba jugando a videojuegos en la sala de estar, olvidado, muy a propósito, del mundo real que lo rodeaba.

—Afortunado tú que no viniste con nosotros a la pizza de ayer —dijo sin apartar la mirada de su videojuego—. Hizo vomitar a la mitad del equipo.

—Sí, algo de eso he oído.

Por la ventana, Nick veía a su padre en el patio de atrás, plantando un árbol. Su madre era la que tenía mano para las plantas en la familia. Tal vez se tratara de una de esas cosas que su padre hacía para recordarla. O simplemente para mantenerse ocupado.

Nick salió por la puerta de atrás.

—¿Qué clase de árbol es? —preguntó.

—Naranja sanguina, me han dicho —respondió su padre—. Pero no dará fruta hasta dentro de un par de años.

Respiró hondo, secándose el sudor de la frente con la manga de su camiseta, y miró a Nick con esa mirada entrometida que es exclusiva de los padres.

—¿Todo bien? —preguntó.

Nick se encogió de hombros. En realidad, solo había algunos motivos para responder que no, y algunos los conocía su padre.

—Sí, bien. ¿Por...?

—Es solo que... nunca hablas de tu amigo —dijo—. El que... murió... en nuestra sala de estar. Ya sé que el asunto ese del asteroide le quitó importancia a lo de ese chico... pero el caso es que ocurrió.

Nick se puso tenso. Nunca había hablado de Vince con su padre desde aquel día:

—Sí, intento no pensar en eso —le dijo Nick. Y entonces, en un brusco arranque de enloquecida inspiración, dijo—: Su hermano gemelo lo está pasando realmente mal.

Su padre hizo una mueca:

—Ya me supongo.

Y entonces, contento de haber cumplido su deber paternal como psicólogo de apoyo ante la muerte de alguien cercano, siguió con lo que estaba haciendo. Señaló el agujero que estaba cavando:

—¿Qué crees que será eso?

Nick bajó la mirada y vio el borde brillante de una superficie lisa y metálica. El agujero, se dio cuenta, parecía más bien una trinchera superficial, como si su padre hubiera empezado cavando para plantar el árbol, pero luego se hubiera sentido más interesado en sacar al aire aquella barra metálica. Había descubierto al menos metro y medio: lo suficiente para ver que describía una ligera curva.

—Cuando le di con la pala, como que me dejé llevar —explicó su padre.

Por mero instinto, Nick comprendió que aquel objeto tenía que estar relacionado con Tesla. Por tanto, no debería de ser problema de su padre:

—Quizá sea mejor que lo vuelvas a tapar —dijo Nick—. Y que pongas el árbol en otro sitio.

—Quizá —dijo su padre—, salvo que... cuando uno tapa una cosa extraña, esta no desaparece del todo, ¿verdad?

«No», admitió Nick para sí. «Desde luego que no».

Su padre se sentó en un tocón, se quitó la gorra, y se rascó la cabeza.

—Es curioso —dijo—. Después de ese día, no podía dejar de pensar en que el bate se rompió aunque yo ni siquiera le acerté a la bola, y que se rompieron todas esas ventanas, y que el asteroide no llegó a hacer lo que todos esos científicos geniales decían que iba a hacer. Y no me puedo dejar de preguntar... si no fui yo. ¿Y si yo golpeé el asteroide y lo puse en órbita? Menudo disparate, ¿verdad?

A Nick se le empañaron los ojos, y cuando se dio cuenta intentó evitarlo, pero no pudo. Cuando por fin le salió la voz, no fue más que un susurro:

—¿Y si no fuera ningún disparate?

Su padre lo miró a los ojos.

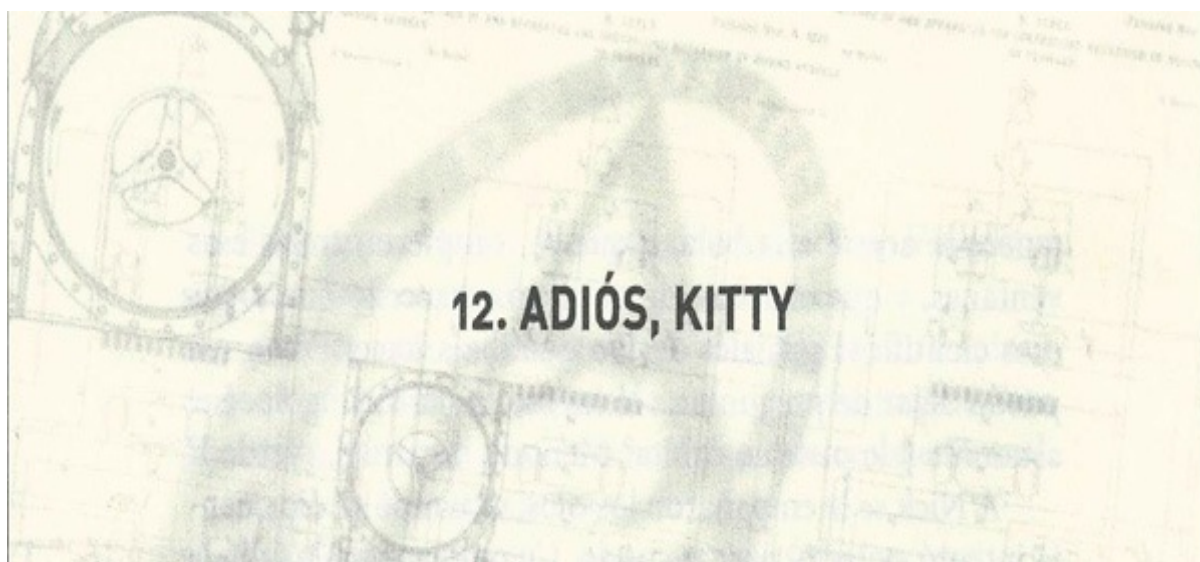
—Tiene que serlo, Nick. ¿No te das cuenta? Porque si no es un disparate, la alternativa es aterradora.

Sin previo aviso, Nick se lanzó a los brazos de su padre, y se abrazaron uno al otro con todas sus fuerzas. Y por un instante, aquel abrazo parecía protegerlos de todo el terror que el mundo pudiera arrojar sobre ellos.

Nick no lo soltó hasta que vio que controlaba sus lágrimas. No pudo dejar de notar que también su padre se estaba secando las suyas.

—Da igual lo que esté en el suelo —dijo Nick—. Vamos a taparlo y a plantar el naranjo en otro sitio. Tal vez no desaparezca del todo, pero no tiene por qué ser problema nuestro justamente ahora.

Aunque Nick sabía que tendría que vérselas con el objeto más tarde, fuera lo que fuera, encontró otra pala y juntos, su padre y él, echaron tierra al asunto. Plantaron el naranjo cerca de la casa, donde algún día, se imaginaba Nick, extendería sus hojas proporcionando a la ventana de la cocina una vista apacible, y ofreciéndoles las naranjas más dulces que nunca habrían probado.



La habilidad de Vince para encontrar objetos teslanoides no tenía nada que ver con el hecho de que, de niño, su indeseado apodo fuera «el Hurón». Este apodo no le venía de que tuviera dotes para el huroneo (los cazadores emplean hurones para rastrear a otros animales), sino en la desgraciada combinación de lo delgado que era con el hecho de que sus dientes de leche frontales le otorgaron, durante cierto tiempo, aspecto de roedor. Esos fueron sus inicios como tipo marginal.

Pero incluso como tipo marginal, Vince contaba con su propio círculo de amigos antisociales. Eran aquellos oscuros amigos los que le ponían en la pista de encontrar objetos perdidos, pues nada les gusta más a los seres marginales que cotorrear sobre cosas raras, y sobre gente más rara aún.

Iba caminando por la zona donde estaban los skaters, contemplando con un poco de pena los números que ejecutaban otros chicos y que él ya no podría volver a intentar sin riesgo de perder la conexión a la batería, cuando llegó hacia él una nueva pista:

—Tío —le dijo un patinador con más costras que piel en las piernas—, hay una señora en mi calle a la que se le salen los gatos por las orejas.

—¿De manera literal o figurada? —preguntó Vince. Porque, considerando los chismes tan raros que estaba buscando, que a alguien le salieran gatos por las orejas no parecía completamente imposible.

El chico lo miró parpadeando, sin acabar de entender la pregunta.

—Tío —le dijo—. ¡Tiene en su casa como un millón de gatitos!

Vince lanzó un suspiro.

—¿De manera literal o figurada? —volvió a preguntar—. ¿Quieres decir un millón o solo muchísimos?

—Muchísimos —aclaró el chico—. Pero todavía no te lo he contado todo: lo más raro es que de repente los gatos han desaparecido, y ahora tenemos, bueno, un montón de ratones en el vecindario. —Entonces se inclinó hacia él y le susurró—: En realidad, esa señora sigue teniendo gatitos en la casa. Entran en ella, pero no salen.

Pese a lo mal que había salido la aventura de la incursión en la casa, aquello sin duda alguna justificaba una investigación... aun cuando la curiosidad pudiera matarlo a él, en vez de a los gatos.

La casa en cuestión se hallaba en una calle en decadencia. Hasta los árboles se inclinaban en dirección opuesta a las casas, como si no quisieran tener nada que ver con ellas. Al acercarse a la residencia, empezó a oír los gatos. Maullidos débiles, distantes. Pero había algo más que eso: el sonido de los maullidos parecía transformado completamente, aunque no hubiera sabido decir cómo.

Vince había aprendido que, cuando se trataba de los objetos de Tesla y de sus propietarios, era mejor evitar la puerta principal de la casa. Lo que hizo fue rodear la casa por el lateral hasta encontrar una adecuada puertecita de perro que obviamente no era usada por perros. Había sido tapada por fuera con cinta de embalar, como si alguien hubiera querido asegurarse de que ya no pudieran salir los animales. Vince arrancó la cinta y, como era tan delgado como un hurón, pudo pasar parte del cuerpo retorciéndose hacia un lado y después hacia el otro. Lo primero que vio fueron los ratones.

¡Lo rodeaban por todas partes! Vince no podía retroceder por la diminuta puerta, así que no tuvo más remedio que apretarse bien y pasar el resto del cuerpo. Los ratones se escabulleron, chillando. Él se levantó y se encontró en la cocina de la casa, cara a cara con una mujer.

Zapatillas de color rosa, grandes y esponjosas. Cabello desgreñado, y una mirada perdida en los ojos. Era la encarnación misma de la expresión «la loca de los gatos». Blandía como arma una mopa para el suelo.

—¿Quién eres? ¡Sal de mi casa! ¡Fuera!

Agitó la mopa contra él, dibujando un amplio arco en el aire que él podía evitar con facilidad.

La mujer tenía ratones agarrados a su jersey de lana. Pero el ruido que hacían aquellos ratones no era el que uno podría haber esperado. Más que chillar, los ratones estaban maullando, como, como...

De pronto a Vince no le cupo ninguna duda de que había acertado al ir allí.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Me gustan sus gatos de miniatura!

Ella dudó antes de blandir de nuevo la mopa, recelosa.

—¿Te gustan...?

—¡Por supuesto! ¿A quién podrían no gustarle? Mis amigos me dijeron que usted tenía gatos de miniatura, y quise verlo con mis propios ojos. ¿Puedo...?

La mujer seguía mirándolo con recelo, pero luego se desprendió uno de la blusa para enseñárselo. Era un gato atigrado del tamaño de la palma de la mano, y muy mono, para quien le guste esa clase de bichos. Ella se lo tendió, y Vince alargó la mano para cogerlo, pero el diminuto gato le soltó un bufido.

—Creo que me conformaré con mirarlo.

—El inspector sanitario me dijo que no podía tener tantos gatos. Pero si son pequeños...

Al fijarse en lo que le rodeaba en aquella descuidada cocina, pudo ver que la exageración de su amigo no era tan descabellada. Había cientos y cientos de gatos de miniatura.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Vince.

Y la mujer, emocionada por encontrar a alguien que se mostraba más interesado que horrorizado, se puso a hablar bastante contenta:

—De los refugios —dijo—. Los cojo de los refugios. No te imaginas cuántos gatos hay que no quiere nadie. Yo los salvo poniéndolos a dormir y trayéndolos aquí. Por supuesto, hasta hace unas semanas no me los podía traer todos, ¡pero ahora ya no hay límite!

—Pero... ¿cómo lo hace? —le volvió a preguntar Vince.

La mujer le dirigió una sonrisa en la que faltaban varios dientes importantes.

—Te lo mostraré... ¡pero no se lo digas a nadie!

Estaba claro que se moría de ganas de contárselo a alguien.

Vince siguió a la mujer hasta el cuarto de la lavadora, que estaba lleno de ropa sucia, aunque ninguna prenda parecía tener la intención de entrar en la lavadora. Un gato de tamaño normal estaba sentado sobre la pila de ropa. La loca de los gatos lo cogió y, sujetándolo fuerte, lo puso en la fregadera y abrió el grifo.

—¡No, no! —exclamó Vince por puro reflejo.

—No te preocupes —dijo la mujer—. No voy a hacerle daño. Pero se tiene que mojar. No funciona si no está mojado.

Como a los gatos no les gusta el agua, aquel hizo todo lo que pudo por escabullirse, pero ella lo agarró con firmeza hasta que tuvo todo el pelo

empapado. A continuación, con su mano libre, abrió la puerta de una secadora sumamente vieja.

—¡Adentro! —dijo con voz alegre.

—¡No! —repitió Vince.

—Eres un tipo nervioso, ¿verdad? —comentó ella.

Cerró la secadora y la puso en funcionamiento. El aparato empezó a meter ruido, pero al mirar por la puerta de cristal, Vince vio que el tambor no daba vueltas. Sin embargo, era evidente que algo pasaba allí dentro, porque el gato brillaba.

—Esta es una de esas cosas que nos dicen que no hay que intentar hacer en casa —dijo la loca de los gatos. Apagó la máquina diez segundos después y, cuando abrió la puerta, el gato estaba completamente seco. Y tenía el tamaño de un hámster.

—Compré este aparato en un mercadillo que alguien montó a la puerta de su casa —le explicó a Vince, que ya lo sabía—. La primera vez que lo usé para secar la ropa, todas las prendas se encogieron tanto que parecían ropita de muñeca. En uno de los bolsillos encontré un billete de dólar del tamaño de uno de esos papelitos que salen en las galletas de la fortuna. Cuando comprendí que no solo encogía la ropa, me puse a pensar...

El diminuto gato le saltó al jersey y le trepó hasta el hombro para acurrucarse allí con los demás.

—Es un sueño hecho realidad —dijo ella—. Por fin, después de todos estos años, puedo tener todos los gatos que quiero.

Y esa frase, comprendió Vince, le brindaba a él una oportunidad. Vince había descubierto con cada uno de los artículos que había recuperado, que el objeto en cuestión había satisfecho una necesidad, o bien le había hecho a la persona el daño suficiente para que aprendiera una valiosa lección. Aquella señora podría ser para siempre la loca de los gatos, pero al menos ahora ya no sentía el deseo insaciable de acumular más.

—Yo podría usar esto —le dijo Vince— para salvar cachorros...

La mujer se emocionó tanto que le dio la secadora y no le pidió nada a cambio.



Al día siguiente, Nick se fue al instituto mucho más temprano que de costumbre. Pensaba que no lo hacía por ningún motivo en especial, pero si hubiera utilizado el grabador de sentimientos, este habría dicho, con su propia voz, que tenía un motivo verdaderamente muy especial.

No podía consultar con nadie sobre el aprieto en que estaba metido. Por supuesto, podía hablar con sus amigos, pero ellos no sabían más que él. Y hablar con su padre la noche anterior le había dejado claro que no podía contarle nada. Necesitaba a alguien de fuera. A alguien que fuera sabio y bueno y, por encima de todo, en quien se pudiera confiar.

Así que Nick se fue temprano al instituto para hablar con la señora Planck, porque Mitch tenía razón: ella sabía cosas. Y, sobre todo, porque su consejo siempre era consolador.

La encontró en la cafetería, alineando en el mostrador cruasanes y bollitos de canela. No había más trabajadores presentes en la cafetería, ya que ninguno llegaba nunca a una hora tan infame.

—Hoy eres pájaro mañanero, Nick —le dijo al verlo—. ¿Tienes algún gusano que atrapar?

—No podía dormir —le dijo él—. Así que decidí empezar pronto el día. —Puso las manos en las pastas envueltas en papel de celofán, y le ayudó a alinearlas.

Tras acabar con las pastas, la señora Planck empezó con las cosas calientes: puso salchichas en una plancha de tamaño industrial, vertió huevos previamente revueltos en una sartén del tamaño de un tapacubos y empezó a cortar fruta. Mirándola, Nick se sorprendía: la señora Planck parecía más que una trabajadora de cafetería. La manera en que lo manejaba todo a la vez

parecía más propia de un artista. No..., ¡de un científico! Pues realmente había ciencia en todo lo que hacía.

Fuera empezaba a clarear la mañana. Las últimas huellas de la aurora se desvanecían en el cielo. Quedaba aún por lo menos media hora antes de que apareciera nadie más, así que Nick tenía mucho tiempo para hablar. No sabía cómo abordar el tema..., pero estarse allí parado viéndola trabajar y sin decir nada resultaba un poco incómodo, así que agarró el toro por los cuernos:

—¿Qué diría usted si yo le dijera que tengo tras de mí a una sociedad secreta, y que mi vida podría estar en peligro?

Ella se rio.

—Diría que has estado viendo demasiada tele. —Entonces se paró un instante, pensó y dijo—: ¿Eso tiene algo que ver con esa venta que hiciste en tu casa?

Nick volvió los ojos de repente hacia ella.

—¿Cómo está enterada de eso...?

—Tú me lo dijiste, ¿no te acuerdas? Unos días antes de aquel horrible asunto del asteroide.

—Ah, vale. —Se aclaró la garganta—. Bueno, el caso es que todas esas cosas que estaban en mi casa y que vendí... eran más importantes de lo que yo mismo pensaba.

La señora Planck colocó una sandía en el mostrador.

—¿Cómo es eso?

—Pertenecían a alguien.

De no se sabía dónde, la señora Planck sacó un enorme y brillante cuchillo cebollero.

—¿A quién pertenecían?

—A Nikola Tesla.

En un solo y hábil gesto, la señora Planck clavó el cuchillo en la sandía, y la partió en dos.

—¿Tesla...? ¿El loco?

—Era un genio.

La señora Planck empezó a cortar las mitades, descuartizándolas.

—Sus experimentos fundieron el generador de la ciudad. Colorado Springs estuvo varios días a oscuras.

—Los accidentes suceden —dijo Nick, pero la idea no acababa de encajarle: el hombre que había diseñado la máquina del desván era muy preciso en su trabajo. No dejaba que las cosas sucedieran. No era proclive a causar accidentes.

¿O si lo era...?

—En cualquier caso —dijo Nick—, necesito recuperar algunos de los objetos que vendí, y mis amigos piensan que usted podría ayudarme. Y yo también lo pienso. Quiero decir, usted está enterada de muchas cosas que pasan en la ciudad...

La señora Planck siguió cortando la sandía hasta hacer raciones con ella.

—Eso es verdad. Y pertenezco a un grupo de aficionados a la imitación de antigüedades que nos conocimos por Internet, Los miembros de ese grupo siempre están yendo a los rastros. Apostaría a que pueden tener alguno de tus objetos perdidos. —Lo miró—: Has mencionado una sociedad secreta... ¿Piensas que hay alguien más interesado en esas cosas? —preguntó—. ¿Crees que podrían haberte seguido hasta aquí?

Nick miró por encima del hombro como por reflejo, y entonces se sintió idiota.

—No me ha seguido nadie —dijo—. Nadie sabe que estoy aquí.

—Bueno —dijo ella—. Más vale prevenir que lamentar...

Entonces se acercó un poco más a Nick. El zumo de sandía goteaba de la hoja del enorme cuchillo.

—¿Por qué no me haces una lista de todos los objetos que te faltan —le dijo ella con una cálida sonrisa—, y veo si puedo ayudarte a encontrarlos?

Eso parecía una buena idea, así que Nick metió la mano en su mochila para sacar un papel y un bolígrafo.

En momentos de gran estrés, la mente puede hacer todo tipo de cosas extrañas. Eso fue lo que pasó cuando Nick empezó a escribir su lista para la señora Planck.

Arrancó una hoja de su cuaderno y la puso sobre el mostrador. Mientras buscaba un bolígrafo en la mochila, el borde de la hoja, que estaba demasiado cerca de las llamas de la sartén de los huevos, se prendió. Nick lo retiró, pero solo logró dejar el papel encendido sobre la plancha, donde crepitaban las salchichas asándose en su propia grasa. Esta grasa se encendió, y las llamas ascendieron hasta la campana de acero inoxidable.

Y de repente Nick se encontró en otro lugar.

En la ciudad de Tampa. Casi cuatro meses antes. ¡El fuego! ¡Su madre! Estaba volviendo a ocurrir. Sabía que seguía en la cocina de la cafetería, con la señora Planck, pero eso no apagaba la sensación de terror absoluto que se apoderaba de él. Ahora las llamas los rodeaban, y devoraban cada pared, cada superficie.

Cogió a la señora Planck con la fuerza que le proporcionaba la descarga de adrenalina.

—¡Hay que salir de aquí! —Tiró de ella con tanta fuerza, que el cuchillo se le cayó de la mano para clavarse en el suelo de linóleo—: ¡Aprisa! ¡Mientras aún hay tiempo!

Pero la señora Planck se soltó y regresó hacia las llamas.

—¡No! —gritó Nick. ¿Qué estaba haciendo la mujer? ¡Él podía salvarla! ¡Tenía que salvarla! ¡No podía volver a ocurrir lo mismo!

Ella se puso de rodillas, aparentemente dominada por el humo, y Nick se encontró medio paralizado, incapaz de hacer otra cosa que mirar...

... mientras ella sacaba un pequeño extintor de un armario bajo, apuntaba con él a la plancha, y apagaba el fuego de la grasa con una simple rociada.

—Bueno —dijo ella—, lo siento por las salchichas.

De repente, Nick se dio cuenta de que aquellas llamas que le habían parecido tan enormes, tan devastadoras, no estaban más que en su cabeza. En realidad, el fuego no había pasado de una parte de la plancha. El humo ya se había ido, y ni siquiera había salido tanto como para hacer saltar la alarma. Aun así, él seguía dominado por el terror.

—En fin —dijo la señora Planck—, ¿qué hay de esa lista?

Nick apenas podía respirar. Sintió la necesidad de respirar aire fresco. Necesitaba limpiar sus pensamientos, porque, aunque el fuego de la cocina pudiera haberse extinguido, en su cerebro seguían rugiendo las llamas.

—Me tengo que ir. —Se dio la vuelta y echó a correr, casi tropezando con el cuchillo al salir.

Ese día Nick no comió en la cafetería, sino algo que sacó de la máquina del pasillo. No quería volver a la cafetería para acordarse de lo que había sentido aquella mañana: no tanto el pánico, como la vulnerabilidad.

Había conservado la cabeza en situaciones mucho peores. Hasta cuando Vince cayó muerto en el vestíbulo de la casa de Beverly Webb, Nick había logrado mantener la calma, dentro de lo que cabe, sabiendo lo que tenía que hacer. Pero aquella mañana había quedado al descubierto en su coraza emocional una enorme grieta, y si era propenso al miedo irracional, había una posibilidad de que pudiera darle el pánico en el momento más peligroso. Y echarlo todo a perder.

Intentó no pensar demasiado en ello. El instituto fue, por una vez, una distracción que recibía con agrado. Consiguió tener la mente puesta en su trabajo escolar y en las clases de sus profesores. En clase de Historia, miró a

Caitlin sin darse cuenta, y esta le ofreció una sonrisa leve, tal vez de disculpas. La misma sonrisa que llevaba días ofreciéndole.

No estaba seguro de lo que significaba. Y dudaba incluso de que estuviera segura ella misma. Resultaba incómodo, y Nick ya no tenía tiempo ni paciencia para la incomodidad. Eso cambiaría cuando..., bueno, cambiaría cuando cambiara. No podía perder el tiempo ahora preocupándose por eso, cuando tenía tantas otras cosas en la cabeza.

Los pensamientos sobre su madre, y el incendio, y la vida que había dejado atrás al venirse a Colorado asomaban por cualquier rincón del cerebro en cuanto se descuidaba. Amenazaban con aplastarlo, pero hacia la última clase ya había logrado apagar el incendio y recuperar, si no la paz, al menos la estabilidad.

El esfuerzo lo había dejado exhausto, pero el día todavía no había acabado. Después del instituto, se fue a casa de Mitch, porque tenían que buscar un número de teléfono que les llevara hasta la arpista.

Le abrió la puerta la hermana pequeña de Mitch, y al verlo le dijo:

—Tú eres el que le dio a mi hermano el juguete que decía cosas curiosas. Ahora se ha estropeado.

—Lo sé —dijo Nick—. ¿Puedo pasar?

La niña sopesó seriamente aquella petición y decidió permitirle la entrada.

Era la primera vez que Nick entraba en casa de Mitch. Aparentemente era una casa normal, aunque hasta las paredes parecían sentir la ausencia del padre. O tal vez fuera solo la imaginación de Nick.

El cuarto de Mitch era una pocilga, y Nick tuvo la impresión de que aquella reflexión valía también para el espacio mental de Mitch. No había conocido a Mitch antes de que el señor Murló ingresara en prisión, y tal vez su amigo fuera un vago ya antes, pero Nick sentía que el estado actual de desorganización era una consecuencia directa del estado en que se encontraba la familia. Era como si la vida de Mitch hubiera entrado dentro de un tornado, se hubiera puesto a girar en él, y al final todo fueran escombros esparcidos por su cuarto.

—¡Lo tengo! —dijo Mitch, casi camuflado entre todo el desorden. Le mostró a Nick una hoja de papel—. He llamado a la cafetería donde va a actuar la arpista, y les he dicho que me estaba dando lecciones, pero que había perdido su número.

—¿Y te lo dieron?

—Sí. No me lo podía creer porque, la verdad, creo que soy el peor mentiroso del mundo.

—¿La has llamado?

Le entregó a Nick el papel.

—Pensé en dejarte ese honor a ti.

Pero Nick puso el teléfono en manos libres. Al fin y al cabo, Mitch había conseguido el número, y no sería justo mantenerle al margen.

—Buenas tardes, ¿la señora... Devereaux?

Nick leyó el nombre en el folleto, seguro de que lo pronunciaba mal.

—Al habla —respondió la mujer.

—Eh... Hace unas semanas vendí algunas cosas a la puerta de mi casa, ¿sí? —explicó con inseguridad—. ¿Compró usted un arpa?

—¡Ah! Supongo que quieres que te la devuelva —dijo ella enseguida. No parecía ni sorprendida ni preocupada, lo cual sorprendió y preocupó al mismo tiempo a Nick.

—¿Podríamos pasarnos mañana por la mañana? —preguntó Nick—. Para hablar sobre ello...

Ella accedió al instante. Quedaron a las nueve en punto. Después de colgar, Nick se volvió a Mitch:

—¿No te ha parecido raro?

—¿Comparado con qué? —preguntó Mitch. Y tenía razón: cualquier medida que se empleara para medir lo raro, había quedado pulverizada después de las últimas semanas. Y Nick solo podía confiar en que lo que ocurriera al día siguiente, fuera lo que fuera, produjera menos moratones que el encuentro con el gordo ingrátido.

Mientras tanto, de lo único que tenía ganas era de llegar a su casa y tirarse en el sofá de la sala de estar para que la locura del mundo le dejara en paz por un ratito.

Por desgracia, la locura del mundo se había apoderado aquel día de la sala de estar de la casa de Nick.

Cuando abrió la puerta, vio a su padre, que estaba sentado en el sofá. Y enfrente de él estaba sentada ni más ni menos que Beverly Webb.

La situación, para Nick, estaba tan clara como el cristal. Su hijo, tras recuperarse de sus problemas con la pizza, lo habría identificado, y ella y su padre estaban esperándole para tenderle una emboscada con la acusación del allanamiento de morada.

Su primer impulso fue ponerse a gritar: «¡No fui yo!». Su segundo impulso, darse la vuelta y echar a correr. Pero lo que hizo fue contener la lengua y esperar a que el hacha cayera sobre su cabeza.

—Nick —dijo su padre en tono severo.

—Eh... ¿sí...?

—Como ves, Beverly está aquí. Con Seth...

Nick se preparó para lo peor. Pero entonces su padre añadió:

—Está ayudando a Danny con el fildeo.

Nick aspiró hondo y después soltó el aire:

—Con el fildeo —repitió—. Vale.

Beverly lo miró, llena de candor y comprensión.

—Nick, quiero que sepas que no te guardo ningún rencor por lo del otro día.

—Gracias —dijo Nick, volviendo a respirar hondo—. Entonces... ¿dónde está Seth ahora?

—Atrás con tu hermano —dijo su padre—. Beverly y Seth se quedarán a cenar. Y antes de que digas nada... ha sido idea mía. Les han entrado en la casa hace poco, así que he pensado que sería buena idea pasar la noche con amigos.

—Lo siento —dijo Nick, sin saber muy bien lo convincente que sonaba—. ¿Se llevaron algo?

Beverly negó con la cabeza.

—No. Cuando llegamos a casa, los ladrones escaparon asustados. Pero Seth vio con claridad a uno de ellos. Por lo visto era un tipo grande, que daba miedo.

—Seguramente serían unos delincuentes de tres al cuarto —comentó el padre de Nick—. Estoy seguro de que no volverán.

Su padre había llamado para pedir comida china, ya que la pizza estaba aquel día descartada. Nick se imaginó la cena con Seth sentado en la mesa con él, y después borró la escena de su mente.

—¿Sabes qué? Tengo un montón de trabajo —dijo—. Creo que no voy a cenar esta noche.

Su padre empezó a protestar, pero Beverly intercedió:

—No pasa nada, Wayne, de verdad.

El hecho de que ella pensara que Nick solo estaba siendo maleducado le permitía serlo de verdad, así que pasó por su lado sin decir ni adiós y se fue a la cocina para beber algo.

Por el camino, cogió disimuladamente la foto familiar que había salvado del fuego y que estaba en el pasillo, y se la metió bajo la chaqueta, para que Seth no tuviera ocasión de ver su cara.

Si Seth hubiera sido más observador, habría reconocido aquella como la casa en la que había comprado el quitamanchas, y podría haberse dado cuenta

de que el chico que se lo había vendido era el que acababa de entrar en su casa. Pero parecía que Nick estaba de suerte, y mientras permaneciera fuera de la vista de Seth, estaría a salvo.

Pero ¿cuánto podía durar su suerte si la madre de Seth seguía asomando las narices por allí?

Mientras estaba ante la nevera pensando en estas cosas, se le ocurrió una idea que podría solucionar al menos uno de los problemas relacionados con Beverly que afrontaba en aquellos momentos.

Miró por la nevera hasta que encontró la bebida perfecta: zumo de granada. Se sirvió un buen vaso alto, y regresó al salón de estar con el codo levantado.

Los accidentes, como había señalado Nick aquella mañana, ocurren. Nick chocó contra Beverly, volcó el vaso, y el zumo de granada, de color sangre, le cayó por la camisa blanca.

—¡Nick! ¡Ten más cuidado! —le regañó su padre.

—Lo siento.

—Fue culpa mía —dijo Beverly.

—No, no fue culpa suya —dijo Nick, y entonces se contuvo—: Quiero decir, me gustaría, pero no..., fue culpa mía. —Se miró la camisa—. Estupendo. Está echada a perder. Y es mi camisa favorita, además.

—Cogeré una servilleta —dijo Beverly.

—Demasiado tarde. Ya está toda empapada.

—Bueno, si le das ahora mismo...

—¿Me toma el pelo? —dijo Nick—. El zumo de granada no se va nunca.

—Es una pena —dijo su padre—. Era una buena camisa.

—Le quedará una mancha para siempre —dijo Nick.

—¡Qué pena! —dijo Beverly.

—Está estropeada —dijo Nick—, porque no existe nada que pueda quitar la mancha de granada de una camisa blanca. —Vaya, aquello era como frotar dos palos para hacer fuego—. ¡Absolutamente nada!

—¡Espera! —dijo por fin Beverly—. Tengo un quitamanchas... que puede sacar cualquier mancha. —Y entonces alargó la mano hacia Nick—: Quítate la camisa.

Nick se quedó mirando como abobado.

—Dame tu camisa. Me la llevaré a casa, y te la devolveré como nueva. Eh...

—Eso es muy amable por tu parte —dijo su padre—. Nick, quítatela.

—Bueno, vale... —Y entonces tuvo otra inspiración—: Espere, tengo que dejar esto. —Alargó el brazo para posar el vaso medio vacío en una mesita. Precisamente entonces Nick veía el vaso medio lleno.

Intencionalmente patoso, Nick chocó con el brazo contra la lámpara de la mesa y tiró el zumo. El vaso se le cayó de la mano, vertiendo su rojo contenido en el sofá de color marfil.

—¡La eme! —exclamó Nick.

—Hoy estás batiendo todos los récords —gruñó su padre.

Nick cogió el cojín del sofá y se lo ofreció a Beverly:

—Será mejor que se lleve también esto.

Beverly lanzó un suspiro.

—¿Sabes qué? Traeré aquí el quitamanchas.

Entonces se abrió la puerta de atrás y Nick oyó a su hermano, que entraba con Seth.

—Buena idea —le dijo a Beverly. Y se subió a grandes saltos al desván antes de que Seth pudiera verlo. Recogió la escalerilla tras él.



Harían falta dos personas para recoger el arpa. Lo ideal sería contar con un vehículo para ello, pero eso requeriría la ayuda del padre de Nick, y Nick había jurado mantenerlo al margen.

Sin embargo, lo bueno de un mercadillo como el que había montado él aquel día era que muchos de los artículos vendidos se habían quedado en el barrio. Resultó que la casa en la que se encontraba el arpa estaba a solo dos calles de distancia. El padre de Nick y Danny habían salido temprano para ir al entrenamiento de béisbol, y estarían fuera toda la mañana, así que Nick no tendría que afrontar las preguntas tipo «qué haces arrastrando un arpa por toda la casa» cuando Mitch y él llegaran con ella.

Mitch llegó pronto. Parecía un poco distraído (traumatizado, se imaginó Nick, después de pasar la tarde del viernes con Petula, que podía extraerle las energías a cualquiera). Bostezó.

—¿Crees de verdad que la señora del arpa te la va a devolver?

—Encontraremos la manera de convencerla —le respondió Nick.

—¿Y crees que seremos capaces de traerla?

—No es de las grandes —le dijo Nick—. Recuerdo que no pesaba tanto como parecía.

Pero, pensó Nick, Jorgenson y los Accelerati seguían por allí y podrían estar observando. Él y Mitch tendrían que tapar el arpa con algo antes de llevarla a cuestras por la calle. Eso no impediría que los Accelerati se dieran cuenta de que había recuperado otro artículo, pero al menos se quedarían sin ver lo que era.

Nick se zampó un puñado de cereales secos, y se dirigía hacia la puerta cuando sonó el timbre.

Dudó. La puerta no tenía mirilla, ni había ninguna otra forma de saber quién estaba al otro lado sin abrirla.

«¿Cuándo he tenido miedo de abrir la puerta de mi propia casa?», se preguntó extrañado.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Mitch.

Nick no respondió. Lo que hizo fue contener su aprensión y abrir completamente la puerta en actitud desafiante.

Y se encontró, delante de él, a una chica rubia con las mejillas coloradas por el sol y tan musculosa como alta. Miró a Nick con sus ojos grises, fríos pero intensos, y le preguntó:

—¿Estás listo para salir? ¿Dónde tienes la ballesta?

Nick intentó dar con algo que se pareciera a una respuesta sensata. Como no pudo, dijo:

—Espera un momento. —Entonces cerró la puerta y se quedó allí un momento.

—No me dijiste que tuvieras una ballesta —dijo Mitch—. ¿Puedo verla?

—No tengo.

—Pero ella dijo...

—¿Por qué no coges una manta para tapar el arpa? Yo me encargo de esto.

En cuanto Mitch salió de allí, Nick respiró hondo y volvió a abrir la puerta.

La chica musculosa lo miró de arriba abajo.

—Sigues sin la ballesta. —Y diciendo eso levantó la suya. Era una cosa de acero inoxidable que a Nick le daba la impresión de requerir a tres personas para llevarla.

—Eh... ¿nos conocemos? —preguntó Nick.

—Tienes razón... —dijo la chica—. Perdona. Siento como si te conociera, ya que hemos charlado tanto por Internet. —Le tendió la mano—. Hola, Nick, yo soy Val. Me alegro mucho de conocerte por fin en persona. Ahora vámonos a matar unos conejos.

Nick no tenía la cabeza en su mejor momento, pero su motor mental había arrancado lo suficiente para mantener una conversación.

—¡Ah!, ¿era hoy?

—Me invitaste anoche —dijo Val—. A primera hora del sábado, es lo que dijiste. —Entonces su expresión se entristeció—. No te habrás olvidado, ¿verdad?

De una cosa estaba seguro Nick: no hay que disgustar a una chica que podría dejarte K.O. con una llave. Y menos si además lleva una ballesta.

—No, no se me olvidó..., es solo que... no te lo imaginas... tengo la ballesta en el taller.

—No te preocupes —dijo Val metiendo la mano en su enorme bolsa deportiva—. Tengo una de repuesto. —Y le ofreció una ballesta que era, afortunadamente, más pequeña y ligera que la suya.

Estaba claro que alguien le había gastado una broma a Nick haciéndose pasar por él en Internet y montando todo aquel tinglado. ¿Habría sido Caitlin? No, ella nunca haría semejante travesura. Pero, por otra parte, había sido lo bastante traviesa y astuta para engañar a aquel pobre joyero, el señor Svedberg, y conseguir que él les contara lo de los Accelerati. Antes de que Jorgenson lo matara.

Mitch se acercó por detrás de él, sonriendo con timidez.

—Puedes ir, Nick. Yo me encargo de esto.

—Pero...

—Vamos —urgió Val—. Puedes ir detrás en mi moto de cross.

—¿Tienes una moto de cross...? —Nick no se podía creer que estuviera dejando que lo entretuvieran.

—Conozco una gran reserva de animales —dijo Val— donde nos dejan contribuir a la contención de la población de conejos.

En circunstancias normales, una chica con dos ballestas y una moto de cross sería más apetecible que una señora con un arpa sin cuerdas. Pero se trataba del arpa de Tesla. Al pensar en ello, Nick sintió la extraña atracción de la máquina sin completar que tenía en el desván.

—Lo siento, pero hoy no puedo.

Ella le dirigió una mirada asesina.

—¿De verdad? ¿O sea que me has hecho venir hasta aquí para nada...?

Mitch lo apartó un poco hacia él y le dijo en voz baja:

—Nick, deberías ir.

—¿Me tomas el pelo? El arpa...

—Llamaré a Petula y le pediré que me ayude a cogerla tal como estaba previsto.

Nick negó con la cabeza.

—Ni soñarlo.

Mitch lo miró con una expresión que era al mismo tiempo triste y severa.

—No dejas de decir que somos un equipo, pero te empeñas en hacerlo todo tú solo.

—Bueno, eso es porque...

—... Porque piensas que soy un inútil, ¿no? ¡Vamos, dilo!

—Mitch, yo no pienso eso.

—Entonces demuéstalo. Déjame que lo haga. Déjame que te demuestre que no soy un inútil.

Nick se sintió acorralado. Tal vez Mitch tuviera razón. Le costaba trabajo fiarse de nadie en lo que se refería a los objetos de Tesla. Ya era hora de mostrar alguna confianza en su amigo. Vamos —le dijo Mitch—. Val te está esperando.

Nick se volvió hacia Val:

—Bueno, supongo que está bien —dijo, cogiéndole la ballesta más pequeña—, siempre y cuando no matemos al resto de la gente que haya allí.

—Vale —dijo Val—. No es la primera vez que oigo ese comentario. —Se dio la vuelta y se fue con paso decidido hasta la moto. Su cabello ondeaba tras ella como una capa—. ¿Vienes o qué?

Nick se volvió hacia Mitch:

—¿Me prometes que cogeréis el arpa enseguida?

—Prometido.

—Y ten cuidado con ella. No sabemos qué es lo que hace.

—¿Cuándo no tengo cuidado yo?

—Pues no sé... Yo diría que no lo has tenido nunca en toda tu vida...

Mitch asintió con la cabeza, aceptando la verdad:

—Bueno, pues hoy será la excepción.

Nick se volvió al oír el bronco sonido de Val arrancando la moto de cross, que con ella sentada encima parecía casi como una Harley. Bueno, si Caitlin había pensado que se iba a poner nervioso ante aquella extraña invitación, vería que no. Estaba decidido a ir y matar unos bichos por sí mismo.

Así que se subió en la parte de atrás de la moto de Val, y se fue con ella a cazar, confiando en que Mitch y Petula hicieran el trabajo.

Caitlin no sabía nada de lo de Val. Iba de camino a casa de Nick con el ábaco de Tesla y la esperanza de que, aparte de las prestaciones matemáticas que tuviera, el aparato sirviera para limar asperezas entre Nick y ella.

Entonces vio a Nick cruzando la calle en una moto de cross manejada por una chica de rostro inexpresivo, cabello salvaje y una... ¿Era un arma lo que llevaba a la espalda?

Pasaron a su lado, pero Nick ni siquiera vio a Caitlin.

No hace falta decir que Caitlin se puso furiosa, aunque no sabía con quién enfurecerse, ni qué significaba todo aquello. Debería haber hablado antes con

Nick. Al fin y al cabo, era ella la que se había ido de su casa después de que Nick simplemente reuniera el valor para pedirle que saliera con él.

Siguió caminando hacia la casa de Nick en una especie de aturdimiento inducido por la rabia, con la intención de dejarle el ábaco en la puerta. Allí, en el camino de entrada a la casa, encontró a Mitch, que estaba hablando al teléfono como desesperado:

—... No sé dónde estás, Petula, pero esta es la tercera vez que te llamo —decía—. Así que... mira, voy a pasar por tu casa y esperar...

Caitlin dejó en la mano de Mitch el ábaco, metido en su caja de forro de plomo.

—¡Para Nick! —le dijo—. Dile... —Pensó en ello durante un segundo—. ¿Sabes qué? Mejor no le digas nada. Tú dáselo y ya está.

Entonces se volvió a su casa, donde destrozó un puñado de cosas y las pegó en lienzos, creando lo que tal vez fueran sus obras de arte más sentidas.

Le sacaba de quicio que aquello le molestara tanto. Al fin y al cabo, ella era guapa, era apreciada, y era lista. Su vida no tenía por qué elevarse ni venirse abajo por las atenciones de ningún chico. Aun así, perder la atención de Nick no le hacía sentirse nada bien.

Siempre se había vanagloriado de ser una chica de acción, y aquellos días eso significaba algo más que la creación de sus «obras molestas», que era como las llamaban sus padres. Había algo más que necesitaba ser destruido antes de poder crear algo nuevo.

Así que entró en la cocina, cogió el teléfono fijo y llamó a Theo, porque últimamente oír la voz de Theo en un teléfono inteligente parecía contradictorio.

Ya desde sus primeras palabras notó que él parecía distraído, y comprendió que estaba viendo el canal deportivo. La mente se le había ido de la conversación antes incluso de haber llegado a entrar en ella.

Después de un poco de conversación que de puro intrascendente era como si no estuvieran diciendo nada, le comentó:

—He decidido que es hora de romper de manera oficial.

—Vale, bien —dijo Theo completamente ausente—. Espera, ¿qué has dicho...?

—Nada de volver a estudiar juntos, ni de dejarnos ver juntos, ni de aparecer en mi casa a la hora de comer.

Hubo un momento de silencio mientras Theo asimilaba lo que ella le decía.

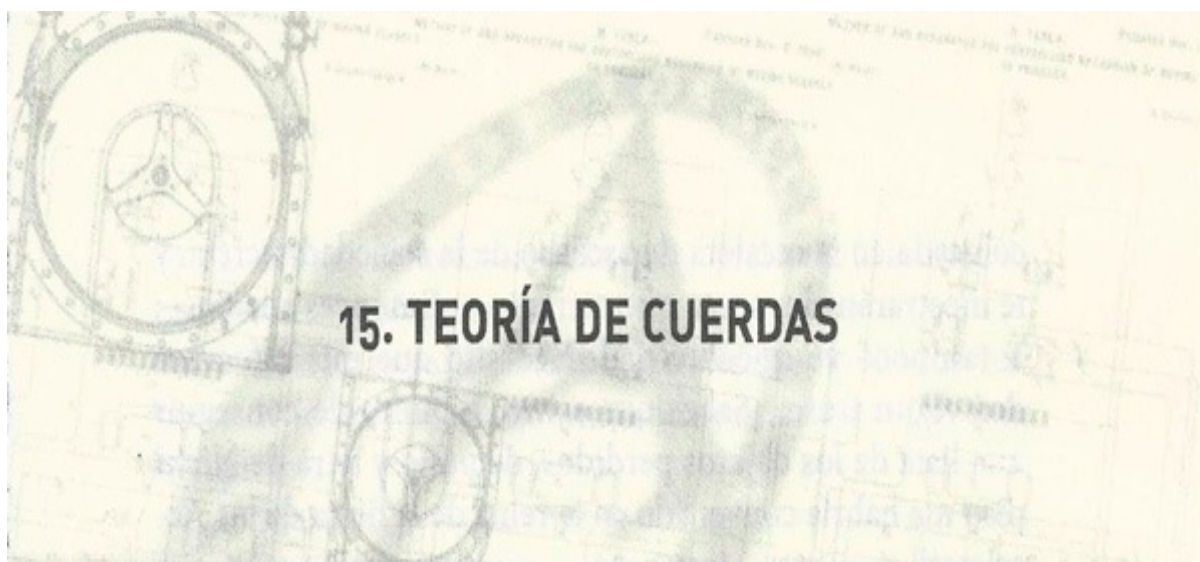
—¿Quieres decir que ni siquiera puedo volver a comer ahí?

—Efectivamente. Lo siento, Theo, pero es mejor así.

—Espera —dijo Theo—. ¿Es por lo que pasó con la mascota de Galileo? Caitlin no sabía de qué le hablaba, pero aun así le dijo:

—Sí, Theo, exactamente por eso. —Y colgó.

A continuación destrozó el teléfono, y pegó los pedazos en un lienzo.



A diferencia de Caitlin, Petula sí que estaba enterada de lo de Val, porque era ella la que había suplantado a Nick en Internet. Llevaba ya bastante tiempo haciéndolo. Al principio lo había hecho solo por divertirse, pero después había tenido un objetivo.

Había creado un perfil para él en un chat de armas medievales, y había entablado conversación con la chica más intimidante que pudo encontrar, con la finalidad de descolocar a Nick exactamente como lo había hecho.

No era difícil, realmente. Su propio conocimiento de los artilugios letales de la Edad Oscura había dejado a Val tan cautivada como una hereje dentro de una doncella de hierro. Y así, mientras Nick permanecía en la puerta de su casa sin saber qué decir, negociando con una adolescente armada aficionada a la caza, Petula, aguardaba en casa de la arpista a la señora Planck para entrar con ella en acción.

Ya había dejado pasar tres llamadas de Mitch sin coger el teléfono. Sabía por qué llamaba, y escuchó sus mensajes solamente porque la voz de Mitch, cada vez más frenética, la tranquilizaba.

—Esto será un triunfo personal tuyo, Petula —le dijo la señora Planck al llegar—. Si gracias a ti nos apoderamos de este artículo, los Accelerati no lo olvidarán. Quedarás bien colocada en la escalera de ascenso de la sociedad secreta, y te mostrarán el respeto que mereces. —Entonces añadió—: Y tampoco yo quedaré mal. Necesito que mis esfuerzos den algún fruto. ¿Sabes que estuve a punto de conseguir una lista de los objetos perdidos, de puño y letra de Nick? ¡Eso me habría convertido en la reina de la fiesta de los Accelerati!

—¿Los Accelerati hacen una fiesta?

—¡Por favor, Petula! —dijo la señora Planck, negando con la cabeza—. Es una figura de estilo. —Entonces sugirió—: Tal vez tú podrías engatusarlo para que te hiciera esa lista.

Petula sabía que eso era tan difícil como hacer volar a un cerdo. Aunque, considerando algunos de los experimentos de los que había oído hablar en el departamento de investigación genética de los Accelerati, los cerdos voladores podían no ser algo imposible.

Llegaron a casa de la arpista, que era una casa común y corriente, una más en una calle llena de casas semejantes. Petula levantó la mano para llamar al timbre, pero la puerta se abrió antes de que lo hiciera.

La mujer que abrió la puerta parecía de treinta y tantos años. Llevaba un vestido suelto estampado, y tenía ese aire de satisfacción que normalmente está reservado a la gente que es demasiado tonta para saber que su vida es una porquería.

—Hola —dijo ella en tono bastante musical—. Han venido por el arpa, ¿verdad? Esperaba a dos jovencitos, pero las cosas cambian, supongo. —La sonrisa no abandonaba su rostro. La mujer resultaba tranquilizadora de una manera inquietante, rezumaba una sensación de confianza y paz interior que hacía que Petula no quisiera ni mucho menos confiar en ella—. Entren —les dijo—. Se quedarán un momento, ¿verdad? No hay necesidad de andar con prisas.

La señora Planck, sin embargo, fue directa al asunto en cuanto entró en la casa:

—El arpa es parte de una colección que no debería haberse dividido. Espero que entienda nuestra necesidad de recuperarla.

—Sí, claro.

—Pagaremos por ella —dijo Petula, metiendo baza en la negociación.

—Y mucho más de lo que haya pagado usted —añadió la señora Planck.

La mujer se quedó mirándolas, sonriendo con los ojos tanto como con los labios.

—¡Uy, no tienen que pagarme! Tómenlo como un regalo. Me he dado cuenta de que no me la puedo quedar. Ahora que ya ha cambiado mi vida, estoy muy contenta de dejar que siga su camino.

Eso hizo recelar aún más a Petula. Y seguramente también a la señora Planck, porque ella, más que nadie, sabía que nadie daba nada en balde.

—Entonces ¿qué es lo que quiere usted? —preguntó Petula—. Debe de querer algo.

La señora Planck tocó suavemente el hombro de Petula para invitarla a callarse, y dijo:

—¿Nos la podría enseñar?

La mujer las condujo a un estudio. Allí, junto a un piano de cola mignon, se veía el arpa. Tendría un metro veinte de altura y era de color gris plomo con reflejos dorados. Un objeto hermoso pero con una carencia muy llamativa.

—No tiene cuerdas —dijo Petula.

La mujer se rio ligeramente.

—¡Ah, desde luego que tiene! —Entonces preguntó—: ¿Les gustaría oírme tocar?

Petula no se imaginaba cómo iba a tocar una persona un arpa sin cuerdas, pero la señora Planck dijo:

—Claro que nos encantaría escucharla, si es tan amable de tocar algo para nosotras.

La mujer acercó un pequeño taburete, inclinó el arpa para que descansara sobre su hombro, y empezó a mover los dedos por el espacio vacío donde deberían haber estado las cuerdas.

Petula no oyó nada. Nada en absoluto. Pero podía sentir la música. Parecía como un eco dentro de ella. No solo en sus huesos, sino en un lugar más profundo que no sabía que existiera, o al menos al que no había accedido nunca. La música sin sonido llamaba a lo más hondo de su alma.

—Dios mío —susurró la señora Planck—. ¡Son cuerdas cósmicas!

Petula había oído hablar de la teoría de las cuerdas cósmicas. De que el universo estaba hecho de cuerdas invisibles que se alargaban más allá de las tres dimensiones que pueden percibir los seres humanos. No tenía nada de sorprendente que aquella mujer pareciera sintonizada con algo más grande que ella, Porque lo estaba. ¡Estaba interpretando el universo!

Entonces empezó el aullido. Tal como les había dicho el hombre del Burguilandia, aquella delicada melodía que estaba fuera del alcance del oído humano, alcanzaba a los perros como un silbato ultrasónico. Y los perros cantaban con ella, en armonía. Como dijo el hombre, no era música, pero fuera lo que fuera, Petula deseaba que durara.

Sin embargo, la señora Planck dijo:

—Gracias. Es hermosa, pero realmente tenemos que irnos.

La mujer levantó la vista. No hacia la señora Planck, sino hacia Petula, que había cruzado la habitación y ahora estaba de pie a un metro de distancia del arpa. La música sin sonido la había hecho acercarse. Se sentía traicionada

por sus propias piernas, y más tarde tendría que encontrar la manera de castigarlas.

—Tú quieres tocarla, ¿no? —dijo la mujer con bondad—. Pienso que deberías hacerlo.

—¡No! —dijo la señora Planck, y tiró de Petula hacia atrás para susurrarle al oído—: Las cuerdas cósmicas, son caprichosas e impredecibles. Es mejor no tocarlas.

—Pero... pero un solo rasgido no puede hacer ningún daño.

—¡Por supuesto que puede! Mírala a ella. —Las dos miraron a la sonriente mujer, cuyos ojos parecían llegar, a través de ellas, hasta otro lugar completamente distinto—. ¡Está claro que ha perdido la cabeza! —Entonces la señora Planck se dirigió a la mujer—: Realmente tenemos que irnos. Petula, agarra el extremo que pesa menos, y ten cuidado de no tocar las cuerdas. Yo cogeré el arpa por la base.

La mujer se hizo hacia atrás y les dejó levantar el arpa. Se la llevaron hasta la puerta, donde la señora Planck la posó en el suelo.

—Espera aquí —le dijo a Petula, y entonces se volvió hacia la mujer—: No me puedo llevar el arpa así como así, sin dejarle algo a cambio.

La mujer exhaló un intenso suspiro que parecía al mismo tiempo de felicidad y de tristeza.

—Sí, lo sé —dijo.

—No es lo que usted quiere, pero es necesario.

—Sí, lo sé —repitió.

Petula estaba mucho más interesada en el arpa que en la transacción. Incluso mudas, las invisibles cuerdas parecían resonar en el aire. Por eso, Petula adelantó tan solo un dedo, lo movió hacia el espacio aparentemente vacío, y tan pronto como sintió una levísima resistencia, punteó la invisible cuerda.

El efecto fue inmediato. Fue intenso, demasiado intenso para procesarlo completamente de una vez. Si eso era lo que hacía una sola cuerda, Petula no podía imaginar cómo sería tocarlas todas..., especialmente para quien supiera tocar el arpa.

La señora Planck debió de sentir la vibración, porque lanzó sus ojos a Petula:

—¡Te dije que no lo hicieras!

—¡No quería! ¡Se me resbaló la mano!

—¡El arpa te habló! —dijo la mujer, rebosante de alegría ante aquella idea—. ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Petula se limitó a negar con la cabeza.

—¡Ya basta! —dijo la señora Planck—. Gracias por su amabilidad, pero hemos acabado aquí.

Entonces sacó algo del bolsillo. No era dinero, sino una pequeña bola de plata del tamaño de una cereza. Dejó caer la canica de plata a los pies de la mujer, y dio unos pasos hacia atrás. De repente las cosas empezaron a cambiar. Los colores del estudio empezaron a palidecer. Las cuerdas del piano se rompieron de una en una emitiendo duros tañidos.

La señora Planck volvió al arpa y levantó el lado que más pesaba.

—Tiempo de irse —dijo.

Petula no pudo dejar de mirar atrás. Lo que vio habría hecho gritar a una persona más débil que ella. La piel de la mujer se estaba arrugando. La ropa se le empezaba a rasgar. Y sin embargo ella sonreía. Y miraba a Petula a los ojos.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Petula a la señora Planck—. ¿Qué ha hecho usted?

—Se llama acelerador temporal, pero también se podría llamar bomba de tiempo.

Entonces comprendió Petula. Todo lo que había en el espacio de unos tres metros alrededor de la mujer estaba envejeciendo a increíble velocidad..., incluyendo la propia mujer. En un abrir y cerrar de ojos, ella dio la sensación de ser una mujer de cincuenta años, y luego de sesenta, de ochenta... El pelo se le puso gris, la piel se le arrugó, y el cuerpo entero se debilitó ante los ojos de Petula.

—No te preocupes, cielo —dijo con voz ronca de anciana desde el interior del campo de acción de la bola—. Estoy completa... y todo es como tenía que ser.

Entonces su sonrisa se convirtió en la sonrisa descarnada de un esqueleto. Sus huesos cayeron al suelo y se desintegraron. El piano se derrumbó, y cuando el campo de acción se desvaneció, lo único que quedó del estudio fue la desvencijada caja de un piano sobre un suelo polvoriento y que él mismo se desmoronaba. La habitación en su totalidad había sido consumida por el tiempo.

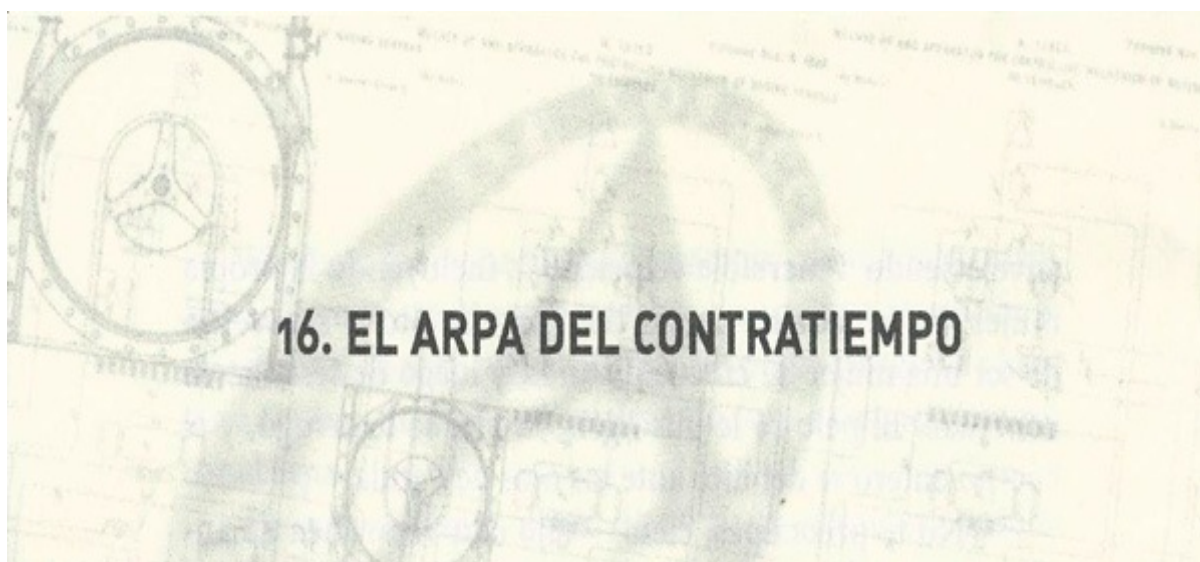
—Hacemos lo que debemos hacer —dijo la señora Planck—. No le des demasiadas vueltas, Petula.

Y Petula decidió que no le daría demasiadas vueltas, ya que quería llegar a ser un miembro de pleno derecho de los Accelerati. Aunque hubiera visto a una mujer desintegrándose ante sus ojos, no podía dejar que las emociones o

los lamentos se interpusieran en su camino. Habían ido allí por el arpa. Y tenían el arpa: fin de la historia.

Salvo que la mujer muerta tenía razón: el arpa le había hablado a Petula. No con palabras, sino con la sedosa vibración de las sensaciones, de las intuiciones. Solo entonces fue capaz Petula de poner aquella sensación en cinco simples palabras:

Tienes que completar el circuito.



Mitch aguardaba ante la puerta de la casa de Nick, temiendo el momento en que regresaría de su aventura en la naturaleza. Las cosas no habían ido como las había planeado Mitch. De hecho, no habían ido de ninguna manera.

Cuando Petula por fin lo llamó una hora después, habían ido juntos a recoger el arpa, pero no estaba allí. Y tampoco estaba la arpista.

—No es culpa tuya —le dijo Petula cuando se iban del lugar con las manos vacías.

—Entonces, ¿por qué me da la sensación de que sí que lo es?

—Por la fuerza de la costumbre —le dijo Petula—. Porque normalmente sí que tienes tú la culpa. Venga, vamos a mi casa.

Entonces lo llevó casi a rastras a ver películas viejas y lo obligó a acurrucarse allí, hasta que ella tuvo que ir al cuarto de baño, y él pudo escapar. No es que no disfrutara estando con Petula, pero ella era como los caramelos extrafuertes: uno estaba bien, pero llenarse la boca con ellos podía resultar doloroso.

Al final, un poco después de las cuatro, Mitch vio cómo Val dejaba a Nick en la acera de su casa y se iba a toda velocidad hacia su casa en la copa del árbol, o dondequiera que viviera una chica como ella.

Nick parecía de muy buen humor. Pero ese buen humor no le duraría demasiado.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —preguntó Mitch yendo hacia él e intentando que no se le notara su propia ansiedad.

—Muy bien, de verdad —le dijo Nick—. Maté una ardilla que estoy seguro de que ya estaba muerta, y el neumático de un Mercedes aparcado.

Después de esto último, Val decidió dar por terminada la jornada de caza. ¿El arpa está en el desván?

—Eh, mira lo que ha traído Caitlin. —Mitch le entregó el ábaco a Nick—. Me pidió que te lo diera.

Nick se animó.

—¿Caitlin?

—Sí, me dijo... —Mitch dudó—. Eh... me dijo que no te dijera nada.

Nick arrugó la frente.

—Vale. ¿Dónde está el arpa?

—Bueno, el caso es que... —dijo Mitch, y dejó la cosa en suspenso.

—Que no la habéis recogido —terminó Nick.

—Fuimos, pero la señora del arpa no abrió la puerta. Petula y yo miramos por la ventana hacia dentro. Era como si la habitación entera se hubiera prendido fuego o algo así..., lo único que quedaban eran cenizas. Pienso que tal vez ardiera espontáneamente.

Nick negó con la cabeza.

—No —dijo—. Los Accelerati llegaron primero.

—Eso no lo sabemos —repuso Mitch.

—Ya lo sé —siguió Nick.

—¿Cómo se enterarían?

—De la misma forma que nosotros. Verían el folleto en alguna parte.

—Bueno —sugirió Mitch—, a lo mejor también ellos ardieron espontáneamente.

—Vete a casa, Mitch —le dijo Nick.

—Lo siento —dijo Mitch. Se quedó esperando que Nick le dijera que no era culpa de él, igual que había hecho Petula. Pero Nick no lo dijo.

—Vete a casa, Mitch. Nos vemos el lunes en el insti, ¿vale?

La decepción que transmitía su voz era demasiado fuerte para que Mitch pudiera aliviarla, así que se fue sin decir una palabra más.

Nick contempló cómo se iba su amigo reprimiendo su yo más bondadoso, que quería decirle a Mitch que no pasaba nada. Porque sí que pasaba.

Pero si era culpa de alguien, era de Nick por no haberlo hecho él mismo. Sin embargo, decirle eso a Mitch hubiera resultado más doloroso para él que no decirle nada. Y en realidad no había modo de saber si Nick podría haber llegado allí primero.

Si los Accelerati tenían el arpa, la máquina de Tesla no podría completarse nunca. Nick tenía que recuperarla como fuera. Aquel era el mayor contratiempo que habían sufrido.

Se subió al desván para consultar con la máquina. Era muy extraño, pero el caso es que tenía la sensación de que la máquina se comunicaba con él. «Complétame», le decía. «Se te está acabando el tiempo».

La máquina había esperado muchos años dividida en piezas, allí en el desván. ¿Por qué, entonces, era ahora tan urgente la necesidad de completarla? En el fondo de sí mismo, Nick conocía la respuesta. Tenía algo que ver con el asteroide. Y con la electricidad estática. Y con aquella aurora que se había hecho presente en el planeta entero.

En el instante en que había encendido la lámpara de teatro, atrayendo a la gente hacia su mercadillo, había puesto en acción algo. Algo que ahora corría hacia un final ignoto. Solo esperaba poder llegar a ese final antes de que lo hicieran los Accelerati.

La sociedad secreta tenía una clara ventaja. Tenían el dinero y los recursos de su lado. ¿Qué tenía Nick?

En sus momentos de debilidad, empezaba a pensar que tal vez fuera mejor entregárselo todo a ellos y salir de aquellas aguas profundas antes de ahogarse en ellas. Pero entonces recordaba a Jorgenson, aquel asno petulante y engreído. No sabía para qué usaría los inventos de Tesla, pero sí que no sería para nada bueno.

Y había más en aquella rivalidad. Tal vez fuera una tontería infantil, pero Nick no podía dejar que Jorgenson se enterara de lo de la gran máquina de Tesla. Eso no era lo que Tesla habría querido. Nick estaba tan seguro de aquello como de que la misión de él era completarla.

Justo cuando había terminado de instalar el ábaco, adivinando por mera intuición dónde encajaba, lo sobresaltó una voz detrás de él:

—¿Ya puedo asustarme?

Nick se volvió y vio a su hermano en lo alto de la escalerilla del desván. Nick ni siquiera sabía que estaba en casa. La expresión del rostro de Danny tenía más de acusación que de pregunta.

—¿Eh?

—Hace unas semanas me dijiste que no me asustara por todas las cosas raras que pasan, porque ya te asustarías tú por los dos.

—Ya no hay nada de lo que asustarse, Danny —dijo Nick—. El asteroide no impactó contra la Tierra. Todo está bien.

Nick sabía que no resultaba muy convincente.

Danny observó aquella colección de objetos raros.

—A veces subo al desván cuando tú no estás —dijo—, y me quedo mirándolo.

Nick no pudo entender la expresión del rostro de su hermano.

—No deberías hacerlo.

—Y tú no deberías estar recuperando todas estas cosas. Hay algo raro en todo eso, y la cosa empeora porque tú lo vas trayendo todo aquí.

Nick no podía negarlo:

—Tal vez todo tenga que ir peor antes de que vaya mejor —dijo.

—O tal vez solo vaya peor —repuso Danny con la expresión más dura que le hubiera visto nunca Nick. Y después añadió—: Estaba chiflado, ya lo sabes.

—¿Quién?

—¿De quién te parece que hablo? De Tesla.

Oír a Danny pronunciar el nombre le sorprendió tanto que abrió la boca para proferir un grito que, sin embargo, no llegó a emitir.

—Puede que yo no sea tan inteligente como tú —dijo Danny—, pero tampoco soy tonto. He oído que Tesla estuvo a punto de volar por los aires la ciudad entera, hace como cien años o algo así.

Nick no podía mirar a su hermano. Lo que hizo fue pensar en la colección de objetos que tenía delante.

—No hay más remedio que realizar experimentos que no funcionan antes de llegar a los que sí funcionan.

—Yo no confío en un científico loco y muerto —dijo Danny. Entonces respiró hondo y añadió—: Pero confío en ti.

Nick sintió un alivio enorme. Si Danny confiaba en él, tal vez él fuera digno de confianza.

—Si quieres que te ayude, lo haré —dijo Danny—. ¿Qué quieres que haga?

—Que eches un ojo a papá —le dijo Nick—. ¿Dónde está?

—Fuera, con Beberybeber —dijo Danny usando lo que se había convertido en su apodo secreto para Beverly Webb—. Han ido a ver a Seth en su producción escolar de *Scooby-Doo: El Musical*. Le dije que yo preferiría clavarme agujas en los ojos que acompañarlos. Papá me miró con esa mirada asesina suya, pero me dejó que me quedara.

Al oír un traqueteo en el exterior, miraron por la pequeña ventana del desván y vieron a Vince, que entraba por el camino de la casa transportando la vieja secadora en un carrito. ¡Otro objeto conseguido! Al final, el día no había sido un desastre absoluto.

—Vamos —dijo Nick—, vamos a ayudarlo a subirlo.

Danny puso el puño para chocarlo fraternalmente con el de su hermano, y Nick le respondió. Al tocarse los puños, notaron un potente chasquido eléctrico, y algo se iluminó un instante, no solo entre sus manos, sino también en la mente de Nick.

—¡Ay! —dijo Danny agitando la mano—. Ya no se puede tocar nada sin recibir un calambre.

—No es más que electricidad estática —le dijo Nick—. Como la aurora. Es por el asteroide... —Algo se le había ocurrido a Nick, algo que se había encendido en su mente. Dirigió su atención al centro del desván.

—Me gustaría que acabara —dijo Danny.

—Tal vez podamos hacer que acabe —dijo Nick sin apartar los ojos de la máquina—. Tal vez sea precisamente lo que tenemos que hacer...

Caitlin recibió un SMS de Nick esa misma tarde. Lo único que decía era: *En Memorial Park, a las 5.*

Era el primer mensaje que recibía de él desde que eligiera la amistad frente al intercambio de saliva y luego lo viera irse en la moto de cross con aquella chica del pelo demencial.

¿Por qué no podían comprender los chicos que a veces un «me gustas como amigo» significa «me gustas más que un novio» o «me gustas demasiado para romper contigo»? Porque eso era lo que las chicas locas por los chicos hacían todo el tiempo en el instituto: encontrar al chico, romper con el chico, odiar al chico, encontrar al chico siguiente, aclarar y repetir la operación, una y otra vez.

Había recorrido el ciclo entero con Theo, y quería bajarse del carrusel antes de dar la siguiente vuelta.

Pero, por otro lado, tal vez la manera de parar el carrusel fuera subirse con alguien en quien confiara y que pudiera apagar el mecanismo.

Para ella fue un gran triunfo poder comprender todo eso sobre sí misma sin la ayuda de aquel perspicaz magnetofón. Eso le hizo cerciorarse de que ya no lo necesitaba. Durante el breve periodo en que lo había tenido, aquel aparato le había dado lo que necesitaba, exactamente cuando lo necesitaba.

«Tal vez tenía que irte mal para que llegaras a este momento».

Y tal vez las cosas tenían que ir mal entre ella y Nick para que llegara aquel momento.

Se aferró a esa idea mientras se encaminaba hacia el Memorial Park, dispuesta a decir que sí a cualquier cosa que le pidiera Nick. Tenía que confiar en que lo del carrusel no iba con ninguno de los dos.

Las sombras ya se alargaban al final de la tarde cuando llegó Caitlin. El parque no se encontraba en su parte favorita de la ciudad, y no tenía ni idea de por qué Nick quería que se encontraran allí, pero sabía que tenía que tratarse de algo importante. Nick no mandaba SMS a tontas y a locas.

La gente ya había empezado a llegar con mantas y sillas de playa. Lo mismo ocurría en otros parques, campos abiertos y patios. Los fuegos artificiales silenciosos de la aurora boreal eran más espectaculares cada noche que pasaba. Las manchas de color se perseguían unas a otras por el cielo tan resplandecientes que apenas se veían ya las estrellas.

Encontrar a Nick entre la creciente multitud era como jugar al juego de los veinte mensajes:

Stoy en el árbol grande.

Veo montones d árboles grandes.

Junto al aparcamiento.

¿Aparcamiento norte o sur?

El d la fuente.

¿La fuente rota?

Sí.

Cuando lo encontró, se saludaron con un estándar «Eh»/«Eh», que parecía escaso pero no incómodo. Ella se había esperado que el momento resultara un poco incómodo, y no sabía cómo entender algo que era, simplemente, escaso.

—Quiero enseñarte algo —le dijo Nick, y la llevó cruzando un campo donde no se habían asentado aún los contempladores del cielo. El Memorial Park era muy grande y muy llano. Allá delante estaba la Avenida del Pico Pikes, que bordeaba el parque por el norte.

—¿Dónde vamos?

—¿Ves esa calle? —Se detuvo y señaló—: ¿La Avenida Foote?

—Sí...

—El laboratorio de Tesla estaba por ahí, todo seguido. Y este campo que nos rodea... seguramente es el campo que él electrificó. Metió tres bombillas en la tierra, encendió la bobina Tesla en el laboratorio, ¡y las bombillas se encendieron!

—¿Por eso estamos aquí? ¿Para hablar de Tesla?

Nick no se dio cuenta de la decepción de ella, y siguió andando.

—Tesla estaba usando el generador de la ciudad para alimentar la bobina, pero ¿y si descubrió que no tenía necesidad de él? ¿Y si Tesla descubrió cómo

sacar energía simplemente del aire?

Caitlin negó con la cabeza. No era tanto que no comprendiera, como que no quería comprender. Dado que no decía nada, Nick le acercó la mano.

—¿Y si se pudiera aprovechar esto? —Y le tocó el hombro, provocando una pequeña descarga.

—¡Ay! ¡Deja!

—Imagínate eso... ¡multiplicado miles de millones de veces! ¡Imagínate la aurora extraída del cielo y metida en una máquina en la Tierra!

Y aunque el encuentro de aquel día no era ni mucho menos lo que ella se esperaba, tuvo que admitir que se sentía intrigada:

—¿Quieres decir el E. E. A. A.?

—¡Para eso es, Caitlin! ¡Tenemos toda esa energía generada por el asteroide, pero que no usamos! Tesla dio con la manera para aprovechar esa energía libre. ¡Descubrió cómo usarla!

En cuanto Nick lo dijo, ella comprendió que era cierto, pero en vez de sentir asombro, sintió preocupación. Estaba claro que Nick se había vuelto adicto a la idea de terminar la máquina (si es que «adicto» era la palabra apropiada), y temía que el conocer el objetivo de la máquina solo valiera para intensificar su adicción.

Caitlin podía comprender su necesidad de entregarse a una causa que era más importante que él mismo. Acababa de perder a su madre. Ya no hablaba mucho de aquella tragedia, pero sabía que impregnaba todo cuanto hacía. Obviamente, la máquina le proporcionaba distracción y alivio. Pero los Accelerati eran un grupo cruel y despiadado. La máquina no podría salvarlo de ellos, del mismo modo que no había salvado a Tesla de Edison.

—Es demasiada responsabilidad, Nick —le dijo—. Es demasiado para ti.

—Por eso te necesito, Caitlin. —Había desesperación en sus ojos: desesperación, sinceridad y determinación—. Lo que sucedió la semana pasada (lo de que te pidiera salir y tal) no tiene ninguna importancia. Esto es mucho más importante, y tenemos que trabajar juntos. No podemos dejar que haya tonterías entre nosotros.

Caitlin se encogió de hombros, pero aquel gesto no expresaba lo que sentía. A ella sí que le importaban esas «tonterías», como las llamaba Nick.

—Pero puede que, después de todo, sí que quiera ir al cine contigo.

Nick negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para eso. —Entonces lanzó un suspiro—. Hay otra cosa que tienes que ver.

La llevó ante un pequeño letrero que estaba aislado y olvidado en el borde del parque. Decía así:

HISTORIA DE COLORADO SPRINGS.
DEDICADO A
NIKOLA TESLA
1856-1943

Los postes de madera estaban casi podridos del todo, y la pequeña placa de bronce clavada al letrero de contrachapado desgastado por las inclemencias del tiempo estaba deslucida, evidenciando años de descuido.

Eso era, por no exagerar, algo decepcionante.

—¿Esto es? —dijo Caitlin—. ¿Esto es todo lo que recibíó?

—Esto —dijo Nick con amargura— y el nombre que le pusieron al colegio alternativo.

Caitlin empezaba a comprender lo que sentía Nick. Era un monumento muy pobre para un hombre tan importante, pero lo que a ella le parecía decepcionante, a Nick le parecía un insulto. Nick estaba indignado. Y furioso. Caitlin se dio cuenta de que Nick estaba al borde de un lugar al que no quería que fuera.

—Tesla tuvo una visión, y nosotros somos parte de ella —le dijo—. Tú y yo somos los únicos que sabemos lo del Emisor de Energía de Amplio Alcance. Es tarea nuestra hacerlo realidad. Demostrar al mundo que Tesla no estaba loco, y completar el trabajo de su vida.

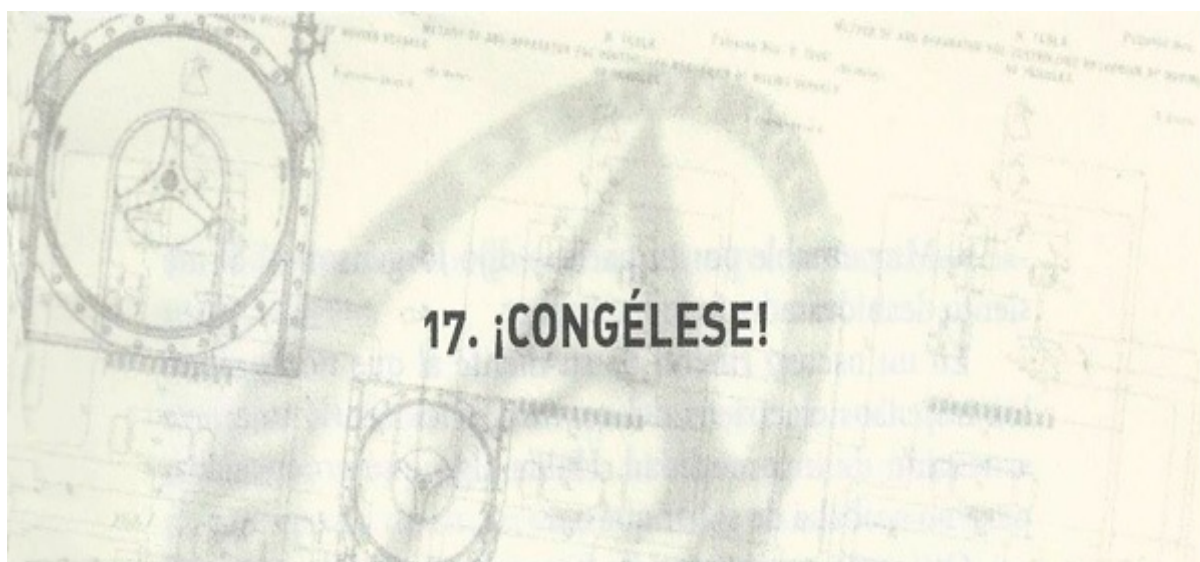
Aunque parte de ella pudiera ver que Nick tenía razón, otra parte de ella estaba preocupada por el comportamiento cada vez más extraño de él. Lo que había empezado como una búsqueda se había convertido en una obsesión. Una obsesión potencialmente peligrosa. Así que alargó la mano hacia él y, soportando la descarga eléctrica que tuvo lugar, le puso la mano en el hombro, intentando, suavemente, sujetarlo a aquel lado del borde.

—Tesla lo escondió porque pensaba que el mundo no estaba preparado —le recordó Caitlin—. Y puede que aún no lo esté.

Nick la miró con una intensidad de acero, que le provocó un estremecimiento.

—Me da igual si el mundo no está preparado —dijo—. Yo sí lo estoy.

En lo alto del cielo, la brillante aurora empezaba a titilar.



A la mañana siguiente, envalentonados tras la obtención del arpa, los Accelerati hicieron su jugada.

Era una lluviosa noche de domingo y Nick estaba solo en la casa. Su padre se había llevado a Danny a cenar con los Webb, o los Hills, o cualquiera que sea el apellido que convenga para designar a una familia de dos únicos miembros con apellidos distintos, pero Nick tenía que evitar que Seth lo viera, así que se negó a ir. Considerando su espinosa relación con Beberybeber, su padre no quiso insistir.

—Recuérdale lo del quitamanchas —le dijo Nick a su padre cuando se iba.

Una media hora más tarde, metió en el microondas un burrito para descongelarlo y comérselo.

—¿Usted quiere uno? —le preguntó a Jorgenson.

—No, gracias —dijo Jorgenson—. Tal vez después de vaciarte el desván, pero ahora mismo no.

Así que Nick solo descongeló uno, se sentó ante la mesa de la cocina y empezó a comérselo, pensando en su creciente determinación con respecto a su objetivo, y en su necesidad de derrotar a los Accelerati antes de que ellos le derrotaran a él.

—¿Algo de beber, tal vez? —le preguntó a Jorgenson—. Tenemos zumo y leche, aunque pienso que la leche puede estar caducada.

—Muy amable por tu parte —dijo Jorgenson—. Si me siento deshidratado, te lo haré saber.

En un oscuro rincón de su mente al que no llegaban los impulsos eléctricos del cerebro, Nick sentía una leve sensación de incomodidad. Había

algo que no encajaba, pero no acababa de saber qué era.

Oyó otro repiqueteo de pasos fuertes en la escalera, mientras otros dos hombres vestidos con traje de color pastel forcejeaban para bajar del desván la máquina de pesas.

—Pónganla en funcionamiento —les dijo Nick—. Les resultará más fácil. Pero asegúrense de que la ponen en el nivel inferior.

Y como ellos no acertaban a ver cómo se encendía la máquina de pesas, él lo hizo por ellos.

—Gracias —le dijo uno de los hombres.

—No hay de qué.

Había cuatro o cinco personas en casa de Nick, todos miembros de los Accelerati, subiendo y bajando la escalera, entrando y saliendo del desván. Él se preguntaba si debería preocuparse, pero después comprendía lo tonto que era eso. No había nada de raro en que se llevaran aquellas cosas, nada de raro en absoluto, y se rio de sí mismo por pensar que pudiera haberlo.

Y sin embargo...

Al observar a una mujer que salía de su casa con la tostadora antigua que había estado dos veces a punto de matarlo, el estómago empezó a reaccionar de un modo en que no podía hacerlo su mente.

Bajó la mirada hasta su burrito a medio comer, y comprendió que aquella sensación del estómago no tenía nada que ver con la cena. Dado que la voz interior de la mente había sido silenciada, sus tripas tomaron el poder, como el puente de mando oculto en lo profundo de un barco.

Y la voz desde el puente de mando le ordenó que llamara a Caitlin.

Cuando el número de Nick apareció en la pantalla, Caitlin dudó. La noche anterior había visto un aspecto extraño de él, un aspecto de su personalidad que quizá fuera nuevo. Era como si estuviera poseído. No por un espíritu de ningún tipo, sino por una idea tan poderosa que se llevaba por delante todo lo demás. Sabía que lo que Nick estaba haciendo era importante, pero también sabía que estaba sobrepasado: todos lo estaban. Pero respondió al teléfono, porque aunque el camino por el que descendía Nick se volviera más estrecho y más peligroso, Caitlin sabía que tenía que acompañarlo en aquel viaje, sin importar adonde terminaran llegando.

—¿Sí...?

—Caitlin, hay algo que quiero preguntarte, y es importante —dijo Nick.

Ella se encontró conteniendo la respiración, sabiendo que su pregunta la pillaría por sorpresa, que fue lo que pasó.

—¿Tendría que estar preocupado de que los Accelerati estén aquí?

—¿Qué? ¿Dónde estás?

—En mi casa. ¿Tendría que preocuparme de que estén aquí?

Caitlin se puso de pie.

—Espera, vuelve a empezar. ¿De qué me estás hablando? ¿Que están ahí? ¿Por qué están ahí?

—Ah, solo se están llevando cosas de mi desván —dijo él como si la cosa no tuviera ninguna importancia.

—¿Eso es una broma?

—¿Sabes qué? —dijo Nick—. Seguramente estoy haciendo el tonto. No sé por qué te he llamado.

De repente, Caitlin se imaginó lo que pasaba.

—No cuelgues —le dijo—. Respóndeme una cosa: ¿Jorgenson está ahí?

—Sí, él y varios más.

Caitlin se pasó los dedos por el pelo tan rápido que se arrancó alguno.

—Nick, escúchame con atención. ¿Recuerdas que te dije que Jorgenson tiene esa cosa en su llavero que se te mete en la cabeza para que pienses que cualquier cosa es normal, cuando no lo es?

—Ah, sí —dijo Nick—. Ahora lo recuerdo. —Dudó al otro lado de la línea—. ¿Por qué lo dices...?

—Nick..., ¡lo está usando contigo!

—¿Piensas eso...? ¿Tendría que preguntarle?

—¡No! ¡No le preguntes nada! ¡Lo que tienes que hacer es cogerle las llaves y apagarlo!

Hubo un instante de silencio en el teléfono.

—¿No crees que eso sería maleducado?

—Nick, ¿confías en mí?

—Sí, normalmente... Casi siempre... Sí, claro que confío.

—¿Y confías en Jorgenson?

Otro momento de silencio.

—No..., no mucho.

Caitlin esperó que fuera capaz de dar el paso mental, aun cuando el sentido de la lógica de él estuviera todo revuelto.

—Entonces, si confías en mí y no en Jorgenson, ¿no es lógico que hagas exactamente lo que te digo yo?

—Sí, eso parece lógico.

—Pues hazlo. Hazlo ahora. ¡Píllalo desprevenido, cógele las llaves, y apaga el llavero!

—Vale, Caitlin. Si eso es lo que quieres, lo haré.

Caitlin colgó el teléfono, bajó la escalera corriendo y salió a la puerta. Se subió de un salto a su bici y pedaleó lo más aprisa que podía hacia la casa de Nick.

La petición de Caitlin parecía rara. Parecía completamente equivocada. Pero su puente de mando le decía que tenía que confiar en ella.

Así que se fue hasta Jorgenson, que esperaba en el vestíbulo mientras otro de sus amigos subía la escalera en busca de más artículos del desván. Nick estuvo a punto de darle a Jorgenson una palmadita en el hombro y pedirle las llaves. Pero Caitlin le había dicho que tenía que pillar a Jorgenson desprevenido. Así que sonrió y volvió a preguntarle, muy amable, si quería comerse un burrito.

Jorgenson negó con la cabeza, y en cuanto se volvió hacia el otro lado, Nick metió la mano en el bolsillo de su preciosa chaqueta color vainilla, sacó un objeto metálico que encontró con los dedos, y vio el objeto del que le había hablado Caitlin: un pequeño llavero luminoso.

Apretó con el pulgar el botón que tenía el llavero. La lucecita se apagó, y Nick recuperó completamente sus capacidades mentales.

Jorgenson se maldijo por haber bajado la guardia. Hasta aquel momento solo habían recogido la mitad de los objetos del desván. Pero incluso sin la ayuda del perturbador neurológico, allí había cinco Accelerati, y nada más que un Nick Slate.

El anciano que le había dado las órdenes a Jorgenson no quería que Nick Slate recibiera ningún daño, pero Jorgenson ya estaba incumpliendo sus órdenes al llevar a cabo aquel asalto a la casa. Si el muchacho resultaba herido, o incluso muerto, el anciano al final perdonaría a Jorgenson porque el fin siempre justifica los medios.

Nick tenía el llavero en la mano.

—¡Devuélveme eso! —le ordenó Jorgenson, esperando que la autoridad de su voz detendría al chaval lo suficiente para someterlo. Pero no fue así.

Nick le dio un empujón a Jorgenson lo bastante fuerte como para hacerle perder el equilibrio, y a continuación echó a correr escalera arriba. Cogió un ventilador antiguo de las manos de uno de los ayudantes de Jorgenson, y lo orientó en dirección a Jorgenson.

—¡Congélese! —dijo Nick.

—Me parece que no —respondió Jorgenson con una sonrisa, y le hizo un gesto a su ayudante para que volviera a cogerle el ventilador.

Pero Nick, que no iba de farol, encendió el ventilador.

No iba de farol, pero estaba apostando a ciegas, puesto que no había visto nunca en acción el ventilador: solo le había oído a Vince hablar de él. Y ni siquiera sabía en qué posición tenía que poner el interruptor. Pero, dado que necesitaba toda la ayuda que pudiera recabar, lo puso a diez, que era la máxima potencia.

El efecto fue inmediato: se formó escarcha en las paredes, y la humedad del aire se condensó en forma de nieve. La mujer de los Accelerati que tenía justo delante se congeló completamente en unos dos segundos y medio. Nick apagó el ventilador y tocó con el dedo el hombro de la mujer. Ella volcó y cayó por la escalera como un bloque de hielo que estuvo a punto de derribar a Jorgenson al darle en los pies.

Nick bajó unos peldaños, con cuidado de no resbalar en la escarcha, y con un dedo en los controles, apuntó a Jorgenson con el ventilador.

—Si hace un movimiento, lo convierto en un polo.

Y Jorgenson hizo un movimiento. Un movimiento muy rápido para sacarse un mando a distancia del bolsillo.

Nick sabía lo que era. Era el mismo tipo de aparato que había matado a Vince con solo apretar un botón. Y ahora lo tenía apuntado hacia él.

Nick no dudó: volvió a encender el ventilador. Jorgenson se apartó, pero la ráfaga de aire helado le dio en el brazo. El mando a distancia, cubierto de escarcha, se le cayó de la mano. Jorgenson bajó los ojos, haciendo muecas de dolor: su brazo, del codo a las yemas de los dedos, estaba completamente congelado.

Nick se lanzó escalera abajo, aprovechando la desorientación de Jorgenson, y cogió del suelo el mando a distancia.

Jorgenson sacudió el hombro, y el brazo se le fue hacia atrás. La mano golpeó contra el marco de la puerta, y el muñique congelado se le partió y cayó al suelo como el delicado dedito de una muñeca de porcelana.

Nick le apuntó con el mando a distancia mortal y le dijo:

—Corra.

Y eso hizo Jorgenson.

Al salir corriendo, chocó contra uno de sus ayudantes, que entraba por la puerta. El ayudante comprendió en seguida la situación y se dio media vuelta. Dos Accelerati más bajaban del desván cargados con objetos.

Nick les apuntó con el mando a distancia.

—Pongan eso en el suelo, recojan a la señora congelada, y márchense —ordenó—. ¡Ahora mismo!

Y, viendo el mando a distancia en sus manos, hicieron lo que les decía.

Nick los siguió. Salieron de la casa. Fuera llovía. Jorgenson entró en un todoterreno grande que contenía los objetos que habían sacado del desván.

—Cuando digo correr, ¡quiero decir correr! —gritó Nick, y apuntó el ventilador al coche.

El todoterreno, empapado con el chaparrón, al instante se puso blanco de hielo, y el motor, que estaba encendido, no pudo soportar el cambio repentino de temperatura y reventó, lanzando el capó por los aires.

—¡Corred! —les gritó Jorgenson a sus subordinados—. ¡Corred!

Nick los siguió por el camino de la casa. Había habido en su vida pocos momentos tan gratificantes como aquel en que veía al doctor Alan Jorgenson corriendo lo más aprisa que podía por la calle, seguido por tres de sus secuaces, que se las apañaban de mala manera para transportar a una cuarta persona, que iba en estado de congelación.

Nick se quedó en la acera, con el mando a distancia y el ventilador, aún no dispuesto a relajarse, ni convencido de que Jorgenson no se guardara otro truco bajo la manga, hasta que oyó una voz a su derecha:

—Nick, apaga esa cosa antes de que congeles a todo el vecindario —dijo Caitlin, deslizándose hasta él en su bici—. ¡Te has deshecho de ellos!

Cuando Caitlin alargó la mano y apagó el ventilador, Nick, sin poder evitarlo, cayó de rodillas, pues toda la adrenalina desaparecía con la misma rapidez con que había aflorado.

—¡Eh! —Caitlin saltó de la bici y le ayudó a ponerse de pie otra vez—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió él con un esbozo de sonrisa—. Gracias a ti.

Ella le sonrió a su vez, y Nick esperó que Caitlin pudiera darle un abrazo espontáneo. Pensó que el puente de mando de ella también querría. Pero, por desgracia, la cabeza de ella estaba al mando de su cuerpo, y no dio esa orden.

—Podrían volver... —comentó Caitlin.

—De momento no lo harán —repuso Nick—. Tienen muchas heridas que lamerse.

En ese momento llegó también Vince en su bici. Observó el todoterreno congelado y destrozado y dijo:

—Eh... ¿me he perdido algo importante?

—Más o menos —respondió Nick, que no tenía ganas de empezar a contarle.

—Bien —dijo Vince echándole otra ojeada al vehículo estropeado.

Y a continuación, aparentemente, debió de pensar que aquello no era problema suyo.

—Bueno, solo quería enseñaros esto. —A pesar de la lluvia, llevaba unas gafas de sol—: Mirad: los cables salen de la camisa y entran en la montura de las gafas, conectando con las almohadillas que tengo detrás de las orejas. Es mucho mejor que llevar cinta en la espalda o electrodos en la boca.

—¿Electrodos en la boca? —repitió Caitlin.

—Sí, bueno..., tuve que reanimarlo a toda prisa —le explicó Nick a Caitlin, pero sin entrar en detalles.

—Al principio me fastidió bastante —dijo Vince—, pero luego comprendí que te habías arriesgado para sacarme de allí. Si hubiera sido yo, seguramente me habría escapado y te habría dejado que te pudrieras. Literalmente. Así que supongo que te debo una. —Entonces vio el objeto que tenía Nick en la mano, y dio un paso atrás—: Eh, si eso es lo que me parece que es, ¿te importaría apuntar hacia otro lado?

Nick bajó la mirada y vio que todavía tenía el mando a distancia asesino en la mano. También tenía en el bolsillo el perturbador neurológico. Le pareció que el perturbador podría resultar práctico, pero que el mando a distancia no tenía lugar en este mundo. Así que lo dejó caer al suelo y lo aplastó con el zapato.

Entonces se acercó al todoterreno, que empezaba a descongelarse, y abrió el maletero, mostrando los objetos del desván.

—Vaya —dijo Vince—. Me parece que sí que me he perdido algo, ¿verdad?

—Cuéntanoslo todo —dijo Caitlin—. Con todos los detalles.

—Primero tendremos que volver a subir todo esto al desván —dijo Nick—. Y cuando acabemos, tendremos que dejar esta ruina en la calle. No quiero que mi padre se empiece a preguntar qué demonios hace aquí.

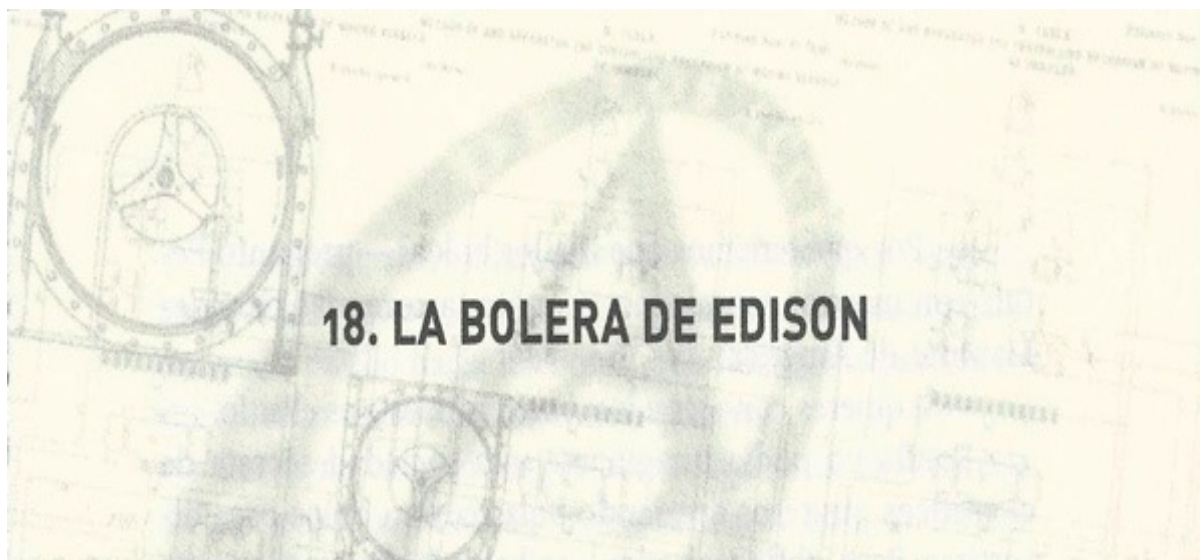
Mientras acarreaban los primeros objetos, Caitlin vio algo justo en el lado interior de la puerta de la calle de la casa de Nick.

—Eh, ¿qué es eso?

Nick miró donde ella apuntaba e hizo una mueca.

—Nada de lo que preocuparse.

Cogió un pañuelo, se acercó y recogió del suelo el meñique de Jorgenson, que se estaba descongelando. Entonces lo depositó en la taza del váter y, con mucho gusto, tiró de la cadena.



Bolos Atómicos, en el centro de Colorado Springs, era una bolera que había resistido a la modernización como se resiste a las espinacas un niño tozudo. Operaba en su peculiar campo temporal. Todo dentro de sus límites, desde el aparcamiento al callejón trasero, era reliquia de una era pasada que quizá sería mejor olvidar.

Mientras que las boleras de los últimos años ofrecían bolas de neón de conjuntados colores fluorescentes y repeticiones en 3D, Bolos Atómicos presentaba tipos con barriga cervecera, con nombres como Rufus y Ambrosio, que llevaban zapatos de jugar a los bolos desgastados de puro viejos, y que al mismo tiempo resultaban demasiado grandes y demasiado apretados. Era un lugar donde los hombres besaban a la bola más a menudo que a su esposa, y sin duda esa esposa jugaba a cosas como el cribbage y el mahjongg, y otros arcanos juegos de mesa que le permitían exhibir su ampulosa melena y unas uñas aún más ampulosas.

Aquella era la bolera de la que Petula tenía que tomar una foto al día. Por supuesto, eso había sido antes de que los Accelerati se hubieran quedado las lentes de la cámara, que fue por lo que ella se mostró dispuesta a regalarle a Nick la parte inútil que quedaba.

Aquella era también la bolera a la que la llevó la señora Planck el lunes siguiente, después de las clases.

—¿Por qué tenemos que ir a los bolos? —preguntó Petula con una voz tan plana y monótona como las Grandes Llanuras de América.

—Si quieres conocer a los Accelerati, este es el sitio.

Petula no podía imaginarse una sociedad secreta de científicos punteros arrojando bolas contra bolos para divertirse. Pero, al fin y al cabo, ¿no había

leído que el propio Tesla había sido un ávido jugador de billar? Y Richard Feynman, el padre de la física cuántica, ¿no había tocado los bongos? Petula suponía que las grandes mentes necesitaban placeres simples para ventilar los derivados de su genio.

El lugar estaba escasamente iluminado y apestaba a cerveza derramada y a malignos fantasmas de cigarrillos. Las sillas de plástico color naranja tenían el asiento tan desgastado que había quedado de color granate; y todas las bolas eran negras, llenas de muescas alrededor de los dedos para los agujeros. Eso no era ningún problema, pues la mayoría de los clientes se traían la suya de casa.

Un ejemplo: el hombre de la pista que tenían a su izquierda. Estaba jugando solo, con su bola de diseño, sin duda dando un repaso a su juego para algún torneo que requeriría más gel en el pelo incluso que el que llevaba aquel día. En la pista de la derecha había una familia con tres niños demasiado pequeños para poder levantar con éxito una bola, no digamos ya para arrojarla. Pero con los rieles levantados, sin embargo, cada bola que dejaban caer lograba ir serpenteando por la pista, rebotando en los laterales de goma como las bolas de las maquinitas de pinball, solo que más despacio, hasta que daba en los bolos lo bastante fuerte para hacerlos temblar y ocasionalmente derribar alguno.

La señora Planck dijo:

—A ver cómo lo haces.

Petula se resistió a lanzarle una mirada asesina, y agarró una bola. Entonces, con todas sus fuerzas, la lanzó por el encerado pasillo hacia los bolos, que siempre le parecían a ella los dientes de un sonriente esqueleto.

Petula no rompió ningún diente aquel día. Sin la ayuda de los rieles que ponían para los niños, su bola cayó en la canaleta haciendo un ruido sordo y violento, y siguió rodando hasta perderse. Sabía que ocurriría eso, y le dio rabia. Petula detestaba cualquier actividad en la que no fuera ya extremadamente buena. Su segundo tiro se acercó un poco más a los bolos, pero aún así cayó a la canaleta.

—Bueno, ¿ya está contenta?

La señora Planck sonrió. Petula lo consideró sadismo.

—Relájate: tu problema es que no tienes la bola correcta —dijo la señora Planck. Metió la mano en su bolsa de bolas y sacó una esfera pulida azul marino que parecía cuajada de estrellas hasta el centro.

—Fascinante, ¿no? —dijo la señora Planck—. Pero, como tantas cosas, su aspecto no es lo mejor.

Entonces la giró y le mostró a Petula un pequeño disco disimulado en la superficie de resina. Hizo algunos ajustes en el disco y entonces, con técnica perfecta, arrojó la bola por la pista. La energía cinética pasó de la bola a los bolos, y estos cayeron haciendo el ruido típico que hacen los bolos cuando son todos derribados. Y sin embargo no había habido pleno: los dos bolos de los extremos permanecieron en su sitio, haciendo que la pista pareciera la boca de un niño de seis años que acababa de darle un trabajo enorme al ratoncito Pérez.

—Difícil —dijo Petula, sintiendo una punzada de alegría ante la mala suerte de la señora Planck.

Pero a la señora Planck no parecía importarle:

—Normalmente dejar el siete y el diez, los dos bolos de los extremos, es una mala jugada. Pero hoy no. —Entonces tiró la bola intencionadamente por el medio.

Volvieron a colocarse los bolos y Petula fue a por su bola, pero la señora Planck la detuvo.

—De momento, tú estás de espectadora. —Pellizcó otra vez el disco de su bola y la soltó: esta vez quedaron en pie tres bolos: el siete y el diez como antes, más el cinco, justo entre ellos.

—A este *split* lo llaman «los reyes magos» —explicó la señora Planck.

Como la vez anterior, en su siguiente lanzamiento no derribó ninguno de los tres.

—¿Tendría que llevar cuenta de los tantos?

—Eso no es necesario cuando ya se sabe cuál será la puntuación.

En el siguiente cuadro, la primera bola de la señora Planck dejó un resultado extremadamente improbable, si no completamente imposible: la fila de atrás permanecía en su sitio completa. Y también el bolo de delante. Entonces le entregó a Petula la bola para que lanzara la segunda. Petula tiró y la bola se le fue a la canaleta, por supuesto, que era exactamente de lo que se trataba.

—Y ahora —dijo la señora Planck—, la apoteosis.

Esta vez no marcó nada en el disco de la bola. Solo se fue a la línea e hizo un pleno perfecto. Y en el momento en que se retiraron los bolos, empezaron a suceder cosas extrañas.

La pobre luz que las envolvía se oscureció aún más, y el final de la pista empezó a descender hasta convertirse en una rampa que bajaba a un lugar secreto debajo de la bolera.

—Para entrar en la Logia de los Accelerati, hay que acertar una serie precisa de combinaciones de bolos en esta pista —explicó la señora Planck—. La posibilidad de acertar con esa combinación de manera casual es de una entre cien mil millones, y por eso es necesario contar con la bola-clave que puede ser programada para derribar ciertos bolos y no otros.

Petula se dio cuenta de que cien mil millones era también el número de estrellas en la galaxia. Pensó que no se trataría de una coincidencia: todo lo que hacían los Accelerati estaba bien diseñado. Esa era una de las cosas que le encantaba de ellos.

A su izquierda, el solitario hombre del gel en el pelo seguía practicando su juego, y a su derecha, la joven familia seguía dedicada a algo que era casi, aunque no llegaba a ser totalmente, como jugar a los bolos.

Ninguno de ellos notó que la pista que había entre ellos se había convertido en el pasadizo que llevaba a una guarida secreta.

—¿No les preocupa que lo vea alguien? —preguntó Petula.

—En el momento en que hice ese pleno —explicó la señora Planck—, la luz empezó a curvarse en torno a nuestra pista, volviéndola invisible. Y nosotras sencillamente entramos en el punto ciego de todo el mundo.

Junto a ellos, un niño que no tendría más de cuatro años miró de frente a Petula.

—Mamá —dijo—, las personas que había ahí acaban de desaparecer.

—Muy bien, cielo —dijo la madre pensando en otra cosa—. Ahora termínate la leche.

—¿Lo ves? —dijo la señora Planck—. Las personas no echan en falta lo que no llegaron a percibir antes.

Mientras se dirigían por la rampa a la Logia de los Accelerati, Petula tuvo que hacer la pregunta obvia:

—¿Y por qué no tienen simplemente una puerta con cerradura?

La señora Planck se puso tensa.

—Si tienes que hacer esa pregunta es que todavía no eres uno de los nuestros.

En lo que se refería a los Accelerati, la forma era mucho más importante que la función. Todo tenía que ver con el estilo, el garbo y la elegancia. Sus malvados diseños eran ante todo cosa de diseño.

Por ejemplo, si decidían que era preciso acabar con tu vida, no se limitaban a matarte así como así. Primero te harían acabar con la vida de otro que tenía que morir, y que a su vez había acabado por orden de ellos con la vida de otro, y así todo el tiempo, en una procesión de pescados en la que el

más pequeño siempre es devorado por el otro un poco más grande que está detrás de él.

Así, el miembro de los Accelerati que diseñó la combinación de bolos había recibido los aplausos y más altos honores de la organización antes de ser asesinado. Por alguien que tenía que ser asesinado a su vez.

Su logia era varios años anterior a la bolera. Cuando un empresario local decidió construir el centro recreativo justo encima de su guarida subterránea, los Accelerati lo vieron como una oportunidad.

¿Quién se iba a imaginar que las mayores mentes de la humanidad se escondían debajo de una bolera? Y aunque la bolera se llamara Bolos Atómicos, los experimentos secretos de los Accelerati solo la hacían levemente radiactiva.

Petula no sabía nada de eso. Lo único que sabía era que se le pedía que tomara una foto cada día, mostrando el aspecto que tendría la bolera un día más allá en el futuro. Como los Accelerati no tenían enemigos lo bastante poderosos como para atacarlos, las fotos no eran para advertirlos de las amenazas exteriores, sino para averiguar si, en el plazo de las siguientes veinticuatro horas, podrían saltar accidentalmente por los aires.

—Bienvenida al Gran Salón —dijo la señora Planck, abriendo un par de puertas de bronce completamente decoradas. La sala que tenían ante ellas, sin embargo, no parecía más grande que un armario.

—Esto es un gran salón... —dijo Petula, con su monotonía habitual.

—¿No has oído hablar de las paradojas de Zenón?

Petula no respondió, porque admitir que no sabía algo no formaba parte del estilo de vida que había elegido llevar.

—En una de ellas se basa este Gran Salón.

Petula avanzó unos pasos, solo para darse cuenta de que, a cada paso que daba, el final de la estancia parecía encontrarse el doble de lejos que un paso antes. De ese modo, el Gran Salón se expandió hasta que Petula se encontró de pie en medio de una biblioteca que parecía una catedral. Había enormes ventanales que parecían dar a la Venecia del siglo XVI, con góndolas que se deslizaban graciosamente.

—Ah —dijo la señora Planck—, hoy es el día del Renacimiento italiano. Cada día del mes se proyecta un tema holográfico distinto. Estamos en negociaciones para vender esta tecnología a Apple.

En los muros había obras de arte de grandes artistas, que resultaban familiares en estilo si no en la composición.

—La mayoría de las piezas de esta estancia se supone que se perdieron en incendios y en otros desastres naturales y no tan naturales.

Petula no quiso pensar en cómo llegarían a manos de los Accelerati.

Justo al otro lado del Gran Salón llegaron a una sala circular donde una estatua de tamaño superior al natural de Thomas Edison sujetaba una bombilla con expresión triste.

—Nuestro fundador —apuntó al pasar la señora Planck—. Obviamente.

Varios pasillos llevaban a otras alas de lo que parecía ser todo un complejo subterráneo. Aunque no parecía ser en absoluto subterráneo, sino más bien construido en medio de Venecia.

Al menos aquel día.

La señora Planck condujo a Petula a través de una puerta en la que estaba escrito INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO.

—No te entretengas, Petula. No le gusta que le hagan esperar.

Nadie la había acusado nunca de entretenerse. Pero allí había tanto que ver, lo mismo muros adentro que al otro lado de las ventanas de la Logia de los Accelerati, que era difícil no distraerse.

—¿A quién se refiere? —preguntó Petula.

—Al doctor Alan Jorgenson, el Gran Acceleratus.

—No lo dice en serio..., no es así como se llama en realidad, ¿verdad?

—No te rías de él, Petula —le dijo la señora Planck en voz baja—. No es un hombre que lleve bien las burlas.

El ala de I+D, que daba a la extensión holográfica de la plaza de San Marcos llena de palomas, bullía de actividad.

En medio de todo ello estaba de pie un hombre alto vestido con traje de seda que casi parecía brillar con brillos nacarados y tonos vainilla.

—¡Evangeline! —dijo cogiéndole la mano a la señora Planck y besándosela—. ¡Cuánto me alegro de verte!

Hasta ese momento, Petula no había pensado en que la señora Planck pudiera tener nombre propio, o tal vez pensara que se llamaba «Señora».

Entonces el Gran Acceleratus bajó la mirada hacia Petula. Era difícil saber qué significaba su sonrisa. Petula no hubiera podido decir si estaba encantado de conocerla, o si estaba calibrando si ella sabría mejor masticada o deglutida entera.

—Tú debes de ser la recién llegada de la que tanto oigo hablar.

Petula alargó la mano para que él se la estrechara.

—Petula Grabowski-Jones —anunció ella, y después añadió—: futura Gran Accelerata.

Era un movimiento calculado que resultó tal como ella esperaba. Jorgenson no le estrechó la mano porque la tenía vendada, pero su sonrisa cambió de depredadora a auténtica.

—Aquí apreciamos la ambición —dijo—. Sospecho que lo harás bien.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —preguntó Petula.

El Gran Acceleratus lanzó un suspiro.

—Un accidente en campaña. Una de mis ayudantes quedó congelada, igual que le pasó a mi brazo. Perdí el meñique en la experiencia.

Aunque Petula encontraba la idea en sí divertida, se contuvo mucho de reírse.

—Pobre Helga —dijo la señora Planck—. ¿Qué tal está?

—Recuperándose bien, gracias a nuestro descongelador de presión —le respondió el doctor Jorgenson—. Y lo bueno de lo que le ha pasado es que demuestra la viabilidad de la hibernación humana. En cuanto tengamos el aparato que lo causó, podremos vender la tecnología a la NASA por una fortuna. —Entonces indicó con un gesto una ventana grande que daba a una de las salas de investigación—. Habéis llegado justo a tiempo. Creo que esto os va a gustar.

En el centro de la sala no se encontraba más que el arpa de cuerdas cósmicas que Petula había ayudado a conseguirles. Los trabajadores colocaron unas sandías en tres plataformas bajas alrededor del arpa, y después abandonaron la sala.

En cuanto salieron y cerraron herméticamente la sala, un par de manos mecánicas descendieron del techo y empezaron a tocar el arpa. Petula esperaba sentir aquella misma vibración desgarradora que había experimentado en casa de la arpista, pero no sintió nada.

—Eso no puede ser —dijo Petula en voz alta.

Y Jorgenson, creyendo saber a qué se refería ella, dio un golpecito en la ventana que se interponía entre el arpa y ellos.

—Cristal emplomado de alta densidad —explicó—. Aquí estamos completamente a salvo.

Las manos mecánicas tocaron las cuerdas invisibles con intensidad creciente. Las tres sandías estallaron al mismo tiempo, salpicando la sala y la ventana con su carne roja.

—¡Extraordinario! —dijo la señora Planck—. ¡Absolutamente extraordinario!

—Espera a ver la siguiente prueba —dijo Jorgenson.

Petula se encontró levantando la mano, cosa que nunca hacía en clase. Las preguntas, según pensaba, no debían nunca esperar permiso. Pero en presencia del Gran Acceleratus, no pudo evitarlo.

—Eh, perdone —dijo—, pero no creo que el arpa sea para eso.

Jorgenson le puso sobre el hombro la mano que no tenía vendada.

—Los creadores nunca comprenden el potencial de sus creaciones —dijo—. Nos dejan a nosotros la tarea de completar su visión.

Los trabajadores regresaron al interior de la sala, esta vez con un solo melón, y lo posaron. A continuación metieron dentro lo que parecía un enorme caparazón de tortuga metálico, del tamaño de una bañera invertida. Lo colocaron sobre el melón, y salieron.

Las manos mecánicas volvieron a tocar con la misma intensidad durante más de un minuto. Cuando se detuvieron, los trabajadores volvieron a entrar y quitaron el caparazón, revelando que el melón no había sufrido ningún daño en absoluto.

—¡Espléndido! —dijo Jorgenson—. No solo es el caparazón de tortuga un material resistente a los impactos y la radiación, sino que también puede desviar la disonancia de las cuerdas cósmicas. Siempre que producimos un arma, tenemos que hacer un esfuerzo para encontrar la defensa perfecta contra ella... por nuestro propio bien.

Entonces le dirigió a Petula una mirada prolongada, como si estuviera sopesando una compra importante.

—¿Qué opina usted de la venganza, señorita Grabowski-Jones?

Petula pensó cuál podía ser la mejor respuesta:

—Bueno —dijo—, alguna gente cree que la venganza es un plato que se debe servir frío. Pero yo creo que no debería servirse de ninguna manera... porque es mejor en forma de bufé libre.

Jorgenson sonrió una vez más y movió la cabeza de arriba abajo, satisfecho. Entonces le regaló a Petula una pequeña ampolla de cristal. Dentro contenía un diminuto chip de ordenador.

—Me gustaría que usaras esto para amargarle la vida a Nick Slate.

Petula cogió la ampolla y lanzó un suspiro.

—Según él, esa es precisamente mi especialidad.



Con las piezas otra vez en su sitio, Nick se permitió finalmente relajarse un poco. Pero cuando se aventuró a acercarse lo bastante para tocar la incompleta máquina, pudo sentir la presencia de todos los objetos díscolos que faltaban.

No tanto como para saber dónde estaban, solo que existían.

Así fue como supo que el arpa seguía intacta y no había sido consumida en ninguna especie de desastre localizado en la casa de la arpista. Podía notarla resonando con todos los objetos de la máquina, así como aquellos que aún no habían recuperado.

Elevó la vista hasta la claraboya que había en el techo, la punta acristalada de la pirámide que formaba el desván, y se preguntó si aquella claraboya estaba allí para permitir que entrara la luz, o que saliera la energía encauzada. Tal vez por ambas cosas.

Por supuesto, todo aquello era cosa solo de intuición. Cuanto más se alejaba Nick de su desván, menos confiaba en aquellas sensaciones. Se preguntaba a sí mismo si no se estaría engañando..., hasta que volvía a encontrarse en presencia de la gran creación de Tesla y volvía a sentir aquella absoluta e innegable sensación de interconexión. Era una sensación tan reconfortante, tan irresistible, que, de haber sido un chico más débil, no habría podido salir nunca del desván. Pero no era débil. Y ahora que se había enfrentado a los Accelerati y los había echado de allí, se sentía más confiado que nunca.

—La confianza puede ser peligrosa —le había dicho Caitlin—. Puedes haberlos echado, pero volverán. Y cuando vuelvan, golpearán con fuerza.

—Entonces les golpearemos con más fuerza nosotros —le había respondido Nick. Pero sabía que necesitaban un plan.

Y así, el lunes por la tarde, Nick reunió a sus amigos con la tapadera de hacer un trabajo escolar. Caitlin, Vince, Mitch y Petula subieron los empinados peldaños hasta el desván con la intención de llegar a un consenso.

El padre de Nick les dejó a su aire, y si tenía alguna sospecha sobre sus actividades, se la guardó para sí. Por si acaso, Vince iba tapado con una capucha para que el señor Slate no le viera la cara; y en caso de que lo hiciera, y se pusiera a hablar con Vince, Nick le dijo que se hiciera pasar por su propio hermano gemelo.

—La gravedad se está haciendo más fuerte —dijo Nick a los demás en su desván. Para demostrarlo, se quitó los zapatos y los puso en el suelo junto a él—. Mi cama y la mesa están clavadas al suelo, pero todo lo demás se va yendo hacia el centro.

Los zapatos no parecían moverse.

—No lo veo —dijo Vince.

—Es como la manecilla de la hora de un reloj —dijo Nick—. Vuelve a mirar dentro de cinco minutos. —Entonces notó que el olor corporal de Vince era más fuerte que de costumbre.

Por supuesto, era Petula la que tenía que comentarlo:

—¿No se habrá muerto alguien aquí...?

—Puede que sea yo —dijo Vince—. Gracias a ti.

La voz de Vince no sonó amarga, solo resignada, que era tal como había vivido su vida antes de ser un no muerto. Aquel día llevaba una camisa que proclamaba en la parte de delante: «SOLO SE VIVE 1 VEZ», aunque a mano había convertido el 1 en un 2. Nick notó que parecía un poco verde bajo el cuello. Y Vince notó que él lo notaba.

—Creo que me está saliendo moho —anunció Vince como si tal cosa—. Realmente creo que debería hacer un trabajo de ciencias sobre mí mismo.

—Si te atrapan los Accelerati —dijo Caitlin—, ellos lo harán por ti, estoy segura.

—Y precisamente por eso —dijo Nick, volviendo al asunto—, tenemos que asegurarnos de que no nos atrapan. No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando que ellos den el siguiente paso. Necesitamos una estrategia.

—¿Por qué no lo escondemos todo? —sugirió Mitch—. No tiene por qué estar todo aquí en tu desván... Podríamos repartir las cosas por diferentes sitios.

Nick le lanzó una mirada a Caitlin que esta le devolvió.

—No podemos —les dijo Nick.

—¿Por qué no? —cuestionó Petula—. Eso parece lo más lógico.

Nick ya había pensado él mismo en aquella posibilidad, pero cada vez que pensaba en dividir la máquina, sentía como si se le rasgara algo en las entrañas. Y esa sensación tenía que significar algo, no podía ignorarse.

—Pues porque no podemos —dijo Nick, con algo más de energía.

Se puso de pie, caminó hacia la máquina y la tocó. La electricidad estática le dio una muestra de algo que era mucho más grande. Algo que seguía sin poder explicar.

—Nick —dijo Mitch—, te comportas de una manera realmente rara. Me refiero a más rara de lo normal.

Nick se volvió hacia él. Si iban a ser parte de aquello, necesitaban saberlo todo. Señaló los objetos:

—Miradlos más de cerca —dijo—. Quiero decir... miradlos de verdad.

Mitch fue el primero en darse cuenta.

—Forman una máquina —dijo.

Nick asintió con la cabeza.

—Exacto.

Petula soltó un suave silbido. Vince levantó las rodillas hasta pegarlas al pecho.

—Caitlin y yo lo comprendimos justo antes de que el asteroide fuera propulsado y entrara en órbita.

—Nos lo podías haber contado —observó Vince.

—Era el fin del mundo —le recordó Nick—. Y tú acababas de morir. En aquel momento, la cosa no parecía tan importante.

—Pero ¿qué es lo que hace esta máquina?

—Tesla soñó con traer al mundo energía gratis e inalámbrica. Así era como iba a hacerlo —explicó Nick—. Esta máquina necesita estar aquí. Necesita ser completada. Y nosotros somos los que tenemos que completarla.

Hubo un instante de silencio tan intenso que parecía retumbar. Entonces dijo Mitch:

—Nick, tus zapatos.

Todos miraron. En los cinco minutos que llevaban hablando, los zapatos de Nick se habían acercado medio metro a la máquina. Ahora todos podían ver la gravedad de la situación.

—¿Cómo puedes estar seguro de que somos nosotros los que tenemos que completarla? —preguntó Vince—. Porque lo que tú sientes no es más que una

impresión, ¿no?

Nick asintió con la cabeza.

—Es cierto, pero es una sensación muy fuerte.

—Yo no sé vosotros —dijo Vince—, pero yo no creo mucho en las impresiones y presentimientos. Mi madre es la que está en ese rollo. Pero las sensaciones y tal no conducen más que a mandar postales de buen rollito y a diseñar espacios de felicidad por toda la casa. Yo preferiría tener en mis frías y muertas manos unos hechos fríos y tangibles.

Caitlin se volvió hacia Nick:

—¿Qué crees tú que deberíamos hacer?

—Todas las cosas que vendí aquel día tienen que estar aquí —dijo Nick pese a las reservas de Vince—. Y tenemos que continuar construyendo la máquina. Los Accelerati puede que se hayan apoderado del arpa, pero por el momento no han puesto las manos en nada más, que sepamos.

—¿Cómo se supone que vamos a proteger todas estas cosas de ellos, si permanecen aquí? —preguntó Mitch—. Y es más, ¿cómo nos vamos a proteger a nosotros mismos?

—¡No lo sé! —dijo Nick, exasperado—. Por eso os he llamado. Pensé que quizá juntos podríamos averiguarlo. —Volvió a mirar a la máquina—. Si esta cosa nos pudiera decir lo que hacer...

Las últimas palabras quedaron flotando en el aire. La máquina no hablaba, pero eso no quería decir que no se comunicara con él a un nivel más profundo, donde no llegaban las palabras.

—¿Sabéis? —dijo muy despacio—. Pienso que tenemos la respuesta justo delante de nosotros.

Todos le siguieron la mirada. Caitlin fue la primera en comprender.

—¿Estás pensando en que usemos los aparatos de Tesla como armas contra los Accelerati?

—No es que quiera... pero creo que tenemos que hacerlo.

—¡Si hacemos eso no seremos mejores que ellos! —dijo Caitlin.

—Sí que lo seremos —dijo Mitch—, porque vamos a convertirlos en armas por una buena causa.

—Hay una diferencia entre usar los inventos como armas —explicó Nick—, y usarlos para defendernos a nosotros mismos.

—¿La hay? —preguntó Caitlin—. Eso suena como la justificación de todas las guerras de la historia.

—Ellos ya mataron a Vince —le respondió Nick—. Y Jorgenson intentó matarme a mí el otro día. Lamento tener que decirte esto, Caitlin, pero

estamos en guerra ya.

Caitlin se levantó y se cruzó de brazos.

—Yo no tengo intención de matar a nadie. ¿Y tú?

Nick apartó la mirada.

—Yo me temo que lo he hecho ya.

Caitlin ahogó un grito y los demás se mostraron igual de impresionados. Nick dejó caer los hombros, como cargados con el peso de su confesión. No les había dicho nada a sus amigos sobre aquella parte de su encuentro con los Accelerati.

—Congelé a una mujer, uno de los Accelerati, con el ventilador. Creo... creo que puedo haberla matado.

—No, no la mataste —soltó Petula, y como todo el mundo se volvió hacia ella, se rio con una risita nerviosa y dijo—: Quiero decir, ellos son los Accelerati, ¿no? Estoy segura de que encontraron la manera de descongelarla.

Y dado que eso era lo que Nick deseaba creer, no lo puso en duda.

—Gracias —le dijo—. Espero que tengas razón.

—¿Así que tienes un plan? —preguntó Vince—. ¿O también te vas a guardar eso para ti solo?

—Tomaremos un objeto cada uno para protegernos —dijo Nick—. El resto se quedará aquí, en el desván. Y si Jorgenson viene tras nosotros con sus inteligentes esbirros, su sonrisa falsa y su estúpido traje vainilla, le daremos tan fuerte que tendrá que marcharse a rastras.

Mitch levantó la mirada de repente.

—¿Traje vainilla? ¿Qué es eso del traje vainilla?

—Es lo que lleva puesto —le explicó Caitlin—. Los Accelerati llevan todos unos extraños trajes de colores pastel.

—Están hechos de seda de araña malgache —añadió Nick.

—... y cuando les da la luz de cierta manera —farfulló Mitch—, parecen titilar...

Entonces Mitch Murló se sumergió hondo en sí mismo.

Los seres humanos tienen la asombrosa habilidad de distanciarse de cualquier cosa real. A veces, para protegerse, crean historias que pasan por ser historia, porque crear significado es mucho más fácil que buscarlo. Las historias se convierten en símbolos en una página, y al final la página es reemplazada por sartas electrónicas de unos y ceros que flotan en una nube que en realidad no tiene nada de nube. La verdad es filtrada por tantos niveles de irre realidad que no podemos recordar lo que ha ocurrido en el curso del tiempo, ni siquiera lo que hemos desayunado esta mañana.

Nuestra relación con el dinero es bastante parecida, y pocas personas lo sabían mejor que la familia Murló. Hace miles de años, el dinero era algo tangible, una sarta de conchas o de cuentas al principio, después metales preciosos en forma de monedas que todo el mundo aceptaba que valían una determinada cantidad. Las monedas dieron lugar al despreciable papel, pero todo el mundo quiso aceptar que los billetes también valían.

Después el papel fue reemplazado por la misma sarta interminable de unos y ceros que ha engullido la entera historia humana. La riqueza del mundo ya no existe en forma material. Es un concepto en esa nube que en realidad tampoco existe como nube...

... y ese es el principio por el que un programador informático realmente hábil y con la inspiración necesaria podía diseñar un modo de robar peniques irreales de cuentas teóricas de banco y amasar una fortuna de más de setecientos millones de dólares en menos de cinco segundos, con darle a un solo botón del portátil.

Ahora el señor Murló estaba en la cárcel, tal vez por el resto de su vida, y los Accelerati tenían una cuenta bancada secreta con una cantidad inimaginable de millones que solo existía porque los ordenadores aceptaban que existía.

Durante el primer año de cárcel de su padre, Mitch había intentado entender cómo algo tan imaginario como el dinero digital podía arruinar tantas vidas, mientras mejoraba las vidas de los monstruos que habían utilizado a su padre y después se habían desembarazado de él.

Y así, cuando Mitch por fin unió los puntos y comprendió que aquellos monstruos eran las mismas personas contra las cuales luchaba ahora, su mente se vio inmersa en una rabia que se alimentaba a sí misma. Era como si hubiera dejado el desván para irse a un lugar remoto, un lugar donde el tiempo y el espacio se curvaban en torno a él, permitiendo a Mitch darse repetidas patadas a sí mismo en el trasero por no haberlo comprendido antes.

Mientras Mitch viajaba dentro de su cabeza, los otros hacían planes en el desván. Se decidió que Nick conservaría el ventilador y el perturbador neurológico de Jorgenson para defenderse. Vince cogería el narcojuguete que le hacía perder el conocimiento a la gente, ya que, como él mismo admitió, encajaba con su personalidad. A Petula le asignaron el clarinete torturador, porque todo el mundo se la podía imaginar sin gran esfuerzo tocando un instrumento de tortura. Mitch tendría el fuelle que levantaba polvaredas, porque la mayor parte de los videojuegos por los que lo habían cambiado eran de él. Y Caitlin, la objetora de conciencia del grupo, se mostró de acuerdo en

quedarse con el tamiz que generaba el campo de fuerzas, ya que era el más defensivo y menos ofensivo de todos los objetos.

Mitch no había oído nada de todo aquello. Cuando regresó del infeliz lugar al que había ido, solo tenía un pensamiento en la mente:

—¿Dónde está el mando a distancia? —preguntó con un gruñido que no parecía propio de él.

Todos se volvieron hacia Mitch, un poco desconcertados por aquel gruñido.

—¿Eh...? —fue lo que le salió de la boca a Nick.

—El mando a distancia con el que intentó matarte ese cerdo del traje vainilla. Dices que lo rompiste. Bueno, me gustaría tener las piezas, ¿dónde están?

Los otros se miraron unos a otros, sin saber muy bien cómo tomárselo.

—Yo... las tiré a la chimenea, Mitch —dijo Nick—. Lo quemé todo.

Mitch se puso de pie, apretando los puños con tal fuerza que las uñas se le clavaban en la palma.

—¿POR QUÉ TUVISTE QUE HACER ESO?

—Porque —dijo Caitlin con voz tranquila, como si estuviera tratando de hablar a alguien que estuviera al borde de una cornisa con la intención de tirarse al abismo— era demasiado peligroso.

—¡No era lo bastante peligroso! —gritó Mitch—. Solo podía matarlos de uno en uno. ¡Y yo quiero matarlos a todos! ¡Quiero verlos a todos muertos! ¡Hasta el último de ellos! ¡Y los quiero muertos ya!

Empezaron a brotarle lágrimas de los ojos. No las podía controlar. Ni siquiera lo intentó. Nick se puso en pie:

—¿Qué te sucede, Mitch?

—¡Nada! —gritó—. ¿Quién dijo que me sucede algo?

—Mitch, esa cosa la hicieron los Accelerati, y nosotros...

Entonces Mitch espetó:

—... *no podemos destruir a los Accelerati con su propia tecnología.* —Se tapó la boca con las manos. Le había salido como un eructo. No había querido decirlo, pero nunca quería terminar las frases que terminaba cuando estaba furioso, (y que eran innegablemente ciertas) gracias al extraño poder que le había conferido la rueda parlante. Justo como las respuestas que habían brotado de su boca cuando Nick había necesitado saber cómo salvar al mundo. O las cosas que Mitch había gritado en el fragor de su pelea con Steven Gray. Solo cuando estaba exaltado salían aquellas frases involuntarias.

A veces resultaban útiles, a veces eran solo molestas, pero siempre eran verdad, y en ese momento no quería que aquella respuesta fuera verdad.

—¡Calla! —gritó, pero no dirigiéndose a ninguno de sus amigos del desván. Se lo gritaba a sí mismo. Y bajó a saltos por la escalerilla, sin tener ni idea de dónde quería ir, pues lo único que sabía era que quería salir de allí.

Nick lo siguió, no solo porque se preocupara por su amigo, sino también porque vio una oportunidad. Lo que necesitaban más que ninguna otra cosa eran respuestas, aunque fueran respuestas que Mitch no quería oír.

Nick lo alcanzó en el vestíbulo y lo agarró.

—Podemos vencer a los Accelerati... —le apuntó Nick.

—... *con un palo, un poste o un garrote* —terminó Mitch.

«Vale», pensó Nick. «Eso no sirve de mucho. Tengo que ser más concreto».

—El próximo ataque de los Accelerati será...

—... *por debajo de los pies* —soltó Mitch.

Interesante, pensó Nick, pero ¿qué demonios significaba eso?

—Por favor —dijo Mitch—, ¡no me hagas hacer esto!

—¿No te das cuenta, Mitch? Tú puedes ser la clave de todo... si consigo dar con las palabras adecuadas. No sé qué es lo que te ha puesto tan furioso, pero rétenlo hasta que podamos encontrar la respuesta.

Sin embargo, la rabia de Mitch atacaba en múltiples direcciones. En aquel instante se lanzó contra Nick. Mitch le dirigió una mirada asesina e intentó desembarazarse de su puño, diciéndole:

—¡No, no voy a hacerlo!

—Los Accelerati quieren matarnos, pero podemos conservar la vida...

Y de la boca de Mitch salieron las palabras:

—... *dándole la mano al doctor Jorgenson*.

Volvió a taparse la boca con las manos. Nick lo miró como si Mitch lo hubiera traicionado, y soltó el brazo de su amigo.

—¿Qué? —preguntó Nick—. ¿Qué has dicho?

—¡No ha sido culpa mía! —gritó Mitch—. ¡Tú me has obligado a decirlo!

Mitch se volvió y salió corriendo antes de decir nada más, y esta vez Nick no corrió tras él.

Vince se entretuvo en el desván un poco más que los otros. Contemplaba la colección de objetos que tenía delante, todos alineados para un único fin.

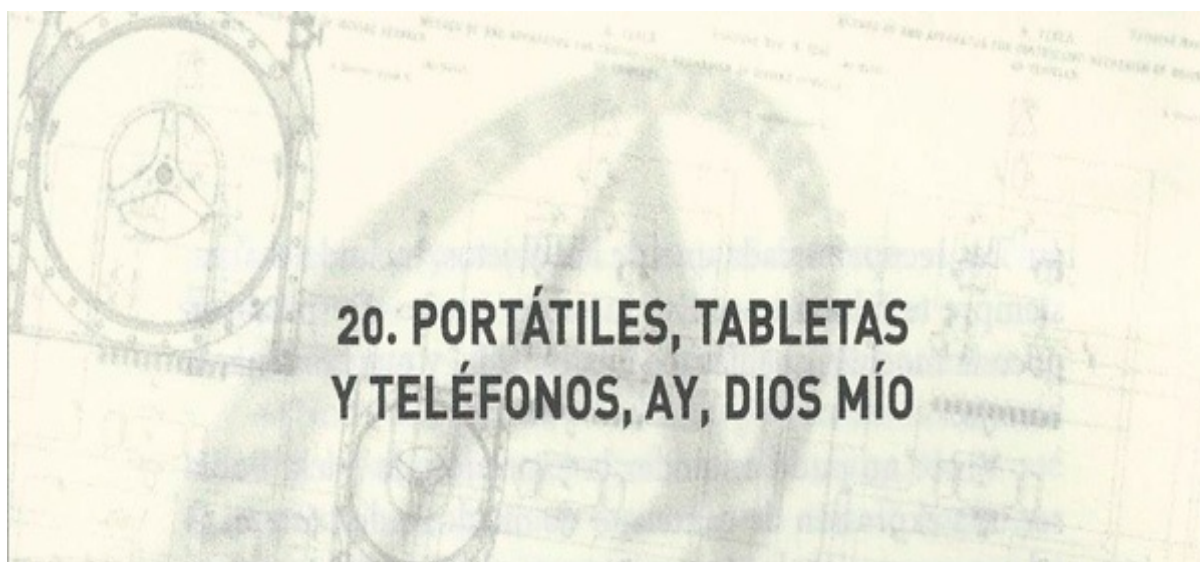
Lo que Nick sentía como compulsión, Vince estaba empezando a sentirlo como repulsión.

Cuando Nick regresó al desván, se sorprendió de que Vince siguiera allí.

—Muy guay cómo averiguaste que todas las cosas encajaban unas con otras —dijo Vince—. Pero aunque consiguieras recuperar cada uno de los objetos, incluida el arpa, siempre te faltará uno. Eso lo sabes, ¿no? —Desplazó un poco la mochila que llevaba a la espalda, y que contenía la batería.

Vince no pudo entender la expresión de Nick. Podía ser una expresión de cautela, o de miedo, o de tristeza. O tal vez un poco de las tres cosas. Ese puente lo cruzaremos cuando lleguemos a él, Vince.

—Sí —dijo Vince—. Supongo que sí. —Y se fue sin añadir una palabra más.



En el mundo entero, los rayos causan normalmente unas ochenta muertes y trescientos heridos por año. Pero el número de tormentas eléctricas, que había aumentado de manera constante en las últimas semanas, dejaba en papel mojado todas las estadísticas previas. Gentes de todos los continentes caían chamuscadas como moscas en un insectocutor. Pero, por supuesto, a menos que eso te ocurriera a ti o a alguien que tú conocieras, no pasaba de ser un trueno lejano. Algo que sería etiquetado como «esas cosas que pasan».

Hasta entonces, la única entidad importante afectada por las rarezas electromagnéticas era la industria aeronáutica, que experimentaba navegación aleatoria y problemas de telemetría. Más de un avión había aterrizado en el aeropuerto equivocado. Por poner un ejemplo, los turistas vestidos con pantalones cortos de cuadros y orejas de ratón que iban al Reino Mágico de Walt Disney en Orlando se encontraron aterrizando, sin explicación alguna, en Honduras, donde los roedores residentes seguramente te transmitirían la rabia antes que acompañarte de paseo.

Mientras tanto, la casa de los Slate se enfrentaba a sus propios problemas electromagnéticos: una supresión inexplicable de potencia eléctrica.

—¡Nick, levántate! ¡Vamos a llegar tarde!

Era la voz de su padre. Nick abrió los ojos y de modo reflejo miró el despertador. La pantalla estaba apagada.

—¡Se ha ido la luz! —gritó su padre desde debajo de la escalera.

—¿Vamos muy retrasados?

—¡Ni idea!

Nick cogió su teléfono, pero no le quedaba batería, pese a que lo había dejado cargando. Debían de haber pasado sin luz toda la noche.

Se puso a toda prisa unos pantalones y una camisa, y bajó la escalera corriendo y con los cordones desatados.

Danny comía Cheerios en la cocina sin luz.

—No me gusta comer en la oscuridad. No veo si hay bichos en los cereales.

—Esto no es la oscuridad —repuso Nick—. Solo es penumbra.

—Pues tampoco me gusta comer en la penumbra.

Resultó que no funcionaba el teléfono de nadie, así que se vieron obligados a consultar el reloj de pared de la tía abuela Greta, que siempre se equivocaba en diez minutos, ya fueran de adelanto o de retraso, así que era solo un poco mejor que no tener nada.

—Deberíamos haber llegado al colé hace o tres o veintitrés minutos —refunfuñó Danny—. ¿Puede echarnos una mano en esto alguno de los chismes de Tesla?

Nick se encogió de hombros.

—Ninguno de los que tenemos.

—Me lo suponía.

El padre de Nick subía y bajaba corriendo la escalera, y echaba maldiciones mientras recordaba las cosas que tenía que llevar al trabajo.

Aparentemente su racha de mala suerte no veía acercarse el final, pues cuando salió al coche, este no arrancó.

De pura frustración, golpeó el volante.

—Ni siquiera puedo llamar para decirles que llegaré tarde —se lamentó.

—Puede que sea un fallo de toda la red —sugirió Nick—, y que tampoco tengan luz en NORAD.

—La luz no se va en NORAD —dijo su padre con voz apagada—. Ni siquiera se les fue cuando el mundo estaba a punto de acabarse.

Nick vio, a través de la gris neblina matutina, que había luz en la casa de enfrente. Así que su padre fue a usar el teléfono del vecino mientras Nick y Danny se marchaban en bici a sus respectivos centros educativos, que se encontraban en sentido opuesto.

De costumbre, Nick era perspicaz, pero estaba tan preocupado pensando en los Accelerati que no notaba que los coches se calaban cuando él pasaba a su lado. Ni era consciente de que, al acercarse él, las luces del barrio parpadeaban hasta apagarse y volvían a encenderse del mismo modo cuando

ya había pasado, ni de que los semáforos se apagaban, provocando riesgo de colisiones.

Por el contrario, tenía la mente ocupada con la desagradable perspectiva de tener que darle la mano a Jorgenson.

Los proféticos finales de frase de Mitch no erraban nunca. Así que eso significaba que, para salvar la vida, tendría que establecer una tregua con los Accelerati. O aún peor, que unirse a ellos.

Nick echó el candado a la bici y, al entrar en el instituto, las luces del pasillo se apagaron. Entonces, cuando fue a entregar la nota de justificación por llegar tarde al encargado del control de asistencia, todas las luces se apagaron en la Secretaría.

—¡Que no cunda el pánico! —oyó decir a una de las secretarias. Y después—: Qué raro, no me funciona ni la linterna del móvil.

Entonces fue cuando Nick comprendió. Salió rápidamente de la Secretaría. Cuando se encontraba ya a cierta distancia, en el pasillo, la luz volvió a la Secretaría, al mismo tiempo que se apagaban los tubos fluorescentes que tenía delante.

En el interior de su cabeza oía las risas de burla del doctor Alan Jorgenson.

Durante todo el día notó como una nube de tormenta sobre la cabeza. Adonde quiera que iba, había algo que se apagaba. Las calculadoras en su clase de Matemáticas, la pizarra digital en clase de Lengua y Literatura. Todos los portátiles, tabletas y teléfonos quedaban completamente agotados.

—No sé qué es lo que me han hecho —le explicó a Caitlin durante el almuerzo, en la mitad de la cafetería que estaba a oscuras, y con voz más desesperada de lo que hubiera querido. Allí podía observar con exactitud hasta dónde llegaba el campo deselectrizado: tenía un radio de seis metros a su alrededor.

—No te asustes —le dijo Caitlin—. Esto no te va a matar.

—No —admitió Nick—. Pero cuando la gente se dé cuenta de que soy yo el causante de que peten sus equipos, habrá muchos que sí quieran matarme.

—Los Accelerati están intentando desquiciarte, eso es todo.

—Bueno, pues lo están consiguiendo.

Caitlin respiró hondo.

—Tienes que averiguar qué es lo que lo provoca. Tiene que haber algún tipo de aparato o... de rayo o... algo.

Nick se miró la ropa. Ya se había registrado los bolsillos. Hasta se había cepillado el pelo, por si resultaba que el mecanismo estaba disimulado en

forma de mota de caspa.

—Podrían haberme cambiado mi desodorante por un spray extractor de energía.

Caitlin se sonrió.

—Bueno, me alegro de saber que usas desodorante.

Lo cual hizo a Nick ponerse un poco colorado.

Entonces ella alargó la mano y tocó suavemente la de Nick. Ni siquiera disimuló el gesto: lo hizo a la vista de cualquiera que estuviera mirando en ese momento. El hecho de que no hubiera nadie mirando no tenía importancia, porque podría haberlo habido.

—Bueno —dijo ella—, sea lo que sea, no acaba con toda la electricidad.

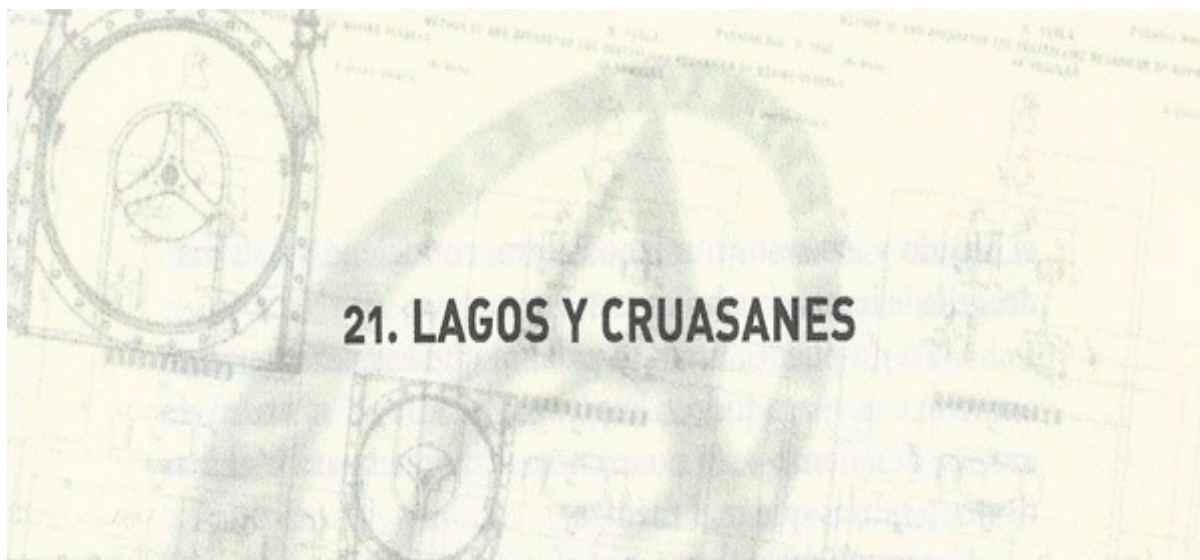
Y aunque Nick se puso un poco más colorado que antes, no le importó lo más mínimo.

Empezaron a circular rumores sobre la relación de Nick con los extraños cortes de luz, y antes de que acabara el descanso de la comida, el director del instituto lo llamó a su despacho. Las sospechas se confirmaron cuando volvió a entrar en la Secretaría y se volvieron a apagar las luces. Cuando abrió la puerta del despacho del director, el señor Watt levantó la mirada, sonrió a Nick, y la cabeza se le cayó sobre el plato de comida china que estaba comiéndose.

Habiendo visto a Vince morir en múltiples ocasiones, Nick enseguida sumó dos y dos y comprendió que el hombre debía de llevar un marcapasos. Así que salió por donde había entrado.

El director enseguida recuperó la conciencia. Le costó respirar debido al huevo fu yung que le tapaba las narices, pero por lo demás se encontraba en perfectas condiciones.

Nick decidió que sería mejor que adelantara su hora de salida del instituto.



Afortunadamente, aquel día Vince se quedó en casa y no fue al instituto, así que no tuvo que afrontar un corte letal en el sistema eléctrico que lo mantenía con vida. Seguía afectado por la revelación de que al final Nick necesitaría recuperar la batería, y por el hecho de que Nick lo supiera desde hacía semanas, y no le hubiera dicho nada. Hasta aquel día Vince había conseguido para Nick varios artículos, sin saber que cada uno de ellos lo acercaba un poco más a su destino. Y ahora había un artículo en particular sobre el cual tenía que investigar, en contra de sus apetencias; un artículo que ocupaba todos sus pensamientos, aunque eso no lo podía compartir con su madre.

—No puedes quedarte en casa sin ir al instituto así sin motivo ni razón —le dijo esa mañana su madre.

—¿La muerte no te parece buen motivo ni razón? —le contestó sin ningún énfasis mientras se tomaba su desayuno de vegano crudívoro, consistente en zumo de verduras frescas y queso de semillas, una dieta que le encantaba a su madre. Había visto con horror que su tracto intestinal de no muerto digería las proteínas animales con extrema lentitud. Aunque seguía sintiendo intensas ansias de hamburguesas y pizza de salchichón, tenía que aceptar que podría haber sido peor. Si hubiera sido embalsamado, se hubiera quedado con un insaciable deseo de alimentos ricos en hierro, tales como el hígado y los sesos humanos. Pero, conociendo a su madre, ella le habría hecho comer espinacas.

—Tú no puedes usar esa palabra que empieza por eme como excusa para todo —repuso su madre. Y se cruzó de brazos, desafiante—. Si no te encuentras bien para ir al instituto, tendrías que ir al médico.

Vince exhaló un largo y profundo suspiro.

—No hay médicos para lo mío, mamá. Solo hay una cura, y estoy enchufado a ella.

—Ni siquiera sabemos qué es lo tuyo —repuso ella.

—Y por eso —le susurró Vince en respuesta— no queremos que nadie más lo sepa.

Aunque se sentía frustrada, no podía quitarle la razón. Así que cogió su bolso y se marchó a trabajar toda enfurruñada.

—Tengo casas que enseñar, pero volveré para las cinco —dijo yéndose hacia la puerta—. Por favor, no revuelvas nada.

Vince sabía que había una casa que su madre no podría nunca mostrar por el simple motivo de que ya no existía. Y esa casa desaparecida era la verdadera razón de que Vince se quedara en casa.

Tras tomarse lo que para otro podría haber sido una dosis mortal de zumo de zanahoria, remolacha y col rizada, salió para visitar un terreno curiosamente vacío en el que en otro tiempo se había alzado una residencia importante. Sin que Nick supiera nada de eso, Vince había visto una foto de lo que muy bien podía haber sido la casa desaparecida. Eso era lo que le había llamado la atención en el periódico sensacionalista que había visto durante aquel chapucero allanamiento de morada que habían cometido Nick y él, justo antes de morir en el momento menos apropiado.

La casa en cuestión era una casa ordinaria de dos pisos, que tal vez tuviera la misma planta que la de Vince, ya que estaba dentro del mismo plan promotor. Su ausencia se hacía difícil de pasar por alto en medio de una calle de casas idénticas. Durante un tiempo habían rodeado la propiedad con cinta policial para impedir el paso, pero la policía nunca había llegado a investigar el caso. La única investigación la había llevado a cabo un grupo de hombres y mujeres vestidos con trajes de color pastel ligeramente luminiscentes.

En las escasas semanas que habían pasado desde que la casa se desvaneciera, no había cambiado gran cosa en la propiedad. Vince recorrió el camino de delante, que terminaba de repente en un hoyo que bajaba unos tres metros. Los restos de conductos eléctricos, tubos y alcantarillado asomaban del suelo, limpiamente cortados. Hasta los cimientos habían desaparecido, como si la casa fuera una muela extraída con su raíz y todo.

En el patio trasero, las cosas eran aún más interesantes. Detrás de donde solía estar la casa había un garaje adosado. Seguía allí, pero solo en parte.

Vince sabía que Nick se hallaba allí cuando desapareció la casa. Estaba justo ante la puerta de la casa. La mujer de dentro tenía uno de los aparatos de Tesla, aunque Nick no sabía cuál.

Rodeó el cráter hasta el garaje. La mitad delantera del edificio había quedado limpiamente cortada, y dentro podía verse la mitad de un viejo frigorífico, la mitad de un cortacésped, y la mitad de otras cosas que uno suele encontrar en un garaje. Había sido una suerte para Nick, pensó Vince, que el objeto teslanoide estuviera situado en la parte de atrás de la casa, de manera que su campo de acción llegó solo hasta la puerta. Si se hubiera encontrado más cerca, en vez de la mitad del garaje podría haber desaparecido la mitad de Nick.

Vince llamó a la puerta de algunas casas de alrededor. En las primeras no respondió nadie. O los propietarios no estaban en casa, o no querían hablar con aquel escalofriante tipo que quería visitarlos.

Al final se abrió una puerta. La mujer del umbral parecía una manzana seca, con una gran melena del color del algodón de azúcar descolorido.

—¿Qué vendes...? —le preguntó, y antes de que Vince respondiera, añadió—: Sea lo que sea, no lo necesito, pero tengo un par de cruasanes abiertos en la tostadora, así que puedes entrar si quieres. —Le condujo hasta la cocina—. Las únicas visitas que recibo —comentó— son de gente que quiere mi dinero.

—¿En serio? —se interesó Vince amablemente.

—Incluidos mis parientes —añadió mientras le servía el cruasán tostado con una cucharada de queso batido.

Vince se preguntó por un instante cómo lo digeriría, antes de decidir que sus intestinos de no muerto tendrían que averiguarlo por sí mismos.

—De acuerdo, haz tu lanzamiento —dijo la anciana—, y más vale que sea bueno.

—No quisiera decepcionarla, pero no estoy vendiendo nada, ni quiero su dinero. Solo estoy interesado en sus recuerdos.

—Pues no queda mucho de ellos, siento decirlo —le respondió con una risotada—. Esos terrenos están en franca decadencia.

Vince sospechó que había más en aquellos terrenos de lo que ella misma creía.

—Me gustaría saber algo sobre el dueño de la casa —dijo—. La que desapareció.

La anciana dio un mordisco a su cruasán y lo masticó despacio.

—Se llamaba Sheila McNee —dijo por fin—. Jugábamos con ella al bridge, hasta que llegó demasiado alto para las demás.

—¿Entonces no está en contacto con ella? —preguntó Vince.

La anciana negó con la cabeza.

—No he tenido ninguna noticia de ella desde... el incidente. Vinieron haciendo preguntas unos tipos extraños vestidos con trajes muy curiosos. Decían que su casa había desaparecido en un raro fenómeno cuántico. — Entonces se acercó un poco más a Vince—: Pero no tuvo que ver con ningún fenómeno raro: fue el globo terráqueo.

Vince aguzó los oídos. Enseguida recordó un globo terráqueo en el mercadillo callejero de Nick: metálico, con los continentes en relieve. Podría haberlo comprado él mismo, si no le hubiera llamado la atención la batería por motivos que más tarde resultarían obvios.

—El globo terráqueo... —repitió, invitándola a continuar.

—No les hablé de él, si eso es lo que quieres preguntarme. Pero algo me dice que tú eres el que tiene que saberlo. —Le dio otro mordisco al cruasán, pensativa—: Ella decía que la llevaba a sitios.

—¿A qué sitios? —preguntó Vince.

—A cualquier sitio —dijo la anciana—. A todas partes. Pensé que estaba mal de la azotea hasta el día en que desapareció con aquella casa que tenía siempre llena de polvo.

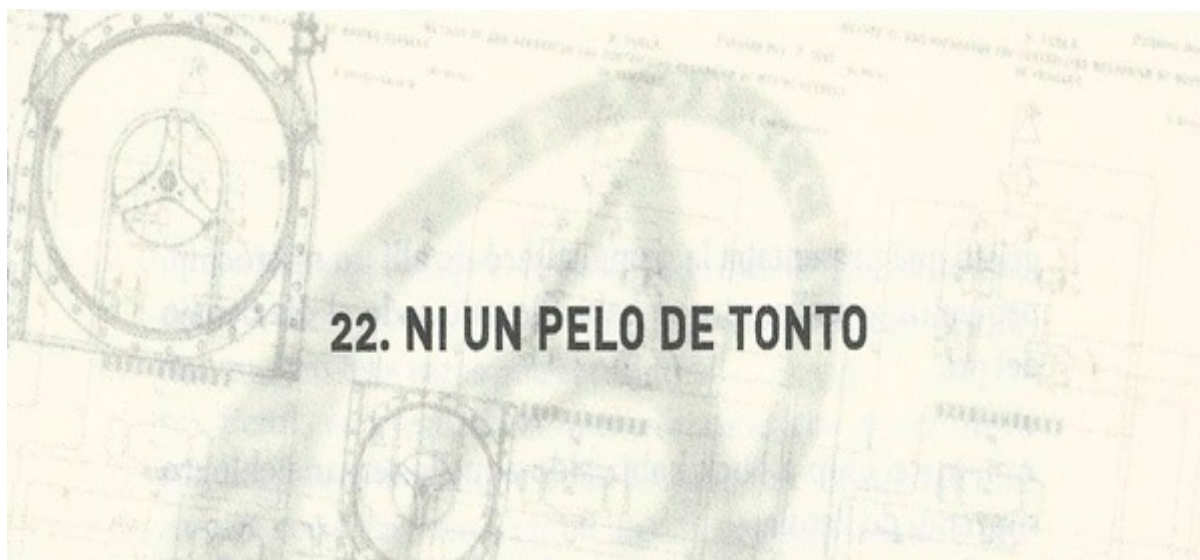
—¿Sabe dónde podría haber ido? —preguntó Vince.

—Bueno —dijo la anciana—, ella siempre estaba amenazando con volverse a Escocia, que es donde se crio. Decía que nosotros los americanos nos habíamos vuelto un poquito pesados.

Vince le dio el último bocado a su cruasán, le dio las gracias a la señora y se fue. No le cabía la menor duda de que lo que la mujer había dicho era cierto. Y si tenía alguna duda, lo único que tenía que hacer era coger su propio ejemplar de *Planetary Times* e irse a la página 17. Junto a un artículo sobre la nueva mafia alienígena había una fotografía borrosa y granulada de una casa de zona residencial, muy parecida a otras casas de aquella parte, que había sido vista por submarinistas cazadores de monstruos en el fondo mismo del lago Ness.

Vince volvió a casa con una vitalidad en su andar muy poco propia de él. Ahora él sabía dónde estaba aquel globo terráqueo, pero Nick no tenía por qué saberlo. Y mientras siguiera perdido en el fondo de un lago en otro continente, Nick no podría completar nunca la máquina de Tesla.

Lo cual significaba que nunca iría a reclamar la batería de Vince.



Mientras Vince pasaba el resto del día regodeándose en la secreta seguridad de estar a salvo, Nick intentaba evitar los cruces de calles concurridos, así como los hospitales y cualquier otro lugar donde un repentino corte de la electricidad pudiera causar un problema muy serio. No tuvo más remedio que volver a su casa dando rodeos.

Si hubiera pensado en la central eléctrica, también la habría evitado. Pero quiso el destino que pasara con su bicicleta a menos de tres metros del transformador principal, que estaba oculto tras un enrejado cubierto de hiedra. En el momento en que Nick se acercó a él más de la cuenta, todas las casas y las tiendas cercanas se quedaron a oscuras. Y, a causa de la repentina sobrecarga de energía robada, la zapatilla izquierda de Nick empezó a arder.

Saltó de la bicicleta, rodó por la hierba, se desprendió la zapatilla, y la lanzó a la calle, donde hizo detenerse a todos los coches que intentaban pasar.

En cuanto la zapatilla quedó lejos del transformador, los semáforos de la zona volvieron a funcionar, al principio parpadeando un poco. Nick se acercó a los restos humeantes de su pobre zapatilla. La recogió con cuidado y vio que la parte que estaba más estropeada se encontraba en el lado izquierdo de la suela. Dobló la zapatilla, abriéndola por la grieta que presentaba la goma, y sacó de allí un microchip, pequeño y brillante, que había llevado todo el día debajo del pie.

Adherir el chip a Nick había sido aquella semana el logro supremo de Petula.

Sabía que no lo podía esconder en ninguna parte de su ropa, porque los chicos de vez en cuando se cambian de ropa. Tampoco podía metérselo debajo de la piel, pues habría notado el terrible dolor. Pero cuando estaban en

el desván, Nick se había quitado las zapatillas, y al hacerlo le había brindado una oportunidad a Petula. Introducirlo en una de las suelas mientras todo el mundo miraba a Mitch convirtiéndose en el Increíble Hulk había sido un rasgo de genialidad.

Aunque no tenía ni idea de qué haría el chip cuando lo activara un poco después, usando un código a distancia.

—No le hará ningún daño —le había asegurado el Gran Acceleratus—. Solo le recordará que estamos ahí continuamente, vigilándolo todo el tiempo.

Después de colocar con éxito el aparato informó a la señora Planck, tal como le habían pedido.

—Si sigues impresionando así al doctor Jorgenson —le dijo la señora Planck a Petula mientras descargaba cubos de algo comestible de su pequeña furgoneta y los metía en la cafetería con un carrito—, ascenderás muy pronto. —Entonces le dirigió una sonrisa—. Estoy orgullosa de ti, Petula. Tú harás cosas importantes en este mundo.

La cosa comestible que había descargado de la furgoneta, le explicó la señora Planck, era placton prensado, que adquiriría el sabor de cualquier cosa que se le pusiera.

—¿No hay una película de ciencia ficción en la que todo el mundo come plancton prensado, pero luego resulta que está hecho con personas? —preguntó Petula.

—No te preocupes —le dijo la mujer de cocina soltando una carcajada—, por el momento las personas resultarían mucho más caras que el placton.

Petula se preguntó si «por el momento» quería decir que llegaría el día en que no lo fueran, Pero decidió pensar en otra cosa. Concluyó que si alguna vez empezaban a servir personas, la señora Planck sería la primera en irse, ya que, al fin y al cabo, su mismo nombre tenía mucho de plancton.

Petula la observó mientras, como por arte de magia, convertía aquel alimento verde en ragú de buey y en pollo con setas:

—Es el doble de nutritivo —le dijo la señora Planck—: ya ves cómo se puede mejorar el mundo mediante tecnología patentada —entonó—. En otras palabras: tecnología de nuestra propiedad.

Ese era uno de los muchísimos lemas de los Accelerati.

—¿Qué cree que querrá el Gran Acceleratus que haga ahora? —le preguntó Petula, ansiosa de oír la respuesta, pero temiéndola al mismo tiempo.

—Sea lo que sea —dijo la señora Planck con una mirada penetrante—, lo harás. —Entonces sonrió y le entregó una saludable ración de plancton con

setas.

Theo no tenía un pelo de tonto. Era todo lo inteligente que necesitaba ser, cuando necesitaba serlo. Y cuando se trataba del gran bufé de la venganza, Petula no era la única que se ponía a la cola. Theo estaba listo para servirse un plato lleno hasta hacer montaña.

Su relación con Caitlin, que nunca había sido nada maravilloso, había terminado por fin de manera formal y oficial. Se sentía realmente aliviado: el hecho de que el mundo hubiera estado a punto de llegar a su fin le había proporcionado una pausa para pensar. ¿Por qué aferrarse a una sola chica solo porque fuera guapa y estuviera bien vista? ¿Quién necesitaba una novia trofeo cuando podía tener una estantería llena de trofeos verdaderos? El único problema era aquella innegable sensación de humillación. Que a uno lo cambiaran por Nick Slate resultaba insoportable. Eso era, como dicen, como echar sal en la herida. Algo que, simple y llanamente, no se podía soportar.

Ser una espina clavada en el corazón de Slate no era suficiente: tenía que ser el rosal entero. Tenía que rodear a Slate con tantas ramas llenas de espinas que el más leve movimiento fuera como una cuchillada.

Theo intuía que en torno a Nick había algún asunto oculto. Lo intuía por la manera en que hablaba siempre con sus amigos, cuchicheando. Y por el hecho de que hubieran empezado a pasar cosas raras en cuanto se mudó a aquel barrio. Si Theo lograba llegar al fondo del asunto y averiguaba algo importante, merecería la pena hacerle chantaje. Entonces le daría a Nick exactamente lo que tantas ganas tenía de darle.

Así que Theo mantuvo sus ojos y oídos bien abiertos, hasta que le sonrió la suerte el día en que Vince, el amigo de Nick, se fue de su consigna sin acordarse de cerrarla. En cuanto se vaciaron los pasillos, Theo revolvió en la consigna, buscando algo que le pudiera servir para acusar a Nick. No es que confiara en encontrar nada, pues Vince estaba en la periferia del círculo de amistades de Nick, pero vio un documento de aspecto oficial que estaba pegado con celo por el lado de dentro de la puerta, donde otros pegan un póster. Al principio Theo no supo cómo tomárselo, pero cuando lo arrancó y lo leyó, la verdad se le presentó de manera alarmantemente clara.

Era el certificado de defunción de Vince.

Y no se trataba de ninguna imitación, sino de un certificado de verdad, con su membrete del Gobierno en relieve y todo. Theo comprendió que aquello solo podía significar una cosa:

El apocalipsis zombi.

Mientras la zapatilla izquierda de Nick era pasto de las llamas, Theo estaba escondido tras un árbol próximo a la casa de Nick, aguardando para salir de allí de un salto. Por desgracia, Theo se había empezado a aburrir y se había puesto a jugar un juego en su teléfono móvil. Cuando el móvil de repente se apagó, como le había ocurrido varias veces aquel día en el instituto, Theo se preocupó, y Nick lo pilló por sorpresa a él, en vez de ocurrir al revés.

—Theo, ¿qué haces aquí?

Theo se llevó un susto y el móvil se le cayó de las manos. Rebotó en el pie, que curiosamente estaba descalzo, de Nick.

—¡Ay! —exclamó Nick.

Nick solo tenía puesto una zapatilla. La otra la llevaba en la mano, hecha una ruina.

—¡Ajá! —dijo Theo. No estaba seguro de qué quería decir su propio «¡ajá!», pero tenía la impresión de que cualquiera que llevara en la mano una zapatilla estropeada tenía que estar tramando algo que podría servir para hacerle chantaje.

—Si has venido a hablar de béisbol con mi padre, no está en casa. Vuelve más tarde. A ser posible, después de la próxima glaciación.

Nick entró en casa cojeando. Intentó cerrar la puerta tras él, pero Theo puso el pie.

—Te crees que no tengo ni idea —dijo Theo—. Pero lo sé todo.

Eso consiguió el objetivo de detener a Nick, que se volvió hacia Theo:

—¿Qué es lo que sabes, exactamente?

Y Theo sacó el documento.

—Un certificado de defunción, sellado y firmado por el juez del condado, a nombre de... —redoble de tambores— Vincent LaRue.

Nick se acercó, observó el certificado de defunción con lo que parecía un nivel de preocupación aceptable, y entonces dijo:

—¿Y...?

A lo que Theo respondió:

—¿Es que no está claro? ¡Tú estás montando un apocalipsis zombie!

Nick lo miró con espanto. O al menos Theo pensó que se trataba de espanto, hasta que Nick señaló, perdiendo la paciencia:

—Un zombie solo es poca cosa para montar un apocalipsis zombie.

—¡Ajá! —gritó Theo, por fin con un motivo para proferir aquella exclamación—. ¡O sea que lo admites! ¡Vince es un zombi!

—No exactamente —dijo Nick—. Los zombis se están pudriendo todo el tiempo. Vince solo se pudrió una vez, y ya lo está superando. —Levantó la

zapatilla derretida—. Perdona, pero ahora mismo tengo cosas que hacer, ¿vale?

Pero Theo había llevado a Nick adonde él quería.

—Por supuesto, yo podría callarme la boca y guardarme para mí toda esta cosa del zombismo... con una condición...

Theo se calló un momento para crear expectación, y a continuación, para su propia sorpresa, siguió callado.

—Bueno —preguntó Nick—, ¿qué es lo que quieres?

—¿Que qué quiero...? —se preguntó Theo—. ¿Qué quiero realmente?

Decirle a Nick que se apartara de Caitlin no era suficiente. Decirle que desapareciera de la faz de la Tierra estaba más cerca de sus deseos pero, por otro lado, eso sería un chantaje desperdiciado. Un extorsionador habilidoso mantendría a su víctima en el extremo de una cuerda de la que, como en un yoyó, podría tirar a voluntad. Nick podía ser ese yoyó.

—Tú límitate a hacer lo que te diga —le ordenó—, cuando te diga que lo hagas.

Theo pensó que eso le daría tiempo suficiente para averiguar qué era lo que quería de Nick, y para adquirir verdaderas destrezas de chantajista.

Nick negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para eso.

Entonces se metió la mano en el bolsillo, sacó las llaves, y apretó un botón en un pequeño llavero oval, que emitió una suave luz azulada. Era el único aparato electrónico de la casa que parecía funcionar en aquel momento.

—¿Podría ver ese certificado de defunción? —preguntó Nick.

Por un instante, Theo dudó, pensando que no debería entregárselo. Pero entonces pensó que por qué no. No había nada inusitado en ofrecerle a Nick su única prueba crucial. Nada inusitado en absoluto. De hecho, pensándolo bien, tampoco había nada raro en que Vince tuviera su propio certificado de defunción pegado en su consigna del instituto. En aquel momento, la cosa parecía de lo más natural y normal del mundo.

—Por supuesto —dijo Theo, entregándoselo a Nick.

Los ojos de Nick repasaron el documento, y entonces él dobló el papel y se lo metió en el bolsillo de atrás.

—¿Te puedo pedir un favor? —preguntó Nick.

«¿Por qué te iba a hacer un favor a ti?», fue lo primero que pensó Theo, pero en vez de decir eso, lo que se oyó decir fue:

—Claro, por supuesto... —Se preguntó por qué había dicho eso, pero a continuación se extrañó por haberse hecho esa pregunta, y no tardó en sentir

mareos a causa de aquella espiral mental, y tuvo que sentarse.

—Necesito que le lleves un mensaje a Caitlin —dijo Nick—. Espera, déjame que te lo escriba en la frente.

Nick se acercó a él con un bolígrafo, pero Theo movió la cabeza hacia los lados y dijo:

—No.

Nick se detuvo, sorprendido.

—¿No...?

—Deberías usar un rotulador —dijo Theo—. Se lee mejor, y no se borra.

—¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? —dijo Nick, cogiendo uno de la encimera de la cocina.

—Porque hay dos tipos de personas en el mundo —sugirió Theo—. La gente como yo... y la gente como tú.

—Yo no lo habría explicado mejor.

Nick escribió su mensaje, que requería más espacio del que había en la frente de Theo, así que siguió descendiendo alrededor de la ceja izquierda y por la mejilla. Todo ese tiempo a Theo le embargaba la impresión de que dejar que tu enemigo declarado te escribiera en la cara con un rotulador permanente no era la cosa más acertada del mundo, pero esa impresión quedaba ahogada bajo la sensación, mucho más potente, que le aseguraba que todo era completamente razonable, y que no había por qué darle más vueltas.

Cuando Nick acabó, le dio a Theo el llavero que lucía.

—Dale también esto a Caitlin. Pero asegúrate que lo conservas en el bolsillo hasta que llegues a su casa. —Entonces Nick se fue hacia una cesta de ropa sucia para lavar—. Ah, y... ¿te importaría llevar también estos calzoncillos puestos en la cabeza?

Theo tuvo que admitir que era una petición completamente razonable.

Caitlin se alegró de ser la que había abierto la puerta. Si hubiera sido su padre o su madre, ella hubiera tenido mucho que explicar, pues, aunque Theo podía ser monumentalmente obtuso, nunca se había presentado en su casa llevando unos Calvin Klein en la cabeza.

—Hola, Caitlin —dijo con alegría—. Traigo un mensaje para ti en la frente.

Ya antes de leerlo, ella comprendió que aquello lo había hecho Nick. Theo le entregó el llavero aturdidor de los Accelerati, que lo explicaba todo. Pensó en apagarlo, pero entonces decidió que el único modo de que el pobre Theo conservara su dignidad sería no saber que la había perdido. Le quitó de

la cabeza los calzoncillos, que, afortunadamente, no parecían muy sucios, e hizo pasar a Theo dentro de la casa.

El mensaje de la frente, escrito en claras letras mayúsculas, era simple. Decía:

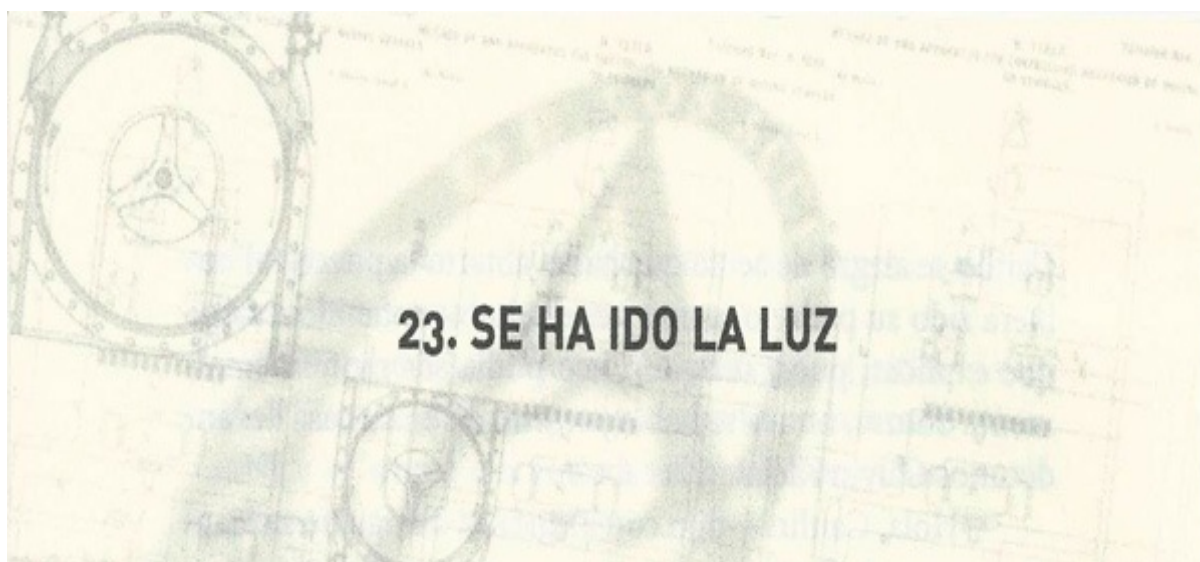
HE ENCONTRADO EL APAGALUCES
TE LLAMO ESTA NOCHE. THEO ES IMBÉCIL.

—¿Está todo bien? —preguntó Theo con voz floja—. Porque... tengo la impresión de que algo no acaba de encajar, y no sé qué es.

Caitlin lanzó un suspiro.

—Todo estará bien dentro de un minuto —le dijo.

Entonces se acercó a sus materiales de arte, le hizo sentarse, y empezó a restregarle la frente con disolvente.



Cuando se fue la luz en el Edificio de Ciencias Físicas de la Universidad de Colorado, oscureciendo el despacho del doctor Alan Jorgenson, este levantó la mirada desde el plato de insípido sushi para llevar que tenía sobre su mesa de trabajo. Comprendió que Nick Slate se encontraba cerca.

Jorgenson subió las persianas para dejar entrar la última luz de la tarde, y se sentó. Se comió un trozo más de insulso atún blanco recubierto con un arroz aún más insulso, y se recostó en su silla para masticarlo mientras esperaba. Si el chico venía con intenciones de atacar, Jorgenson estaba bien equipado para defenderse con unos cuantos aparatos de los Accelerati que tenía al alcance de la mano: un eviscerador cuántico que transportaría los intestinos del muchacho a un punto situado exactamente a mitad de camino entre la Tierra y la Luna; un rayo de partículas de tungsteno que lo lanzaría hasta la frontera con Canadá; y, en caso de que todo lo anterior fallara, le quedaría todavía el anticuado revólver que llevaba en el bolsillo.

Su secretaria se presentó en la puerta del despacho un instante después.

—Le hubiera avisado por el interfono —dijo con un poco de vergüenza—, pero... se ha ido la luz.

—Sí, sí... —respondió Jorgenson con desdén—. Haga pasar al muchacho. La secretaria se quedó sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el mismo motivo por el que ocupo este despacho mientras que usted está ahí al lado, atendiendo mis llamadas —explicó él.

Ella se volvió para salir, y un instante después entró Nick.

Parecía derrotado. Esa fue la primera impresión de Jorgenson, y sus primeras impresiones solían resultar acertadas. Tenía un aire de absoluta

derrota, que hizo que a Jorgenson le entraran ganas de regodearse, aunque reprimió la tentación. Ya tendría tiempo para eso después. Lo que hizo en aquel momento fue seguir comiendo su sushi, que de pronto sabía mucho mejor. Sabía casi tan bien como la victoria.

—¿Qué me ha hecho? —preguntó el chico con deliciosa desesperación—. ¿Por qué se va la luz a mi alrededor?

—No sé ni por asomo de qué me estás hablando —mintió Jorgenson—. Puede que sea efecto de alguno de los inventos de los que tú y tu grupo de amiguitos del patio de recreo abusáis tan descaradamente.

—¡Lo ha hecho usted! —gritó Nick—. ¡Sé que ha sido usted! ¡Ha tenido que ser usted! ¡Párelo!

Jorgenson forzó un falso suspiro y fue al grano:

—Muy bien: te prometo que tu vida volverá a la normalidad, y que tú proseguirás tu mediocre existencia sin más interferencia por mi parte... a condición de que me entregues todos los aparatos de Tesla.

Se quedó mirando cómo se mordía Nick el labio considerando la propuesta, y cómo después, en vez de decir nada, le tendió la mano a Jorgenson para que este la estrechara.

De manera refleja, Jorgenson levantó su propia mano, pero entonces dudó. Había perdido el meñique de su mano derecha, y todavía le dolía. El recuerdo de aquello le hizo odiar aún más a Nick Slate.

—Me perdonarás que no te estreche la mano —le dijo enseñándole la venda—. Tú y tu padre nos daréis permiso sin restricciones para recoger los objetos de tu desván, y desistiréis de recuperar los que faltan. Encontrar esos objetos será cosa nuestra a partir de ahora, como debería haber sido desde el comienzo.

Se volvió y alargó la mano por detrás para coger una carpeta de fuelle que estaba engordando más de lo que se podía permitir. La llamaba «mi carpeta de los incordios». Principalmente, contenía cosas relacionadas con Nick Slate.

Después de hojearla brevemente, extrajo de ella un contrato sencillo pero completo.

—Me tomé la libertad de preparar este documento hace unas semanas, cuando creía que serías sensato y accederías a este acuerdo sin necesidad de conflictos.

Al volverse, vio una leve sonrisa en la cara de Nick. Era evidente que el chico se sentía aliviado por acabar con todo aquello.

—Aquí está el documento —prosiguió Jorgenson, posándolo en la mesa—. Como eres menor de edad, el único progenitor tuyo que queda con vida

tiene que firmarlo también. Espero recibirlo aquí, entregado a mano en este despacho, en menos de una hora. Seguirás... «sin luz» hasta que me lo entregues.

—Por supuesto —dijo Nick, tendiéndole la mano—. Choque esa mano, doctor Jorgenson, y le prometo hacer lo que hay que hacer con ese papel.

Jorgenson no levantó la mano de su costado. Era muy probable que el chico quisiera darle a su mano herida un sádico apretón.

—Con las firmas será suficiente.

—Me sentiría mucho mejor —dijo el chico—, si nos diéramos la mano...

Jorgenson se estaba irritando. La luz del crepúsculo se apagaba, y el despacho se estaba quedando a oscuras. Cuanto antes se fuera Nick, antes volvería la luz.

—Un apretón de manos es muestra de respeto —dijo Jorgenson, sin levantar la suya de donde la tenía—. ¿Tengo que decir más?

Nick siguió con la suya tendida un poco más, y después entrecerró los ojos.

—De acuerdo —dijo cogiendo el papel—. Como le he dicho, me llevaré esto y haré lo que hay que hacer con él. —Entonces se fue, y cerró la puerta al salir.

Jorgenson se sentó y se metió en la boca el último trozo de pescado crudo, mientras el último resto de luz cortaba rebanadas a través de la persiana. El chico estaba amargado. No tenía nada de raro: ese era el efecto de la triste derrota.

Lo que sí era sorprendente, sin embargo, era el hecho de que las luces del despacho no volvieran después de irse el chico. ¿Es que permanecía por allí? Jorgenson salió del despacho. Allí tampoco había vuelto la luz. Se paró ante el escritorio de su secretaria.

—¿Dónde está el chico? —bramó.

—Se ha ido hace cinco minutos —dijo la mujer.

—No..., eso no es posible... —Hecho una furia, dejó a su secretaria y salió al pasillo.

Al final del pasillo, Jorgenson vio que las luces del techo estaban encendidas. Pero al acercarse, los tubos de neón parpadearon sobre su cabeza, al compás de sus pasos. Se paró de repente, asqueado, y se cacheó a sí mismo, buscando el diminuto chip. Aquel pequeño cretino debía de haberlo encontrado antes de presentarse allí, ¡y había hecho como si no supiera nada! Se lo había colocado a él de algún modo, pero ¿cómo? El chico ni siquiera había llegado a tocarle.

Y entonces Jorgenson recordó que le había dado la espalda a Nick para sacar el documento de la carpeta..., y después había visto una sonrisa..., una sonrisa de burla... en la cara de Nick... Y el último trozo de sushi que quedaba en la mesa, entre ellos dos.

Jorgenson comprendió que el chip no estaba entre su ropa, sino dentro de él.

El lamento de Jorgenson hubiera registrado un diez en la escala de furia... si un aparato capaz de medirla hubiera podido funcionar en un radio de seis metros.

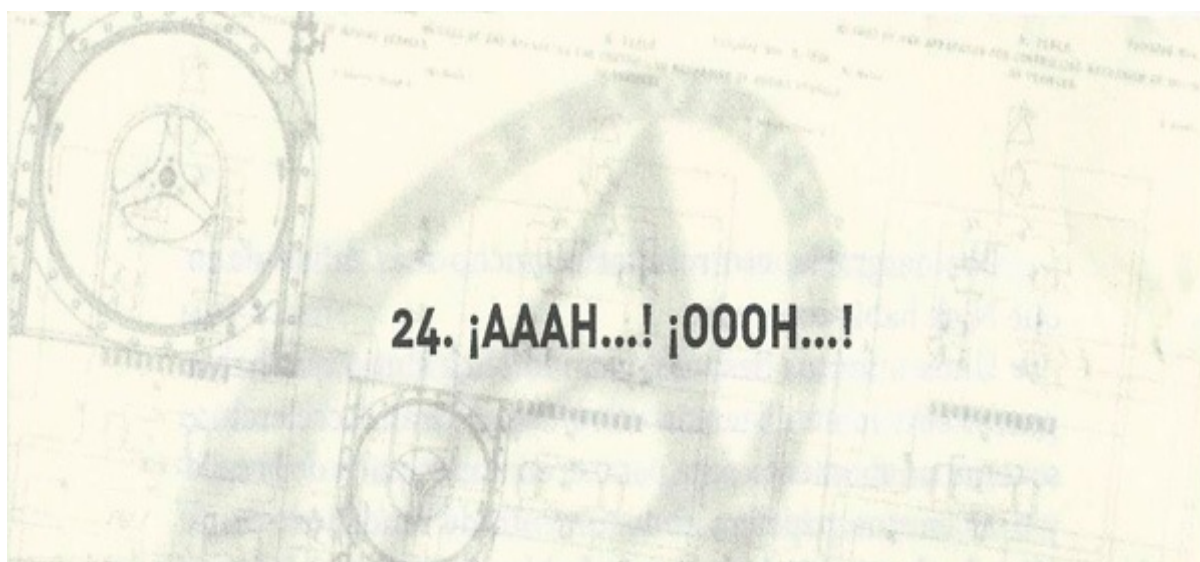
No había nada más satisfactorio que burlarse de un genio. Nick había metido el pequeño chip dentro de la pequeña porción revenida de pescado y arroz en el instante en que Jorgenson se había dado la vuelta. Era lo bastante pequeño, esperaba Nick, para que se lo tragara entero. Nick ya había montado en la bici, y se alejaba dando pedales por la explanada del edificio, cuando oyó el grito de Jorgenson, procedente del interior. Algo que indicaba que, efectivamente, el hombre se acababa de tragar su orgullo.

Ahora el chip era problema de Jorgenson, y Nick esperaba que tuviera una digestión lenta y sin problemas. Tenía entendido que el intestino grueso podía, en ocasiones, retener algo durante años. ¡Buen provecho, Jorgenson!

Pero la misión de Nick solo había sido un éxito parcial. El pequeño eructo profético de Mitch había indicado que solo podrían salvarse dándole la mano a Jorgenson, pero Nick sabía cómo funcionaban aquellos certeros exabruptos: no implicaban más de lo que decían. Nick no tenía necesariamente que rendirse a los Accelerati: lo único que tenía que hacer era estrecharle la mano a aquel tipo.

Por desgracia, eso resultaría mucho más difícil de lo que Nick había esperado.

Unos minutos después, cuando Nick sintió que había puesto suficiente distancia entre él y el Gran Acceleratus, se tomó un momento para pararse en una esquina de la calle y tirar en una papelera el documento de rendición, cumpliendo de ese modo lo que le había prometido a Jorgenson: hacer con el contrato exactamente lo que había que hacer con él.



Cuando Nick llegó a casa, Beverly Webb estaba allí con su padre.

Su vida estaba llena de entrometidos. Como la vez anterior, Beverly había ido con la disculpa de llevar a su hijo para que jugara al béisbol con Danny. Pero estaba claro que lo que le interesaba era el padre.

¿Era un error que Nick quisiera que su padre guardara un tiempo de luto? Habían pasado menos de cuatro meses desde el incendio. Por supuesto, la presencia de la mujer allí no era exactamente una cita amorosa, pero las intenciones de ella estaban claras.

—He traído el quitamanchas, Nicky —dijo ella.

—Gracias, pero me llamo Nick —respondió él. Nadie le llamaba «Nicky» aparte de su madre.

Cogió el quitamanchas. Parecía una de aquellas viejas tablas de lavar.

«Por supuesto», pensó Nick. Recordó aquella tabla, como recordó a su comprador, gracias a la «infusión Oolongevity» que aumentaba la memoria y que había bebido hacía unas semanas.

Pero aquella tabla había sido comprada por un tipo que llevaba una camisa hawaiana.

—Ten cuidado con él —dijo Beverly—. Fue un regalo de cumpleaños de Seth... Tiene valor sentimental.

—Eh... vale. —Nick tendría que haberse ido justo entonces. Haberse subido la cosa aquella al desván y haber desaparecido, pero se demoró un poco más de la cuenta—. ¿Cómo funciona? —preguntó.

—No sé cómo hace lo que hace —explicó ella—, pero frotas lo que sea contra la tabla, y las manchas desaparecen sin dañar la tela.

Fue entonces cuando Seth salió corriendo del cuarto de baño de abajo, pasando por delante de Nick en su camino hacia la escalera. Nick levantó la tabla para taparse la cara, y por un instante pensó que Seth no le había visto. Pero antes de llegar a la escalera, Seth se paró y se giró sin moverse del sitio.

—¡Eres tú! —dijo apuntándolo con un dedo acusador—. ¡Mamá, es él!

—¿Que es quién? —preguntó Beverly.

Nick tuvo que pensar muy aprisa:

—¡El que está a punto de prepararos a ti y a Danny unos helados con dulce de leche caliente!

No había ni un gramo de helado en toda la casa, pero aquello distrajo a Seth lo bastante como para que preguntara:

—¿Helados...?

—¡Sí! —dijo Nick, tomándose el tiempo que necesitaba para llevar a Seth a la cocina y salir por la puerta de atrás, cerrándola después para que nadie les oyera.

—¡Tú entraste en nuestra casa! —dijo Seth—. ¡Tú y tu amigo! ¡Os vi a los dos! ¡Sois unos ladrones de casas!

Nick podría haberlo negado. Al fin y al cabo, sería la palabra de Seth contra la suya. Pero de pronto se dio cuenta de que tenía una carta que jugar.

—Vale —dijo Nick—. Tú sabes mi secreto, y yo sé el tuyo.

Eso le calló a Seth por un instante.

—¿Eh...?

—Te olvidaste de comprarle a tu propia madre un regalo de cumpleaños. Ella ha dicho que compraste el quitamanchas en un mercadillo casero, pero tú nunca viniste aquí. Si lo hubieras hecho, habrías recordado la casa. ¡Lo compró tu padre, no tú!

Entonces Seth dio la impresión de ser un niño al que pillan copiando a su compañero en un examen.

—¡Tú ni siquiera conoces a mi padre!

—¿Un tipo con gafas de carey, al que le gustan las camisas hawaianas y que conduce un *Saturn* verde?

Seth ahogó un grito.

—¿Cómo lo sabes...?

—Ah, yo sé muchas cosas. Y no solo yo, sino también mi amigo, el otro ladrón de casas. Todos mis amigos. ¡Sabemos todo lo que has hecho!

—Pero... pero...

—Esto es lo que me parece que ocurrió: tu padre te llevó de vuelta a casa de tu madre, y en el último segundo te diste cuenta de que no tenías nada que

regalarle, así que cogiste lo único que pudiste encontrar en el coche. Ni siquiera sabías lo que era, y tu padre seguramente no sabe que eres tú el que se lo robó.

—Y nadie se habría enterado —se lamentó Seth—, si no fuera por vosotros.

—Por eso —le dijo Nick, pasándole el brazo por el cuello—, esto es lo que vamos a hacer: vamos a tener la boca bien cerrada. No vamos a decir nada de nada. Nadie tiene por qué saber que te olvidaste por completo del cumpleaños de tu madre, ni que le robaste el quitamanchas a tu padre, y tampoco tienen por qué enterarse de la visita que mi amigo y yo hicimos la otra noche a tu casa.

—Vale, vale, de acuerdo —dijo Seth, asintiendo con la cabeza con tanta determinación que Nick pensó que podría darse un cabezazo contra algo—. Una cosa: ¿por qué entrasteis allí?

—¿Por qué crees? —dijo Nick levantando la tabla de lavar—. Para recuperar esto.

—¿Nada más...?

Nick se encogió de hombros.

—Nada más.

—Pero si tú querías conservarlo, ¿por qué lo vendiste? —preguntó Seth—. Es una idiotez.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —se limitó a responder Nick—. En fin, ¿vamos a ser buenecitos?

—Sí —dijo Seth—. Seremos buenecitos.

Entonces Danny salió empujando la puerta de atrás.

—¡Papá dice que nos vas a preparar un helado!

—Se me ocurre algo mejor... ¿y si os llevo a la heladería?

—Eso cierra el trato —dijo Seth, levantando la mano para que Danny se la chocara en el aire. Danny lo hizo, porque cualquier trato en el que hubiera helado de por medio le parecía magnífico.

Terminaron yendo todos a la heladería, como si fueran una familia, cosa que puso a Nick bastante triste. Al menos fueron en dos coches, para que Beverly y Seth no tuvieran que regresar desde la heladería a casa de ellos. Pero Nick notó cómo, antes de darle la mano a su padre para despedirse, Beverly lo miró a él, y le dio la impresión de que, si él no hubiera estado allí presente, ella le habría dado a su padre un abrazo.

En cuanto volvió, Nick cogió la tabla de lavar y la subió al desván. Antes de encontrarle su sitio en la máquina, no se resistió a frotar contra ella su

camisa con la mancha de zumo de granada. Tal como le habían anunciado, la mancha desapareció. Pero el quitamanchas hizo algo más: la tela de la camisa no solo parecía más limpia, sino también más nueva. Nick examinó la tabla de lavar más de cerca. Al inclinarla hacia la luz, notó en ella una profundidad extraordinaria, como la de esas postales en tres dimensiones. Le dio entonces por probar a frotar la parte rasgada de la rodilla de unos vaqueros. Después de pasar la tabla por aquella zona cinco veces, el desgarrón desapareció.

Así que aquel chisme no solo quitaba las manchas, sino que reparaba los daños. Eso era importante. Intentó pensar cómo podría utilizarlo contra los Accelerati, pero se reprimió enseguida. Estaba pensando como ellos, y eso no estaba bien. Tal vez debería dejar la tabla en paz y simplemente colocarla en el emplazamiento que le correspondía dentro de la gran máquina de Tesla.

No tardó en encontrar el sitio exacto. Caitlin tenía razón: cada vez le resultaba más fácil colocar las nuevas piezas del puzle. Por mera intuición, veía el modo en que todas ellas encajaban unas con otras, como si tuviera una percepción no solo de cada una de las partes, sino también del conjunto.

Sin embargo, notó algo en la tabla que le hizo pararse. Tenía como dos puntas: en una aparecía un signo menos, en la otra el signo más. Positivo y negativo. Y comprendió qué era lo que tenía que conectar con aquellas dos puntas:

La batería de Vince.

Para que la máquina de Tesla cobrara vida, Vince tendría que morir.

Nick le había dicho a Vince que ya pensarían en eso cuando llegara el momento, pero con cada objeto que añadía, aquel momento se acercaba un poco más.

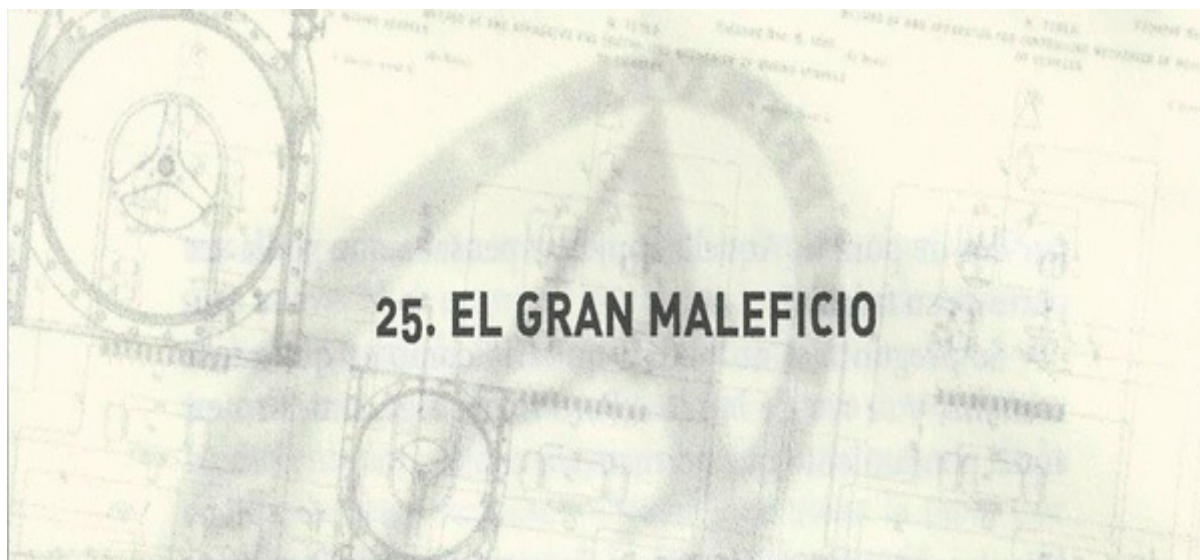
En el piso de abajo, su padre estaba hablando por teléfono, y supo que era con Beverly. ¿No habían tenido bastante por aquel día? Cuando su padre soltó una carcajada en respuesta a algo que ella había dicho, le puso a Nick los nervios de punta. ¿Aquella mujer se pensaba que podía ser parte de su familia?

Se preguntó si no podría quitarla como se quita una mancha, y se rio de la idea. Pero había algo siniestro en aquel pensamiento que permaneció con él.

Mientras tanto, por Kiruna, en Suecia, corrían informaciones no documentadas de un hombre al que le había explotado la cabeza sin motivo evidente.

Lo único que la policía pudo encontrar, aparte de algunos trozos de cráneo, fue que al ocurrir los hechos tenía en la boca uno de esos caramelos que brillan y echan chispitas. Este detalle puede no parecer importante, a

menos que uno piense en los efectos de la triboluminiscencia, que es el fenómeno que hace que esos caramelos echen chispas cuando uno los tiene en la boca... y el hecho de que Kiruna esté situada encima de la mayor reserva mundial de mineral de hierro.



Para algunos, el fracaso de la planta de tratamiento de aguas de la Universidad de Colorado marcó el comienzo de los Tiempos Oscuros de Colorado Springs, como terminaría llamándolos la historia.

Lo cierto, sin embargo, es que aquella oscuridad se estaba fraguando mucho antes, debajo de una bolera del centro de la ciudad que no tenía nada de llamativo. Irónicamente, el equipo de científicos de vanguardia que cultivaba esa oscuridad se veía a sí mismo como una luminaria, magníficos portadores de luz. Por supuesto, la luz que ofrecían siempre venía con sus buenas etiquetas del precio. Si los Accelerati lograban lo que pretendían, controlarían todas las fuentes energéticas del mundo excepto la solar. Y si de algún modo podían reclamar la propiedad del sol, también esa la controlarían.

En cuanto a las congojas del procesamiento de residuos de la Universidad, lo único que sabían las personas encargadas de resolver esos problemas era que aquel apagón itinerante e inexplicable había comenzado en el edificio de Físicas, que durante un día y medio se le había seguido la pista por el campus, y que por fin se había instalado, de manera permanente, en la planta de tratamiento de aguas, donde la electricidad seguía cortada pese a los esfuerzos de una docena de electricistas distintos por restablecerla.

Habían llamado al Cuerpo de Ingenieros del Ejército, pero para entonces la planta de tratamiento de aguas llevaba sin funcionar varios días, y la Universidad se había vuelto prácticamente inhabitable. Habían cancelado las clases, evacuado los dormitorios, y a la gente de los vecindarios que se encontraban en la dirección del viento se les había aconsejado quedarse en el interior de sus casas con las ventanas cerradas. Había, claro está, un contingente de la población que creía que todas las cosas que pasaban en la

ciudad, desde la casa que había desaparecido hasta aquel hedor casi satánico, tenían un origen sobrenatural. Se trataba del mismo tipo de personas que veían la aurora y otros fenómenos eléctricos causados por el asteroide en órbita como signos místicos.

«Típico», pensó Alan Jorgenson, «que las masas traten la simple ciencia como un maleficio». Le echaba toda la culpa del no funcionamiento de la planta de tratamiento de aguas a Nick Slate, por supuesto, pese al hecho de que era él el que había puesto aquel chip supresor de la energía eléctrica en funcionamiento.

El superior de Jorgenson estaba auténticamente regocijado por todo el asunto, y estuvo a punto de reírsele en la cara a Jorgenson durante su siguiente visita.

—Ese chico tiene algo que no tiene usted, Alan —dijo el anciano moviendo en el aire su cigarro, que era un atentado contra las vías respiratorias—. Tiene una inteligencia innata, y la capacidad de pensar con rapidez de una manera realmente inspirada.

Era difícil para Jorgenson ocultar su indignación, sobre todo a un hombre tan observador como era el arrugado jefe del Gran Acceleratus.

—Usted puede ser un genio —dijo el anciano—, pero la inteligencia es solo un tercio de la fórmula de la verdadera grandeza. Los otros dos tercios son la inspiración y la transpiración.

—Bueno, señor —dijo Jorgenson por entre unos dientes que rechinaban—. Sin duda usted me está haciendo sudar, así que por lo menos cuento ya con dos tercios.

El anciano se rio.

—Bien dicho... aunque sospecho que ese chico le está haciendo sudar más que yo... —Entonces hizo sonar una campanilla para llamar al ama de llaves—. Estoy deseando conocer a esa maravilla de niño luchador. —Jorgenson estaba seguro de que eso lo decía tan solo para crisparle los nervios un poco más.

—Eso puede resultar imposible —le dijo Jorgenson.

El anciano cortó el extremo del cigarro y lo dejó en un desbordante cenicero.

—¿Necesito recordarle que todavía no nos ha entregado la lista de los objetos que faltan? Y hasta que lo haga...

—Tengo la seguridad de que podemos encontrar los artículos restantes sin Nick Slate.

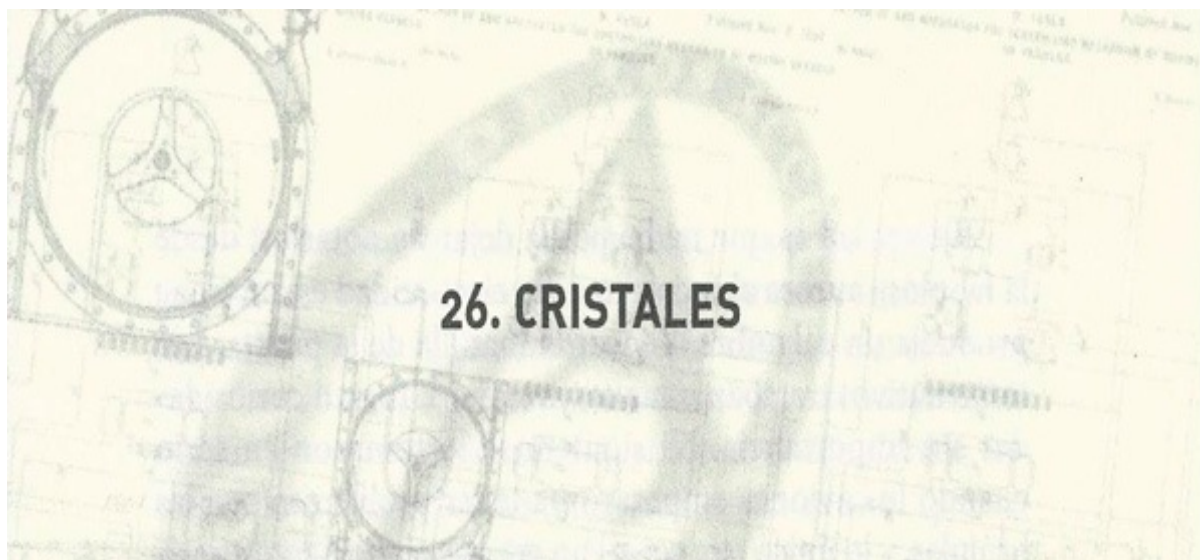
El anciano lanzó un suspiro y dijo:

—Ya conozco su opinión sobre este asunto, Alan... Pero si la vida del chico es sacrificada en aras de lo principal, hará usted bien en asegurarse de que se consigue lo principal.

—Desde luego que será así, señor. Eso no me preocupa en absoluto.

—Bueno, a mí sí me preocupa —respondió el anciano. Y entonces entró la señora Higgenbotham portando una sola bandeja que contenía la cena de su señor, que en ese momento puso fin a la charla.

Pero eso estaba bien. De hecho, estaba más que bien, pues por fin el doctor Alan Jorgenson había conseguido del anciano lo que necesitaba: el permiso, aunque dado un poco a regañadientes, para suprimir a Nick Slate de aquella ecuación. Para siempre.



Es un hecho antropológico aceptado que la gente vive en burbujas. Hasta en un mundo moderno, interconectado, la vida de las personas consiste en la rutina de lo familiar, de lo común. El mismo círculo de personas, las mismas comidas, los mismos programas de televisión, las mismas páginas web. Para la mayoría de las personas, el «mundo exterior» se convierte en un lugar vislumbrado solo a través de tantas capas de vidrio oscurecido que apenas puede verse nada de él en absoluto.

Aunque Caitlin Westfield se enorgullecía de sus inquietudes, y de estar por encima de lo común, también ella residía en una burbuja. Su vida giraba en torno a las pruebas del instituto, a sus ensayos artísticos y, últimamente, a los irritantes asuntos del corazón.

Después de que el asteroide no acabara con la vida tal como la conocemos, la mayoría de las personas reaccionaron retirándose más adentro de sus propias zonas de comodidad que antes. Los objetos que Tesla había dejado a su paso, y la obsesión de Nick con ellos, le ponían muy difícil a Caitlin hacer lo mismo.

Mientras Nick juntaba las piezas de su rompecabezas, Caitlin empezaba a colocar las suyas también. Y no pudo dejar de notar los diversos efectos del nuevo satélite de la Tierra.

La verdad, es que nadie podía dejar de notarlos, desde la fabulosa aurora al incordio de la electricidad estática que producía un calambre al tocar la manilla de la puerta. Los informativos trataban estas cosas como si fueran curiosidades sin importancia. Ni siquiera se lo tomaron en serio cuando los aviones empezaron a tener problemas con las brújulas, y lo único que

contaban era que cierto piloto aterrizaba en el aeropuerto equivocado, lo cual convertía algo realmente serio en un asunto de risa.

Fue mientras Caitlin ayudaba a su madre con la lavadora cuando aquella vaga sensación de inquietud se empezó a convertir en un terrible presentimiento.

Cuando abrió la secadora y sacó unas sábanas que acababan de completar el ciclo, recibió una descarga que la arrojó hacia atrás, contra su madre, y que impulsó a ambas contra la pared.

—Dios mío, ¿estás bien? —preguntó su madre.

Caitlin no estaba completamente segura. La descarga le había dado más fuerte que ninguna de las otras que había recibido durante las últimas semanas. Realmente le afectó, y por un momento pensó que podría perder el conocimiento. En aquel momento de aturdimiento, se vio obligada a afrontar lo que se había negado a admitir todo aquel tiempo:

«Esto tiene mala pinta».

Danny había atraído el asteroide de los cielos hacia la Tierra, y luego el señor Slate lo había puesto en órbita de un golpe de bate, convirtiéndolo en un enorme generador eléctrico que producía hermosas luces en el cielo nocturno y una molesta electricidad estática, pero... ¿y si era algo más que una molestia? Si el asteroide era un generador, ¿no podría estar sobrecargándose?

—¡Caitlin, cielo, dime algo! ¿Te encuentras bien?

Caitlin respiró hondo, y recordó dónde estaba.

—Estoy bien, mamá. Solo ha sido una pequeña descarga. —Con cuidado, volvió a coger las sábanas. Incluso a la luz del cuarto de la lavadora, se veían chispas que saltaban entre las sábanas, como levísimos destellos, emitiendo chasquidos leves y desordenados—. ¿Lo ves? —dijo Caitlin, intentando quitarle hierro al asunto—. No es más que un poco de electricidad estática.

Su madre parecía un poco asustada, pero su propia carga emocional también quedó atrás.

—Bueno —dijo—, a lo mejor, a partir de ahora, habría que intentar no usar la secadora y tender la ropa al aire.

Petula también era cada vez más consciente de las cosas extrañas que provocaba el asteroide que daba vueltas en torno a la Tierra. Para ella lo más interesante era el número creciente de pájaros kamikazes que chocaban contra el cristal de la ventana de la sala de estar de su casa. Era como si las alteraciones en el campo magnético de la Tierra hubieran causado que la población aviaria del vecindario perdiera todo sentido de la orientación.

Petula podía identificarse con esos actores, aunque se preguntaba si ella era el pájaro o el cristal. Seguramente podía ser ambos. Podía ser tanto la víctima como el agente de fuerzas invisibles.

Desde el momento en que Petula se había convertido en una joven promesa de los Accelerati, se dio cuenta de que estaba jugando en una nueva liga, con apuestas mucho más altas.

Ellos habían matado a Vince. Es cierto que él estaba ahora conectado a un aparato que hacía que la muerte pareciera poco más que una pequeña incomodidad, pero seguramente no habían sabido que la batería existía cuando dejaron en casa de Nick el mando a distancia mortal.

Habían matado a una arpista inocente. Es cierto que, por el motivo que fuera, a la mujer no parecía importarle el hecho de que la estuvieran matando, pero eso no aminoraba la gravedad del asesinato cometido por la señora Planck.

¿Podía Petula aprobar y perdonar tales actos? Y si le mandaban que matara por su propia mano, ¿podría hacerlo? Petula conocía, con absoluta certeza, la respuesta a esa pregunta:

Quizá.

Odiaba el «Quizá Absoluto». Siempre había valorado la certeza, pero estaba llegando a comprender que «quizá» era una respuesta reconfortante a las preguntas más difíciles de la vida. Una respuesta que, en gran medida, le permitía a una dejar de consultar la propia brújula moral. Y con la Tierra tan extrañamente magnetizada como estaba aquellos días, ¿quién sabía en qué dirección apuntaría su brújula moral? No: era mejor dejar que la brújula diera vueltas por un tiempo, sin mirarla.

Sin embargo, el problema ahora no era su indecisión. Su preocupación era la frialdad con la que los Accelerati podían decidir. Sospechaba..., no, más bien sabía... que las cosas no terminarían bien para Nick si el doctor Jorgenson, el Gran Acceleratus, se salía con la suya.

—Mientras nos resulte útil, no le pasará nada —le había asegurado la señora Planck, como si eso fuera un consuelo. Por lo que Petula sabía, la señora Planck terminaría con la vida de su compañero en cuanto dejara de «resultar útil», significara lo que significara eso.

—El Gran Acceleratus ya ha intentado matarlo —le recordó Petula a la señora Planck—. Nick me lo ha dicho.

—Pero solo porque Nick le estaba apuntando con un arma..., un arma que le congeló el brazo y le hizo perder el meñique derecho. Al doctor Jorgenson no se le puede reprochar que trate de defenderse, ¿verdad?

Eso sonaba razonable. Y Petula estaba segura de que, si mataban a Nick, los Accelerati tendrían también una explicación razonable que dar.

Tenía mucho que sopesar. Ser parte de los Accelerati ya la había convertido en alguien especial. También la podía convertir en alguien importante, no solo para ella misma, sino para el mundo externo.

«¿Será este el precio que hay que pagar por ser importante?», se preguntó Petula. ¿Había que estar dispuesto a sacrificar lo que fuera, y a quien fuera, para serlo?

Así planteado, la respuesta resultaba clara:

Quizá.

El sábado, Petula tuvo que volver a presentarse ante el Gran Acceleratus. La señora Planck franqueó la entrada para ambas del mismo modo que lo había hecho la primera vez, jugando a los bolos, y las dos volvieron a cruzar el Gran Salón, con vistas a un glorioso paisaje. Aquel día no era Venecia: era una selva tropical.

—Procura no disgustarle —le advirtió la señora Planck—. El Gran Acceleratus ha tenido una semana muy dura.

Mientras Petula y la señora Planck atravesaban las dependencias con paso firme, los pocos Accelerati que se hallaban en ellas miraban el pesado clarinete de plomo que llevaba en las manos, y cuchicheaban entre ellos, claramente conocedores de lo que era aquello, aunque no supieran lo que hacía. Petula tuvo que contenerse para no enseñárselo a todos.

Había ido allí con el clarinete cediendo a las insistencias de la señora Planck.

—Así lo quiere Jorgenson, y es un hombre acostumbrado a tener lo que desea —le había dicho la señora Planck.

Pasaron por delante de la estatua erigida a Edison con el ceño fruncido, y dejaron atrás el departamento de investigación, bajaron un tramo de escaleras y se encontraron una impresionante puerta de madera con un llamador de bronce que parecía completamente fuera de lugar. Pero ¿por qué se le ocurría pensar tal cosa? ¡Allí abajo todo estaba completamente fuera de lugar!

Jorgenson abrió la puerta.

—Señorita Grabowski-Jones —le dijo—, es un placer volver a verla.

Sin pensar, ella le tendió la mano, pero él mostró las vendas de la mano derecha.

—Lo siento —dijo—. No me acordaba. —Ella y la señora Planck entraron.

—Bienvenida a mi residencia privada.

La bella sala de estar estaba decorada con minimalistas muebles modernos, y tenía ventanas grandes en tres de sus cuatro lados.

Por virtud de la holografía de alta definición, la sala parecía encontrarse en Nueva York, suspendida diez pisos por encima de Times Square.

La señora Planck se sonrió.

—¿No sigues el tema del bosque tropical? Pensé que te gustaría algo más pastoril...

—Eso demuestra que me conoces poco, Evangeline —dijo Jorgenson, un instante antes de dirigir su atención a Petula—: A algunos les gusta contemplar por la ventana la tranquilidad de la naturaleza. Yo prefiero existir en la encrucijada misma de la humanidad.

Sacó el móvil y tocó varias veces en la pantalla. A cada golpe de su dedo, el paisaje de las ventanas cambiaba de un centro al otro de la civilización: los Campos Elíseos en París, la plaza de Tiananmén en Pekín, la Puerta de Brandenburgo en Berlín...

—Puedo estar en todos estos sitios con solo presionar con el dedo.

Petula se habría quedado impresionada con aquella demostración si Jorgenson no hubiera estado tan impresionado consigo mismo. Sí, él era el Gran Acceleratus, pero su engreimiento obligaba al espíritu desobediente de Petula a ir en dirección opuesta, y dijo sin darse cuenta:

—Vale, pero no son más que imágenes.

La señora Planck le puso una mano muy firme en el hombro para recordarle que tuviera cuidado con lo que decía. Jorgenson, sin embargo, no se mostró ofendido. Se tomó el comentario con filosofía.

—La realidad es subjetiva —le dijo—. Puede ser lo queelijamos que sea.

—Vale, pero no son más que imágenes —repitió Petula. Y entonces alargó la mano y con todo el descaro tocó en el botón de borrado de la interfaz del teléfono. Se quedaron en una habitación con un montón de ventanas que daban a nada: no había otra cosa que enormes y negras pantallas de plasma colocadas un palmo más allá del cristal—. No es realidad si la puedo apagar —dijo ella.

La señora Planck le apretó el hombro hasta provocarle dolor, y dijo:

—Doctor Jorgenson, lo siento, ella no pretendía...

Jorgenson levantó su mano sin meñique para hacerla callar, y después hizo un gesto con esa misma mano para indicarle que saliera. La señora Planck lanzó a Petula una mirada feroz y conminadora antes de abandonar la residencia del Gran Acceleratus, y cerró la puerta al salir.

En cuanto se fue la señora Planck, Jorgenson le sonrió a Petula con esa sonrisa de culebra de río que ya le había visto antes.

—Si el mundo fuera una ostra, tú estarías muy orgullosa de ser una mota de polvo dentro de ella —dijo con voz suave—. Pero esas motas de polvo al final se convierten en perlas. Y veo la perla que tú puedes llegar a ser, Petula.

Era lo más bonito que nadie le hubiera dicho nunca. ¿Era una locura pensar que el hombre podía ser sincero?

—Lo siento si le he molestado —dijo ella—. Pero pienso que las fotos no deberían mostrarnos solo lo que queremos ver. Deberían mostrar la verdad.

Jorgenson asintió con la cabeza.

—Como las fotos que saca tu cámara.

—Que siempre son verdad.

Jorgenson finalmente fue a lo que importaba:

—Pero veo que me has traído un regalo.

Petula casi se había olvidado del clarinete que llevaba en una mano.

—Bueno, no es verdaderamente un regalo, ya que usted me pidió que lo trajera, y sobre todo porque no puedo dejárselo.

Su semblante adquirió un aspecto desagradable.

—¿Y por qué no puedes?

Por primera vez en aquella conversación, Petula se sintió incómoda.

—Me lo ha dejado Nick... Y se enteraría de que ya no lo tengo. Él está... de algún modo parece que está conectado a estas cosas.

Jorgenson volvió a mover la mano.

—Absurdo. ¿Por qué iba a enterarse? Al fin y al cabo, no se ha enterado de que nos diste las lentes de la cámara.

—Solo porque tiene la cámara a la que pertenecen —insistió Petula.

—Vamos, vamos —dijo Jorgenson—. Él no está más conectado a estos objetos de lo que está tu madre a su secadora de la ropa.

—En realidad —dijo Petula—, es mi padre el que hace la colada, y él siempre parece que sabe cuándo ha terminado la máquina, incluso antes de que pite. —Jorgenson no dijo nada, así que ella siguió—: Usted quiere que Nick confíe en mí, ¿no? Entonces no puedo hacer nada que le resulte sospechoso.

Jorgenson lanzó un suspiro y adelantó la mano.

—Al menos déjame ver el instrumento.

A regañadientes, se lo entregó. Él examinó los numerosos pistones del clarinete.

—Yo antes tocaba, ¿sabes?

—¿En una banda...?

Los fríos ojos de Jorgenson se clavaron en los de ella.

—No precisamente: en la Orquesta Sinfónica de Harvard.

Más engreimiento. De haber venido de cualquier otro que no fuera el Gran Acceleratus, ella no se lo habría tolerado.

Puso en el instrumento su mano buena y su mano herida, se llevó la boquilla a los labios y sopló.

Lo que salió por el otro extremo no era música, sino la serie de sonidos más horrenda y angustiante que Petula hubiera oído nunca. Ni siquiera la palabra «dolor» podría describir aquella experiencia adecuadamente. Le entraban deseos de arrancarse las orejas y pisotearlas en el suelo como si fueran cucarachas. Ella misma había tocado aquel clarinete una vez, por pura curiosidad, pero lo que entonces le había sonado simplemente a mala música había dejado a sus padres chillando y acudiendo al teléfono para llamar a Emergencias. Ahora comprendía por qué.

Jorgenson tocó durante casi diez segundos, cada uno de los cuales parecía alargarse hacia un angustioso infinito. Cuando acabó, Petula se encontraba en el suelo, sin atreverse a confiar en que aquel sonido hubiera acabado por fin.

Jorgenson separó el clarinete de sus labios y miró con curiosidad a Petula, que hacía grandes esfuerzos por recobrarse.

—Es curioso —dijo—. Esto se suponía que eran los compases iniciales de la *Rapsodia in blue*, pero por lo visto no es eso lo que ha salido.

—Ni por asomo —dijo ella fulminándolo con la mirada—. Creo que Gershwin se levantaría de su tumba solo para abofetearle.

Jorgenson miró el clarinete un instante más.

—Sí, de aquí se podría sacar una buena arma —dijo con satisfacción. Entonces se lo ofreció de vuelta a Petula—. Pero hasta entonces, lo dejaré en buenas manos.

Petula se levantó y lo cogió, preguntándose dónde estaba la trampa. Según su experiencia, los gestos de buena voluntad solían ser tan solo favores disimulados que tarde o temprano había que devolver. No era posible que él confiara en ella de verdad. Nadie confiaba de verdad en ella, ni siquiera los miembros de su propia familia. Ni siquiera su chihuahua, Hemorroides, que siempre olfateaba la comida que ella le ponía y la miraba como sopesando la posibilidad de que su ama volviera a envenenarlo.

No: ella sabía que el gesto de Jorgenson tenía el precio puesto. Y sospechaba cuál podría ser ese precio.

—Dígame, doctor Jorgenson..., ¿qué le va a pasar a Nick cuando usted tenga todas las cosas que él vendió a la puerta de su casa?

—Entonces acabaremos con él. —Y añadió rápidamente—: Y tú ascenderás.

—¿Acabar con él cómo?

No respondió a la pregunta. Lo que hizo fue decir:

—Señorita Grabowski-Jones, en la vida de cada cual llega un momento en el que tiene que decidir de qué lado está. Tiene que decidir si quiere servir a la gran causa de la humanidad o revolcarse con los cerdos. Y tú no pareces de los que prefieren revolcarse con los cerdos.

—No lo soy —dijo Petula, indignada ante la duda, pero también algo desgarrada, pues sabía que los cerdos terminan sacrificados para llenar de bacon los platos de los Accelerati.

Jorgenson, viéndola meditabunda, decidió cambiar de tema:

—Por cierto, te alegrarás de saber lo que hemos pensado hacer con las lentes del tiempo que nos diste —dijo—. Tenemos pensado construir un telescopio dirigido a las ventanas de los líderes mundiales. ¡Imagínate lo que será saber, con veinticuatro horas de antelación, lo que harán las personas más poderosas del mundo!

—Eso nos convertirá a nosotros en las personas más poderosas del mundo —dijo ella.

—¡Exactamente! Pero mientras llega ese momento, he encontrado otro uso para las lentes. —Levantó la mano para bajar lo que hasta aquel momento Petula había pensado que era tan solo una lámpara de techo un poco rara. Al tirar de ella, descendió, y entonces quedó patente que se trataba del extremo inferior de un periscopio.

—¿En serio...? —a Petula se le escapó una sonrisita—. ¿Es que estamos en un submarino?

Jorgenson sonrió y volvió a tocar con su dedo en la pantalla de su teléfono móvil, convirtiendo la vista que había al otro lado de las grandes ventanas en un paisaje marino lleno de tiburones que daban vueltas.

—La realidad es lo que hagamos de ella —dijo Jorgenson, indicando el telescopio con un gesto.

—Siguen sin ser nada más que imágenes —repuso Petula, pero se acercó para echar una ojeada.

El periscopio debía de atravesar algún vacío espacial indetectable en la bolera, pues el extremo superior, que contenía la lente del salto en el tiempo, estaba montada encima del techo del edificio.

La mayoría de los periscopios giran, proporcionando una vista de 360 grados, pero este estaba fijo, apuntando a un punto muy aumentado que se hallaba a unos kilómetros de distancia, y enfocado al día siguiente.

Petula ahogó un grito, reconociéndolo al instante.

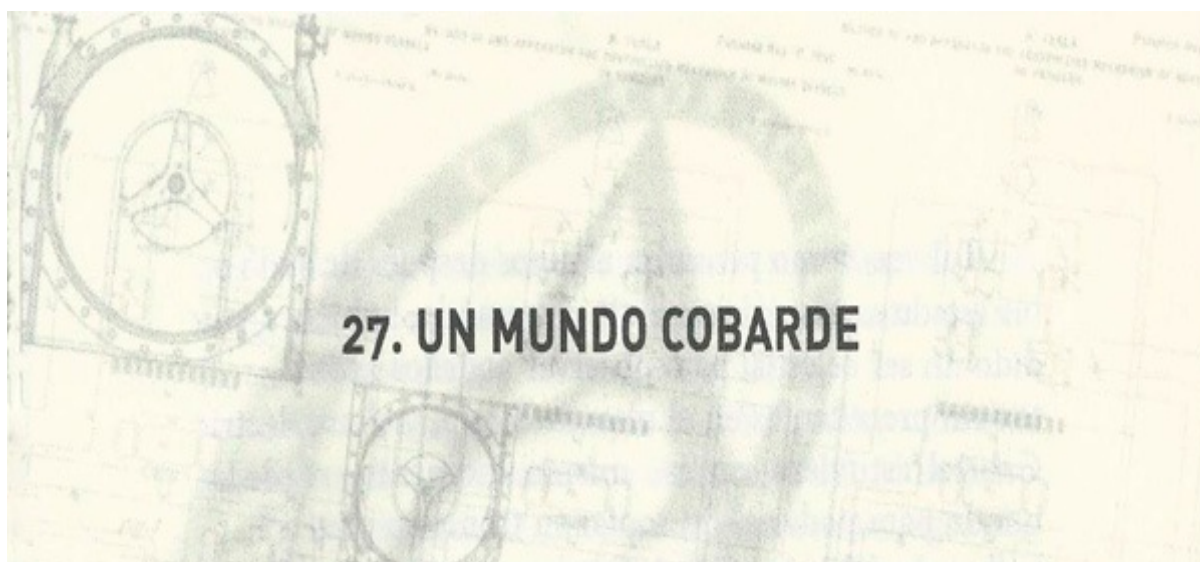
—Es la casa de Nick.

—Es nuestro deber saber lo que trama, antes de que llegue a tramarlo —explicó Jorgenson.

Y entonces Petula miró una vez más al futuro de Nick Slate, tal como había hecho cuando reveló la foto que había predicho la muerte de Vince...

E igual que entonces, lo que vio lo cambió absolutamente todo.

Esta vez, sin embargo, comprendió muy bien qué era lo que tenía que hacer.



El día que Nick Slate recuperó el vigésimo objeto, y añadió el «quitamanchas» al Emisor de Energía de Amplio Alcance de Tesla, el Servicio Nacional de Meteorología recibió información verificable de doscientos treinta y un casos de rayos globulares.

La gente colgaba extrañas fotos en todas las plataformas de Internet, cosa que no tendría nada de particular si no fuera porque muchas de aquellas extrañas fotos presentaban unas manchas palpitantes de energía atmosférica.

Los rayos globulares son un fenómeno extremadamente raro. Tan raro que durante muchos años la ciencia se negó a aceptar su existencia. No tiene nada de sorprendente que Nikola Tesla fuera el único científico capaz de reproducir el fenómeno en el laboratorio.

Cuando los rayos globulares aparecen de manera natural, pueden adoptar muchas formas. Pueden ser una esfera de luz palpitante y centelleante en el cielo nocturno. Pueden ser un halo cegador encima del asta de una bandera o de un pararrayos. Pueden parecer una etérea medusa con letales tentáculos de alto voltaje. O pueden atravesar el cielo a toda velocidad como bolas de fuego. No tiene que extrañar, así pues, que su apariencia haya sido a menudo interpretada como divina por algunos. Y ¿quién puede decir que no lo sea?

Tal vez, como pensaron algunos después de lo que había estado a punto de ser el fin del mundo, hubiera descendido un ser celestial para observar aquellos acontecimientos sin precedentes en el planeta Tierra, y el arcángel San Gabriel estuviera, en ese mismo momento, respirando hondo para poder al fin soplar su trompeta para anunciar la llegada del Juicio Final. O tal vez no fuera más que un montón de rayos raros.

A Mitch Murló no podía importarle menos la enorme carga de electricidad estática que se estaba acumulando en la atmósfera terrestre. Sin embargo, sabía que el juicio estaba llegando. Llegaba para los Accelerati, y él era el que iba a dictar sentencia.

Mitch había empleado el tiempo tramando algo. Eso resultaba curioso, porque Mitch nunca tramaba nada. Normalmente se dejaba llevar por la corriente de la vida. Se sentía cómodo siendo un seguidor, especialmente con Nick, que siempre parecía saber muy bien lo que se traía entre manos, incluso cuando no lo sabía.

Pese a lo furioso que estaba Mitch el día que se había marchado de la reunión que había tenido lugar en el desván, en el fondo sabía que la elección de Nick de utilizar su rabia para sacar respuestas de él era completamente correcta.

El día que Nick estaba afrontando los problemas de los cortes de electricidad que provocaba. Mitch, como Vince, se había quedado en casa por enfermedad. Aunque Mitch estaba enfermo de verdad. No había dormido, y tenía un dolor de cabeza desgarrador provocado por la intensidad de su odio: cuando la mente de uno está sobrepasada por ese odio cáustico y reconcentrado que él sentía por los Accelerati, entonces la cabeza empieza a sufrir dolorosas palpitaciones. Su madre, que tenía que ir a trabajar, lo dejó a solas con una caja de aspirinas, una lata de sopa de pollo, una videoconsola y un beso en la frente. En cuanto se fue, Mitch llamó a su padre.

Hablar con un preso siempre es difícil, sobre todo si la llamada no está concertada de antemano. Al final lo único que pudo hacer fue dejar un mensaje, y ponerse a jugar con la última versión de *Grand Theft Psycho* para pasar el rato, atropellando peatones indiscriminadamente. Pero daba igual a cuánta gente matara o mutilara con su camión monstruoso, porque no se sentía mejor.

Finalmente, al mediodía, recibió una llamada con la consabida voz grabada que anunciaba que «un preso de la Penitenciaría del Estado de Colorado pide llamarle a cobro revertido».

—Papá, los he encontrado —le dijo en cuanto se estableció la conexión.

Como las llamadas de los presos estaban controladas y sometidas a restricciones de tiempo, tenía que ir directo al asunto.

—¿Que has encontrado a quién? Mitch, ¿estás bien? Te noto raro.

—He encontrado a los cerdos que te la jugaron. Son una sociedad secreta llamada «los Accelerati», llevan trajes hechos de tela de araña. Y yo voy a enfrentarme a ellos.

Se hizo un silencio absoluto en la línea, y Mitch tuvo miedo de que se hubiera cortado la comunicación. Entonces oyó esa especie de gemido inarticulado que hace alguien que se ha quedado sin voz y sin respiración.

—Mitch, no. No lo intentes siquiera —dijo su padre—. Olvídate de ellos.

—No puedo hacerte caso.

—Escúchame, Mitch. —La voz de su padre sonó seca, severa—. No te acerques a ellos. Son muy peligrosos.

—Lo sé. No me importa.

—¡Hay cosas que tú no comprendes! Tú no sabes de lo que son capaces esos tipos —le advirtió su padre.

—Y ellos no saben de lo que soy capaz yo —repuso Mitch.

Lo cierto era que ni siquiera Mitch sabía de qué era capaz él. Pero desde aquel momento era, oficialmente, un elemento peligroso, y esa idea le gustaba.

Mientras Mitch planeaba venganza, Caitlin se convertía en adicta a las noticias. Encontraba sorprendente cuánta tontada sin sentido llenaba las ondas e Internet en lo que se refería a sucesos de actualidad. Hasta tal punto que las cosas importantes se desvanecían en el ruidoso camuflaje de las salidas de famosos y las persecuciones de coches.

Lo que Caitlin era capaz de sacar en limpio de aquella sopa mundial ofrecía atisbos de ser algo muy triste.

Bandadas enteras de ocas morían congeladas al dirigir su vuelo hacia el círculo polar ártico en vez de hacia climas más cálidos. Un número sin precedentes de barcos quedaban a la deriva (no hundidos, solo perdidos en la mar), incapaces de orientarse y encontrar tierra antes de agotar el combustible. Plantas eléctricas quedaban desconectadas sin explicación oficial. No era tanto como para causar pánico, pero bastante para alertar a cualquiera que no estuviera embobado siguiendo la última persecución de coches.

Caitlin estaba demasiado distraída esa mañana en clase de Lengua y Literatura como para escribir un ejercicio coherente sobre *Un mundo feliz*. Pensaba que sería más acorde con los tiempos una novela titulada *Un mundo cobarde*, considerando cómo todo el mundo parecía esconderse de una verdad que a Caitlin le parecía cada vez más clara: solo parecía cuestión de tiempo que aquellos miles de millones de pequeñas descargas de electricidad estática incendiaran la atmósfera y electrocutaran a todo ser viviente que habitara el planeta Tierra.

Alcanzó a Nick entre la primera y la segunda clase. Él tenía los ojos rojos, y parecía asustadizo. Estaba sobrecargado de energía nerviosa.

«Igual que le pasa al mundo», pensó Caitlin. Echando chispas y sin un modo de descargar el exceso de energía.

Caitlin había comprendido que él tenía razón: que su tarea era montar la máquina. Pero, mientras lo hacía, sería importante que él mismo se conservara en una pieza.

—Ya podemos tachar de la lista la tabla de lavar —le dijo Nick—. La he recuperado y la he añadido al resto.

—Con eso nos queda por encontrar doce cosas —dijo Caitlin.

—Tenemos que seguir buscando —dijo Nick—. Al final las encontraremos. Lo sé.

Nick trataba cada hallazgo como una victoria en un juego, pero eso ya no bastaba. Había dirigido la atención de Caitlin hacia el conjunto, pero ahora había otro conjunto aún más grande que él no veía. Estaba ya obsesionado con la máquina. ¿No sería mucho peor si además se diera cuenta de que se estaban quedando sin tiempo?

—Puede que no podamos hacerlo nosotros solos —se atrevió a sugerirle Caitlin—. Tal vez debiéramos dejarlo en manos de...

—¿De quién? —preguntó Nick, mirándola como si ella le acabara de dar una bofetada—. ¿De los Accelerati? ¿Del Gobierno? ¡No! Esto ha caído en mis manos por un motivo. Era yo el que tenía que hacerlo, Caitlin. Somos nosotros los que tenemos que hacerlo.

Cuando hablaba de su misión con respecto a la misteriosa máquina, lo hacía de una manera cada vez más intensa. Nick se veía a sí mismo no solo como el servidor del sueño de Tesla, sino como un heredero.

—Solo digo que necesitamos ayuda.

Sonó el último timbre, y Caitlin sintió el impulso de correr al aula. Era extraño que aquellas cosas tan simples y comunes como el horario escolar siguieran dominando su vida, incluso cuando tenían entre manos algo enormemente más importante. Resistió el deseo de irse, y volvió a presionar a Nick.

—Esto es demasiado para que lo hagamos solos. Prométeme que pensarás en ello.

—De acuerdo —dijo Nick—: lo prometo.

A Nick le fastidió que Caitlin no confiara en que él pudiera hacer aquello por sí solo. Pero tal vez tuviera razón. Él no era ni omnisciente ni todopoderoso. Cuando estaba en pie ante la máquina, sentía como si supiera cosas... aunque

no estaba seguro de qué cosas eran esas. No es que la máquina le hablara. Se parecía más a escuchar música. Incluso si uno no ha oído una melodía antes, puede presentir cuál será la siguiente nota. Uno puede predecir dónde tiene que ir colocada. Aquel sentido instintivo inspiraba confianza. Tal vez demasiada confianza. Tal vez le viniera bien seguir el consejo de Caitlin.

Y por eso, a la hora de la comida, se puso al final de la cola y se acercó al mostrador cuando todos los demás ya estaban servidos. Le daba un poco de vergüenza acercarse a la señora Planck después del pánico infundado que le había entrado aquella otra mañana, pero tenía cosas que tratar con ella.

—¿Señora Planck? —le dijo para captar su atención. Entonces deslizó un papel doblado por debajo del cristal que protegía la comida de posibles estornudos—. ¿Recuerda nuestra conversación de la semana pasada? Bueno, estas son las cosas que estoy intentando encontrar. Cualquier ayuda que me pueda proporcionar sería para mí de muchísima importancia.

La señora Planck cogió el papel y se lo metió con cuidado en el delantal, con una cálida sonrisa.

—Por supuesto, Nick. Lo haré con mucho gusto.

Y entonces le sirvió ración doble de lasaña.

Vince no tenía la asombrosa habilidad de Nick para averiguar dónde iban las cosas dentro de la máquina de Tesla, pero le resultó bastante evidente que la bola del mundo encajaría muy bien en el tambor de la secadora. Eso lo convertiría en la pieza central de la máquina. Por desgracia, ahora estaba en el fondo de un profundo lago escocés de aguas extremadamente oscuras. Un lago que podría tener o no tener un monstruo dentro. Aquello podía ser una desgracia para Nick, pero era una gran suerte para Vince, que no tenía ningún deseo de dar la vida para que el artilugio pudiera completarse.

No tenía ni idea de que Nick acabara de entregar a los Accelerati, sin saberlo, la lista de todos los objetos que le faltaban. Pero aunque Vince lo hubiera sabido, eso no habría cambiado nada. Dudaba que los Accelerati fueran lectores del *Planetary Times*. Y aunque lo fueran, dudaba también de que se hubieran fijado en la pequeña foto de la página 17 del número de la semana pasada. Mientras él se estuviera callado, nadie sabría dónde se encontraba aquella bola del mundo. Y por tanto nadie completaría nunca la máquina.

El interés de Wayne Slate en las anomalías eléctricas que estaban acosando al planeta estaba más bien limitado a sus efectos en las máquinas fotocopadoras que había en NORAD. Reparaba la variedad más vieja, analógica, que era allí

mucho más común de lo que uno se esperaría en unas instalaciones que se hallaban a la vanguardia de la alta tecnología. Aquellas viejas fotocopiadoras depositaban la tinta seca sobre el papel por medio de una carga electrostática. Pero debido a la interferencia atmosférica, todas las páginas salían completamente negras.

Sin embargo, lo que empezaba a preocupar a Wayne más que el trabajo extra que tenía por delante eran los enormes vehículos sin identificación que introducían a la gente en el enorme baluarte que se encontraba bajo la montaña Cheyenne.

Por supuesto, aquello era cosa del Gobierno... Ellos siempre sabían cosas que nadie más sabía. Pero el alboroto parecía misteriosamente similar al que había tenido lugar cuando, tan solo unas semanas antes, había llegado a toda prisa gente muy importante para esperar el fin del mundo escondida debajo de la montaña.

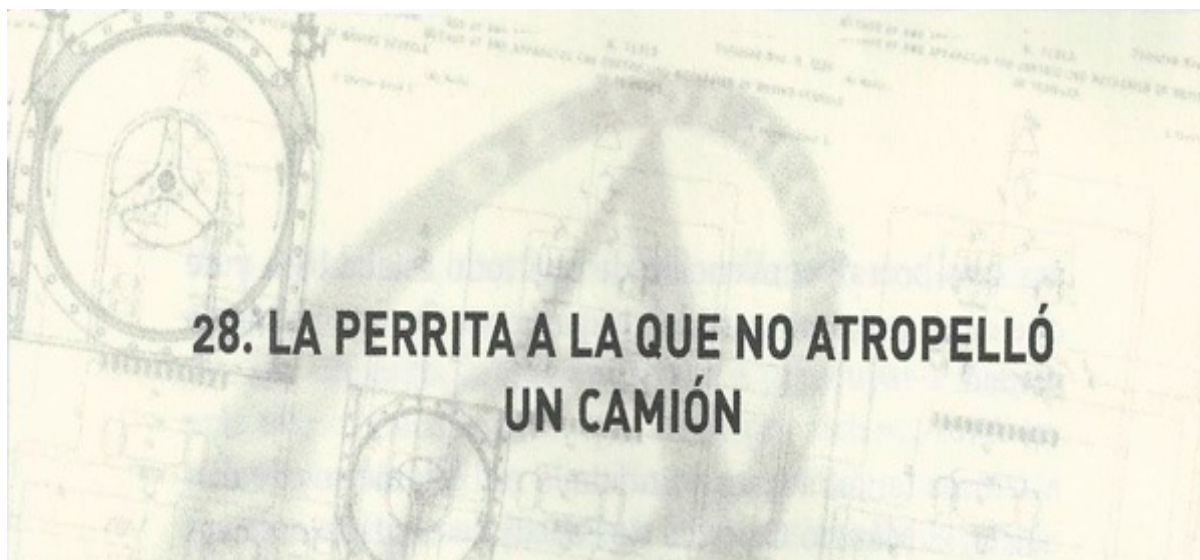
Danny se había criado en Florida, donde las tormentas eléctricas inesperadas eran el pan nuestro de cada día. Así pues, no encontraba nada extraño en el aumento de la actividad eléctrica. En realidad disfrutaba gastando bromas a sus amigos como la de arrastrar los pies por la moqueta antes de agarrarlos de sorpresa, por detrás, cogiéndoles el lóbulo de las orejas, lo cual producía una descarga que les hacía dar un buen salto.

Sabía que su hermano estaba metido en algo en lo que seguramente no debería meterse, pero idolatraba a Nick; por lo tanto, aunque tenía la impresión de que Nick no podría manejar aquello, decidió creer que sí que podría.

Desde luego, era posible que hubiera inventos escalofriantes haciendo cosas escalofriantes en aquel escalofriante desván. Pero ¿no acababa Nick de llevarlo a él y a su nuevo amigo Seth a tomar un helado? Su hermano no haría tal cosa si estuviera metido en un problema serio de verdad, ¿a que no?

Así que Danny seguía asustando a sus amigos con descargas imprevistas, y contemplando aquella aurora que no era solo boreal, convencido de que todo estaba bien y de que en su próximo partido atraparía por fin una pelota de verdad.

Mientras tanto, a unos veinticinco mil kilómetros de distancia, el Mazazo Celestial de Felicity se excitaba cada vez más... en un sentido puramente eléctrico. Y se moría de impaciencia por compartir un poco de esa excitación con el planeta que tenía a sus pies.



Decir que pilló al mundo desprevenido sería faltar a la verdad. Había indicios más que suficientes de que Felicity estaba a punto de ponerse a hacer locuras. Pero la aurora era tan hermosa, tan celestial, que a mucha gente le costaba trabajo creer que pudiera ocurrir algo seriamente desagradable.

La decisión de retirar todo el tráfico aéreo debido a severos problemas de navegación les hizo ver las cosas de otro modo. Un mundo sin vuelos era impensable, casi tan aterrador como un mundo sin televisión, lo cual también parecía ya posible, pues las emisiones se estaban debilitando y las antenas parabólicas encontraban señales perdidas en la neblina magnética.

La gente se había aterrorizado cuando Felicity iba de camino a colisionar con la Tierra con la consecuencia de que toda vida llegaría a su final, pero la mayoría no tenía fuerzas para volver a aterrorizarse. Se limitaron a esperar la siguiente catástrofe, fuera cual fuera.

Petula Grabowski-Jones era esa catástrofe.

La mañana del domingo, cuando se hicieron los primeros anuncios sobre la permanencia en tierra de la aviación mundial, Petula se anunció a sí misma en casa de Nick aporreando su puerta con tal fuerza que podría haber despertado a un muerto.

En el instante en que Nick abrió la puerta, ella lo agarró y lo zarandeó, hasta que él se desprendió golpeándola en los brazos.

—¿A qué viene todo esto? —le preguntó.

—Tenía que suceder, así que era mejor hacerlo y pasar a otra cosa.

Danny, que estaba desayunando, se asomó desde la cocina.

—¿Es la chica esa rara de las trenzas? Creía que la odiabas —gritó.

—Todo es relativo —dijo Nick, cosa que Petula, aparentemente, se tomó como un cumplido.

Nick sabía que, si le daba ocasión, Petula se abriría paso a empujones y tomaría su casa al asalto, así que permaneció en la puerta obstruyendo la entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El arpa —le dijo—. Sé dónde está.

Esa afirmación despertó suficiente interés en Nick para que la dejara entrar por la puerta, al menos hasta el vestíbulo.

—¿O sea que, después de todo, no la tienen los Accelerati?

—Sí que la tienen ellos —dijo Petula—, pero he averiguado dónde la guardan.

Y aunque eso eran muy buenas noticias, Nick se extrañó:

—¿Cómo te has enterado?

—Eso no importa —dijo Petula—. No es importante.

—Si ninguno de nosotros ha podido averiguarlo, ¿cómo es que tú sí?

Petula soltó algo que estaba a medio camino entre un gruñido y un suspiro.

—Vale, de acuerdo. Yo estaba en el centro comercial cuando una señora de traje pantalón azul pastel fue atropellada por un tráiler.

—¿Atropellada por un tráiler? ¿En el centro comercial...?

—¡Delante del centro comercial!

—¿Qué centro comercial?

—¡Eso no importa! Lo que importa es lo que salió volando de su cuerpo destrozado. —Petula le enseñó una pequeña insignia: una diminuta A dorada cuya barra horizontal era un signo de infinito. La insignia que llevaban los Accelerati—. Cuando comprendí que era una de ellos, la seguí.

—¿Cómo es que la seguiste si la había matado un camión?

—¡A ella no! ¡Seguí a su perrita!

—¿Qué tipo de perrita? —preguntó Danny, que se había acercado a ellos en el vestíbulo.

—El tipo de perrita que sabe volver a casa después de que su ama sea atropellada por un camión, ¿vale? —dijo Petula con frustración creciente.

—Vale —dijo Nick—. ¿Y qué sucedió después?

—Que me llevó derecha a la guarida de los Accelerati.

Nick le echó a Petula una larga mirada. Había algo en ella que parecía al mismo tiempo sincero y taimado. No sabía qué pensar.

—¿Por qué tendría que creer una palabra de lo que me estás contando? —le preguntó.

Petula alargó la mano para volver a zarandearlo, pero se detuvo, por lo visto comprendiendo que eso ya lo había hecho. Así que, dejando caer las manos lacias a los lados de su cuerpo, dijo:

—Mira, sé que no te he dado nunca motivo para confiar en mí. Pero esta vez tienes que hacerlo. Sé dónde esconden el arpa los Accelerati, y podemos recuperarla. Si no crees nada más, al menos cree eso.

Y en ese momento Nick encontró que la balanza se inclinaba del lado de Petula. Sacó su teléfono.

—Voy a llamar a los otros.

Estaba marcando cuando su padre salió de la cocina.

—¿Dices que un camión ha atropellado a alguien?

Era la primera vez que los cinco estaban juntos desde la reunión en el desván de Nick. Ahora estaban en el garaje en que había empezado todo, y Nick fue mirándolos a todos por turno: Vince, Mitch, Petula y, por supuesto, Caitlin. Ahora solo tenía que explicarles la misión y convencerlos de que podían lograrlo. Sería difícil, porque él mismo no lo tenía muy claro, pero ahora que sabían que el arpa estaba a su alcance, el riesgo parecía lo de menos.

—No podemos entrar simplemente en las dependencias de los Accelerati y coger el arpa —dijo Caitlin.

—Pero eso es exactamente lo que vamos a hacer —repuso Nick—. Ellos no se lo esperarán. Tendremos de nuestro lado el elemento sorpresa.

—A por ella —dijo Mitch, más envalentonado de lo que Nick lo hubiera visto nunca.

—Nosotros somos solo cinco y ellos son tropecientos mil —observó Caitlin.

—No creo que sean tantos —dijo Petula—. Y menos un fin de semana.

—¿Qué pasa el fin de semana? —preguntó Caitlin—. ¿Es que están todos en casa viendo los deportes?

—Quizá —dijo Petula—. Quiero decir... supongo que también tendrán su vida normal, cuando no están de Accelerati.

Cada uno llevaba con él su aparato defensivo. Vince llevaba el narcojuguete, Mitch el fuelle de las tormentas de viento, y Petula había ido con el clarinete. Nick se bajó del desván el ventilador congelante, y Caitlin había llevado el tamiz que generaba el campo de fuerzas, cosas que, en teoría al menos, debían hacerlos invulnerables a los ataques. Habían discurrido una manera de colgarse los aparatos al cinturón mediante mosquetones, para que

les quedaran libres las manos. Nick no podía evitar pensar que tenían un ridículo aspecto de aprendices de superhéroe.

Todo este tiempo, Vince había permanecido callado. No es que eso fuera inhabitual en él, pues era chico de pocas palabras. Así que las palabras que en ese momento salieron de su boca los pillaron a todos por sorpresa.

—Dadme una razón para que tenga que meterme en la guarida de los Accelerati para hacerles entrega de mi batería —dijo Vince—. Para eso me desconecto ahora mismo.

Nadie dijo nada por un momento. Era la primera vez que Vince trazaba una línea en la arena. Se suponía que aquel día era un día de solidaridad, pero Nick se encontró con ganas de arrancarle a Vince las gafas oscuras de la cara para poder mirarlo a los ojos. Entonces recordó que las gafas estaban conectadas a la batería, de modo que no podía quitárselas.

—¿De qué lado estás, Vince?

—Nunca he estado de ningún lado —le respondió—. Solo compré un chisme en el estúpido mercadillo que montaste a la puerta de tu casa y me vi metido en algo de lo que nunca quise ser parte.

Caitlin se acercó un poco a él.

—Ninguno de nosotros quería ser parte de esto, Vince, pero el caso es que aquí estamos.

—Aquí estás.

—¿Le pego? —preguntó Petula.

—No creo que sirva para nada —dijo Mitch—, pero pégale de todas formas.

Nick levantó la mano para detener a Petula.

—Vince —razonó Nick—, aquí tienes una ocasión para hacer algo importante.

Vince negó con la cabeza.

—Nada de esto importa —dijo—. ¡Sé que nunca acabaréis la máquina!

Nick conservó la calma.

—¿Porque terminarla significa que tú tendrías que morir? ¿Quizá para siempre?

Por fin. La verdad había sido mencionada. Esperó a ver cómo reaccionaba Vince. Pero Vince se negó a mover la cabeza hacia los lados, y Nick tuvo la extraña sensación de que Vince sabía algo que él no sabía.

—Nunca llegaréis tan lejos —dijo Vince—. Confiad en mí: aunque contarais con mi batería, no lo conseguiríais.

Era difícil entender las emociones de Vince a través de aquellas gafas oscuras. Imposible ver dónde enfocaban sus ojos. El enfrentamiento duró unos segundos más, y a continuación Vince entregó el narcojuguete.

—Yo no voy a ir —dijo—. Puede que esté muerto, pero no soy un suicida. Y se fue. Así, sencillamente.

—No le necesitamos —dijo Mitch.

Lo curioso es que era Petula la que parecía más afectada por la capitulación de Vince.

—Pero... ¡pero tiene que ir! —dijo.

Nick enganchó el narcojuguete en su cinturón.

—Olvidalo. Lo haremos sin él.



Cinco minutos después, en el camino de entrada a casa de Nick se paró una camioneta. Petula olvidó sus preocupaciones por la inesperada partida de Vince e invitó a los demás a ir con ella para conocer al conductor, que era su primo Harley. Entabló con él una brevísima negociación, y él se mostró dispuesto a hacer cualquier cosa, buena o mala, con tal de que le pagaran su precio.

Concluido el regateo, Harley los llevó en la parte de atrás de su camioneta, bajo cielos inquietantemente agitados, hasta una bolera venida a menos que se hallaba en una parte de fama dudosa del centro de la ciudad.

—¿Bolos Atómicos? —preguntó Caitlin—. ¡Nos estás tomando el pelo!

—Aquí es donde vino el perro —respondió Petula al tiempo que saltaba de la camioneta—. Vamos dentro.

Harley, que no tenía otro interés en aquella misión que los veinticinco pavos más la comida que había conseguido, se mostró conforme con esperar en el aparcamiento, con música *death metal* puesta a tope (una banda sonora apropiada para su asalto a la sede de los Accelerati).

Como era domingo, la bolera era un hervidero de jugadores impenitentes, familias y fiestas de cumpleaños.

—Coged unos zapatos, después una bola, y haced como si hubierais venido a jugar a los bolos —les dijo Petula.

—Estás de broma, ¿no? —preguntó Caitlin.

—No queremos atraer la atención —les susurró Petula.

—Eh... llevamos un ventilador, un fuelle, un tamiz de harina, un clarinete y una caja sorpresa colgados de nuestros cinturones —repuso Nick—. ¿Cómo podríamos hacer para no atraer la atención?

Petula no le hizo caso, se dirigió al mostrador y solicitó la pista número cinco, aunque ya estaba ocupada.

—Esperaremos..., es mi pista de la suerte —explicó ella, batiendo sus pestañas ante el desinteresado empleado—. La pista cinco es una entrada secreta —dijo Petula en voz baja a los otros, mientras contemplaban a los jugadores terminar su juego—. Para entrar, hay que acertar una determinada combinación de bolos.

—¿Y eso lo has averiguado por el perro? —preguntó Caitlin.

Petula resopló.

—El perro me trajo hasta la bolera, y dentro un tipo vestido con un traje pastel estaba jugando aquí, en la pista número cinco. Yo me quedé el tiempo suficiente para ver a dos distintos Accelerati que ejecutaban exactamente la misma combinación, y después desaparecían.

—¿Desaparecían, cómo? —preguntó Nick.

Justo entonces, los jugadores que tenían delante se fueron. Petula levantó la mano.

—¡Ya está bien de preguntas!

Y en vez de elegir una bola, avanzó por la pista en dirección a los bolos.

—Yo no creo que esté permitido hacer eso —dijo Mitch en voz alta. Pero, por supuesto, eso a Petula jamás la había detenido.

Petula se inclinó sobre los bolos y empezó a golpearlos a mano, haciendo un *split* siete-diez. Entonces les gritó:

—¡Nueva tirada!

Nick apretó el botón, y Petula retrocedió a toda prisa mientras bajaba la máquina que colocaba los bolos y que estuvo a punto de aplastarla. Cuando los nuevos bolos estuvieron colocados, ella derribó todos menos tres, y pidió una nueva tirada. Nick intercambió una mirada con Caitlin, y volvió a apretar el botón.

Petula derribó la segunda y la tercera fila de bolos y, en la siguiente tirada, los derribó todos.

En cuanto cayó el último bolo, para sorpresa de Nick, el final de la pista empezó a hundirse, convirtiéndose en una rampa que bajaba a algún lugar oscuro y desconocido.

—¡Ahí va! —soltó Nick.

—¡Eso no ha estado nada mal, Petula! —exclamó Mitch.

—No me lo puedo creer —dijo Caitlin—. No, en serio, ¿cómo ha podido enterarse ella de todo esto?

—Se ha podido enterar —dijo Mitch, levantándose—, porque es más lista de lo que vosotros pensáis.

Nick levantó las cejas.

—Eso parece.

Ninguno de los demás jugadores parecía notar que la pista de ellos se había convertido en una rampa descendente para acceder a no se sabía dónde, ni tampoco se fijó en los chicos que bajaban por ella. Para entonces Nick conocía a los Accelerati lo bastante bien para no hacerse preguntas al respecto. No le sorprendía que aquella sociedad secreta contara con un medio de desaparecer de los ojos de los demás.

«Humo y espejos», pensó, «colocados con habilidad». Eso era lo que había dicho Jorgenson el día en que Danny atrapó el primer meteorito.

Bueno, ya era hora de que Nick aplicara alguno de sus propios trucos e hiciera desaparecer el arpa. Si es que podían encontrarla.

No era ningún secreto que Caitlin y Petula no se caían bien. Para Caitlin la cosa no tenía nada que ver con el hecho de que Petula hubiera estado colada por Nick hasta el punto de incordiarle demasiado. Tenía que ver con cosas como la muñeca de vudú que Petula había hecho con Caitlin en tercero (que no había funcionado) y con el champú de bomba fétida que le había regalado en cuarto (y que sí había funcionado).

Caitlin había asumido una actitud tipo «qué es lo que falla aquí» desde el momento en que pisó la casa de Nick, pero eso ya no era nada nuevo. En los últimos días, la pregunta más apropiada hubiera sido «¿qué es lo que no falla aquí?». Aun así, Caitlin tenía que admitir que Petula había prometido conducirlos a la guarida de los Accelerati, y lo había cumplido, así que tal vez la había juzgado con demasiada severidad.

En cuanto a Mitch, estaba orgulloso de que su novia hubiera hecho algo útil por una vez. ¿Y Nick? Bueno, su mente ya no pensaba más que en el arpa.

Los cuatro bajaron la rampa hasta un oscuro pasillo que se encontraba debajo de donde se colocaban los bolos. Unos diez metros más allá, encontraron una puerta doble de bronce sumamente labrada.

—*Las Puertas del Infierno* de Rodin —dijo Caitlin, que entendía de arte—. Pero en una versión diferente. Interesante.

Las puertas de bronce se abrieron a lo que parecía el armario de guardar las escobas, pero a continuación el espacio empezó a expandirse como un acordeón con cada paso que daban, hasta que se encontraron en un salón inverosímilmente grande, tanto como una catedral, en el que los ventanales

daban a las montañas coronadas de nieve del Himalaya: una proyección tridimensional prácticamente perfecta.

Petula tenía razón también en otra cosa: el lugar no estaba abarrotado de Accelerati. Estaba prácticamente desierto. Pero prácticamente no era lo mismo que totalmente. Al final del salón, dos hombres vestidos con trajes pastel se encontraban en medio de un acalorado debate sobre la dilatación del tiempo. En cuanto vieron a los chicos, se fueron hacia ellos con paso decidido.

—Dejádmelos a mí —dijo Nick. Sacó el narcojuguete de su cinturón y empezó a darle a la manivela. Afortunadamente, no sonó «Tres elefantes se balanceaban» como por un momento se temió, pero fueron necesarias varias vueltas completas de manivela para que el juguete generara una carga que inducía al sueño.

—¿Quién os ha dejado entrar? —preguntó uno de los hombres al acercarse.

—Mirad para otro lado —advirtió Nick a sus amigos. Entonces la cabeza del payaso salió de la caja propulsada por un resorte. Los dos agentes ahogaron un grito y cayeron al suelo inconscientes.

Nick presionó el muñeco para que volviera a entrar en la caja y le puso el pestillo.

—El arpa está aquí. Lo noto.

—¿Y no puedes notar dónde hay un mapa? —preguntó Caitlin—. ¿Y, si no es mucho pedir, unas llaves para atravesar las puertas cerradas?

Más allá del Gran Salón había una sala circular de mármol con corredores que salían de ella en todas direcciones, como los radios de una rueda. En el centro se encontraba una majestuosa estatua de bronce que representaba a un hombre que sostenía una bombilla en la mano: Thomas Edison. La estatua parecía señalar uno de los corredores. Nick podría haberlo interpretado como una señal, pero dudó de que una estatua de Edison, el archirrival de Tesla, fuera a ayudarlo de ningún modo.

Entonces entró en la sala circular, procedente de otro de los corredores, un hombre pequeño y regordete vestido con traje de color lavanda claro. Se paró en seco al verlos. Nick lo reconoció como uno de los miembros del equipo que había intentado vaciar su desván.

Nick levantó el ventilador.

—El arpa, ¿dónde está? —preguntó Nick.

El hombre dudó.

—¡No me obligue a usar esto!

El hombre, que había visto lo que podía hacer el ventilador, señaló uno de los corredores con dedo tembloroso.

Nick lo aturdió con el narcojuguete y se fueron por el pasillo hasta que llegaron a una puerta en la que decía «INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO».

La estancia estaba vacía, salvo por una caja en el medio que tenía ya puesta una etiqueta de envío.

—¿Nueva Jersey? —dijo Mitch leyendo la etiqueta—. ¿Por qué iban a enviar el arpa a Nueva Jersey?

—Todavía no sabemos si es el arpa. —Nick abrió los pestillos de un lateral de la caja y después tiró de aquel lado. Efectivamente el arpa estaba dentro, asegurada por una especie de sujección magnética, que parecía extremadamente complicada, salvo por el interruptor que indicaba «Apagar». Nick le dio al interruptor para apagar, y el arpa estaba ya a su alcance. Parecía tan fácil que Nick se esperó en parte un tipo de trampa a lo Indiana Jones, algo así como unas flechas envenenadas que salieran disparadas de las paredes. Pero no ocurrió nada.

—¡No toquéis las cuerdas! —advirtió Petula—. No sabemos qué es lo que hacen.

—No tiene cuerdas —observó Mitch.

Caitlin se inclinó hacia el arpa.

—No, mira de cerca.

Nick se acercó, pero seguía sin ver ninguna cuerda. Sin embargo, en cuanto empezó a apartar los ojos, las vio. No exactamente cuerdas, sino líneas que atravesaban el hueco verticalmente, pero que resultaban invisibles al mirarlas de frente.

Mientras Caitlin comprobaba que no había moros en la costa, Nick y Mitch sacaron el arpa al corredor y de allí la llevaron hacia la estatua de Edison. Pero había seis corredores que iban a morir a la sala circular, y eso aumentaba las posibilidades de que alguien los viera. De hecho, un grupo de hombres y mujeres vestidos con trajes pastel se acercaban ya a ellos por uno de los corredores de la izquierda.

Lanzaron diversos gritos de «¡Han cogido el arpa!», «¡Detenedlos!» y «¡Llamad a seguridad!».

—Yo me encargo de esto —dijo Mitch. Posó su extremo del arpa en el suelo y se plantó con los pies separados, como un policía formando barrera. Apuntó con el fuelle y juntó las manos, lanzando una sola ráfaga de aire por el corredor.

Dentro de los confines del corredor, el fuelle no produjo un minitornado como hacía al aire libre, sino que convirtió el lugar en un túnel aerodinámico. El colorido grupo perdió pie y salió volando, llegando tan lejos por aquel corredor aparentemente interminable que dejó de ser una preocupación.

Nick consideró las seis entradas, y no pudo recordar el camino que tenían que coger. Ni siquiera recordaba por dónde acababan de llegar.

Caitlin vio aquella expresión de desconcierto en su rostro y dijo:

—Es por aquí, a la derecha de donde apunta Edison.

Pero los Accelerati estaban ahora alertados de su presencia, y otros tres agentes corrían hacia ellos precisamente por aquel corredor.

Petula tomó aquella vez la iniciativa:

—Meteos los dedos en los oídos —ordenó—. ¡Hasta la trompa de Eustaquio!

Incluso con los oídos tapados, aún podían oír el horrendo sonido del clarinete cuando Petula empezó a tocar. Para Nick fue decididamente la experiencia auditiva más desagradable de su vida. Como si rayaran una pizarra con enormes puntas. Como ese pitido de retroalimentación acústica que se oye en los bailes cuando prueban la megafonía antes de un concierto, pero inyectado directamente en el cerebro. Le produjo debilidad en las rodillas, pero con los dedos taponándole los oídos, y la boca del instrumento apuntando hacia el corredor y no hacia él, Nick pudo, como los demás, soportarlo. Los Accelerati que se acercaban no tuvieron tanta suerte: se encontraron con toda la intensidad del desgarrador solo de Petula, justo al entrar en la sala circular. Cayeron al suelo, agarrándose la cabeza presas de un sufrimiento atroz.

Nick volvió a coger el arpa, y Caitlin, que era la que estaba más cerca, cogió el otro extremo. Siguieron andando lo más aprisa que podían. Pero al llegar al Gran Salón, Nick comprendió que faltaba uno de ellos.

—¿Dónde está Mitch?

Mitch no había ido por el arpa. Tenía otra agenda mucho más personal. Mientras que a Vince lo impulsaba una batería de larga duración, y a Nick su creciente conexión a la máquina de Tesla, a Mitch lo empujaba algo completamente distinto.

La cosa había empezado como un deseo furioso de venganza cuando su padre fue encarcelado equivocadamente. Pero en aquel entonces Mitch no tenía ni idea de contra quién tenía que vengarse. Cuando averiguó que eran los Accelerati quienes habían utilizado a su padre y después lo habían dejado tirado en la cuneta, su primer deseo fue que todos ellos sufrieran por el

sufrimiento que le habían causado a su familia. Pero la necesidad de venganza de Mitch había cambiado. Lo más importante de todo, comprendió, era limpiar el nombre de su padre. Y asegurarse de que recibía una compensación adecuada por el año de vida que había perdido en la prisión. Una compensación de setecientos cincuenta millones de dólares, tal vez.

En la sala circular, mientras otros chicos se concentraban en el arpa, los Accelerati atacados por el clarinete huían como lo que eran: unos cobardes. Mitch agarró a uno antes de que pudiera escapar, y lo empujó con todas sus fuerzas contra una esquina.

Mitch no era muy grande, pero tenía la inercia que le proporcionaban unos pocos kilos de más. Eso, junto con la determinación que otorga el tener un objetivo muy claro, le proporcionaba una considerable.

Antes de que el hombre pudiera protestar, Mitch le metió el fuelle en la boca, y el hombre puso unos ojos como platos.

—Me apuesto a que se imagina lo que hace esto —dijo—. Digamos simplemente que si lo acciono una sola vez, usted se inflará como un globo del parque. Pero como usted no está hecho de goma, lo más probable es que haga «¡pop!».

—¿Gué guiede? —dijo el hombre, pronunciando de manera confusa por la larga boquilla del fuelle que tenía metida en la boca.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Mitch—. ¡Los setecientos cincuenta millones por los que empapelaron a mi padre!

El hombre negó con la cabeza.

—No do mbabelamo...

Mitch apretó con más fuerza los mangos del fuelle. No estaba amenazando de farol, y el hombre lo sabía.

—¡Vaaade, vade, de do digué! —trató de pronunciar el hombre.

—Entonces adelante, dígamelo —dijo Mitch—. Tiene tres segundos.

—¡Amadillo de húmedos patodos! —dijo el aterrado miembro de los Accelerati—. ¡Pintón! ¡Pintón! Amadillo de húmedos patodos.

Entonces se sacó el fuelle de la boca, se soltó y escapó por el corredor.

—¡Espere! ¿Qué significa eso? —le gritó Mitch.

Lo que había dicho no tenía sentido y puso furioso a Mitch, así que le sopló con el fuelle mientras escapaba corriendo, pero el viento que provocó solo sirvió para impulsarlo con más fuerza, ayudándole a escapar.

Mitch habría corrido tras él, pero llegó Nick y lo cogió por el brazo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Pintón! ¡Amadillo de húmedos patodos!

Nick lo miró como si estuviera loco, y ahora también Mitch se preguntaba si no lo estaría.

En el Gran Salón, les opusieron resistencia los pocos Accelerati que estaban presentes una mañana de domingo, y que tenían agallas para encararse con ellos. Eran unos diez. Nick no reconoció ninguna cara.

«¿Cuántos Accelerati habrá, en cuántas ciudades?», se preguntó. Todos viviendo una vida normal, como había dicho Petula, mientras a escondidas consagraban su mente a la sociedad secreta. ¿Cómo podía esperar derrotar algún día a una fuerza tan grande e invisible? Bueno, si podía derrotar a aquellos que sí resultaban visibles en aquel preciso instante delante de él, de momento sería suficiente.

Algunos llevaban armas, y aunque Nick no sabía qué hacían aquellas armas, sí sabía que serían «elegantes», como tanto le gustaba decir a Jorgenson. Mediante la tecnología, podrían darles la vuelta de una manera artística (dejando lo de dentro para fuera, y lo de fuera para dentro); o hacerles crecer un tercer brazo que los estrangulara; o transformar sus moléculas en las de algún metal precioso que los Accelerati podrían luego vender con enorme provecho. Lo que sí estaba claro era que las armas dejarían a Nick y a sus amigos elegantemente muertos.

—¡Campo de fuerzas! —gritó Nick.

Caitlin debía de haber practicado en casa, pues sabía perfectamente qué hacer.

—¡No os separéis de mí! —exclamó, y empezó a darle vueltas, con todas sus fuerzas, a la manivela del tamiz de harina.

Nick sospechaba que si se añadía a una fuente de electricidad, el aparato crearía un campo realmente impresionante, Manejado a mano, formaba una barrera lo bastante grande para protegerlos a los cuatro. Uno de los hombres disparó, y la bala (o lo que fuera) golpeó en el campo de fuerzas para rebotar en él, haciendo añicos uno de los ventanales holográficos y estropeando la ilusión de que se encontraban en el Himalaya.

El equipo de Nick avanzó, todos juntos, hacia la puerta, pero al hacerlo, Caitlin tropezó con una de las tazas de café que habían dejado caer los dos primeros agentes. Solo fue un ligero tropezón, pero fue suficiente para alterar el movimiento de su mano en la manivela, y para que el campo de fuerzas desapareciera. Sin tiempo para pensar, Nick cogió el ventilador y lo encendió a máxima potencia.

Los Accelerati reaccionaron inmediatamente, echando a correr antes de que aquel frente frío los alcanzara. Solo quedó uno, y lo único que hizo fue

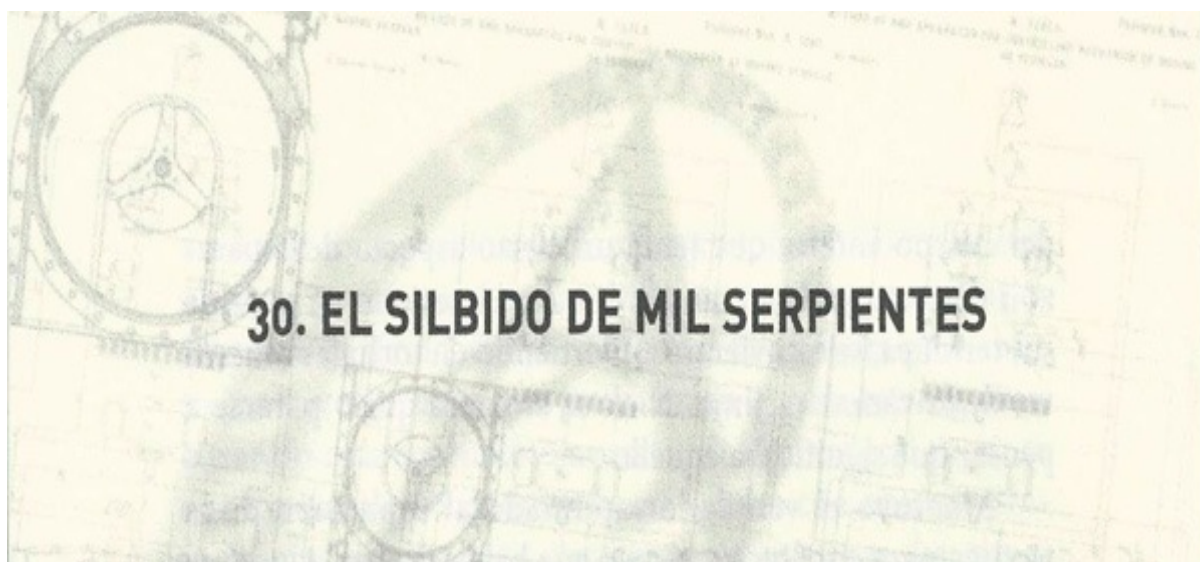
darse la vuelta, cosa que parecía extraña hasta que Nick se dio cuenta de que llevaba a la espalda algo extrañísimo: un escudo curvo, del tamaño del cuerpo entero, que tenía un cierto aspecto de caparazón de tortuga. Era como si los Accelerati, en su guarida subterránea, se estuvieran convirtiendo en tortugas mutantes de la variedad ninja. Nick ni siquiera quiso pararse a pensar qué significaba aquello.

Mantuvo el ventilador apuntado al caparazón de la tortuga para que los Accelerati que había al otro lado no se volvieran.

—¡Corred! —les gritó Nick a los otros, que pasaron la puerta con el arpa a cuestas.

En cuanto salieron, Nick corrió tras ellos, cerró de un portazo las *Puertas del Infierno*, y apuntó con el ventilador a las puertas, congelando las bisagras para que no pudieran abrirlas.

—Bueno, ya ha ocurrido —comentó Caitlin mirando las enormes puertas de bronce de Rodin—. El infierno por fin se ha congelado.



La falta de una fuerza de tamaño considerable de los Accelerati en la sede de Colorado Springs no tenía nada que ver con el hecho de que fuera domingo. De hecho, el domingo era normalmente un día en que su meca subterránea bullía de actividad. Había experimentos, investigaciones, discusiones teóricas y, por supuesto, el almuerzo dominical de media mañana, que consistía siempre en un bufé de especies modificadas genéticamente con un aroma único, especies que terminaban encontrando su camino al mercado alimentario global.

Una razón de que pocos Accelerati estuvieran en su cuartel general aquel día eran los problemas electromagnéticos, que estaban empezando a superar la capacidad que pudiera tener nadie de ignorarlos. Ni los negacionistas más hábiles conseguían ya esconder la cabeza bajo el ala. Los Accelerati estaban observando el crecimiento exponencial de la electricidad estática, las anomalías magnéticas, los errores de dirección de las aves, las súbitas electrocuciones. En secreto, la Administración Federal de Aviación los había llamado para tratar de resolver la pesadilla aérea que había dejado todos los aviones del mundo en tierra. Aquel reto era más peliagudo de lo normal, pues normalmente, cuando los Accelerati acudían a resolver un problema, ya de entrada eran ellos los que habían creado el problema. Y, por tanto, ya conocían la solución, lo cual les valía para parecer no simplemente brillantes, sino casi milagrosos.

Pero, como le había comentado a Nick Slate el doctor Alan Jorgenson en cierta ocasión, la magia no tenía nada que ver: no había más que ilusión de base científica. Humo y espejos, colocados con habilidad.

Aquel domingo, algunos Accelerati estaban reunidos en los laboratorios de ideas del Gobierno, intentando encajar las piezas del problema. Otros se dedicaban a estudiar, tomando mediciones de los niveles de alteración magnética y eléctrica. Y aún había otros que estaban negociando escondrijos en los niveles más profundos del NORAD, que estaba abarrotado de gente de alto nivel que se escondía tratando de escapar de un nuevo fin del mundo.

Aquel era el estado de las cosas cuando Harley Grabowski llevaba a Petula, Nick, Mitch y Caitlin de vuelta a casa de Nick con el arpa, y sin hacer preguntas. Estaba claro que para él aquel instrumento no era la pieza más importante que su camioneta había llevado de contrabando.

Desde la caja abierta de la camioneta, era difícil ignorar el cielo que se cernía sobre ellos, un cielo en el que crecían extrañas nubes amoratadas que no tenían nada que ver con la lluvia. Aquellas nubes brillaban con múltiples relámpagos, y rayos ocasionales, pero el sonido de esos rayos no tenía nada que ver con los truenos. Era más bien como el silbido de mil serpientes.

—Creo que estamos metidos en un problema —dijo Caitlin mientras aumentaban en el cielo las chispas y los silbidos.

Pero Nick seguía demasiado concentrado en la labor que tenía entre manos.

—Tenemos el arpa..., es mejor que nos encarguemos de los problemas de uno en uno.

—Pero no puedes no hacer caso de lo que está ocurriendo, Nick. ¡Mira al cielo!

—Bueno, ¿qué quieres que haga yo?

En ese momento, Mitch dijo algo que ellos sabían desde hacía semanas, pero no querían mencionar en voz alta. Era la simple constatación de un hecho:

—Esto es por nosotros —dijo—. Todo esto.

Pero Nick sabía lo que de verdad quería decir. Aquello era por él. Nick era el que había abierto aquella caja de Pandora que estaba cambiando el mundo entero. Bueno, ¿cómo podría haberlo sabido? ¿Cómo podría haber previsto las consecuencias que traería un simple mercadillo que había montado un día a las puertas de su casa?

—Que la cosa sea peor de lo que imaginábamos no significa que la máquina no pueda arreglarlo. ¡Para eso es la máquina! —dijo Nick—. Y por eso hay que completarla.

—¿Y si no podemos? —preguntó Caitlin.

Nick sintió deseos de pegarle. Ella tenía que dejar de obligarle a pensar.

Levantó la mirada hacia el cielo, aunque solo fuera para evitar la de Caitlin, que en aquel momento parecía verlo todo.

Lo que vio allá arriba era suficiente para hacerle temblar hasta los huesos. Todavía quedaban unos pocos claros de cielo azul por entre el creciente velo de nubes de humo, y ahora, a través de uno de aquellos claros, pudo ver el asteroide que estaba en órbita. Un cuerpo que tenía ochenta kilómetros de diámetro podía imaginarse enorme, pero no lo era según las proporciones cósmicas. A la luz del día, apenas se podía ver desde la Tierra: no era más que un diminuto puntito gris en el cielo. Pero ahora el punto estaba lanzando chispas amenazadoras como arañas. Entonces comprendió la cruda realidad:

Nick no se había dado suficiente prisa, y ya era demasiado tarde.

Sí, él había causado aquello. Sí, él tenía que arreglarlo. Y sí, la máquina era la solución..., pero la máquina no estaba terminada.

Miró los objetos que colgaban de los cinturones de ellos, pero incluso con todos aquellos inventos, además del arpa, seguían quedando muchas partes que estaban desaparecidas. A pesar de su victoria contra los Accelerati, y a pesar de todo lo que había logrado, Nick se sentía inútil...

... Se sentía tan inútil e impotente como el día en que había salido de su casa en llamas y comprendido que su madre no lo seguía. Se sentía tan inútil como cuando había visto explotar las ventanas y caerse el porche y supo que no había modo de cambiar lo que estaba sucediendo. Había fallado entonces.

Y había fallado ahora.

Mitch tenía suficiente con echar un vistazo al conjunto. Le resultaba más fácil tratar con el problema más inmediato.

El congelar las bisagras de las Puertas del Infierno apenas había retrasado en su persecución a los Accelerati. Ahora iban persiguiéndolos tres todoterrenos nacarados.

En la camioneta, todos iban metidos en la caja salvo Petula, que estaba cómodamente sentada en la cabina al lado de su primo. Mitch golpeó desesperadamente en la ventanilla trasera de la cabina.

—¿No puede ir más aprisa? —gritó.

Pero Petula le dirigió ese gesto universal que se hace con la mano y que quiere decir «No te oigo», porque la radio de la camioneta atronaba con *death metal*. En cuanto a su primo, era la definición misma de la tranquilidad.

Nick seguía mirando al cielo. Caitlin seguía mirando a Nick. Ninguno de ellos había notado que los Accelerati les ganaban terreno. Y Mitch veía esto como una oportunidad personal para compensar todas las ocasiones en que sus acciones habían creado más problemas de los que habían resuelto.

Cogió el fuelle, apuntó en dirección a los vehículos que se acercaban y empezó a soplar, expulsando viento a velocidad demoledora.

Incluso a altas velocidades, el viento se comporta de manera muy previsible. Los huracanes siempre giran en la misma dirección; los frentes cálidos se encuentran con los frentes fríos y forman las tormentas eléctricas. Y las superceldas, llenas de aire caliente y frío que se desplaza violentamente, dan lugar a los tornados. Puede que uno no sea capaz de predecir la fuerza que tendrá un fenómeno natural, o en qué camino descargará su peculiar tipo de furia, pero su comportamiento básico es tan predecible como la lluvia.

No tanto en el caso del viento producido por la mano del hombre. Los fuelles, que no habían sido sometidos a millones de años de pruebas como los patrones climatológicos de la Tierra, eran una bala perdida, por así decir. No se podía decir con certeza qué pasaría con ellos.

El efecto del fuelle de Tesla era acumulativo, de modo que, cada vez que se cerraba la cámara, el aire salía con más fuerza que la vez anterior. Una simple ráfaga podía crear un fuerte viento capaz de mandar volando a varias personas a lo largo de un pasillo, como había comprobado Mitch más de una vez ya. Dos ráfagas podían ocasionar un vendaval capaz de volcar un bote de vela. Ni el propio Tesla sabía qué podrían hacer tres ráfagas. Pero Mitch Murló estaba a punto de averiguarlo.

La primera ráfaga hizo poco más que sacar un coche Smart de la carretera, despejando el camino a los Accelerati. La segunda ráfaga levantó una tolvana que los Accelerati circunnavegaron habilidosamente. A la tercera ráfaga fue la vencida: el todoterreno más próximo chocó contra el segundo, el tercero embistió contra el escaparate de cristal de una tienda de muebles... Y ahora, en el medio de la calle, giraba en un tornado furioso sin causa meteorológica conocida. A diferencia de un tornado real, aquel no tenía ninguna conexión con las inquietantes nubes que había en el cielo; empezaba y acababa en sí mismo, succionándolo todo a su alrededor hasta que su aire agitado estaba oscuro de escombros.

Los peatones se desperdigaron, los coches se salieron de la carretera para evitarlo, y para su desilusión, Mitch comprobó que, una vez más, su actuación había creado más problemas de los que había resuelto.

Mientras tanto, en un incidente que aparentemente no tenía relación alguna con lo anterior, una casa llena con 437 gatos en miniatura recibió el impacto de uno de los muchos rayos descarriados que lanzaba aquel problemático cielo. La energía del impacto no electrocutó a nadie, pero fue exactamente la

cantidad necesaria para desestabilizar el proceso de miniaturización. Al instante, cada gato recuperó su tamaño original. El efecto no fue muy distinto al de una bolsa de palomitas de maíz de las que se meten en el microondas, en la que todos los granos estallaran al mismo tiempo. Y en la que cada grano fuera en realidad un gato.

Las ventanas se rompieron, las puertas salieron de sus goznes y se fueron volando, y los gatos se expandieron hacia todos lados, llenando la calle como una inundación.

Y quiso la suerte que al mismo tiempo pasara exactamente por esa calle en particular un tornado sin filiación conocida.

De los 437 gatos, a 436 se los llevó el tornado.

El último permaneció en brazos de la loca de los gatos. Ella observó pasar el tornado, decidió que ya había estado bien la cosa, y se volvió a la cocina para abrir una sola lata de comida para gatos y dársela a su único gatito.

Charles Fort, quien, entre otras cosas, acuñó el término «teleportación» a comienzos del siglo xx, iba reuniendo un catálogo de acontecimientos extraños. Entre los fenómenos extraños que documentó había lluvia de ranas y salmones que caían de los cielos en pueblos que eran, por lo demás, normales y tranquilos. La hipótesis era que aquellas pobres criaturas se hallaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, cuando un tornado o una tromba de agua visitaban su particular reserva de agua, la absorbían como quien absorbe el refresco a través de una pajita, y la escupían después. Los testigos no sabían si interpretarlo como un signo de la inminencia del juicio final, un regalo del cielo, o simplemente una de las muchas bromas que gasta Dios.

Como Charles Fort era contemporáneo de Nikola Tesla, no sería muy rebuscado pensar que alguno de sus extraños acontecimientos hubiera sido causado por el inventor.

Si Mitch hubiera expulsado por el fuelle una cuarta ráfaga de aire, el tornado podría haber aumentado hasta producir daños colosales. Con la intensidad que adquirió, sin una enorme supercelda para alimentar el embudo, se trató más de una curiosidad que de un desastre.

Si Charles Fort siguiera vivo en la actualidad, tendría muchísimo de lo que escribir.

Y se dio la casualidad de que Theo Blankenship se encontraba en la calle en aquel momento, intentando capturar algunas fotos de rayos monstruosos que

compartir en *Krapchat*, cuando presenció y grabó en vídeo el inesperado éxtasis felino.

Ahora el tornado desconectado era una masa de pelo que giraba en remolinos y lanzaba aullidos, arrojando gatos a diestra y siniestra contra los atemorizados ciudadanos, cosa que emocionó a Theo, pues pensó que aquello iba a ganarle millones de «me gusta» y daría chispa a su presencia en las redes sociales.

Recordaba haber visto una vez un telefilme similar a aquello, en el que llegaba un tornado infestado de tiburones. Pero eso, por supuesto, era ridículo.

Y tampoco fue pequeña casualidad que la señora Planck estuviera en el tejado de su casa, enviada allí por los Accelerati, cuando se dieron cuenta de que los chicos que habían cogido el arpa habían tomado aquella dirección.

En sus manos tenía un rifle considerablemente modificado. En silencio maldijo a Petula, pues aquello era seguramente una traición suya, y maldijo también en silencio a Jorgenson por estar ausente cuando más se le necesitaba.

Ahora era ella la última línea de defensa, y cuando oyó acercarse la camioneta con los chicos y el arpa, miró por la mirilla del rifle y apuntó a su objetivo.

Cualquier otro podría haber apuntado al conductor, pero la señora Planck sabía que el conductor carecía de importancia. Al que había que abatir era al cabecilla. Y por eso apuntó a Nick, esperó hasta que le pareció que no podía fallar, y apretó el gatillo.

En aquel preciso instante, sin embargo, un tornado travieso le lanzó un gato muy desorientado. El gato le clavó las uñas en el hombro, obligando a su brazo a retroceder en el momento del disparo, lo cual causó que la bala no le diera a Nick sino a un inocente peatón que pasaba por allí.

Ese peatón era Theo. A semejanza de las ranas y salmones arriba mencionados, él tenía también un talento peculiar para hallarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. Afortunadamente para él, el proyectil era de diseño Accelerati. No estaba pensado para matar, solo para cambiar el blanco de una manera muy específica.

El proyectil era una bala antidimensional, que lograba suprimir el eje Z o vertical de cualquier objeto o individuo al que impactaba. Dicho con otras palabras, convertía objetos tridimensionales en bidimensionales. Para cualquier observador, Theo ahora aparentaba ser poco más que una proyección en la pared de hormigón que tenía detrás.

Theo encontró esto desconcertante, pero no completamente desagradable. Aunque otros lo habrían visto como un serio inconveniente, Theo podía adaptarse. Porque, pensándolo bien, la profundidad nunca había sido uno de sus puntos fuertes.

Para entonces, Harley Grabowski había notado ya el estado de las cosas fuera de su limitada cosmovisión. Se aterrorizó, girando a toda velocidad por entre el tráfico para evitar el tornado, que estaba tosiendo gatos extremadamente enfadados en todas direcciones, y no mostraba indicios de detenerse. Petula intentó que no se desviara de su destino, que era la casa de Nick, mientras en el suelo de la camioneta, Nick y Caitlin agarraban el arpa con todas sus fuerzas, intentando evitar que saliera volando, y salir volando ellos mismos, de la camioneta.

Al borde de la caja de la camioneta, Mitch mantenía los ojos fijos en el tornado. Aquello era culpa suya. Había puesto aquellos vientos en marcha, y tenía que ser él el que los parara. Así que se subió a la puerta de la caja al tiempo que la camioneta de Harley dejaba la carretera, se subía al bordillo y se introducía en el Memorial Park, segando, por el camino, la solitaria lápida que recordaba a Tesla.

—¡Mitch! ¿Qué pretendes hacer? —gritó Nick.

—¡Arreglar el estropicio que he armado!

Con el fuelle en la mano, saltó.

En ese mismo instante, alrededor del mundo, los efectos de la creciente carga electromagnética alcanzaban lo que solo podría describirse como «bíblicas proporciones». En San Antonio (Texas), los murciélagos de Braken Cave, que se suponía era la mayor cueva de murciélagos del mundo, emprendieron el vuelo a mediodía, pensando que se estaba haciendo de noche. Estaban aún más desorientados que los pájaros, y así, en vez de salir volando de la cueva formando el enjambre habitual, revolotearon en torno a San Antonio presas de la frustración, y empezaron a morder a los habitantes de la ciudad.

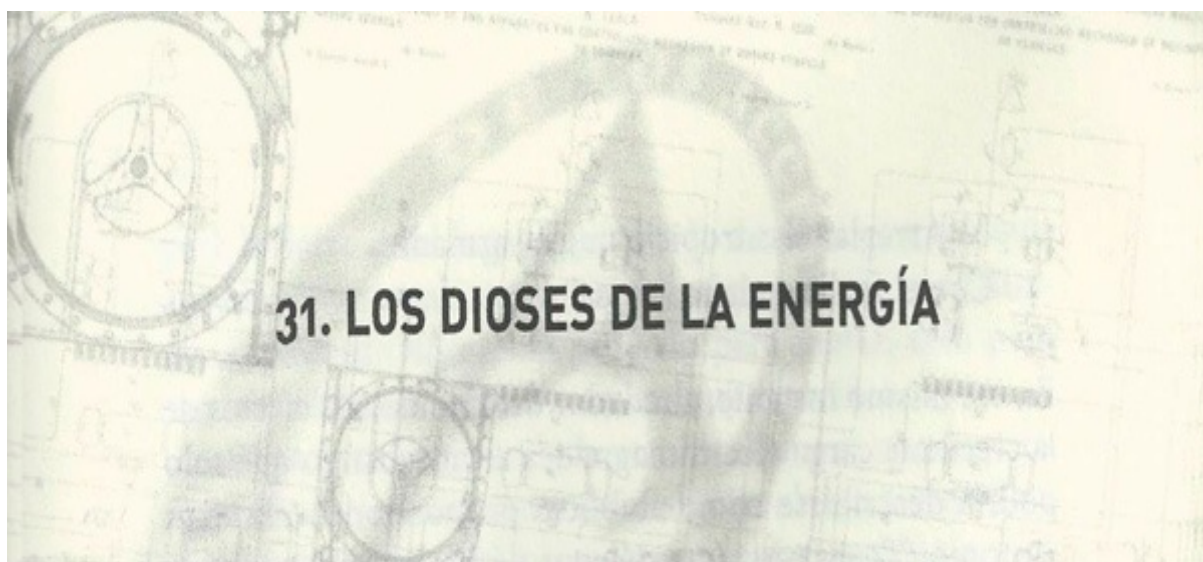
En Sidney (Australia), una tormenta de granizo empezó a ametrallar las calles. La cosa no habría sido tan grave si los granos del granizo no hubieran estado recubiertos de partículas atmosféricas cargadas magnéticamente, partículas que se descargaban al golpear el suelo. El efecto podía muy apropiadamente ser descrito como un «granizo ardiente».

En Greenwich (Inglaterra), donde el reloj del mundo marcaba el tiempo global con precisión de milisegundo, los guardianes oficiales del tiempo

estaban perplejos, y bastante aterrorizados, pues el tiempo se había detenido muy literalmente, o al menos se había tomado unas largas vacaciones.

Y en Colorado Springs, los residentes estaban intentando asimilar aquella plaga de gatos.

Los predicadores del fin de los tiempos que lo veían todo como una señal, insistían en que el Día del Juicio había llegado. Pero si de verdad aquel era el Día del Juicio, entonces Nick, Caitlin, Petula y Mitch tenían que ser los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Más un quinto que estaba esperando en casa de Nick.



Vince se había ido a casa para rumiar sobre el estado de su «vida», pero pronto regresó a casa de Nick y estuvo esperando en el peldaño de la puerta. Contempló el cielo con los mismos temores que el resto del mundo. Normalmente le gustaban las tormentas eléctricas, pero de las que vienen y se van. Aquella había venido con la promesa de no parar de venir.

Se preguntó si no debería ponerse de pie en mitad de un campo e intentar que le cayera una de aquellas extrañas chispas. Tal vez le recargaría la batería con una carga brutal. Por otro lado, eso podría hacer que la batería explotara. Decidió que era mejor no realizar aquel experimento en particular.

Nadie le molestó mientras estaba allí sentado. El padre de Nick, a pesar del extraño tiempo que hacía, estaba fuera, trabajando un poco en el jardín trasero, y al hermano pequeño de Nick ni se le veía. Así que Vince estaba donde y como le gustaba estar: solo con sus pensamientos.

Aquel día, sin embargo, sus pensamientos no eran buena compañía.

Aunque no era un tipo al que le gustara hacer cosas con otros, lo que se dice un jugador de equipo, tampoco podía negar que había empezado a sentirse parte del Equipo Nick, cosa que le fastidiaba de verdad. Se hacía duro seguir siendo un lobo solitario cuando el grupo se empeñaba en contar con él.

Vince razonó que si Nick y los otros no iban a volver, no servía de nada que estuviera allí esperándolos. Pero era duro hacerse a la idea. Así pues, cuando vio la herrumbrosa camioneta girando para coger la entrada de la casa, se sintió tan aliviado que hizo algo que raramente hacía. Sonrió. No se disculpó cuando lo vio Nick. Lo único que dijo fue:

—Vamos, ya os ayudo con el arpa.

Se sintió muy incómodo por un momento, pensando que Nick podía rechazar su ofrecimiento. Pero entonces Nick dijo:

—Tienes razón, Vince. Se ha acabado. Hemos arriesgado la vida por esta cosa, y ni siquiera tiene ninguna importancia.

En circunstancias distintas, Vince podría haber ofrecido un taciturno: «Ya te lo dije». Pero aquel momento exigía otra cosa. Algo igual de deprimente, pero más útil.

—¿Entonces qué hacemos? —fue lo que preguntó.

Nick lo miró por un momento, sin saber muy bien cómo tomárselo.

—¿No has oído lo que he dicho? El cielo está a punto de estallar y la única persona que podría hacer algo para arreglarlo se volvió loco y murió hace unos setenta y cinco años. Tesla no nos va a salvar, y su máquina no llegará a estar completa.

—Ya, es una causa perdida —dijo Vince—, pero todo en el mundo es una causa perdida si lo piensas un poco, ¿no? Todos morimos, el sol al final se convertirá en una supernova, y la Vía Láctea impactará con Andrómeda. Y no te olvides de que todas las estrellas que hay en los tropecientos trillones de galaxias se apagarán un día.

—Vince —dijo Caitlin—, ¿nunca has pensado en dedicarte a escribir postales para regalo?

—Lo único que digo es que si dejáramos de luchar por las causas perdidas, ¿dónde estaríamos?

Nick respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Estaríamos peor que perdidos —dijo—. Vamos a subir el arpa al desván.

Petula, mientras tanto, había llegado a la conclusión de que hacer que el futuro ocurriera era un verdadero tostón.

Justamente veinticuatro horas antes había mirado por el periscopio del tiempo y se había visto a sí misma (junto con Nick, Vince y Caitlin) llevando el arpa hacia la puerta de la casa de Nick. La lente no podía mentir, así que era inevitable que el arpa llegara allí.

Mitch no aparecía en la imagen, lo cual significaba que, si no se iba por su propia intención, Petula tendría que encontrar el modo de que se fuera, para cumplir con el futuro que sabía que tendría lugar. O que sabe que habrá sucedido. O que había sabido que iba a suceder.

«¡Grrrrr!». Odiaba mirar por aquella lente. Ya solo los tiempos verbales que implicaba eran como para que a una le entraran ganas de darle una patada a alguien en el bazo.

Pero cuando salió de la camioneta en casa de Nick, le encantó comprobar que, en algún lugar del camino hasta allí, Mitch debía de haberse caído de la caja, solucionándole de ese modo el problema. Era un detalle que, por una vez, el universo se hubiera encargado del futuro y no le hubiera dejado a ella, como de costumbre, toda la responsabilidad.

Mientras tanto, en una insegura parte de la ciudad que se volvía más insegura cada minuto que pasaba, Mitch acechaba un iracundo tornado. Parecía tener vida propia, sin volverse ni más fuerte ni más débil. Parecía su propia máquina del movimiento perpetuo.

En cierto punto, empezó a volver sobre sus pasos y a acercarse a Mitch. Entonces se paró, girando sin moverse del sitio, como retándolo a un duelo. Mitch estaba listo. Levantó el fuelle.

Un fuelle, como sabía Mitch, no solo expelía aire, sino que también lo recogía, aunque mucho más despacio. Y adivinó que si separaba los mangos con la misma fuerza que había empleado en juntarlos, tal vez, solo tal vez, podría revertir el proceso.

Estaba en el medio de la carretera, entre conductores aterrados y peatones que apenas eran capaces de asimilar la idea de una lluvia de gatos, y que probablemente temían que a continuación empezaran a caer perros.

Mientras contemplaba el viento en remolinos, le vino una idea a la cabeza. La idea de que, en cierto sentido, se estaba contemplando a sí mismo. No es que él estuviera lleno de furiosos gatos voladores, pero sí que sabía cómo era eso de tener sus pensamientos y sentimientos girando fuera de control.

Y fue entonces cuando comprendió que aquel tornado no era solo una azarosa agitación de aire. El fuelle, como tantos de los aparatos de Tesla, explotaba algo interno del usuario. El fuelle había alcanzado su alma y sacaba el ciclón que se agitaba dentro de él. Tal vez, pensó, si pudiera dominar uno de ellos, dominaría también el otro.

Cuando el tornado se le acercó, Mitch respiró hondo, tratando de tranquilizarse. Apartó de su cabeza todo lo que pensaba sobre los Accelerati y su padre. Apartó los pensamientos sobre todas las ocasiones en que había estropeado las cosas. Y entonces empezó a separar los mangos del fuelle, llenando la cámara de aire con aquel viento tempestuoso.

Una vez. Dos veces. Tres veces.

Como antes, a la tercera fue la vencida. El tornado se convirtió en un perezoso remolino, y Mitch se encontró sepultado por una montaña de gatos.

Cuando el tornado amainó, el torbellino que había en su cabeza amainó también. Los gatos, mareados y más que listos para echarse una siesta en el

cálido alféizar de una ventana, se fueron marchando. Y tras apagarse todos los demás ruidos de su mente, Mitch pudo oír el timbre de la verdad. Y eso lo explicaba todo:

«Hay cosas que no comprendes», había dicho su padre de los Accelerati. Bueno, ya no.

Nick, Vince y Caitlin se afanaban por llevar el arpa hasta la puerta de la casa, mientras Petula parecía muy contenta conformándose con supervisar, sin mover un dedo. A Nick el arpa le parecía cada vez más pesada, conforme maniobraban con ella. Seguramente era solo porque sus brazos estaban cansados después de sacarla de la sede de los Accelerati, pero llegadas las cosas a ese punto, no le extrañaría que Tesla hubiera conferido al instrumento alguna especie de densidad variable, que cambiaría inversamente al cansancio de las personas que la acarreaban. El arpa se bamboleaba en sus brazos mientras se dirigían hacia la puerta y empezó a inclinarse. Caitlin levantó las manos para volver a ponerla derecha.

—¡Cuidado! —gritó Petula.

Pero la mano de Caitlin arañó las cuerdas accidentalmente, y Nick sintió la vibración en su interior. Aquella sensación resultaba al mismo tiempo agradable y desagradable. Como un repentino escalofrío que le subiera por la columna vertebral, pero cálido en vez de frío. Con la reverberación, Nick pudo sentir más que ver una perspectiva más profunda, una imagen más grande.

Lo que ocurría aquel día era importante. Y podía resultar de cualquier modo. No había predeterminación en el plan de Tesla..., solo una serie de probabilidades. Y la probabilidad de aquel día era simple. No era más compleja que la que se tiene cuando se lanza una moneda al aire: fifty-fifty. La realidad, tal como la conocían iba a cambiar. Las cosas podían resultar muy bien u horriblemente mal. Verlo en unos términos tan simples era aleccionador, y alentador, porque eso significaba que no había perdido. ¡Aún no!

—Nunca pierdas la esperanza hasta el último lanzamiento —decía con frecuencia su padre, pues para él todo tenía que ver con el béisbol.

¡Su padre!

Vince le había dicho a Nick que estaba fuera, en el jardín de detrás de la casa, y en aquel momento de claridad, Nick comprendió que tenía que protegerlo, una vez más, de una realidad para la cual no estaba preparado.

—Caitlin —dijo Nick—, ¿podrías ir para allá y echar un vistazo a mi padre? Asegúrate de que no entra en casa precisamente ahora... Y de que está

bien.

Pensó que ella le preguntaría a qué se refería, pero no lo hizo. Lo que Caitlin hizo fue desprenderse el tamiz de harina/generador de campo de fuerzas y entregárselo.

—¡Por las causas perdidas! —le dijo al dárselo.

Pese a las funestas circunstancias, Nick se encontró sonriendo.

—Gracias, Caitlin. Por todo.

Entonces hizo algo que ni siquiera él se esperaba: la besó. No fue más que un rápido besito en la mejilla, pero iba en él una chispa que era algo más que electricidad estática.

—¡Ay! —exclamó ella por puro reflejo. Y entonces se tocó la mejilla, riéndose.

—Lo siento —dijo Nick, aunque no lo sentía en absoluto.

Caitlin se fue aprisa porque le daba vergüenza que Nick o los otros la vieran ponerse colorada. Afortunadamente, Petula estaba mirando hacia el otro lado, casi como si supiera que Nick le iba a dar aquel beso, pero Vince se quedó mirando con todo descaro, con un regocijo repulsivo que no tenía nada que ver con el hecho de que estuviera muerto.

Caitlin encontró al señor Slate en la parte de atrás, cavando, aunque no parecía tratarse de una labor de jardinería. Lo que estaba haciendo era desenterrar una enorme plancha de acero.

O por lo menos parecía de acero. Acero inoxidable, tal vez, porque aunque estaba enterrado en el suelo, no mostraba ninguna señal de oxidación. El señor Slate había sacado a la superficie unos dos metros y medio: lo suficiente para que Caitlin viera que era más que una plancha: era el borde superior de una banda de metal de más de un metro de ancha y ligeramente curva. La cosa era tan grande que aún no había llegado a la parte de abajo.

—Hola, Caitlin —dijo el señor Slate sin levantar la mirada de su trabajo—. Llevo un rato pensando que si cavo un palmo más llegaré al final, pero parece que esto no se acaba nunca.

Siguiendo la curva con los ojos, Caitlin sospechó que la franja formaba un círculo perfecto alrededor de la casa.

—Pero por mis narices que lo voy a sacar —dijo el señor Slate con alegría.

Caitlin lo miró con curiosidad. Había en el padre de Nick algo que la inquietaba. Y cuando él por fin la miró a ella, Caitlin vio en sus ojos algo que la inquietó aún más. Había visto antes aquella mirada vaga. Mientras tanto, en

lo alto del cielo, los rayos trazaban entre dos nubes un arco que oscilaba como una comba.

—Señor Slate, no debería estar cavando en algo metálico. Quiero decir... mire el cielo.

—Sí. —Levantó la mirada, vio las nubes que parecían jugar a lanzarse la pelota unas a otras, y se ajustó su gorra de béisbol—: Es bonito, ¿a que sí?

—Pero... —Caitlin no podía comprender que el hombre pudiera mostrarse tan indiferente, como si no hubiera nada raro en absoluto.

Ahogó un grito cuando comprendió la razón, y se volvió hacia la casa:

—¡Nick! —gritó echando a correr—. ¡Nick, no subas al desván!

Pero Nick ya estaba allí, pasando el arpa por la trampilla.

Vince empujaba por abajo mientras él subía por la escalerilla del desván, levantando su extremo del arpa para que pasara por la abertura.

—Entonces, ¿dónde va?

Nick lo supo con una simple mirada.

—Mueve la máquina de pesas a un lado.

Vince respiró hondo.

—Vale. —Se arremangó, echó las manos a la máquina de pesas y empujó con todas sus fuerzas. La máquina no cedió un milímetro.

—Ah, bueno... —dijo Nick. Estiró la mano para poner en marcha la máquina de pesas—. Inténtalo ahora.

Vince desplazó con facilidad la máquina de donde estaba, y Nick puso el arpa en su sitio. Encajó tan bien al encontrar el sitio exacto, contra la alta lámpara de teatro, que hizo un leve clic.

Nick arrastró la máquina de pesas hacia atrás para que sus asas rasgaran suavemente las cuerdas invisibles del arpa. Sintió la resonancia dentro de él cuando las cuerdas empezaron a vibrar. Pero aquella vibración era algo que no acababa de estar bien. Notaba una enorme ausencia en el centro de la máquina, el vacío dejado por los inventos que todavía faltaban. Podía volver a colocar el ventilador, el fuelle y demás aparatos que habían usado en su asalto a la sede de los Accelerati, pero eso no cambiaría el hecho de que el corazón de la máquina estaba casi enteramente vacío. Se encontraban ya más cerca que antes de completar el gran diseño de Tesla, pero no más cerca de lo que se hallara el más lejano de los objetos. Donde quiera que fuera eso.

Resultaba incluso doloroso encontrarse tan cerca de acabarlo. Tan doloroso que le dolía la cabeza. Pero le dolió mucho más cuando recibió un golpe por detrás y perdió el conocimiento.

El clarinete pesaba mucho más que un clarinete de verdad. Quizá porque estaba hecho de aleación de cobalto y molibdeno, que no sería la favorita de un director de orquesta, pero resultaba soberbia como conductora de electricidad.

Los Accelerati habían querido convertirlo en un arma; pero estaba bien allí, tal como estaba. Por lo menos resultaba bastante adecuado para darle un buen golpe a Nick en la cabeza.

Petula esperaba no haberle partido el cráneo. En casa había practicado con melones hasta encontrar la perfecta combinación de vector y fuerza que mellaba el melón sin romperlo. Y esperaba que el melón de Nick ofreciera un nivel de resistencia similar.

—Eh —dijo Vince, un poco lento en reaccionar—, ¿qué estás hac...?

Petula le arrancó las gafas de sol de la cara, desconectándolo de la batería que llevaba en la mochila. Se preguntó, con un temblor desagradable, si acabar con la vida de alguien que ya había muerto muchas veces podía considerarse asesinato. Bueno, no podía ponerse a pensar en eso en aquel momento.

Cuando cayó, le levantó la mochila de los hombros. No esperaba que Vince cayera por la escalerilla del desván, pero lo hizo, derribando a Caitlin, que iba subiendo en aquel momento.

—¡Dos por el precio de uno! —exclamó Petula.

—¡Petula! ¡Ayuda! —gritó Caitlin desde abajo, claro está que sin comprender el alcance de la situación.

—El Señor ayuda a los que se ayudan a sí mismos —dijo Petula.

Entonces recogió la escalerilla del desván accionada por muelles, cerró de un portazo la trampilla, y metió el bate de béisbol roto a través del muelle para que no pudieran tirar de la escalera hacia abajo. Ahora Caitlin y el remuerto Vince se habían quedado fuera, y ya no eran un problema para ella.

Cuando se volvió, Jorgenson salió de debajo de la cama de Nick, como hacen los monstruos.

—Bien hecho —dijo al ponerse en pie y llegando a ser mucho más alto que ella—. ¡Muy bien hecho!

Mientras Jorgenson examinaba la máquina, Petula le tomaba el pulso a Nick. Estaba fuera de combate, pero todavía vivo. La cabeza ni siquiera le sangraba. Éxito total.

Jorgenson observó la máquina sobrecogido.

—La teníamos todo el tiempo delante de las narices. Yo estuve aquí, pero no me di cuenta de lo que era. —Miró a Petula casi con la misma admiración

profesada a la máquina—: ¡Lo siento si alguna vez dudé de ti!

Veinticuatro horas y cinco minutos antes, cuando Petula había mirado por el periscopio del tiempo y los había visto arrastrando el arpa hacia la puerta de la casa de Nick, supo que solo había dos posibilidades:

O traicionar a los Accelerati, como en la foto parecía que estaba haciendo...

... o aprovecharse de la situación.

Después el periscopio había mostrado a Nick dándole a Caitlin aquel horrible besito, y Petula se había decantado por la segunda posibilidad.

—¿Qué ves? —le había preguntado Jorgenson.

—Mire usted mismo. —Se retiró para dejar que Jorgenson contemplara la escena a través del periscopio.

Tras un momento de silencio, él la miró con frialdad, dispuesto, según supuso ella, a llamar a los de seguridad para que se la llevaran. Pero antes de que pudiera decir una palabra, ella lo desinfló:

—No tiene ningún sentido que intente encerrarme —le había dicho—. Si lo está viendo, es que va a ocurrir, da igual lo que usted haga. —Y entonces añadió—: Pero podemos asegurarnos de que las cosas suceden en los términos que queramos nosotros.

Y así fue como, sin siquiera explicar a los demás Accelerati lo que tramaba, Jorgenson había dejado el arpa sin vigilancia dentro de una caja de embalaje, con el mínimo personal en la sede para defenderla. Entonces se dirigió a casa de Nick, sometió al señor Slate con un nuevo y mejorado llavero aturridor, y esperó a que volviera el chico, lo cual, por supuesto, Jorgenson sabía que sucedería, pues lo había visto por el periscopio.

Sin embargo, si hubiera seguido mirando por el periscopio, habría visto también lo que pasaba a continuación, y las cosas habrían podido salir de un modo muy distinto...

—¿Tú sabes dónde van las cosas? —preguntó Jorgenson al estudiar la máquina del desván de Nick.

—Creo... —empezó a decir Petula.

Puso el clarinete donde había visto antes que lo colocaba Nick. Entonces cogió el narcojuguete, el tamiz y el ventilador del cinturón de Nick y los añadió también. En cuanto terminó, Jorgenson se metió la mano en el bolsillo y sacó la lente del tiempo. La aseguró al marco de la cámara de cajón, que ahora apuntaba justo a la boca del clarinete.

En lo alto, a través de la pirámide de cristal que ocupaba el vértice del techo del desván, Petula veía el asteroide, que a miles de kilómetros por encima de sus cabezas lanzaba chispas que eran como patas de araña.

—¡La batería! —dijo Jorgenson—. ¡Los polos tienen que conectar con esos ganchitos de la tabla de lavar!

A cada instante que pasaba tenía menos aspecto de profesor reservado y más de científico loco. Su pelo gris, atraído por la electricidad estática, completaba la imagen.

—¡Es para arrancar! —anunció—. ¿No te das cuenta? Es como el encendido de un coche. ¡Y podemos hacer un puente! ¡Podemos ponerlo en marcha!

—¡Pero no está acabado! —le recordó Petula.

Jorgenson rechazó aquella observación con un gesto de su mano buena mientras examinaba la máquina, pasando los ojos rápidamente de una pieza a otra, tratando de asimilarlo todo.

—Está incompleta, sí, pero creo que aquí hay componentes suficientes para que podamos ver lo que hace.

Petula dudó. Miró el arpa, recordando la sensación que le había embargado la primera vez que rasgó las cuerdas invisibles.

—Pero... pero yo tengo que completar el circuito —le dijo.

Él la miró con una suave rapacidad. Como la mirada de un búho a un ratón.

—¡Llevo toda la vida esperando este momento! —dijo—. ¡Que ni se te ocurra la idea de separarla de mí!

Petula sacó la batería de la mochila de Vince.

—No puede ser usted —le dijo ella—. No lo comprende... ¡tengo que ser yo! ¡Yo tengo que completar el circuito!

Intentó mantener la batería fuera del alcance de Jorgenson, pero este se la arrancó y le dio un empujón a Petula, que cayó encima de Nick, que estaba empezando a rebullir, recuperando la conciencia entre gemidos.

—¡Ahora sabremos lo que sabía Tesla! —Jorgenson tomó los polos de la batería en sus manos—. ¡Ahora seremos la deidad eléctrica! ¡Los dioses de la energía!

Pero Petula le dio una patada detrás de la rodilla, doblándole la pierna. La batería se le cayó de las manos.

—¡Yo tengo que completar el circuito! —insistió Petula—. ¡Me lo ha dicho el arpa!

Jorgenson se volvió hacia Petula dispuesto a destrozarla por su insolencia, pero también ella estaba preparada para luchar. Al fin y al cabo, Petula había seguido un curso online: era cinturón negro en jiujitsu teórico.

A Nick le palpitaba la cabeza, le retumbaban los oídos. Estaba aturdido, pero comprendió lo esencial de lo que sucedía. No se sabía cómo, el caso era que Jorgenson estaba allí. A él lo había dejado inconsciente de un golpe y Petula trataba valerosamente de rechazarlo.

Tenía ante él la batería. La batería de Vince. Y, más allá, la máquina.

Los silbidos y chasquidos provenientes del cielo se habían vuelto ensordecedores, y fue entonces cuando Nick supo lo que tenía que hacer. La máquina no estaba terminada pero, aun así, tenía que ponerla en marcha. Aunque fallara, aunque estallara, tenía que hacerlo. Porque si no lo hacía, sería el final de todo. Todo acabaría chamuscado.

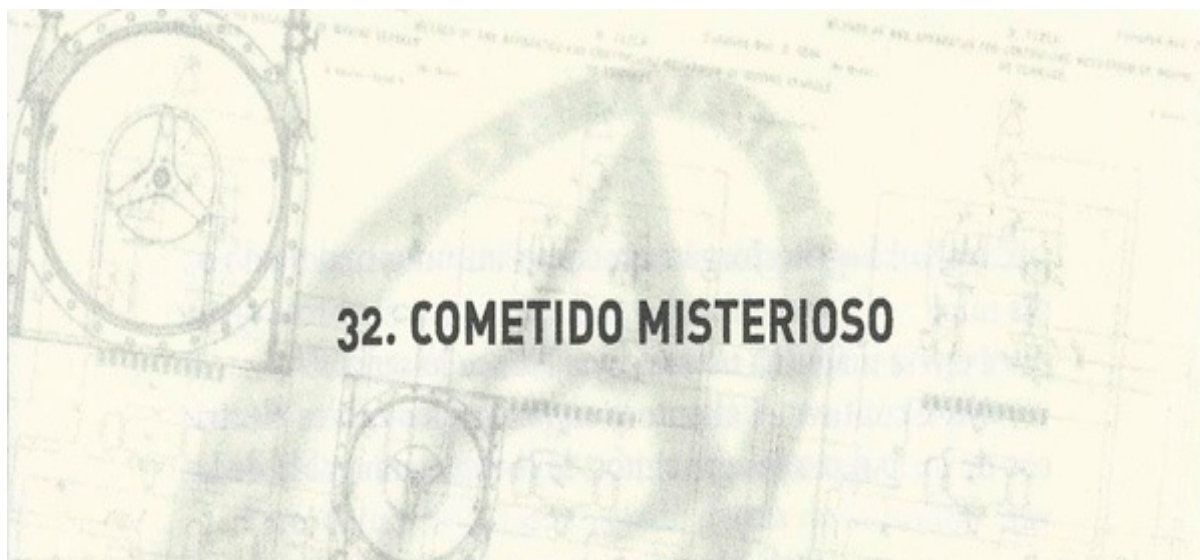
Mientras Petula luchaba con Jorgenson, ejecutando diversas llaves marciales teóricamente precisas, Nick se fue a rastras hacia la máquina. A través de la claraboya piramidal, vio el asteroide, cuya órbita lo había puesto exactamente sobre sus cabezas.

Nick cogió los polos negativo y positivo de la batería. A su espalda, Jorgenson vio lo que estaba a punto de hacer.

—¡No! —gritó Jorgenson como un niño malcriado—. ¡Es mío!

Pero la máquina no era suya. Nunca lo sería.

Nick contuvo el aliento y enganizó los cables eléctricos de los polos a los ganchitos de la reluciente tabla de lavar.



Algunos piensan que la gran explosión del «cometa» de Tunguska que arrasó dos mil kilómetros cuadrados en Siberia en 1908 fue en realidad causada por uno de los experimentos de Tesla que salió mal. Según esta teoría, él estaría intentando transmitir energía inalámbrica por medio de una enorme bobina Tesla (semejante a la máquina que ahora ocupaba el desván de Nick).

Si bien la conexión del inventor con el incidente de Tunguska sigue siendo pura especulación, es una verdad demostrada que Tesla construyó una bobina Tesla gigante sobre una torre de sesenta metros de altura en Shoreham, Nueva York. Creía que la Torre Wardenclyffe, como se la llamaba, crearía un pulso electromagnético que retumbaría a través de la Tierra, y que de ese modo proveería de electricidad gratis a todo el planeta. Sin embargo, ninguno de los ricos empresarios que financiaban a Tesla estaba interesado en nada que fuera gratis, así que abortaron el proyecto antes de que el mundo pudiera ver su potencial.

Tesla se arruinó, y lo que tal vez podría haber sido el invento más importante de la historia de la humanidad fue desmontado y vendido como chatarra para pagar las deudas.

Pero la leyenda cuenta que en 1903, antes de que llamaran al equipo de demolición, Tesla la encendió una vez, tan solo una vez. El destello de la gran bobina pudo verse a cientos de kilómetros, en Connecticut, al otro lado del estrecho de Long Island, y otros dicen que la descarga eléctrica se notó nada menos que en París. El *New York Sun* informó de rayos que habían salido disparados en todas direcciones, como si partieran en un «cometido misterioso».

El día en que Nick Slate puso en marcha la máquina incompleta, algo volvió a partir en un nuevo cometido misterioso.

Danny, que había pasado el día fuera con su amigo Seth, volvía a casa con Beverly Webb en el preciso instante en que Nick encendió la máquina del desván.

El coche acababa de entrar por la calle de Danny, y él comprendió de inmediato que algo raro pasaba en la casa, tal vez porque parecía más alta que cuando salió de ella aquella mañana.

Efectivamente: el desván se estaba elevando.

Aquella forma levitante triangular se daba cierto aire a la imagen que aparece en la parte de atrás de los billetes de dólar: la pirámide con un ojo brillante en la cúspide. El desván no tenía ningún ojo exactamente, pero la cúspide sin duda estaba brillando.

Beverly lo vio un instante después.

—¿Qué demonios...?

La visión debía de haber reclamado toda su atención, pues empezó a virar contra un coche que venía. Giró rápidamente el volante y logró evitar la colisión, pero se subió al bordillo y atropelló a un pobre e indefenso buzón de correos.

Danny salió del coche, sin prestar atención al colorido lenguaje de Beverly, y corrió hacia la rarísima casa de su familia.

Ya se habían congregado algunas personas fuera para contemplar el problemático cielo, y ahora esas personas confluían delante de la casa, boquiabiertas.

Ahora que estaba más cerca, Danny podía distinguir que el desván no estaba ni mucho menos levitando, sino que se elevaba en el cielo por medio de una serie de engranajes, cigüeñales y riostras...

—Cómo mola —dijo Seth, alcanzándolo—. Ya me gustaría que mi casa hiciera eso.

El señor Slate también vio cómo ascendía el desván. Y vio la franja de acero que había desenterrado detrás de la casa, y que empezaba a brillar con destellos de electricidad estática.

Pero como tenía la parte de la lógica de su cerebro bloqueada en aquel momento por obra y gracia de la tecnología de los Accelerati, no encontraba nada extraño en aquel fenómeno. ¿Un desván que se elevaba sesenta metros por encima del resto de la casa? Eso era el pan de cada día, ¿a que sí?

Quería seguir cavando, pero en el fondo de él, en un lugar al que no podía realmente llegar, tenía la molesta sospecha de que estaba pasando por alto algo importante.

Entonces, cuando un rayo enorme y continuo salió del distante asteroide y penetró justo por la claraboya de cristal del desván, se dio cuenta de qué era lo raro.

Había estado tan ocupado cavando que se había olvidado de comer.

Petula Grabowski-Jones era una fiel partidaria de la autoconservación. Sacrificarse a sí misma, ya fuera por el bien de los demás o por el bien de la ciencia, no formaba parte de su carácter. Creía firmemente que los demás no lo merecían, y en cuanto a la ciencia..., bueno, Jorgenson supondría un sacrificio mucho mejor, teniendo en cuenta que era profesor de la Universidad y todo eso.

Y así, en el instante en que Nick conectó la batería y en la habitación empezó a temblar todo, Petula decidió que era el momento de salir pitando. Quitó el bate de béisbol roto y puso la escalerilla.

Para su sorpresa, encontró que la escalerilla del desván ya no llegaba al suelo del segundo piso de la casa. El desván había empezado a elevarse, y si no salía pronto de allí, estaría demasiado alto para saltar.

—¿Dónde está Nick? —le gritó Caitlin desde abajo—. ¡Petula!, ¿dónde está Nick?

Petula se volvió y vio a Nick, que estaba de pie junto a la máquina. Podría haberlo agarrado y luego haberlo arrastrado con ella fuera del desván, pero la máquina de pesas modificaba la gravedad lo suficiente para hacerle perder el equilibrio.

Cayó por los escalones de la escalerilla, hasta que estos la expulsaron como si se tratara de un tobogán situado tres metros por encima del resto de la casa. Caitlin se apartó de donde estaba al verla caer. Vince, que seguía tan muerto como un clavo de puerta, habría amortiguado la caída de Petula, pero ella no cayó sobre él sino contra el suelo desnudo de madera, rompiéndose un brazo por tres lugares distintos.

Jorgenson sabía que encender la máquina de Tesla implicaba un riesgo, pero era un riesgo que había que correr. Entonces le había atacado Petula, y ahora el chico aquel, Slate, había tomado el control. Cuando la máquina había empezado a chirriar poniéndose en marcha, Jorgenson se abrió camino hasta sus pies.

Aquel era, y había sido siempre, su destino. Se había pasado la vida buscando la máquina que tenía delante. No dejaría que el chico le robara la gloria. El «Transductor de Energía de Jorgenson», como pensaba llamarlo, le aseguraría un lugar en la historia.

Como Jorgenson se tambaleaba por el tembloroso desván, no notó que la habitación se elevaba. Ni tampoco se percató de la caída de Petula. Lo único que vio fue que el chico estaba manejando la máquina. Así que lo agarró por los hombros, pero la carga eléctrica que se había acumulado en el asteroide de un billón de toneladas de cobre encontró de repente un lugar por el que pasar, e impulsó a Jorgenson hasta el otro extremo del desván.

Allí abajo, los pasmados espectadores salieron corriendo en todas direcciones al golpear la potente explosión del rayo y abrirse los muros del desván. Beverly se llevó a Seth a rastras, pero Danny corrió hacia la casa.

Se fue hasta donde estaba su padre, en la parte de atrás del jardín. El señor Slate contemplaba el desván solo ligeramente desconcertado, mientras a su alrededor caían pedazos de madera humeante.

—¡Hola, Danny! —le dijo.

—¿Qué está pasando, papá?

—Nuestro desván acaba de explotar —le dijo con alegría el señor Slate—. Eh, ¿qué te parece si vamos al restaurante? Creo que me podría comer un caballo.

Danny no se podía creer lo que acababa de oír, así que hizo como que no lo había oído.

—¿Dónde está Nick? ¿No estará ahí arriba, verdad?

Danny se volvió para ver a Petula, que salía de la casa corriendo, haciendo muecas mientras se agarraba el brazo derecho, que le colgaba de manera extraña. Pero Nick no iba con ella.

—¡Papá! —dijo Danny sacudiendo a su padre—. ¿Dónde está Nick?

Y en ese momento, muy por encima de ellos, cayó un llavero del bolsillo de Alan Jorgenson. Descendió casi setenta metros hasta caer dentro de la habitación ahora sin techo de Danny, concretamente en la pecera, donde sufrió un cortocircuito instantáneo.

El señor Slate salió inmediatamente de su obnubilación. Los ojos se infundieron del oscuro terror de comprender, al observar la escena que tenía ante él.

—¡Dios mío! —gritó, y entró corriendo en la casa para socorrer a su hijo.

Nick no tenía ni idea de lo que había sucedido. Lo único que sabía era que una firme corriente de electricidad había bajado del cielo hasta la máquina de Tesla, ¡y que la máquina había cobrado vida!

Los rulos bombeaban como pistones, y el secador del pelo brillaba como un reactor mientras la tostadora producía impulsos azules en espiral, impulsos que la lente de la cámara concentraba en una corriente de energía pura que descendía por la boca del clarinete. La máquina de pesas bombeaba, dirigiendo su campo antigravitatorio hacia abajo y haciendo que el desván entero se elevara.

Nick notaba que su propia masa había disminuido, y él ahora pesaba lo mismo, más o menos, que podría pesar en la luna. O en el asteroide.

Los muros del desván habían desaparecido. Habían volado completamente por los aires, dejando solo el suelo y la máquina.

Nick podía sentir que la máquina no funcionaba correctamente. Le faltaban demasiadas partes. Estaba captando la electricidad, pero no tenía modo de dispersarla.

Entonces oyó gritar a alguien. Siguió el sonido hasta el borde recortado de lo que había sido hasta entonces su habitación. Allí, colgado por una mano, estaba Alan Jorgenson. Estaba justo fuera del campo gravitatorio de la máquina, lo bastante lejos para que esta no le salvara de una caída mortal, en caso de soltarse. El traje de seda de araña de Madagascar había perdido su brillo nacarado. Estaba chamuscado y hecho jirones. Nick no vio pesar ni súplica en sus ojos, tan solo frialdad, como si su alma hubiera quedado congelada por su propio mando a distancia. Tal vez fueran las persistentes vibraciones del arpa de cuerdas cósmicas, pero Nick sentía que podía casi leer la mente del hombre:

«Voy a morir», decía la expresión de Jorgenson. «Este chico miserable lo ha arruinado todo, y ahora me arruinará a mí».

Nick podría haber permanecido allí simplemente, contemplando la caída de Jorgenson. Ciertamente, el hombre lo merecía. Nadie le echaría a Nick culpa de nada.

Pero, pese a todo lo horrible que era Jorgenson, Nick no podía hacerlo. Dejar a un hombre caer y morir no era el tipo de victoria que él deseaba. Así que le tendió la mano. Y volvió a leer la mente de Jorgenson:

«¡No me fío de él! Me cogerá la mano y la soltará a continuación para enviarme a la muerte».

Nick no dijo una palabra. No importaba lo que Jorgenson pensara de él. Mantuvo su mano tendida. Jorgenson podría cogérsela o no. Él tendría que

elegir.

Al final Jorgenson levantó su mano libre, la mano del meñique dolorosamente cortado, y agarró con ella la de Nick.

Nick se inclinó hacia atrás y, sujetándose a una tabla del suelo que se había levantado, tiró de Jorgenson para salvarlo. Y en ese momento Nick cayó en la cuenta de algo:

Acababa de darle la mano al doctor Jorgenson.

Desde el segundo piso de la casa de Nick, Caitlin había visto cómo se elevaba el desván hacia el cielo.

Sintió la sacudida de la descarga del asteroide, y se puso a cubierto cuando explotó el desván. Al principio pensó que era imposible que Nick hubiera sobrevivido. Entonces, cuando vio a Jorgenson colgando del borde del suelo del desván, concibió una leve esperanza de que Nick siguiera vivo.

La única manera de llegar allí arriba era trepar por el andamiaje de acordeón que seguía conectando el desván a la casa. Así que empezó a escalar.

Nick sabía que la máquina estaba sobrecargada y que la siguiente explosión no se llevaría con ella solo el desván. Dejaría un cráter de varios kilómetros de diámetro.

—¡No hay nada que hacer! —dijo Jorgenson—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Y cómo vamos a hacer eso, señor Einstein?

Pese a ser un genio, Jorgenson no encontró respuesta.

La máquina temblaba violentamente. La distorsión del espacio procedente de las cuerdas cósmicas del arpa parecía a punto de hacer jirones la misma tela del espacio, y seguía llegando energía del sobrecargado asteroide.

Fue entonces cuando apareció Caitlin, que llegaba sin aliento, pero aparentemente dispuesta a arrancarle a Jorgenson varios de sus órganos internos.

—¡Usted! —gruñó al verlo—. ¡Tenía que haberme imaginado que usted estaba detrás de todo esto!

—¡Olvídate de él! —dijo Nick, comprendiendo lo poco importante que era Jorgenson, pese a todos sus aires de superioridad—. ¡Tenemos que apagar este chisme!

—Hay una especie de anillo de metal alrededor de la casa —le dijo Caitlin—. Tal vez sea parte de la solución.

En cuanto lo dijo, Nick comprendió de manera instintiva que no era la solución, sino parte del problema. La máquina estaba diseñada para descargar de algún modo. El anillo que su padre había encontrado debía de ser una especie de celda de almacenamiento eléctrico, pero como la máquina no estaba completa, no podía conectar con el anillo.

Del mismo modo que había arrancado la máquina, tenía que ser él quien la apagara. La pregunta era: ¿cuándo? ¿Cuándo la descarga sería suficiente? Si lo hacía demasiado pronto, el mundo volvería al mismo estado en que se encontraba hacía solo unos minutos. Si esperaba demasiado, la máquina volaría por los aires, lo mataría a él, a Caitlin, a Jorgenson y a todo el que se encontrara por allí cerca.

Caitlin se hizo una idea de la situación, y arrancó los cables de los polos de la batería de celdas líquidas de los ganchitos de la tabla de lavar. Pero eso no sirvió de nada: la máquina no se paró.

—La batería servía solo para arrancar —le explicó Nick—. Para infundirle «vida». Ahora el asteroide provee toda la electricidad para la máquina.

Nick comprendía que, para apagar la máquina, tendría que desmantelarla de dentro afuera. Tendría que ser la llave inglesa introducida en el mecanismo. Así que avanzó hacia la máquina y respiró hondo, preparándose para adentrarse hasta el corazón de la máquina sobrecargada.

—¡No! —gritó Jorgenson elevando la voz por encima del estruendo eléctrico—. ¡No sabes lo que sucederá!

Intentó ir hacia Nick, pero Caitlin lo sujetó.

—Nick sabe lo que hace. Aunque usted no tenga ni idea.

Si la vida de ellos no estuviera pendiente de un hilo, Nick se habría reído al oír aquello. Pensó: «En realidad yo tampoco tengo ni idea de qué estoy haciendo. Pero tengo que hacerlo de todas maneras».

El aullido eléctrico que los rodeaba se redujo a un traqueteo defectuoso. No había tiempo para andar calculando posibilidades, ni un instante que perder. Apretando los dientes, Nick metió ambas manos en el corazón de la máquina.

El dolor fue inmediato e intenso. Le produjo una sacudida que afectó a su cuerpo y a su mente, envolviéndolo como si hubiera metido las máquinas en un...

¡... incendio!

¡Su casa estaba en llamas!

A gatas,

*la mirada atrás,
su madre tras él,
diciéndole todo irá bien,
y él sin poder apenas verla a través del agitado humo, y...
... ¿hay alguien más ahí?
¿Eso es alguien que está detrás de ella?
¿Su imaginación?
¿Qué otra cosa si no?
Y entonces sale, al césped delante de la casa,
tosiendo, ahogándose,
y ella no está allí,
no está detrás de él.
Y las ventanas estallan,
y el porche se derrumba,
y el mundo que Nick conocía ya no está, ya no está, ya no está.*

Gritando de dolor, Nick obligó a sus recuerdos a retroceder. Cogió el clarinete y lo arrancó de la máquina. Tiró al suelo los rulos del pelo electrificados, y de una patada separó la máquina de pesas del arpa.

El circuito estaba roto. La máquina se paró al fin, y sus electrificados componentes empezaron a desparramar energía, lanzando chispas en todas direcciones. La tostadora empezó a disparar lo que parecían diminutas galaxias en espiral, y después salió ella misma disparada y le pegó a Nick en la cabeza.

A la electricidad no le gusta que la interrumpan. Como un río crecido por la tormenta, no solo tiene dirección sino también intención. Y cuando sus intenciones se ven frustradas, su ira emerge por vías nuevas e inesperadas.

En el momento en que se cortó el circuito, un pulso electromagnético surgió del corazón de la máquina: el EMP más poderoso del que se tenga noticia.

Durante un instante extraño y glorioso, entraron en funcionamiento todos y cada uno de los objetos eléctricos que había en un radio de cinco kilómetros, ya estuvieran enchufados a la corriente o no. Aspiradores, secadores del pelo y desbrozadoras cobraron vida como si estuvieran poseídos. Las radios se pusieron a emitir música que nadie les había pedido, y todas las bombillas eléctricas, incluso las que aún estaban metidas en su cajita en los almacenes de las ferreterías, se pusieron a brillar.

Fue, por un instante, un retorcido cumplimiento del sueño de Tesla: energía gratis e inalámbrica para todos.

Y un instante después, todo se apagó. Los motores de los electrodomésticos se quemaron, los móviles se inflamaron en el bolsillo de sus propietarios, los ordenadores se chamuscaron y sus discos duros quedaron irremediablemente borrados.

El pulso solo se había disipado levemente al llegar a NORAD, en lo más profundo de la montaña Cheyenne. Al pasar el pulso electromagnético, los datos de NORAD y su red de defensa estaban protegidos por toneladas de granito por encima, y por muchas capas de paranoico revestimiento de plomo, pues era la labor de NORAD tener en cuenta cosas tan improbables como un pulso destructor de toda la tecnología que pudiera ser lanzado desde una pintoresca casa de cien años de antigüedad.

Más allá de la montaña Cheyenne, el pulso llegó debilitado. Su efecto fue menos fuerte, pero perceptible. Un barrio de Salt Lake City vio cómo se abrían todas las puertas de los garajes, y en Las Vegas tres mil máquinas tragaperras ofrecieron premio al mismo tiempo.

Podría imaginarse que cualquier cosa que estuviera en el corazón mismo del pulso quedaría calcinada, o al menos horriblemente recocida de dentro afuera como la carne en el microondas, pero Nikola Tesla no era tan engreído como para pensar que sus inventos no pudieran ir nunca mal. Por esa razón había preparado cierta protección rudimentaria, tal como un generador de campos de fuerza disfrazado en forma de tamiz de harina, que no solo rechazaba un ataque desde el exterior, sino que también protegía de cosas dentro del campo.

Por supuesto, si alguien estaba lo bastante idiota para meter la mano en medio del Emisor de Energía de Amplio Alcance..., bueno, el tamiz de harina no podría hacer gran cosa por él.

Nick cayó al suelo del desván, dando vueltas a causa del dolor provocado por las quemaduras eléctricas y por el impacto de la tostadora autodisparada. Y entonces comprendió que seguía cayendo. Con la máquina de pesas apagada, las delgadas riostras que habían elevado el desván ya no podían soportar el peso de la máquina. Las articulaciones se plegaron, los engranajes saltaron, las riostras se derrumbaron, y lo que quedaba del desván empezó a caer sobre la casa a la que pertenecía.

Caitlin se había tapado los ojos al fallar la máquina, y aunque el campo de fuerza la había protegido de la explosión, no pudo protegerla del bocadillo de gelatina y mantequilla de cacahuete a medio comer que Nick había dejado

sobre un plato en el suelo de su habitación. Resbaló sobre él, el plato salió disparado hasta perderse de vista, como un disco lanzado por un atleta, y Caitlin cayó por la trampilla del desván, tal como le había pasado a Petula. Pero, a diferencia de Petula, Caitlin pudo agarrarse a las riostras que sujetaban el desván elevado, aunque cuando terminó la pirotecnia y el desván empezó a caer, las riostras empezaron a desplomarse. Con aquel armazón desmoronándose a su alrededor, supo que solo había tres posibilidades para ella: morir aplastada, morir por la caída, o quedar atravesada por alguna barra de hierro y morir desangrada. Mientras pensaba cuál sería el modo menos horrible de morir, se le presentó una cuarta posibilidad. Sin un segundo que perder, saltó hacia el cuarto de Danny, que, como todas las demás habitaciones del segundo piso, se había quedado sin techo.

Tuvo buena puntería: aterrizó en la cama de Danny, aunque con la fuerza suficiente para romper el armazón de madera.

Un instante después, el desván se encontró con el segundo piso. Madera, acero y yeso se desplomaban a trozos, mientras el pececito de la pecera de Danny se asombraba de la locura que se había adueñado del mundo no líquido.

Cuando Wayne Slate alcanzó el rellano del segundo piso, el corazón casi se le para, hasta que se dio cuenta de que el cuerpo que yacía a sus pies no era el de Nick, sino de algún otro. Pero cuando vio que se trataba del hermano gemelo del chico que había muerto en su casa un mes antes, el corazón estuvo a punto de parársele otra vez.

Sin embargo, se olvidó de todo eso en cuanto vio que el elevado desván volvía a caer.

Se agachó para ponerse a cubierto cuando el desván se desplomó, doblando las paredes del segundo piso y destruyendo la escasa integridad estructural que conservaba el edificio. Y entonces, como un regalo de los cielos, la escalerilla del desván se abrió, y Nick cayó por ella hasta sus brazos, magullado y ensangrentado, pero bastante vivo todavía.

—No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada —dijo su padre, sujetando a Nick en un fuerte abrazo. Aunque estaba claro que algo sí que pasaba, el caso era que su hijo estaba vivo, lo cual significaba, a fin de cuentas, que no pasaba nada.

Lo primero que notó la gente después de la descarga fue el silencio. Toda central eléctrica y transformador en un radio de cinco kilómetros de casa de

Nick había estallado, y todos los aparatos eléctricos en esa misma área estaban inservibles.

Pero el silencio era algo más que el apagón de todas las máquinas. El cielo también estaba tranquilo, y lo estaba en todo el mundo. En todas partes había cesado aquel extraño y estruendoso chisporroteo, y los cielos, entre los círculos ártico y antártico, habían dejado de brillar con aquella aurora cotidiana. El asteroide volvía a ser nada más que un punto gris rojizo en el cielo, mucho más pequeño que la luna.

Cuando Mitch llegó a casa de Nick, seguido por siete gatos que estaban convencidos de que él era su salvador, ya se habían presentado allí unos cuantos vehículos.

La casa tenía el mismo aspecto que si un gigante se hubiera sentado encima de ella. Camiones de bomberos y ambulancias pulverizaban luces rojas a través del humo y el polvo, y a Mitch no le cupo ninguna duda de que Nick había encendido la máquina inacabada.

Petula estaba siendo atendida por los enfermeros, y disfrutaba de las atenciones que le dispensaban como una diva moribunda.

En el camino de entrada a la casa, Nick estaba siendo transportado sobre una camilla hasta la ambulancia, escoltado por Caitlin a un lado y por su padre al otro. Mitch vio que estaba vivo por el modo en que le cogía la mano a su padre, pero la ambulancia partió de allí antes de que pudiera preguntarle qué tal se encontraba.

Y entonces, de las ruinas de la casa, salió Jorgenson dando grandes zancadas. El único consuelo de Mitch es que tenía tan mal aspecto como los demás.

En cuanto salió Jorgenson, los médicos corrieron para ayudarlo, pero él los echó con un gesto de la mano hecho con un aire tan imperioso que le dejaron que siguiera caminando.

Mitch se le puso delante. Había un millón de cosas que quería decirle al hombre, pero una en especial consiguió abrirse camino hasta sus labios:

—Mi padre es uno de ustedes, ¿verdad? Ustedes no le tendieron una trampa..., es uno de ustedes...

Jorgenson le dirigió una mirada de disgusto, como si Mitch fuera alguna cosa sucia que había encontrado en medio de la acera.

—Era uno de nosotros. Nosotros lo expulsamos porque los Accelerati no se dejan atrapar. —Y entonces añadió—: Has tardado mucho en adivinarlo.

—También adivinaré lo que es «Pintón». Y «Amadillo de húmedos patodos».

La mirada de disgusto de Jorgenson se convirtió en una expresión de desconcierto.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás diciendo —dijo—. Pero si la tuviera, te respondería lo mismo.

En la calle que tenían detrás, aparecieron un par de todo terrenos de los Accelerati, junto con más vehículos de la policía y de emergencias. Mitch ni siquiera se fijó en ellos.

—Podré con ustedes. Con todos ustedes, hasta el último —dijo.

—Sinceramente, lo dudo —dijo Jorgenson con petulancia—. Creo que está claro que...

—... *que las cosas no terminarán bien para ti* —soltó Mitch. Y sonrió, porque supo que sería verdad.

Jorgenson, solo ligeramente desconcertado, lo apartó a un lado:

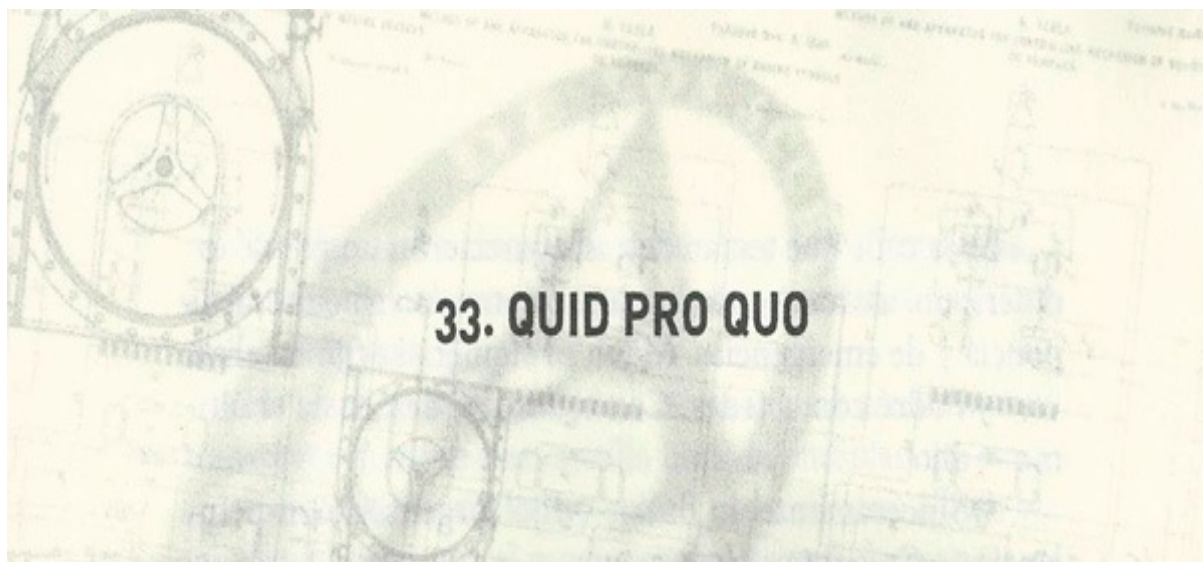
—Si me disculpas, tengo una zona catastrófica que contener.

Mitch pensó en utilizar el fuelle, para mandarlo a Oz con viento fresco, pero entonces le llamó la atención otra cosa: dos enfermeros que sacaban de la casa un cuerpo metido en una bolsa.

—Es extraño —oyó decir a uno de ellos—, pero parece el mismo chico que sacamos de esta misma casa hace unas semanas.

Cuando nadie miraba, Mitch se coló dentro de la casa y se abrió camino por la desvencijada escalerilla hasta lo que quedaba del desván. Posó el fuelle como quien deja una flor sobre una tumba, y entonces cogió la batería.

Unos minutos después, cuando el cadáver del chico desapareció de la bolsa, el enfermero pensó que aquella era la guinda perfecta para aquel día.



Nick despertó en una cómoda habitación de hospital, si es que la palabra cómodo puede aplicarse a algo que tenga que ver con un hospital.

—Eh... —dijo una voz conocida. Nick se volvió y vio a Caitlin junto a la puerta—. Me dijeron que no te podía venir a ver sin la compañía de un adulto —le dijo mientras se acercaba a su cama—, pero es sorprendente lo poco que les importa cuando una hace como que no les ha oído. —Observó las vendas y los dedos hinchados que surgían de blancas capas de gasa de algodón—. Parece que realmente les jugaste una mala pasada a tus brazos.

—No había más remedio —le respondió Nick—. ¿Cómo están los demás?

—Hemos sobrevivido todos —dijo ella—. Salvo Vince, claro.

Nick lanzó un suspiro.

—¿Vamos a tener que volver a resucitarle?

—Ya lo ha hecho Mitch.

—Bien —dijo Nick, recostándose y cerrando los ojos.

—Lo sé, ¿vale? Después de la primera vez, no volveré a mirar de la misma manera los caramelos de gelatina y la lycra.

Caitlin explicó que Mitch estaba haciendo un viaje especial a la Penitenciaría del Estado de Colorado para hablar con su padre, y que el recién re-re-reanimado Vince y su madre se iban de la ciudad porque no podían arriesgarse a que los Accelerati lo encontraran y le quitaran la batería.

—Me dijo que se iban a Escocia —dijo Caitlin—. Pero no sé si lo decía en broma o no.

En cuanto a Petula, había desaparecido completamente.

—Y si alguna vez vuelve a asomar el morro delante de mí, se va a quedar sin morro —juró Caitlin.

Nick se volvió para mirar por la ventana.

—Hoy hay un cielo claro y azul —dijo. Alargó la mano todo lo que podía hacia Caitlin, y le tocó el brazo con la yema de un dedo—: No da la corriente.

Caitlin sonrió.

—No estoy tan segura —le dijo—. Yo sí he sentido algo.

Nick se dio cuenta de que se ponía colorado, pero antes de que el momento resultara demasiado incómodo, dijo:

—¿Has visto por ahí a mi padre y a Danny?

—Sé que estaban aquí... Tal vez estén en la cafetería, comiendo —sugirió Caitlin—. Por cierto, hay una máquina expendedora siguiendo por el pasillo. ¿Qué te parece si saco algo de beber? Podemos brindar porque has vuelto a salvar al mundo.

Salió, y Nick volvió a mirar por la ventana una vez más. Un momento después, oyó que alguien entraba en la habitación.

—Tu capacidad para apestar todo lo que tocas es realmente sorprendente.

Nick volvió la cabeza para ver una figura delgada que llevaba un traje de color vainilla completamente nuevo.

—Usted es el únicoapestoso que hay aquí, doctor Jorgenson.

Jorgenson dio un paso adelante y miró la máquina que vigilaba las constantes vitales de Nick.

Nick se asustó:

—¿Va a matarme? —preguntó.

—Tengo plena justificación para acabar con tu vida y la de tus amigos. Además, eso resolvería miles de problemas. Por eso no sentiría ningún remordimiento. Salvo una cosa: «Quid pro quo».

—¿Que quiere decir...? —preguntó Nick.

—Me salvaste la vida cuando no tenías que hacerlo —le dijo Jorgenson—. Y la buena educación me obliga a perdonarte la tuya.

—¿Así que me va a dejar en paz?

—Digamos que dejaré tu destino en las manos de un poder más elevado.

Hicieron falta varios intentos antes de que la máquina expendedora aceptara el dinero de Caitlin.

Cuando por fin volvió con dos latas de burbujeante refresco, Nick no se encontraba en su habitación. De hecho, habían quitado las sábanas de la cama y la habitación estaba limpia, como si nadie hubiera estado allí desde hacía tiempo. El estómago le dio un vuelco, y el efecto resultó largo, interminable.

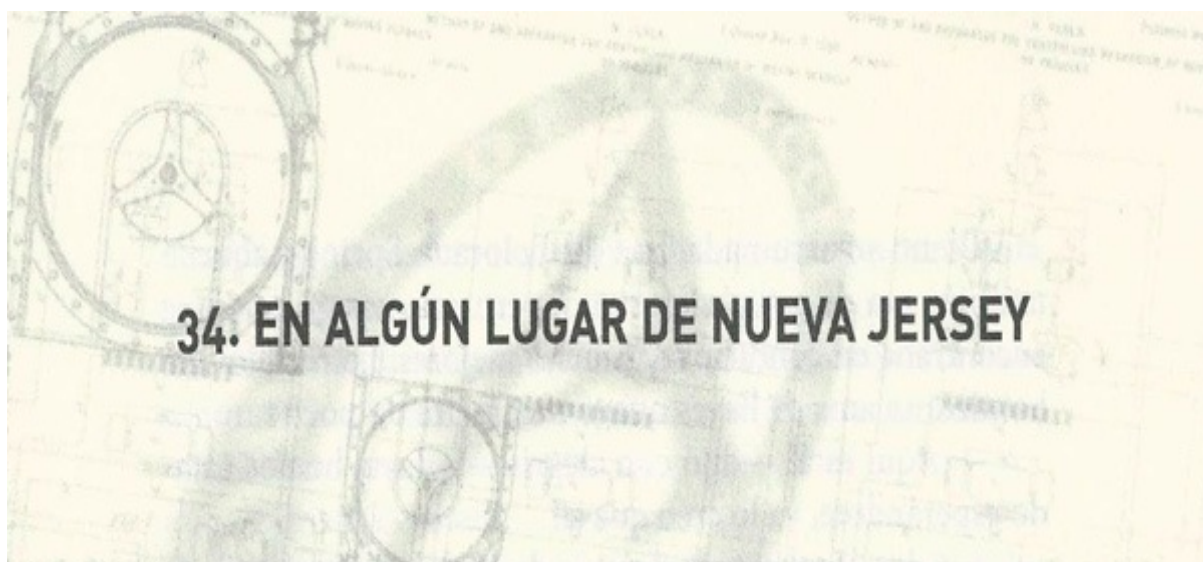
—Perdone —le dijo con voz temblorosa a una enfermera que pasaba por allí—. El chico que estaba en esta habitación... ¿dónde ha ido?

—Tienes que estar equivocada —dijo la enfermera—. No ha habido nadie en esta habitación en todo el día.

Y cuando Caitlin preguntó por él, no encontraron registro de que Nick hubiera llegado a entrar en aquel hospital.

Y tampoco encontró al señor Slate ni a Danny, ni en la cafetería ni por ninguna parte.

Caitlin comprendió, sin que le cupiera la menor duda, que los Accelerati habían realizado otro de sus trucos mágicos. Humo y espejos.



34. EN ALGÚN LUGAR DE NUEVA JERSEY

Primero en avión privado y después en limusina, llevaron a Nick hasta una vieja casa oculta en el bosque. No tenía ni idea de dónde estaba, pero el vuelo duró varias horas, y por la velocidad con que oscureció, pensó que estaban yendo hacia el este.

Nick iba acompañado por dos Accelerati que supuso que estaban allí para asegurarse de que él se portaba bien, y para sujetarlo en caso de que no fuera así. Nick no era un pasajero colaborador por razones obvias, entre las cuales estaban sus brazos quemados. Todavía los tenía hinchados, y las ampollas seguían en carne viva debajo de las vendas. Y ahora, como guinda, sentía un picor constante en ambos brazos, y no se podía rascar. Los médicos habían dicho que era bueno que le picara, que eso indicaba que los brazos se le estaban curando. No importaba que el picor le estuviera volviendo loco.

Los dos Accelerati habían permanecido todo el vuelo con la boca cerrada. Había intentado entablar conversación con ellos, hacerles preguntas para enterarse de dónde iban, pero su respuesta era siempre un lacónico:

—Nos han dicho que no hablemos contigo.

Cuando llegaron a su destino, a Nick lo llevaron casi en volandas hasta la puerta de entrada. Sus escoltas lo agarraban, temiéndose que echara a correr.

Como su arruinada casa de Colorado Springs, aquella también era de estilo Victoriano, pero era más grande y se encontraba en condiciones mucho mejores. Lo recibió una bondadosa ama de llaves que tenía un aire un poco raro.

—¡Aquí está! —dijo con alegría—. ¡Vaya, hemos estado esperándote, ya lo creo que sí!

Los dos compañeros de viaje de Nick lo dejaron entonces solo. Por un instante se le pasó por la cabeza la idea de escapar, hasta que vio que la puerta que tenía detrás tenía triple cerrojo.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó el ama de llaves—. ¿O un vaso de agua helada? Nuestro enfriador cuántico funciona ahora perfectamente.

—No, gracias. —La señora era tan agradable, que a Nick no le quedaba más remedio que ser cortés, aunque fuera lo que menos le apetecía.

Llevó a Nick a un salón que al principio parecía contener solo antigüedades que estaban completamente como nuevas. Entonces vio a un anciano en la penumbra.

El hombre estaba sentado en una butaca de cuero de respaldo alto que había sido convertida en silla de ruedas. Llevaba un traje de lana que, como casi todo lo demás que había en la casa, parecía muy anticuado, y sin embargo no estaba viejo. El hombre, sin embargo, era viejo. Muy viejo.

—¿Cuándo una casa no es un hogar? —preguntó el hombre con voz rasposa, como una bandera que ondeara bajo un fuerte viento—. ¡Cuando los turistas la patean durante siete días a la semana! —avanzó unos centímetros en su silla de ruedas, pero no se acercó lo bastante para entrar en la zona iluminada—. Esta casa no es la original, es solo una réplica. Una réplica bastante fiel. El original se encuentra a varios kilómetros de distancia, en West Orange. Está gestionada por el Servicio de Parques Nacionales, que es su propietario actual.

Alargó una mano marchita, e hizo un gesto a Nick para que se acercara.

—Ven aquí —le dijo, y entonces añadió «por favor», como si fuera la última cosa que se le acababa de ocurrir.

Nick no se movió.

—¿Quién es usted?

—¿Yo...? —El anciano se rio—. Yo soy el que pone las cosas en movimiento. Soy el que puede convertir tu modesto trozo de carbón en un diamante, si me dejas. Soy la *éminence grise* que está detrás de la *éminence grise*.

Aquel hombre adoraba oírse a sí mismo hablando. Igual que Jorgenson.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nick. Se estaba cansando de preguntarlo.

—Detrás de cada hombre que parece tener la fuerza y el poder hay otro que lo tiene a él, pues... —señaló los brazos vendados de Nick—, como sin duda has aprendido, es mejor no manejar la fuerza, el poder, la energía, directamente.

Nick no dijo nada. Sabía que el único poder que tenía en aquella situación vendría de un notorio silencio.

El anciano dio una prolongada chupada a su cigarro, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y expulsó el humo en dirección a Nick. Nick hizo todo lo posible para no toser.

—Mi Gran Acceleratus, ciertamente, ha embrollado las cosas, ¿a que sí? No quiero parecer injusto: Jorgenson es un gran científico. Pero el orgullo desmedido puede echar a perder al mejor hombre. Un científico henchido de orgullo es la pesadilla del éxito. Puedes tener la seguridad de que será severamente castigado por lo que hizo. —Movi6 la mano y el humo ascendió en una perezosa espiral—. Afortunadamente, tú lograste descargar el Mazazo Celestial. La carga tardará otro mes, al menos, en volver a adquirir niveles letales. Eso nos concede cierto tiempo para pensar en una solución más permanente.

El hombre movió las ruedas de su butaca y salió de la penumbra. A Nick su cara le resultó conocida, aunque no consiguió ubicarla. Era más que simplemente viejo. Era decrepito de una manera casi inverosímil. Su piel parecía como papel maché arrugado, gris y fino como el tisú. Tenía los ojos amarillentos, y la piel alrededor de ellos, caída.

Entonces, de repente, a Nick se le ocurrió quién podía ser..., pero descartó la idea por ridícula. Era imposible, a menos que...

Nick dio un paso adelante. Detrás de la butaca del anciano había un gran objeto cilíndrico cubierto con una sábana de satén rojo. Nick alargó la mano para retirar la sábana. El hombre no lo detuvo.

Debajo de la sábana había una batería de celdas líquidas, igual que la de Vince pero más grande. Medía dos metros de altura. El líquido estaba enturbiado, los terminales corroídos, y unidos a aquellos terminales de metal había unos cables muy fuertemente aislados que reptaban por el respaldo de la butaca de cuero y desaparecían por el cuello de la camisa del anciano.

Este le dirigió a Nick una sonrisa digna de Halloween.

—Ah —dijo—, has descubierto mi pequeño secreto. —Y se rio.

—Usted... usted es... ¡Thomas Edison!

—Thomas Alva Edison —dijo el anciano—. Mis amigos me llaman Al. Y a mí me gustaría que fuéramos amigos.

Nick retrocedió hasta que tropezó con una lámpara, derribándola de la mesa. Apenas notó el sonido del cristal al romperse. Lo que sí oyó fue el sonido de su dificultosa respiración. Edison tendría que tener unos 170 años,

pero ¿qué significaba la edad cuando uno estaba conectado a una batería que le proporcionaba la vida eterna?

Al romperse, la lámpara alertó al ama de llaves.

—¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío! Esto no puede ser. —Cogió la lámpara rota y salió. Volvió un momento después con otra exactamente igual.

Nick tuvo que tranquilizarse y tratar de respirar con calma para no perder el conocimiento.

—¡Déjeme salir de aquí! —exigió.

—La batería, como supongo que habrás adivinado, es una tecnología que tomé prestada de nuestro mutuo amigo el señor Tesla, hace ya muchos muchos años.

—¡Querrá decir que se la robó! Tesla le odiaba a usted. ¡Y yo también le odio!

Edison exhaló un suspiro con vocación de eternidad.

—Tú me odias porque triunfé en lo que Tesla fracasó. Yo no era enemigo de Nikola, él era su propio enemigo, empeñado como estaba en hacer siempre las cosas a su modo, cuando ese modo llevaba a un fracaso financiero tras otro.

—Puede que Tesla no estuviera interesado en el dinero. —Nick cruzó los brazos en actitud desafiante, aunque al hacerlo sintió dolor.

—Un genio sin dinero es como una bombilla sin filamento —dijo Edison—. Tu héroe nunca lo aprendió. Ese fue su gran defecto.

—¡Usted le destrozó!

Edison elevó la voz solo un poco, incapaz de contener la ira:

—¡Tesla se destrozó a sí mismo! Tesla era un genio, pero un pésimo hombre de negocios. Podríamos haber trabajado juntos, pero él no quiso compartir el éxito. Lo que quería era «vencer a Edison». Así que yo me hice más rico y más famoso, mientras que él moría arruinado y olvidado... ¡Pero de eso no tuve yo la culpa! ¡La historia demostrará que mi única falta fue dejarlo en paz!

Entonces Edison se suavizó. Era difícil entender la expresión de su rostro amarillento y flácido, pero parecía de auténtica pena.

—¿Te crees que disfruté viendo cómo ese pomposo bocazas de Marconi se llevaba el mérito de la radio, cuando fue claramente un invento de Tesla? ¿Te crees que disfruté cuando la Torre Wardenclyffe fue desmontada, y la bobina vendida como chatarra? ¡Ni mucho menos! Me dio más pena de la que te puedas imaginar.

—¿Usted podría haber salvado esa torre! Podría haber pagado las deudas de Tesla.

Edison se irguió, claramente ofendido.

—¿Yo no pago las deudas de otro! —dijo. Entonces levantó los frágiles hombros en un gesto dificultoso—. Pero aunque me hubiera ofrecido a hacerlo, él habría rechazado el más leve atisbo de caridad. Supongo que yo en su situación habría hecho lo mismo. Los hombres orgullosos vuelan solos. Y caen solos.

—¿Y los Accelerati?

Entonces Edison apartó la vista.

—Yo sabía que Tesla había escondido sus más grandes inventos, y sospechaba que tras su fracaso en Wardenclyffe había seguido perfeccionando en secreto su Emisor de Energía de Amplio Alcance. Porque él hubiera preferido dejar el mundo a oscuras que dejarme compartir un gramo de su genialidad.

—¿Él trajo la luz al mundo!

—Sí, bueno..., también lo hizo Prometeo. Y Lucifer, por cierto. Y ya ves dónde terminaron ambos.

Se miraron uno al otro fijamente un momento más. Finalmente, Edison sacó un pañuelo de encaje y se limpió una gotita de baba de los labios.

—Tengo una proposición para ti, Nick —dijo—. Una oferta que creo que te gustará un poquito más de lo que te disgustará.

—Le escucho —dijo Nick con firmeza.

—No sé muy bien si lo sabes, pero tu padre está en la cárcel. Lo acusan de traición.

—¿¡Qué...!? —Nick avanzó unos pasos.

—El Gobierno cree que tu padre usó tecnología clasificada que robó del NORAD para crear el artilugio del desván.

—¿Eso no es cierto! ¡Él no ha tenido nada que ver!

—Eso lo sabemos tú y yo, pero el Gobierno sospecha otra cosa.

El corazón empezó a palparle a Nick. Y la sangre, al latir con tal fuerza, le provocaba un dolor en el brazo herido.

—¿Dónde está mi hermano?

—Bajo la custodia de los Servicios de Protección a la Infancia, hasta que le encuentren una familia de acogida.

La idea de Danny arrancado de su padre y colocado en casa de unos extraños le provocó a Nick deseos de arrancar los cables que se dirigían a la

espalda de Edison. Pero comprendió que eso no haría más que empeorar las cosas.

Entonces el anciano dio una palmada. El sonido fue como el que hace un libro viejo al cerrarse.

—Esta es mi proposición. Los Accelerati han echado fuertes raíces en el sistema de justicia penal, y también mantienen presencia en otras agencias del Gobierno. Hará falta un esfuerzo importante, pero puedo hacer que se retiren todos los cargos contra tu padre. Puedo conseguir que él y tu hermano vuelvan a estar juntos. Y puedo conseguir que sigan viviendo en paz.

—¿A cambio de qué?

—De ti —se limitó a decir Edison—, Jorgenson te desprecia tanto porque en el fondo sabe que eres un digno rival. Eres inteligente. Tienes un potente instinto científico.

—Yo no soy tan inteligente.

—¿No...? Tus notas del instituto de Tampa indican otra cosa.

—Esas notas desaparecieron cuando nos mudamos a Colorado.

—En absoluto. Las hemos tenido aquí todo el tiempo. En tercero, los tests te dieron un nivel de genio en matemáticas y ciencias.

—Eso fue entonces. Ahora solo tengo notables.

—Hay un motivo para eso, ¿no?

Nick se encogió de hombros.

—Tu madre sabía lo inteligente que eres.

Nick lo miró con mala cara.

—No mencione a mi madre.

Pero Edison no le hizo caso.

—Ella quería que fueras a un colegio especial, para superdotados. Y sospecho que por eso empezaste a sacar notas bajas. Porque no querías ir. Al cabo de un tiempo, se convirtió en un hábito. No has dejado que nadie lo sepa. Ni siquiera tus mejores amigos. —Edison se inclinó hacia delante—. Ni siquiera tú mismo.

—Un test de inteligencia no es el mundo real.

—No. Pero es una medida del potencial de una persona.

Edison se recostó otra vez en la butaca, juzgando a Nick de una manera petulante. El hecho de que pudiera tener razón consiguió irritar a Nick todavía más.

—Hemos recuperado todos los artículos del desván, salvo la batería —dijo Edison—, y hay unos pocos más a los que hemos logrado echar mano, gracias a la lista que le proporcionaste a Evangeline Planck.

—¡No! —exclamó Nick, que no quería creérselo.

—Sí, ella es de los nuestros. Lo ha sido desde el principio. —Entonces el anciano lanzó un suspiro—. Pero nos siguen faltando tres objetos más, según parece. Y tampoco sabemos cómo encaja todo exactamente. Aquí es donde entras tú —dijo parpadeando—. Únete a los Accelerati, Nick. Sé uno de nosotros, y me encargaré de que tu padre salga en libertad.

—¿Y si no lo hago?

Edison puso una cara muy larga.

—En ese caso, la justicia deberá seguir su curso. —Entonces le enseñó algo a Nick. Algo que brillaba—. Termina la máquina de Tesla para mí.

Nick se acercó más para mirar. Era una insignia de oro en forma de A, cuya barra horizontal era un signo de infinito.

—Tú naciste para ser uno de nosotros, Nick. Tenemos que estar del mismo lado. Eso lo comprenderás con el tiempo.

Nick sabía que el interés de los Accelerati era el poder y el control. La avaricia. Y eran todo aquello contra lo cual estaba Tesla.

Como si le leyera la mente, Edison dijo:

—Hijo, no cometas el mismo error que cometió Nikola. Tu propia historia no tiene por qué terminar de manera trágica. Puede ser gloriosa y brillante.

Nick alargó la mano y cogió la insignia, dándole vuelta en sus dedos doloridos mientras Edison, el anciano Edison, esperaba a ver qué hacía.

Era su alma a cambio de la vida de su hermano y de su padre. Edison había dicho que era elección suya, pero ¿qué posibilidad de elección tenía, en realidad? Tal vez eso es lo que hizo de Edison un hombre de negocios de tanto éxito. Dejaba a sus rivales solo dos opciones: lo malo o lo peor. Nick pensó en Caitlin. Pensó en Mitch y en Vince. Su único consuelo era que ellos no formaban parte de la ecuación. Aquello era algo entre Edison y él.

—Elige tu camino, Nick. Te prometo que respetaré la decisión que tomes.

La indecisión indicaría debilidad, y esa era la última cosa que quería mostrar ante aquel hombre. Sin mayores dudas, soportando el dolor de sus dedos quemados, y con dolor de corazón, se colocó la insignia de oro en la camisa.

Edison sonrió y posó en el hombro de Nick su arrugada mano de papel maché.

—¡Bienvenido —le dijo— a la Leal Orden de los Accelerati!



NEAL SHUSTERMAN, es autor de más de treinta libros para jóvenes, que incluyen las exitosas sagas *Desconexión* y *Everlost*, y las aclamadas por la crítica *The Schawa Was Here* y *Downsiders*. Como escritor para televisión y cine, es el autor de los guiones de las series de televisión *Goosebumps* y *Animorphs*, y escribió el de la película de Disney Channel *Pixel Perfecto*. Puedes visitar su página web en www.storyman.com.



ERIC ELFMAN, es guionista, profesor de taller literario y autor de varios libros para niños y jóvenes, entre ellos *The very Scary Almanac* y *The*

Almanac of the Groos, Disgusting & Totally Repulsive; tres novelas de *Expediente X*; y dos libros de relatos de terror: *Three-Minute Thrillers* y *More Three-Minute Thrillers*. Ha vendido guiones a Interscope, Walden Media, Revolution y Universal Studios. Puedes visita su página web en www.ElfmanWorld.com.

Notas

[1] El *cockney* es el dialecto que hablan los habitantes del East End de Londres, zona del este de la ciudad. <<

[2] Se llama victorianas a las cosas de la época de la reina Victoria I en Inglaterra, que comprende toda la segunda mitad del siglo XIX y un poco más. Se trata de una época de prosperidad e industrialización, en la que la mayor parte de la población pasa a vivir en ciudades. En lo social, se caracteriza por las duras condiciones de los trabajadores y, en la clase alta, por el moralismo y un refinamiento sin excesos. <<